



LAS GUERRAS CAMPESINAS

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

Federico Engels

LAS GUERRAS CAMPESINAS

*

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 130

Colección
SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgueni Preobrazhenski

**Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA
SOCIALDEMOCRACIA**

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

**Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en
Francia 1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá**

Libro 19 MARX y ENGELS

Karl Marx y Friedrich Engels. Selección de textos

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONSCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva - Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO - DE ÍDOLOS E IDEALES

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN - ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELLECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA - El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA - La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA - De Yrigoyen a Perón

Milcíades Peña

Libro 53 MARXISMO Y POLÍTICA

Carlos Néelson Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina.

Selección de Textos

Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA

Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas

Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos

Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy -Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich

Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX - Primera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX - Segunda Parte

Eric Hobsbawm

Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX - Tercera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Ágnes Heller

Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo I

Marc Bloch

Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo 2

Marc Bloch

Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL

Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA - Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana - Pérez Lara - Acanda - Hard Dávalos - Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henri Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Giro - César Julio Hernández - León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh - Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER - Selección de textos

Vargas Lozano - Echeverría - Burawoy - Monsiváis - Védrine - Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barret - Malatesta - Fabbri - Gilimón - Goldman

Libro 95 VERDAD Y LIBERTAD

Martínez Heredia - Sánchez Vázquez - Luporini - Hobsbawn - Rozitchner - Del Barco

LIBRO 96 INTRODUCCIÓN GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx y Friedrich Engels

LIBRO 97 EL AMIGO DEL PUEBLO

Los amigos de Durruti

LIBRO 98 MARXISMO Y FILOSOFÍA

Karl Korsch

LIBRO 99 LA RELIGIÓN

Leszek Kolakowski

LIBRO 100 AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

Noir et Rouge

LIBRO 101 COOPERATIVISMO, CONSEJISMO Y AUTOGESTIÓN

Iñaki Gil de San Vicente

LIBRO 102 ROSA LUXEMBURGO Y EL ESPONTANEÍSMO REVOLUCIONARIO

Selección de textos

LIBRO 103 LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberg

LIBRO 104 ANTES DE MAYO

Milcíades Peña

LIBRO 105 MARX LIBERTARIO

Maximilien Rubel

LIBRO 106 DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN

Manuel Rojas

LIBRO 107 ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA

Sergio Bagú

LIBRO 108 COMPENDIO DE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Albert Soboul

LIBRO 109 DANTON, MARAT Y ROBESPIERRE. *Historia de la Revolución Francesa*

Albert Soboul

LIBRO 110 LOS JACOBINOS NEGROS. *Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití*

Cyril Lionel Robert James

LIBRO 111 MARCUSE Y EL 68

Selección de textos

LIBRO 112 DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA – *Realidad y Enajenación*

José Revueltas

LIBRO 113 ¿QUÉ ES LA LIBERTAD? – *Selección de textos*

Gajo Petrović – Milán Kangrga

LIBRO 114 GUERRA DEL PUEBLO – *EJÉRCITO DEL PUEBLO*

Vo Nguyen Giap

LIBRO 115 TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO

Sergio Bagú

LIBRO 116 MUJER, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Alexandra Kollontay

LIBRO 117 LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

LIBRO 118 TOUSSAINT LOUVERTURE. *La Revolución Francesa y el Problema Colonial*

Aimé Césaire

LIBRO 119 LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Federico Engels

LIBRO 120 POR LA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA

Estrella Roja - Ejército Revolucionario del Pueblo

LIBRO 121 LA LUCHA DE CLASES EN LA ANTIGUA ROMA

Espartaquistas

LIBRO 122 LA GUERRA EN ESPAÑA

Manuel Azaña

LIBRO 123 LA IMAGINACIÓN SOCIOLOGICA

Charles Wright Mills

LIBRO 124 LA GRAN TRANSFORMACIÓN. *Crítica del Liberalismo Económico*

Karl Polanyi

LIBRO 125 KAFKA. *El Método Poético*

Ernst Fischer

LIBRO 126 PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES

Camilo Taufic

LIBRO 127 MUJERES, RAZA Y CLASE

Angela Davis

LIBRO 128 CONTRA LOS TECNÓCRATAS

Henri Lefebvre

LIBRO 129 ROUSSEAU Y MARX

Galvano della Volpe

**LIBRO 130 LAS GUERRAS CAMPESINAS - REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN
EN ALEMANIA**

Federico Engels



“El carácter propio de la social-democracia¹ se resumía en su reclamo de instituciones republicanas democráticas, no como medio de suprimir los dos extremos, el capital y la clase asalariada, sino de atenuar su antagonismo y transformarlo en armonía. Cualquiera haya sido la diversidad de medidas que se puede proponer para lograr este fin, cualquiera sea el carácter más o menos revolucionario de las concepciones de que pueda estar revestido, el contenido sigue siendo el mismo. Es la transformación de la sociedad por vías democráticas. Pero una transformación de la sociedad dentro del marco pequeño burgués. No se debe admitir la concepción limitada que atribuye a la pequeña burguesía el principio de hacer triunfar su interés egoísta de clase. Por el contrario, la pequeña burguesía cree que las condiciones particulares de su liberación son las condiciones generales fuera de las cuales la sociedad moderna no puede salvarse ni la lucha de clases ser evitada. Tampoco se debe pensar, que los representantes demócratas son todos “tenderos” (*shop-keepers*) o que se entusiasman por estos últimos. Por su cultura y por su situación personal, pueden estar separados por un abismo de estos últimos. Lo que los convierte en representantes de la pequeña burguesía es el hecho de que sus cerebros no pueden superar los límites que el pequeño burgués no supera en su vida y que, en consecuencia, se ven empujados teóricamente a los mismos problemas y las mismas soluciones a los que empujan sus intereses materiales y su situación social a los pequeños burgueses. Tal es, en términos generales, la relación que existe entre los representantes políticos y literarios de una clase y la clase que representan.”

Carlos Marx
“*El 18 brumario de Luis Bonaparte*”
(1848)

¹ “Social-democracia” se refiere históricamente en este texto periodístico de Marx, al Partido “*demócrata socialista*”, que nació en Francia en 1849.

“Es evidente que en los futuros conflictos sangrientos, al igual que en todos los anteriores, serán sobre todo los obreros los que tendrán que conquistar la victoria con su valor, resolución y espíritu de sacrificio. En esta lucha, al igual que en las anteriores, la masa pequeño-burguesa mantendrá una actitud de espera, de irresolución e inactividad tanto tiempo como le sea posible, con el propósito de que, en cuanto quede asegurada la victoria, utilizarla en beneficio propio, invitar a los obreros a que permanezcan tranquilos y retornen al trabajo, evitar los llamados excesos y despojar al proletariado de los frutos de la victoria. No está en manos de los obreros impedir que la pequeña burguesía democrática proceda de este modo, pero sí está en su poder dificultar la posibilidad de que esta se imponga al proletariado en armas y dictarles unas condiciones bajo las cuales la dominación de los demócratas burgueses lleve desde el principio el germen de su caída, facilitando así considerablemente su ulterior sustitución por el poder del proletariado...”

Marx y Engels ²



<https://elsudamericano.wordpress.com>



HIJOS

La red mundial de los hijos de la revolución social

² “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas”, *Obras Escogidas*, Edit. Progreso, Moscú 1978, tomo I, pp. 184-185.

LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS EN ALEMANIA

FEDERICO ENGELS³

(1850)

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN DE 1870

**ADICIÓN AL PREFACIO A LA EDICIÓN DE 1870 PARA LA
TERCERA EDICIÓN DE 1875**

**I. LA SITUACIÓN ECONÓMICA Y LA ESTRUCTURA SOCIAL DE
ALEMANIA**

**II. LOS GRANDES GRUPOS DE OPOSICIÓN Y SUS IDEOLOGÍAS.
LUTERO Y MÚNZER**

**III. LOS MOVIMIENTOS PRECURSORES DE LA GRAN GUERRA
CAMPESINA ENTRE 1476 Y 1517**

IV. LA SUBLEVACIÓN DE LA NOBLEZA

V. LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS EN SUABIA Y FRANCONIA

**VI. LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS EN TURINGIA, ALSACIA Y
AUSTRIA**

VII. LAS CONSECUENCIAS DE LAS GUERRAS DE LOS CAMPESINOS

³ Título del original francés: "*Vers le Cybernanthrope (Contre les technocrates)*" 1967. Foto de Tapa. "*La Batalla de Frankenhausen*", Óleo sobre lienzo de Werner Tübke, 1982. Museo Nacional de la República Popular China. La pintura representa la resistencia ejercida por los agricultores en Turingia contra sus amos. Le tomó a Tübke más de 10 años completar esta obra maestra que mide 123 metros de largo y 14 metros de alto. Tübke es fundador de la "Escuela de Leipzig".

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

FEDERICO ENGELS

(1851-1852)

- I. ALEMANIA EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN**
- II. LOS OTROS ESTADOS ALEMANES**
- III. AUSTRIA**
- IV. LA INSURRECCIÓN DE VIENA**
- V. LA INSURRECCIÓN DE BERLÍN**
- VI. LA ASAMBLEA NACIONAL DE FRÁNCFORT**
- VII. LOS POLACOS, LOS CHECOS Y LOS ALEMANES**
- VIII. EL PANESLAVISMO**
- IX. LA GUERRA DE SCHLESWIG-HOLSTEIN**
- X. EL ALZAMIENTO DE PARÍS. LA ASAMBLEA DE FRÁNCFORT**
- XI. EL ASALTO DE VIENA. LA TRAICIÓN A VIENA**
- XII. LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE PRUSIANA. LA ASAMBLEA NACIONAL**
- XIII. EL RESTABLECIMIENTO DEL ORDEN. LA DIETA Y LA CÁMARA**
- XIV. EL TRIUNFO DE PRUSIA**
- XV. LA ASAMBLEA NACIONAL Y LOS GOBIERNOS**
- XVI. LA INSURRECCIÓN**
- XVII. LOS PEQUEÑOS COMERCIANTES Y ARTESANOS**
- XVIII. EL FIN DE LA INSURRECCIÓN**

LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS EN ALEMANIA

Publicado en los números 5 y 6 de la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*, dirigida por Karl Marx, en Hamburgo, 1850. El texto de todos los capítulos ha sido tomado de *La guerra de los campesinos en Alemania*, Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, con excepción del "Prefacio", el cual ha sido tomado de F. Engels, "Prefacio a La Guerra Campesina en Alemania", en el 2do tomo de C. Marx & F. Engels, *Obras Escogidas*, en 3 tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1974.

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN DE 1870

La presente obra fue escrita en Londres, en el verano de 1850, bajo la impresión directa de la contrarrevolución que acababa de consumarse; apareció en los números 5 y 6 de la *“Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue”*⁴ dirigida por Carlos Marx, Hamburgo, 1850. Mis amigos políticos de Alemania me piden su reedición, y atiendo a su deseo ya que, con gran sentimiento mío, la obra no ha perdido aún actualidad.

La obra no pretende dar un material nuevo, fruto de mis propias investigaciones. Por el contrario, todo el material que se refiere a las insurrecciones campesinas y a Tomás Münzer ha sido tomado de Zimmermann.⁵ A pesar de sus lagunas, el libro de este autor constituye la mejor recopilación de datos aparecida hasta la fecha. Además, el viejo Zimmermann trata la materia con mucha caridad. El mismo instinto revolucionario que le obliga a lo largo de todo el libro a erigirse en campeón de las clases oprimidas, le convierte más tarde en uno de los mejores representantes de la extrema izquierda⁶ en Frankfurt.

Y a pesar de que a la exposición que nos ofrece Zimmermann le falta cohesión interna; de que no logra presentarnos las cuestiones religiosas y políticas que se debatían en aquella época como un reflejo de la lucha de clases del momento; de que no ve en esa lucha de clases más que opresores y oprimidos, malos y buenos, con el triunfo final de los malos; de que su comprensión de las relaciones sociales que determinan el origen y el desenlace de la lucha es muy incompleta, todo esto no son más que defectos propios de la época en que apareció el libro. Por el contrario, en

⁴ *“Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue”* (“Nueva Gaceta del Rin. Revista de política y economía”), órgano teórico de la Liga de los Comunistas, fundado por Marx y Engels. Se publicó en diciembre de 1849 a noviembre de 1850. Vieron la luz seis números de la revista.

⁵ El libro de Zimmermann *“Allgemeine Geschichte des grossen Bauernkrieges”* (“Historia general de la gran guerra campesina”) se publicó en Stuttgart en 1841-1843, en tres partes.

⁶ El ala izquierda extrema de la Asamblea Nacional de Alemania que se reunía en Frankfurt durante la revolución de 1848-1849; representaba preferentemente los intereses de la pequeña burguesía, pero contaba con el apoyo de una parte de los obreros alemanes. La misión principal de la Asamblea era acabar con el fraccionamiento político del país y elaborar una constitución para toda Alemania. Pero, en virtud de la pusilanimidad y las vacilaciones de la mayoría liberal, la Asamblea no se atrevió a tomar en sus manos el poder supremo del país y no supo adoptar una actitud resuelta en los problemas fundamentales de la revolución alemana. El 30 de mayo de 1849, la Asamblea tuvo que trasladar su sede a Stuttgart. El 18 de junio de 1849 fue disuelta por las tropas.

medio de las obras históricas idealistas alemanas de aquellos tiempos, el libro constituye una excepción digna de elogio y está escrito de un modo muy realista.

En mi exposición, en la que me limito a describir a grandes rasgos el curso histórico de la lucha, trato de explicar el origen de la guerra campesina, la posición ocupada por los diferentes partidos que intervenían en ella, las teorías políticas y religiosas con que estos partidos procuraban explicarse ellos mismos su posición y, por último, el propio desenlace de la lucha como una consecuencia necesaria de las condiciones históricas de la vida social de estas clases en aquella época. En otros términos, trato de demostrar que el régimen político de Alemania de aquellos tiempos, las sublevaciones contra este régimen y las teorías políticas y religiosas de la época no eran la causa, sino la consecuencia del grado de desarrollo en que se encontraban entonces en Alemania la agricultura, la industria, las vías de comunicación terrestres, fluviales y marítimas, el comercio y la circulación del dinero. Esta concepción de la Historia –la única concepción materialista– no ha sido creada por mí, sino que pertenece a Marx y forma asimismo la base de sus trabajos sobre la revolución francesa de 1848-1849,⁷ publicados en la misma revista, y de “*El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*”.

El paralelo entre la revolución alemana de 1525 y la revolución de 1848-1849 saltaba demasiado a la vista para que yo pudiese renunciar por completo a él. Sin embargo, al lado de la semejanza en el curso general de los acontecimientos, cuando tanto en un caso como en otro el mismo ejército de un príncipe iba aplastando una tras otra las diversas insurrecciones locales, y a pesar de la semejanza, muchas veces cómica, que presenta la conducta observada en ambos casos por los vecinos de la ciudad, las diferencias entre ambas revoluciones son claras y patentes:

“¿Quién se aprovechó de la revolución de 1525? *Los príncipes*. ¿Quién se aprovechó de la revolución de 1848? *Los grandes soberanos*, Austria y Prusia. Detrás de los pequeños príncipes de 1525 estaban los pequeños vecinos de la ciudad, a quienes aquéllos estaban atados por los impuestos; detrás de los grandes soberanos de 1850, detrás de Austria y Prusia está, sometiéndolas rápidamente por medio de la deuda pública, la gran burguesía moderna. Y detrás de la gran burguesía está el proletariado”.⁸

⁷ C. Marx. “*Las luchas de clases en Francia*” (N. de la Edit.)

⁸ F. Engels. “*La guerra campesina en Alemania*”. (N. de la Edit.)

Por desgracia, debo decir que con esta afirmación hice demasiado honor a la burguesía alemana, la cual tanto en Austria como en Prusia había tenido la ocasión de “someter rápidamente” la monarquía “a través de la deuda pública” pero que nunca ni en ninguna parte aprovechó esta oportunidad.

A raíz de la guerra de 1866,⁹ Austria cayó como un regalo en manos de la burguesía. Pero ésta no sabe dominar, es impotente e incapaz de hacer nada. Lo único que sabe hacer es vomitar furia contra los obreros en cuanto éstos se ponen en movimiento. Y si sigue empuñando el timón del poder, es únicamente porque los *húngaros* la necesitan.

¿Y en Prusia? Ciertamente es que la deuda pública ha subido vertiginosamente, que el déficit es un fenómeno crónico, que los gastos del Estado crecen de año en año, que la burguesía tiene la mayoría en la dieta, que sin su consentimiento no se pueden elevar los impuestos ni contratar empréstitos, pero, ¿dónde está, a pesar de todo, su poder sobre el Estado? Apenas hace unos cuantos meses, cuando el Estado se hallaba otra vez en déficit, la posición de la burguesía era de lo más ventajosa. De haber mostrado tan sólo *un poco* de firmeza hubiese podido lograr grandes concesiones. Pero, ¿qué hizo? Consideró como una concesión suficiente el que el Gobierno *le permitiese* poner a sus pies cerca de nueve millones, y no por *un solo* año, sino como aportación *anual* para todos los años futuros.

No quiero fustigar a los pobres “nacional-liberales”¹⁰ de la dieta más de lo que se merecen. Yo sé que han sido abandonados por los que están detrás de ellos, por la masa de la burguesía. Esta masa no *quiere* gobernar. Los recuerdos de 1848 están demasiado frescos en su memoria.

Más adelante diremos por qué la burguesía alemana manifiesta tanta cobardía.

En otros aspectos, la afirmación que hemos hecho más arriba se ha confirmado plenamente. Como vemos, a partir de 1850, los pequeños Estados van pasando más y más decididamente a segundo plano, y ya no sirven más que de palancas para las intrigas prusianas y austriacas. La

⁹ Después de la derrota en la guerra austro-prusiana de 1866, al recrudecer la crisis del multinacional Estado de Austria, las clases gobernantes del país pactaron con los terratenientes de Hungría y firmaron en 1867 un acuerdo de formación de la doble monarquía de Austria-Hungría.

¹⁰ Los *nacional-liberales* constituían el partido de la burguesía alemana fundado en el otoño de 1866. Se planteaban como objetivo fundamental agrupar los Estados alemanes bajo la supremacía de Prusia; su política reflejaba la capitulación de la burguesía liberal alemana ante Bismarck.

lucha entre Austria y Prusia por la hegemonía es cada vez más encarnizada, y, finalmente, en 1866, llega la solución violenta, por la que Austria conserva sus propias provincias. Prusia sojuzga directa o indirectamente todo el Norte, mientras que los tres Estados Sur occidentales¹¹ quedan por el momento de puertas afuera.

En toda esta representación pública, lo único que tiene importancia para la clase obrera alemana es lo siguiente:

En primer lugar, que, gracias al sufragio universal, los obreros obtuvieron la posibilidad de estar directamente representados en la Asamblea Legislativa.

En segundo lugar, que Prusia dio un buen ejemplo al tragarse otras tres coronas¹² por la gracia de Dios. Ni siquiera los nacional-liberales creen ahora que *después* de esta operación Prusia conserva aún aquella inmaculada corona por la gracia de Dios que se atribuía antes.

En tercer lugar, que en Alemania no existe más que *un* adversario serio de la revolución: el Gobierno prusiano.

Y en cuarto lugar, que los germano-austriacos deben plantearse y decidir de una vez para siempre qué es lo que quieren ser: alemanes o austriacos; qué es lo que prefieren: Alemania o sus apéndices extra-alemanes transleitanos. Era evidente desde hacía tiempo que debían renunciar a una o a los otros, pero este hecho siempre había sido velado por la democracia pequeñoburguesa.

Por lo que respecta a las demás cuestiones importantes en litigio y relacionadas con 1866, cuestiones discutidas desde entonces hasta la sociedad entre los “nacional-liberales” y el “Partido Popular”,¹³ la historia de los años siguientes demostró palmariamente que estos puntos de vista habían combatido entre sí con tanta violencia únicamente por representar los dos polos opuestos de una misma mediocridad.

¹¹ Baviera, Baden, Würtemberg. (N. de la Edit.)

¹² Hannover, Hessen-Kassel, Nassau. (N. de la Edit.)

¹³ El *Partido Popular Alemán* surgió en 1865 y constaba de elementos democráticos de la pequeña burguesía y, en parte, de la burguesía, principalmente de los Estados del Sur de Alemania. El partido se oponía al establecimiento de la hegemonía de Prusia en Alemania y defendía el plan de la llamada “Gran Alemania”, en la que debían entrar tanto Prusia como Austria. Al preconizar la idea del Estado alemán federal, el partido estaba en contra de la unificación de Alemania como república democrática centralizada.

El año 1866 no modificó casi nada las condiciones sociales de Alemania. Las escasas reformas burguesas –el sistema único de pesas y medidas, la libertad de residencia, la libertad de industria, etc.–, todas ellas limitadas a los marcos señalados por la burocracia, no llegan aún a lo alcanzado desde hace tiempo por la burguesía de los otros países de la Europa Occidental y dejan en pie el mal principal: el sistema burocrático de concesiones.¹⁴ Por lo demás, para el proletariado la práctica policíaca al uso hizo completamente ilusorias todas esas leyes sobre la libertad de residencia, el derecho de ciudadanía, la supresión de los pasaportes, etc.

Mucha mayor importancia que toda esta representación pública de 1866 fue la que tuvo el desarrollo que, a partir de 1848, adquieren en Alemania la industria, el comercio, los ferrocarriles, el telégrafo y la navegación transoceánica. Por mucho que estos éxitos quedasen a la zaga de los logrados durante ese mismo tiempo por Inglaterra e incluso por Francia, no tenían, sin embargo, precedentes en la historia de Alemania, y dieron a este país en veinte años mucho más de lo que antes le había dado un siglo entero. Ahora es cuando Alemania se incorpora resuelta y decididamente al *comercio mundial*. Se multiplican rápidamente los capitales de los industriales y sube en consonancia la posición social de la burguesía. El síntoma más seguro de la prosperidad industrial, la *especulación*, florece esplendorosamente y encadena a condes y duques a su carro triunfal. Ahora, el capital alemán –¡que la tierra le sea leve!– está construyendo ferrocarriles en Rusia y en Rumania, mientras que hace tan sólo quince años los ferrocarriles alemanes tenían que implorar la ayuda de los empresarios ingleses. ¿Cómo ha podido ocurrir, pues, que la burguesía no haya conquistado también el poder político, que su conducta frente al Gobierno sea tan pusilánime?

La desgracia de la burguesía alemana consiste en que, siguiendo la costumbre favorita alemana, llega demasiado tarde. Su florecimiento ha coincidido con el período en que la burguesía de los otros países de la Europa Occidental se halla políticamente en declive. En Inglaterra, la burguesía no ha podido llevar a su verdadero representante Bright al Gobierno más que ampliando el derecho electoral, medida que por sus consecuencias debe poner fin a toda la dominación burguesa. En Francia, donde la burguesía como tal, como clase, no pudo dominar más que dos

¹⁴ A mediados de los años 60 del siglo XIX, en Prusia, se estableció, para varias ramas de la industria, un sistema de permisos especiales (concesiones), sin los cuales nadie podía dedicarse a actividades industriales. Esta legislación industrial semimedieval suponía una traba para el desarrollo del capitalismo.

años bajo la república, 1849 y 1850, sólo logró prolongar su existencia social cediendo su dominación política a Luis Bonaparte y al ejército. Dado el extraordinario desarrollo alcanzado por las influencias recíprocas de los tres países más avanzados de Europa, es ya completamente imposible que la burguesía pueda implantar cómodamente la dominación política en Alemania cuando en Inglaterra y en Francia esa dominación ya ha caducado.

La particularidad que distingue a la burguesía de todas las demás clases dominantes que la han precedido consiste precisamente en que en su desarrollo existe un punto de viraje, tras el cual todo aumento de sus medios de poder, y por tanto de sus capitales en primer término, tan sólo contribuye a hacerla cada vez más incapaz para la dominación política. “*Tras la gran burguesía está el proletariado*”. En la medida en que la burguesía desarrolla su industria, su comercio y sus medios de comunicación, en la misma medida engendra al proletariado. Y al llegar a un determinado momento, que no es el mismo en todas partes ni tampoco es obligatorio para una determinada fase de desarrollo, la burguesía comienza a darse cuenta de que su inseparable acompañante, el proletariado, empieza a sobrepasarla. Desde ese momento pierde la capacidad de ejercer la dominación política exclusiva, y busca en torno suyo aliados, con quienes comparte su dominación, o a quienes, según las circunstancias, se la cede por completo.

En Alemania, ese punto de viraje ya había llegado para la burguesía en 1848. Aunque bien es cierto que en aquel entonces la burguesía alemana no se asustó tanto del proletariado alemán como del proletariado francés. Los combates de junio de 1848¹⁵ en París le enseñaron qué era lo que la esperaba. La agitación del proletariado alemán era suficiente para demostrarle que en Alemania habían sido arrojadas las semillas capaces de dar la misma cosecha. Y a partir de ese momento quedó embotado el filo de la acción política de la burguesía alemana. Esta empezó a buscar aliados y a venderse por cualquier precio; y de entonces acá no ha avanzado un solo paso.

Todos esos aliados son reaccionarios por su naturaleza: el poder real, con su ejército y su burocracia; la gran nobleza feudal; los junkers provincianos de medio pelo y, finalmente, los curas. Con todos ellos pactó y concertó

¹⁵ La *insurrección de Junio*, heroica insurrección de los obreros de París el 23-26 de junio de 1848, reprimida con inaudita crueldad por la burguesía francesa, fue la primera gran guerra civil entre el proletariado y la burguesía.

acuerdos la burguesía con tal de salvar su preciado pellejo, hasta que, por último, no le quedó ya nada con qué traficar. Y cuanto más se desarrollaba el proletariado, cuanta más conciencia adquiría de su condición de clase y cuanto más actuaba en calidad de tal, más cobarde se hacía la burguesía. Cuando la estrategia asombrosamente mala de los prusianos venció en Sadowa¹⁶ a la estrategia asombrosamente aún peor de los austriacos, difícilmente podría decirse quién lanzó un suspiro de alivio más grande: el burgués prusiano, que también había sido derrotado en Sadowa, o el burgués austriaco.

Nuestros grandes burgueses obran en 1870 exactamente igual como obraron en 1525 los villanos medios. En lo que atañe a los pequeños burgueses, a los artesanos y a los tenderos, éstos siguen siendo siempre los mismos. Esperan poder trepar a las filas de la gran burguesía y temen ser precipitados a las del proletariado. Fluctuando entre la esperanza y el temor, tratarán de salvar su precioso pellejo durante la lucha, y después de la victoria se adherirán al vencedor. Tal es su naturaleza.

El desarrollo de la actividad social y política del proletariado ha marchado a la par con el auge industrial que siguió a 1848. El papel desempeñado hoy día por los obreros alemanes en sus sindicatos, cooperativas, organizaciones y asambleas políticas, en las elecciones y en el llamado Reichstag, demuestra perfectamente por sí sola cuál ha sido la transformación experimentada de un modo imperceptible por Alemania en estos últimos veinte años. Es un gran mérito de los obreros alemanes el haber sido los *únicos* que han logrado enviar obreros y representantes de los obreros al parlamento, cosa que ni los franceses ni los ingleses han logrado hasta ahora.

Pero tampoco el proletariado ha salido aún de ese estado que permite establecer un paralelo con 1525. La clase que depende exclusivamente del salario toda su vida se halla aún lejos de constituir la mayoría del pueblo alemán. Por eso, también tiene que buscarse aliados. Y sólo los puede buscar entre los pequeños burgueses, el lumpemproletariado de las ciudades, los pequeños campesinos y los obreros agrícolas.

Ya hemos hablado de los *pequeños burgueses*. Son muy poco de fiar, excepto cuando ya ha sido lograda la victoria. Entonces arman un alboroto infernal en las tabernas.

¹⁶ La *batalla de Sadowa* tuvo lugar el 3 de julio de 1866 en Bohemia y decidió el desenlace de la guerra austro-prusiana de 1866, en favor de Prusia.

A pesar de esto, entre ellos se encuentran excelentes elementos que se unen espontáneamente a los obreros.

El *lumpem-proletariado*, esa escoria integrada por los elementos desmoralizados de todas las capas sociales y concentrada principalmente en las grandes ciudades, es el peor de los aliados posibles. Ese desecho es absolutamente venal y de lo más molesto. Cuando los obreros franceses escribían en los muros de las casas durante cada una de las revoluciones: "*Mort aux voleurs!*" ¡Muerte a los ladrones!, y en efecto fusilaban a más de uno, no lo hacían en un arrebato de entusiasmo por la propiedad, sino plenamente conscientes de que ante todo era preciso desembarazarse de esta banda. Todo líder obrero que utiliza a elementos del lumpemproletariado para su guardia personal y que se apoya en ellos, demuestra con este solo hecho que es un traidor al movimiento.

Los pequeños campesinos –pues los grandes pertenecen a la burguesía– son de composición heterogénea.

O bien son *campesinos feudales*, obligados todavía a realizar determinadas prestaciones para sus señores. Después que la burguesía dejó pasar la oportunidad de liberarles de la servidumbre, como era su deber, no costará trabajo convencerles de que sólo pueden esperar la liberación de manos de la clase obrera.

O bien son *arrendatarios*. En este caso tenemos por lo común las mismas relaciones que en Irlanda. El arriendo es tan elevado que, cuando la cosecha es mediana, el campesino y su familia apenas pueden mantenerse, y cuando la cosecha es mala casi se mueren de hambre, no pueden pagar el arriendo y quedan, por consiguiente, completamente a merced del terrateniente. Para esta gente, la burguesía sólo hace algo cuando se la obliga a ello. ¿De quién, si no es de los obreros, pueden esperar la salvación?

Quedan los campesinos que cultivan *su propio pedazo de tierra*. En la mayoría de los casos están tan cargados de hipotecas que dependen del usurero tanto como el arrendatario del terrateniente. Tampoco a ellos les queda más que un mísero salario, muy inestable por lo demás, ya que depende de los altibajos de la cosecha. Menos que nadie pueden esperar algo de la burguesía, pues son explotados precisamente por los burgueses, por los capitalistas usureros. A pesar de ello, las más de las veces están muy apegados a su propiedad, aunque, en realidad, ésta no les pertenece a ellos, sino al usurero. Sin embargo, es preciso

convencerles de que sólo podrán liberarse del prestamista cuando un Gobierno dependiente del pueblo convierta todas las deudas hipotecarias en una deuda única al Estado y rebaje así el tipo del interés. Y esto sólo puede lograrlo la clase obrera.

En todas partes donde predomina la propiedad agraria mediana y grande, la clase más numerosa del campo está integrada por los *obreros agrícolas*. Tal es el caso en todo el Norte y en el Este de Alemania, y en *este* grupo es donde los obreros industriales de la ciudad encuentran su *aliado más natural y más numeroso*. El terrateniente o gran arrendador se opone al obrero agrícola de la misma manera que el capitalista se opone al obrero industrial. Las mismas medidas que ayudan a uno deben ayudar al otro. Los obreros industriales sólo pueden liberarse transformando los capitales de la burguesía, es decir, las materias primas, las máquinas, los instrumentos y los medios de vida necesarios para la producción en propiedad social, o sea, en propiedad suya y utilizada por ellos en común. De la misma manera, los obreros agrícolas sólo pueden liberarse de su espantosa miseria si, en primer término, la tierra –su principal objeto de trabajo– es arrancada a la propiedad privada de los grandes campesinos y de los aún más grandes señores feudales y convertida en propiedad social, cultivada colectivamente por cooperativas de obreros agrícolas. Y aquí nos llegamos a la célebre resolución del Congreso de la Internacional, celebrado en Basilea, que dice que en interés de la sociedad es preciso convertir la propiedad de la tierra en propiedad colectiva, en propiedad nacional.¹⁷ Esta resolución se refiere principalmente a los países donde existe la gran propiedad de la tierra, con grandes explotaciones agrícolas en manos de un solo amo y atendidas por numerosos obreros asalariados. Y como en términos generales esta situación sigue predominando en Alemania, dicha resolución era *particularmente oportuna para Alemania* a la vez que para Inglaterra. El proletariado agrícola, los jornaleros del campo constituyen la clase que proporciona más reclutas para los ejércitos de los monarcas. Es la clase que, gracias al sufragio universal, envía hoy día al parlamento a la mayoría de los feudales y de los junkers.

¹⁷ Se trata del Congreso de la Internacional celebrado en Basilea del 6 al 11 de septiembre de 1869. El 10 de septiembre se adoptó en él la siguiente resolución sobre la propiedad de la tierra, propuesta por los partidarios de Marx: "1) La sociedad tiene el derecho a suprimir la propiedad privada sobre la tierra y convertir ésta en propiedad social. 2) Es preciso suprimir la propiedad privada sobre la tierra y convertir ésta en propiedad social". En el Congreso fueron igualmente adoptados acuerdos de unificación de los sindicatos a escala nacional e internacional, así como varios acuerdos para reforzar la Internacional en materia de organización y para ampliar los poderes del Consejo General.

Pero, al mismo tiempo, es la clase que está más cerca de los obreros industriales de la ciudad, la que comparte con ellos las mismas condiciones de existencia, la que se encuentra en una situación de miseria aún mayor que la de ellos. Esta clase es impotente, pues está fraccionada y dispersa, pero el Gobierno y la nobleza conocen tan bien su fuerza latente, que con toda intención dejan desmoronarse las escuelas para mantenerla en la ignorancia. La tarea inmediata más urgente de los obreros alemanes es despertar a esta clase e incorporarla al movimiento. El día en que la masa de obreros agrícolas aprenda a tener conciencia de sus propios intereses, ese día será imposible en Alemania un gobierno reaccionario, ya sea feudal, burocrático o burgués.

11 de febrero de 1870.

ADICIÓN AL PREFACIO A LA EDICIÓN DE 1870 PARA LA TERCERA EDICIÓN DE 1875

Las líneas que anteceden fueron escritas hace más de cuatro años, pero siguen conservando hoy día toda su significación. Lo que era cierto después de Sadowa y de la división de Alemania, se ha confirmado después de Sedán¹⁸ y de la fundación del Sacro Imperio germánico de la nación prusiana.¹⁹ ¡Tan pequeños son los cambios que pueden introducir en el curso del movimiento histórico esas representaciones públicas de la llamada alta política que “conmueven al mundo”!

Lo que pueden hacer en cambio es acelerar el curso de ese movimiento. A este respecto, los causantes de esos acontecimientos que “conmueven al mundo” han logrado, a pesar suyo, unos éxitos que seguramente les resultan muy indeseables, pero que, quiéranlo o no, tienen que aceptar.

La guerra de 1866 ya había sacudido los cimientos de la vieja Prusia. Después de 1848 costó mucho trabajo reducir de nuevo a la vieja disciplina a los elementos rebeldes industriales –tanto burgueses como proletarios– de las provincias occidentales; sin embargo, se logró, y los intereses de los junkers de las provincias orientales volvieron a ser los dominantes en el Estado a la par con los intereses del ejército. En 1866 casi toda la Alemania Noroccidental era prusiana. Sin hablar ya del irreparable daño moral que la corona prusiana por la gracia de Dios había experimentado al tragarse otras tres coronas por la gracia de Dios, el centro de gravedad de la monarquía se había desplazado sensiblemente hacia el Occidente. Los cinco millones de renanos y de westfalianos recibieron en un principio el refuerzo de cuatro millones de alemanes anexionados directamente y, después, el de seis millones de alemanes indirectamente anexionados a través de la Confederación de la Alemania del Norte.²⁰ Y en 1870 se les añadieron, además, ocho millones de

¹⁸ El 2 de setiembre de 1870, el ejército francés fue derrotado en *Sedán*, quedando prisioneras las tropas, con el mismo emperador. Del 5 de setiembre de 1870 al 19 de marzo de 1871, Napoleón III y el mando se hallaban en Wilhelmshöle (cerca de Kassel), castillo de los reyes de Prusia. La catástrofe de Sedán precipitó la caída del Segundo Imperio y desembocó el 4 de setiembre de 1870 en la proclamación de la república en Francia. Se formó un Gobierno nuevo, el llamado “Gobierno de la Defensa Nacional”.

¹⁹ Al hablar del “Sacro Imperio alemán de la nación prusiana”, Engels parafrasea el nombre del medieval Sacro Imperio Romano germánico, subrayando que la unificación de Alemania se produjo bajo la supremacía de Prusia, acompañada de la prusificación de las tierras alemanas.

²⁰ La *Confederación de Alemania del Norte*, encabezada por Prusia, comprendía 19 Estados y 3 ciudades libres de Alemania del Norte y Central. Fue constituida en 1867 a

alemanes del Suroeste,²¹ de modo que en el “nuevo Imperio”, a los catorce millones y medio de viejos prusianos (de las seis provincias del Este del Elba y entre los que figuran, además, dos millones de polacos) se oponen unos veinticinco millones que ya hace tiempo han dejado atrás al feudalismo viejo-prusiano de los junkers. Así pues, fueron precisamente las victorias del ejército prusiano las que desplazaron radicalmente todos los cimientos del edificio estatal prusiano; la dominación de los junkers se hizo cada vez más insoportable hasta para el propio Gobierno. Pero, al mismo tiempo, el vertiginoso desarrollo de la industria relegó a segundo plano la lucha entre los junkers y la burguesía, destacando la lucha entre la burguesía y los obreros, de suerte que las bases sociales del viejo Estado sufrieron también desde dentro una transformación radical. La premisa fundamental de la monarquía, que se iba descomponiendo lentamente desde 1840, era la lucha entre la nobleza y la burguesía, lucha en la que la monarquía mantenía el equilibrio. Pero desde el momento en que ya no se trataba de defender a la nobleza del empuje de la burguesía, sino de defender a todas las clases poseedoras frente al empuje de la clase obrera, la vieja monarquía absoluta hubo de transformarse por completo en *monarquía bonapartista*, la forma de Estado especialmente elaborada para ese fin. En otro lugar (“*Contribución al problema de la vivienda*”, 2ª parte) examiné ya este paso de Prusia al bonapartismo, aunque allí pude dejar sin destacar un punto que aquí es muy esencial, a saber, que este paso fue el *avance más grande* hecho por Prusia desde 1848, hasta tal punto había quedado a la zaga del desarrollo moderno.

Prusia seguía siendo un Estado semifeudal, mientras que el bonapartismo es en todo caso una forma moderna de Estado que presupone la eliminación del feudalismo. Prusia debe, pues, decidirse a terminar con sus numerosos vestigios del feudalismo y a sacrificar a sus junkers como tales. Todo esto se va haciendo, naturalmente, de la manera más suave y al compás de la melodía favorita: *Immer langsam voran*.²² Así ha ocurrido, por ejemplo, con la célebre ordenanza sobre los distritos, que suprime los privilegios de cada junker en sus tierras, pero únicamente para restablecerlos en forma de privilegios del conjunto de los grandes terratenientes en el territorio de todo el distrito.

propuesta de Bismarck. La formación de la Confederación significó una de las etapas decisivas de la reunificación de Alemania bajo la hegemonía de Prusia. En enero de 1871, la Confederación dejó de existir debido a la constitución del Imperio alemán.

²¹ Se alude a la inclusión de Bavaria, Baden, Württemberg y Hesse-Darmstadt, en 1870, en la Confederación de la Alemania del Norte.

²² Siempre adelante, sin apresurarse. (N. de la Edit.)

La esencia de la cuestión sigue siendo la misma; lo único que se hace es traducirla del dialecto feudal al dialecto burgués. El junker viejo prusiano es convertido a la fuerza en algo parecido al *squire* inglés, y no tiene por qué ofrecer mucha resistencia, pues ambos son igualmente estúpidos.

De este modo, a Prusia le ha correspondido el peculiar destino de culminar a fines de este siglo, y en la forma agradable del bonapartismo, su revolución burguesa que se inició en 1808-1813 y que dio un paso de avance en 1848. Y si todo marcha bien, si el mundo permanece quieto y tranquilo y nosotros llegamos a viejos, tal vez en 1900 veamos que el Gobierno prusiano ha acabado realmente con todas las instituciones feudales y que Prusia ha alcanzado por fin la situación en que se encontraba Francia en 1792.

La abolición del feudalismo, expresada de un modo positivo, significa el establecimiento del régimen burgués. A medida que desaparecen los privilegios de la nobleza, la legislación se va haciendo más burguesa. Y aquí llegamos a la médula de las relaciones entre la burguesía y el Gobierno. Ya hemos visto que el Gobierno *tiene forzosamente* que introducir estas reformas lentas y mezquinas. Pero cada una de estas míseras concesiones la presenta a los ojos de la burguesía como un *sacrificio* que hace por ella, como una concesión arrancada a la corona con gran esfuerzo, y a cambio de la cual los burgueses deben hacer a su vez concesiones al Gobierno. Y los burgueses aceptan el engaño, aunque saben perfectamente de qué se trata. Este es el origen del acuerdo tácito que preside en Berlín todos los debates del Reichstag y de la Cámara de Prusia: por una parte, el Gobierno, a paso de tortuga, reforma las leyes en interés de la burguesía, elimina las trabas feudales y los obstáculos creados por el particularismo de los pequeños Estados, que impiden el desarrollo de la industria; introduce la unidad de moneda, de pesas y medidas; establece la libertad de industria, etc.; implanta la libertad de residencia, poniendo así a disposición del capital y en forma ilimitada la mano de obra de Alemania; fomenta el comercio y la especulación; por otra parte, la burguesía cede al Gobierno todo el poder político efectivo, aprueba los impuestos, los empréstitos y la recluta de soldados y ayuda a formular todas las nuevas leyes de reforma de modo que el viejo poder policiaco sobre los elementos indeseables conserve toda su fuerza. La burguesía compra su paulatina emancipación social al precio de su renuncia inmediata a un poder político propio.

El principal motivo que hace aceptable para la burguesía semejante acuerdo no es, naturalmente, su miedo al Gobierno, sino su miedo al proletariado.

Por lamentable que sea el papel desempeñado por nuestra burguesía en el campo político, no se puede negar que en la industria y en el comercio ya ha empezado a cumplir con su deber. El ascenso de la industria y del comercio, señalado ya en el prefacio a la segunda edición, se ha desarrollado desde entonces con nuevos bríos. Lo ocurrido en este aspecto en la región industrial renano-westfaliana a partir de 1869 constituye algo realmente insólito para Alemania, y nos recuerda el florecimiento de los distritos fabriles ingleses a principios de siglo. Lo mismo ocurrirá en Sajonia y en la Alta Silesia, en Berlín, en Hannover y en las ciudades marítimas. Por fin tenemos un comercio mundial, una verdadera gran industria y una auténtica burguesía moderna; al mismo tiempo, también hemos sufrido una verdadera crisis y hemos obtenido un verdadero y poderoso proletariado.

Para los futuros historiadores, el tronar de los cañones en Spickeren, Mars-la-Tour²³ y Sedán y todo lo relacionado con esto tendrá mucha menos importancia para la historia de Alemania de los años 1869-1874 que el desarrollo sin ostentación, reposado, pero siempre progresivo del proletariado alemán. En 1870, los obreros alemanes ya tuvieron que pasar por una dura prueba: la provocación bélica bonapartista y su consecuencia lógica, el entusiasmo nacional general en Alemania. Los obreros socialistas alemanes no se dejaron despistar ni un solo momento. No manifestaron ni un ápice de chovinismo nacionalista. Conservaron su sangre fría en medio del más furioso delirio provocado por las victorias, y exigieron que se concertase con la *“República Francesa una paz justa y sin anexiones”*; ni siquiera el estado de sitio pudo reducirles al silencio. Ni el entusiasmo por la gloria militar ni las chácharas sobre la “magnificencia del Imperio alemán” hallaron eco entre ellos; su único objetivo era la emancipación de todo el proletariado europeo. Se puede afirmar con todo fundamento que en ningún país los obreros han sufrido una prueba tan difícil y han salido de ella tan airosos.

²³ El 6 de agosto de 1870, las tropas prusianas derrotaron, en la batalla de *Spickeren* (Lorena), a las unidades francesas. En las publicaciones históricas, esta batalla se llama también batalla de Forbach. En la batalla de *Mars-la-Tour* (llamada también batalla de Vionville), las tropas alemanas consiguieron el 16 de agosto de 1870 detener el Ejército francés del Rin, que se retiraba de la ciudad de Metz, y cortarle así el camino de repliegue.

Al estado de sitio del período bélico siguieron los procesos por delitos de alta traición, de lesa majestad y de ofensas a los funcionarios y las persecuciones policíacas cada vez mayores de los tiempos de paz. Por lo menos tres o cuatro miembros de la redacción del "*Volksstaat*"²⁴ se hallaban habitualmente al mismo tiempo en la cárcel; lo mismo les ocurría a los demás periódicos. Cualquier orador del partido, que fuese algo conocido, debía comparecer ante los tribunales por lo menos una vez al año, y casi siempre era condenado. Llovían los destierros, las confiscaciones y las disoluciones de asambleas. Pero todo era en vano. Cada persona detenida o desterrada era sustituida inmediatamente por otra; por cada asamblea disuelta se convocaban otras dos; la firmeza y el estricto cumplimiento de las leyes iban agotando la arbitrariedad policíaca. Todas las persecuciones producían un efecto contrario: lejos de romper o siquiera doblar al partido obrero, no hicieron más que proporcionarle nuevos afiliados y fortalecer su organización. En su lucha, lo mismo contra las autoridades que contra burgueses aislados, los obreros dieron pruebas en todas partes de su superioridad intelectual y moral, y demostraron, sobre todo en sus choques con los llamados "patrones", que ellos, los obreros, eran ahora unas personas cultas, y los capitalistas, unos ignorantes. Al propio tiempo, en la mayoría de los casos luchan con un profundo sentido del humor, prueba de que tienen confianza en su causa y conciencia de su superioridad. La lucha así llevada, sobre un terreno preparado por la historia, debe producir grandes resultados. El éxito logrado en las elecciones de enero constituye un caso sin precedentes en la historia del movimiento obrero moderno,²⁵ y se comprende perfectamente el asombro que ha provocado en toda Europa.

Los obreros alemanes tienen dos ventajas esenciales sobre los obreros del resto de Europa. La primera es la que pertenecen al pueblo más teórico de Europa y que han conservado en sí ese sentido teórico, casi completamente perdido por las clases llamadas "cultas" de Alemania. Sin la filosofía alemana que le ha precedido, sobre todo sin la filosofía de Hegel, jamás se

²⁴ "Der Volksstaat" ("El Estado del pueblo"), órgano central del Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania (los eisenachianos), se publicó en Leipzig del 2 de octubre de 1869 al 29 de setiembre de 1876. La dirección general corría a cargo de G. Liebknecht, y el director de la editorial era A. Bebel. Marx y Engels colaboraban en el periódico, prestándole constante ayuda en la redacción del mismo. Hasta 1869, el periódico salía bajo el título "Demokratisches Wochenblatt". Se trata del artículo de J. Dietzgen "*Carlos Marx. El Capital. Crítica de la Economía política*", Hamburgo, 1867, publicado en "*Demokratisches Wochenblatt*", núms. 31, 34, 35 y 36 del año 1868.

²⁵ En las elecciones del 10 de enero de 1874 al *Reichstag*, los socialdemócratas alemanes consiguieron que se eligiera a 9 diputados suyos, entre los cuales figuraban Bebel y Liebknecht, que a la sazón se hallaban en la cárcel.

habría creado el socialismo científico alemán, el único socialismo científico que ha existido. De haber carecido los obreros de sentido teórico, este socialismo científico nunca hubiera sido, en la medida que lo es hoy, carne de su carne y sangre de su sangre. Y lo inmenso de esta ventaja lo demuestra, por una parte, la indiferencia por toda teoría, que es una de las causas principales de que el movimiento obrero inglés avance tan lentamente, a pesar de la excelente organización de algunos oficios, y, por otra, lo demuestran el desconcierto y la confusión sembrados por el proudhonismo, en su forma primitiva, entre los franceses y los belgas, y, en la forma caricaturesca que le ha dado Bakunin, entre los españoles y los italianos.

La segunda ventaja consiste en que los alemanes han sido casi los últimos en incorporarse al movimiento obrero. Así como el socialismo teórico alemán jamás olvidará que se sostiene sobre los hombros de Saint-Simon, Fourier y Owen –tres pensadores que, a pesar del carácter fantástico y de todo el utopismo de sus doctrinas, pertenecen a las mentes más grandes de todos los tiempos, habiéndose anticipado genialmente a una infinidad de verdades, cuya exactitud estamos demostrando ahora de un modo científico–, así también el movimiento obrero práctico alemán nunca debe olvidar que se ha desarrollado sobre los hombros del movimiento inglés y francés, que ha tenido la posibilidad de sacar simplemente partida de su experiencia costosa, de evitar en el presente los errores que entonces no había sido posible evitar en la mayoría de los casos. ¿Dónde estaríamos ahora sin el precedente de las tradeuniones inglesas y de la lucha política de los obreros franceses, sin ese impulso colosal que ha dado particularmente la Comuna de París?

Hay que hacer justicia a los obreros alemanes por haber aprovechado con rara inteligencia las ventajas de su situación. Por primera vez desde que existe el movimiento obrero, la lucha se desarrolla en forma metódica en sus tres direcciones concertadas y relacionadas entre sí: teórica, política y económico-práctica (resistencia a los capitalistas).

En ese ataque concéntrico, por decirlo así, reside precisamente la fuerza y la invencibilidad del movimiento alemán. Esta situación ventajosa, por una parte, y, por otra, las peculiaridades insulares del movimiento inglés y la represión violenta del francés hacen que los obreros alemanes se encuentren ahora a la cabeza de la lucha proletaria. No es posible pronosticar cuánto tiempo les permitirán los acontecimientos ocupar este puesto de honor. Pero, mientras lo sigan ocupando, es de esperar que

cumplirán como es debido las obligaciones que les impone. Para esto, tendrán que redoblar sus esfuerzos en todos los aspectos de la lucha y de la agitación. Sobre todo los jefes deberán instruirse cada vez más en todas las cuestiones teóricas, desembarazarse cada vez más de la influencia de la fraseología tradicional, propia de la vieja concepción del mundo, y tener siempre presente que el socialismo, desde que se ha hecho ciencia, exige que se le trate como tal, es decir, que se le estudie. La conciencia así lograda y cada vez más lúcida, debe ser difundida entre las masas obreras con celo cada vez mayor, y se debe cimentar cada vez más fuertemente la organización del partido, así como la de los sindicatos. Aunque los votos reunidos en enero por los socialistas representen ya un ejército bastante considerable, aún se hallan lejos de constituir la mayoría de la clase obrera alemana; y por muy alentadores que sean los éxitos logrados por la propaganda entre la población rural, aquí precisamente es donde aún queda infinitamente mucho por hacer. No hay, pues, que cejar en la lucha; es preciso ir arrebatando al enemigo ciudad tras ciudad y distrito electoral tras distrito electoral. Pero, es preciso ante todo mantener el verdadero espíritu internacional, que no admite ningún chovinismo patriótico y que acoge con alegría todo progreso del movimiento proletario, cualquiera que sea la nación donde se produzca. Si los obreros alemanes siguen avanzando de este modo, no es que marcharán al frente del movimiento – y no le conviene al movimiento que los obreros de una nación cualquiera marchen al frente del mismo–, sino que ocuparán un puesto de honor en la línea de combate; y estarán bien pertrechados para ello si, de pronto, duras pruebas o grandes acontecimientos reclaman de ellos mayor valor, mayor decisión y energía.

Federico Engels

Londres, 1 de julio de 1874²⁶

²⁶ Publicado en "*Der Deutsche Bauernkrieg*", Leipzig, 1875

LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS EN ALEMANIA

También el pueblo alemán tiene su tradición revolucionaria. Hubo un tiempo en el que Alemania producía hombres que se pueden comparar con los mejores revolucionarios de otros países, en el que el pueblo alemán mostraba una perseverancia y energía que en una nación centralizada hubieran dado los resultados más grandiosos. Entonces los campesinos y plebeyos alemanes acariciaban proyectos que tantas veces causaron espanto a sus descendientes.

Frente al cansancio momentáneo que casi en todas partes se manifiesta al cabo de dos años de lucha es oportuno presentar de nuevo al pueblo alemán las figuras recias, fuertes y tenaces de la gran guerra campesina.

Transcurrieron tres siglos y han cambiado muchas cosas; sin embargo la guerra de los campesinos no se halla tan lejos de nuestras luchas actuales y muchas veces tenemos que combatir a los mismos adversarios de entonces. Las propias clases y fracciones de clases que traicionaron el movimiento de 1848 y 1849 son las que encontramos como traidoras en 1525 aunque en una etapa inferior de su desarrollo y si en el movimiento de los últimos años el vandalismo vigoroso de la guerra campesina no se manifestó más que en algunos sitios del Odenwald, de la Selva Negra y de Silesia, no es precisamente patrimonio de la insurrección moderna.

I. LA SITUACIÓN ECONÓMICA Y LA ESTRUCTURA SOCIAL DE ALEMANIA

Examinemos brevemente la situación de Alemania al principio del siglo XVI.

La industria alemana había adquirido notable desarrollo en los siglos XIV y XV, los gremios de las ciudades habían substituido la industria feudal del Campo que no tenía más que una importancia local; producían para un círculo más amplio e incluso para mercados lejanos. El arte de tejer paños gruesos y tejas de lino se había generalizado y en Augsburgo se elaboraban hasta paños y telas de mayor finura. Al lado de los telares había crecido aquella industria vecina del arte que hallaba su sostén en el lujo eclesiástico y secular de fines de la Edad Media: la de los plateros, joyeros, escultores, tallistas, grabadores, armeros, medallistas, torneros, etc.

Una serie de inventos más o menos importantes, entre los que los más brillantes fueron el de la pólvora y el de la imprenta, había contribuido al aumento de la producción. Con la industria se desarrollaba el comercio. Gracias al monopolio secular de la navegación ejercido por la Liga hanseática, toda la Alemania del norte había logrado emanciparse de la barbarie medieval; si bien tuvo que retroceder desde fines del siglo XV ante la competencia de los ingleses y holandeses; la gran vía comercial de la India al norte seguía atravesando Alemania. A pesar de los descubrimientos de Vasco de Gama aún era Augsburgo el gran emporio de las telas de seda italianas, de las especias indias y de todos los productos del Oriente. Las ciudades del sur, principalmente Augsburgo y Núremberg, ostentaban una riqueza y un lujo considerable por entonces.

También en la producción de materias primas se habían realizado grandes progresos. En el siglo XV los mineros alemanes tenían fama de ser los más hábiles del mundo, y el florecimiento de las ciudades había sacado a la agricultura de su primitiva torpeza medieval. Se habían roturado grandes extensiones de terreno, se criaban plantas tintóreas y otras plantas importadas cuyo cultivo diligente surtió buen efecto sobre la agricultura en general.

Sin embargo el aumento de la producción nacional de Alemania no había podido alcanzar el nivel de otros países. La agricultura era muy inferior a la de Inglaterra y Países Bajos, la industria a la de Italia, Flandes e Inglaterra: la competencia de los navegantes ingleses y sobre todo holandeses empezaba a hacer sentir sus efectos. La población era todavía muy escasa. En Alemania la civilización no existía más que en estado esporádico, agrupada en derredor de algunos centros industriales y comerciales; los intereses de estos centros eran divergentes, faltaban los puntos de contacto. El sur tenía vías de comunicación y mercados, muy diferentes de los del norte; el este y el oeste apenas comunicaban. Ninguna de las ciudades hubiera podido llegar a ser el centro económico del país como ya lo era Londres en Inglaterra. El tráfico interior disponía tan solo de la navegación costera y fluvial y de unas cuantas vías comerciales que de Augsburgo y Núremberg iban por Colonia a los Países Bajos y por Erfurt hacia el norte. Al lado de los ríos y carreteras había un gran número de pequeñas ciudades que excluidas de las grandes comunicaciones seguían vegetando en las condiciones de villa de la Edad Media, sin consumir mercancías de fuera y sin exportar sus productos. Entre la población rural solo la aristocracia tenía algún conocimiento del mundo exterior y de las nuevas costumbres y necesidades, la masa campesina no poseía más que relaciones puramente locales y tenía, por consiguiente, un horizonte bastante limitado.

Mientras en Francia e Inglaterra el desarrollo del comercio y de la industria tuvo como consecuencia la creación de intereses generales en el país entero y con esto la centralización política, Alemania no paso de la agrupación de intereses por provincias, alrededor de centros puramente locales que llevó aneja la fragmentación política, esta fragmentación que luego se estabilizó por la exclusión de Alemania del comercio mundial. A medida que decaía el imperio puramente feudal, se descompuso la unión de los países y los grandes vasallos se transformaron en príncipes casi independientes. Las ciudades libres, los caballeros del imperio formaron alianzas y guerreaban entre sí o contra los príncipes y el emperador. El poder imperial empezó a dudar de su propia misión y vacilaba entre los diferentes elementos constitutivos del imperio, perdiendo paulatinamente toda su autoridad; su intento de centralización a la manera de Luis XI²⁷ por mucha intriga y violencia que empleasen, no pudo más que salvar la unidad de los dominios imperiales de Austria. Los que salieron ganando

²⁷ Rey de Francia desde 1461 a 1483.

con esta confusión, en este sinnúmero de conflictos contradictorios, fueron los representantes de la centralización dentro de la fragmentación, es decir, los partidarios de la centralización local y provincial: los príncipes, en comparación con los cuales el mismo emperador no era ya sino otro príncipe más.

En estas circunstancias la situación de las clases sociales de la Edad Media había cambiado por completo y nuevas clases se habían formado al lado de las antiguas.

Los príncipes habían salido de la alta nobleza. Eran casi independientes del emperador y disfrutaban todos los derechos de soberanía. Declaraban la guerra y concluían la paz a su antojo. Entretenían ejércitos permanentes, convocaban las dietas, decretaban los impuestos. Mandaban ya sobre una parte de la pequeña nobleza y de las ciudades y se valían de todos los medios para incorporarse las restantes ciudades y baronías que aun dependían del imperio. Frente a estos obraron como centralistas, mostrándose anticentralistas frente al poder imperial. Sus métodos de gobierno eran bastante autoritarios. No convocaban los estados sino cuando ya no les quedaba otra Salida. Decretaban impuestos y negociaban empréstitos; raras veces reconocieron el derecho de los estados a aprobar los impuestos y aun menos dejaban que se ejerciese. Aun así el príncipe casi siempre obtenía la mayoría gracias al apoyo de los dos estados que, libres de tributos, disfrutaban del producto de los impuestos: los caballeros y los prelados. Las necesidades de los príncipes aumentaban con el lujo y la importancia de la vida cortesana, con los ejércitos permanentes y con los crecientes gastos de gobierno. La carga tributaria se hizo cada vez más abrumadora. Una gran parte de las ciudades estaban protegidas por sus privilegios; y toda la carga recaía de lleno sobre los campesinos, tanto sobre los dominiales de los propios soberanos como sobre los siervos de sus caballeros. Cuando no bastaba la imposición directa se añadió la indirecta; recurrieron a las maniobras más ingeniosas del arte financiero para llenar los vacíos del erario. Cuando ya no quedaba otro camino, habiendo empeñado lo que era posible empeñar, cuando todas las ciudades libres se negaban a conceder más crédito, los príncipes procedían a operaciones monetarias de las más sucias; acuñaban moneda mala e imponían un curso forzado, alto o bajo, según convenía al fisco. El tráfico con toda clase de privilegios, que se anulaban después de vendidos para volver a venderlos más caros. El aprovechamiento de todo intento de oposición como pretexto para toda

clase de incendios y saqueos, etcétera, constituían otras tantas fuentes de ingreso seguras y cómodas para los príncipes de aquella época. También la justicia era un negocio permanente y muy lucrativo. Los súbditos de entonces, que además de todo esto tenían que satisfacer la codicia personal de los corregidores y funcionarios de los príncipes, gozaban de todos los beneficios de aquel sistema de gobierno “paternal”.

La nobleza media había desaparecido por completo de la jerarquía feudal de la Edad Media; sus representantes, si no habían conquistado la independencia de los pequeños príncipes, habían tenido que engrosar las filas de la pequeña nobleza. La pequeña nobleza, los caballeros, decaían rápidamente. Una gran parte estaba ya completamente empobrecida. Sus miembros vivían al servicio de los príncipes como funcionarios civiles o militares; otros subsistían como vasallos sometidos a los príncipes y sólo una minoría dependía directamente del poder imperial. El desarrollo de la técnica militar, la importancia creciente de la infantería, el perfeccionamiento de las armas de fuego aniquilaron su poder guerrero reduciendo la eficacia de la caballería pesada y acabando con la fortaleza inexpugnable de sus castillos. El progreso de la industria hacia inútiles a los caballeros, lo mismo que a los artesanos de Núremberg. Sus pretensiones y necesidades económicas contribuyeron a su ruina. El lujo que en sus castillos reinaba, la suntuosidad de los torneos y fiestas, el precio de las armas y caballos aumentaban con los progresos de la civilización, mientras que los ingresos de los caballeros y barones apenas variaron. Andando el tiempo las guerrillas seguidas del indispensable saqueo e incendio, los asaltos y otras ocupaciones aristocráticas se hicieron demasiado peligrosas. Las contribuciones y servicios de los súbditos no producían más que antes. Para cubrir sus gastos crecientes los señores tuvieron que recurrir a los mismos expedientes que los príncipes. La opresión que ejercía la nobleza crecía de año en año. Los siervos eran explotados hasta la última gota de sangre, los nobles se valían de todos los pretextos para imponer nuevos tributos y servicios a sus vasallos. En contra de todo lo estipulado aumentaban la servidumbre personal, los pechos, censos, laudemios, derechos en caso de muerte, tributos de domicilio, etc. Se negaba o se vendía la justicia y cuando los caballeros no podían de este modo hacerse con el dinero de los campesinos, los echaban sin más ni más al calabozo exigiéndoles un rescate.

Las demás clases tampoco simpatizaban con la pequeña nobleza. Los nobles sujetos a vasallaje querían depender directamente del imperio mientras la nobleza independiente buscaba conservar su libertad. Menudeaban los litigios con los príncipes. El clero, cargado de riquezas, parecía a los caballeros una clase inútil; le envidiaban su enorme cantidad de bienes, sus tesoros acumulados gracias al celibato y a la constitución eclesiástica. Peleaban continuamente con las ciudades; les adeudaban dinero y se sostenían saqueando su territorio, despojando a sus mercaderes y exigiendo rescate a los prisioneros. La lucha de la nobleza contra todas estas clases tomó mayor violencia a medida que sus apuros financieros se hicieron más apremiantes.

El clero como representante ideológico del feudalismo medieval sufrió a su vez las consecuencias del camino histórico. La imprenta y las necesidades de un comercio más intenso habían acabado con su monopolio del leer y escribir e incluso con el de la instrucción superior. También en el terreno intelectual se produjo la división del trabajo. Los juristas –oficio recién creado– quitaron al clero una serie de posiciones de gran importancia. La mayor parte de éste se hizo inútil y lo reconoció y demostró con su pereza e ignorancia creciente. Pero al par que su inutilidad creció el número de clérigos atraídos por las enormes riquezas de la Iglesia, que aumentaban continuamente gracias a toda suerte de maniobras.

El clero se componía de dos clases completamente distintas. Su jerarquía feudal formaba la aristocracia de los obispos, arzobispos, abates, priores y demás preladados. Estos altos dignatarios de la Iglesia cuando no eran al mismo tiempo príncipes del imperio dominaban como señores feudales bajo la soberanía de otros príncipes grandes territorios con numerosos siervos y vasallos. No sólo explotaban a sus súbditos con tanta y más saña que la nobleza y los príncipes, sino que obraban de manera aun más desvergonzada. A la violencia añadieron todas las sutilezas de la religión, al horror de las torturas, los horrores de la excomunión, valiéndose de todas las intrigas del confesionario para arrancar a los súbditos hasta el último pfennig y aumentar la parte de la Iglesia en las herencias. La falsificación de documentos era el medio preferido que empleaban estos dignos hombres en sus estafas. Pero a pesar de percibir el diezmo además de los derechos feudales y censos corrientes no les bastaban todos estos ingresos.

Para arrancar más tributos al pueblo recurrieron a la fabricación de imágenes y reliquias milagrosas, a la comercialización de las peregrinaciones, a la venta de bulas, lo que con bastante éxito consiguieron durante algún tiempo.

En estos prelados y en su numerosa policía de monjes fortalecida por las numerosas campañas de excitación política y religiosa, se objetivó la ira popular así como el odio de la nobleza. Cuando eran soberanos independientes su presencia molestaba a los príncipes. La vida alegre de los ventripotentes obispos y abades y de su ejército de frailes despertaba la envidia de la nobleza y la indignación del pueblo que tenía que soportar los gastos; tanto mayor era esta indignación cuanto más la vida de estos señores estaba en contradicción manifiesta con sus predicaciones.

Los predicadores del campo y de las ciudades constituían la fracción plebeya del clero. Se hallaban al margen de la jerarquía feudal de la Iglesia y estaban excluidos del goce de sus riquezas. Su trabajo estaba menos controlado y —a pesar de su importancia para la Iglesia— era menos indispensable en aquel momento que los servicios policíacos de los monjes acuartelados. Eran, por lo tanto, bastante peor pagados; en su mayoría con prebendas exiguas. Gracias a su origen burgués o plebeyo habían conservado contacto con las masas y el conocimiento de sus condiciones de vida, a pesar de su oficio, les hacía simpatizar con la causa burguesa y plebeya. Los monjes, salvo contadas excepciones, no tomaron parte en los movimientos de la época; aquellos en cambio les dieron teóricos e ideólogos y no pocos murieron en el cadalso. El odio popular hacia los frailes raras veces se volvía contra ellos.

Si el emperador era el jefe de los príncipes y de la nobleza, el papa lo era de todos los curas. El emperador cobraba el “pfennig común”, los impuestos imperiales; el papa, los impuestos eclesiásticos con los que subvenía a los gastos de la suntuosa corte romana. En ningún país estos impuestos se recaudaban tan escrupulosamente y con tanta severidad como en Alemania gracias al número y a la influencia de los frailes.

Se mostraba un interés especial en cobrar las anatas²⁸ al traspasar un obispado. Con las necesidades crecientes se encontraron nuevos medios para sacar dinero: el comercio de reliquias, de absoluciones, la organización de jubileos, etc. Todos los años grandes sumas de dinero salían de

²⁸ Suma que se paga por un título, por lo honorífico de ciertos empleos y otras cosas. (Nota del editor.)

Alemania camino de Roma: la opresión creciente impulsó el odio contra los frailes, despertando el sentimiento patriótico, sobre todo de la nobleza, que era la clase más nacional. Al iniciarse el florecimiento comercial e industrial los habitantes de las primitivas ciudades medievales se habían dividido en tres ramas enteramente distintas.

Las familias patricias, los llamados “honorables” mandaban en las ciudades. Eran los más ricos. Ellos solos formaban el ayuntamiento y desempeñaban los cargos públicos. No se contentaron, pues, con administrar los caudales públicos, sino que los consumían.

Fuertes por su riqueza y por su condición aristocrática reconocida desde antiguo por el imperial podían despojar a sus conciudadanos como a los campesinos que dependían de la ciudad. Practicaban el acaparamiento del trigo y la usura apropiándose toda clase de monopolios y paulatinamente llegaron a privar a la comunidad de todos sus derechos sobre los montes municipales, explotándolos en su propio provecho; imponían arbitrariamente nuevos peajes y portazgos y traficaban con los privilegios corporativos y derechos de maestría y de ciudadanía, vendiendo la justicia. A los campesinos que vivían bajo su jurisdicción los trataban peor que la misma nobleza y los curas; los corregidores y funcionarios patricios en las aldeas añadieron a la dureza y a la codicia de los aristócratas cierta pedantería y rigor burocrático en la recaudación. La hacienda municipal así unida era administrada con suma arbitrariedad; la contabilidad era de pura fórmula y llevada a cabo con el mayor descuido y confusión posibles; las malversaciones eran frequentísimas. La facilidad con que una casta fortalecida por sus privilegios y vinculada por el parentesco y el interés pudo enriquecerse con los caudales públicos se comprende cuando se tienen en cuenta las numerosas defraudaciones que reveló el año 1848.

Los patricios habían procurado desvanecer los derechos de la comunidad, sobre todo en lo que tocaba a la hacienda. Más tarde, cuando las estafas de estos señores se hicieron intolerables, las comunidades se movilizaron por fin para reconquistar el control sobre la administración municipal, lo que efectivamente lograron en las demás ciudades. Pero gracias a las constantes luchas entre las corporaciones, gracias a la obstinación de los patricios y a la protección que hallaron cerca del poder imperial y en los gobiernos de las ciudades amigas, los concejales patricios pudieron muy pronto restaurar su régimen, ya por astucia, ya por violencia. Al principio del siglo XVI las comunidades se hallaban otra vez en la oposición.

Esta se dividía en dos ramas que se manifiestan claramente en la guerra campesina.

La oposición burguesa, precursora del liberalismo de nuestros días abarcaba a los burgueses ricos y medios como también a una parte de la pequeña burguesía que, según las circunstancias locales, era más o menos numerosa.

Sus reivindicaciones no rebasaban lo estrictamente constitucional. Pedían el control de la administración municipal y una representación en el poder legislativo por medio de la asamblea comunal o de la representación municipal (ayuntamiento, comisión gestora) querían limitar el favoritismo practicado con creciente desenfado por unas familias patricias en perjuicio del mismo patriciado. A lo sumo reivindicaban algunas concejalías para sus hombres de confianza. Este partido, reforzado de vez en cuando por la fracción descontenta de los patricios venidos a menos, tenía una mayoría abrumadora en todas las asambleas comunales ordinarias y en las corporaciones.

Los partidarios del ayuntamiento junto a la oposición radical no constituían más que una ínfima minoría de la verdadera burguesía.

Veremos como en el movimiento del siglo XVI esta oposición “moderada”, “legal” de gente “acomodada” e “inteligente” desempeña el mismo papel con igual resultado que su heredero, el partido constitucional en 1848 y 1849.

Esta oposición burguesa polemizaba violentamente contra los frailes cuyas costumbres disolutas la escandalizaban. Exigía medidas contra la vida escandalosa de estos dignos hombres. Quería acabar con la jurisdicción propia y la exención tributaria de los curas y pedía la restricción del número de monjas.

La oposición plebeya se componía de burgueses venidos a menos y de una multitud de vecinos excluidos del derecho de ciudadanía: oficiales, jornaleros y los numerosos brotes del *lumpenproletariat*²⁹ que se encuentran hasta en las etapas inferiores del desarrollo urbano. El lumpenproletariado en sus formas más o menos desarrolladas es un fenómeno común a todas las etapas de la civilización. En aquel tiempo el número de gentes sin profesión definida ni residencia fija estaba en aumento, pues al descomponerse el feudalismo aún reinaba una sociedad

²⁹ Proletariado andrajoso.

que dificultaba el acceso a todas las profesiones y esferas de actividad con un sinnúmero de privilegios. En los países civilizados jamás el número de vagos había sido mayor que en la primera mitad del siglo XVI. Un parte de estos vagabundos se alistaba en el ejercito en tiempos de guerra otros pedían limosna por las carreteras los restantes se ganaban su vida mísera realizando trabajos como jornaleros y en otros oficios que no estaban reglamentados por los gremios. Estas tres partes intervinieron en la guerra campesina: la primera en los ejércitos de los príncipes que aniquilaron a los campesinos, la segunda en las conjuraciones y en los grupos de campesinos armadas donde su influencia desmoralizadora se manifiesta en cada momento, la tercera en las luchas entre partidos en el interior de las ciudades. Por lo demás no se debe olvidar que una gran parte de esta clase y sobre todo los que vivían en las ciudades habían guardado un fondo de robustez campesina y se hallaban muy lejos de la venalidad y degeneración de nuestro lumpenproletariado civilizado.

Se ha visto que la oposición plebeya en las ciudades reunía los elementos más diversos. Al lado de los restos degeneradores de la vieja sociedad feudal y corporativa, empezó a manifestarse el elemento proletario –aun poco desarrollado– de la naciente sociedad burguesa. Unos eran compañeros de gremio empobrecidos a los que solamente el privilegio ligaba al orden vigente, otros eran campesinos desahuciados y criados despedidos que aun no podían ser proletarios. Entre ambos se hallaban los oficiales que, excluidos de la sociedad de entonces, se encontraban en una situación comparable a la del proletariado actual, teniendo en cuenta la diferencia entre la industria de hoy y la regida por el privilegio gremial. Pero al mismo tiempo y en virtud de este privilegio casi todos se consideraban como los futuros maestros burgueses. La posición política de esta mezcla de elementos habla de ser muy vacilante, variando según el lugar. Antes de la guerra campesina la oposición plebeya no toma parte en las luchas políticas como un partido autónomo. Aparece como un apéndice de la oposición burguesa, como un tropel de alborotadores aficionados al pillaje, cuya actuación o silencio se compra con algunas tubas de vino. Durante las insurrecciones campesinas por fin se forma un partido, pero entonces depende de los campesinos en sus reivindicaciones y en su actuación, lo que muestra hasta qué punto la ciudad aun dependía del campo. Cuando actúa en su propio nombre lo hace para pedir la creación en el campo del monopolio industrial de la ciudad se opone a toda disminución de los ingresos de la municipalidad, por la abolición de cargas

feudales en su territorio, en todo esto se muestra reaccionaria y se somete a sus propios elementos pequeño burgueses, lo que constituye un prelude característico de la tragicomedia que bajo el nombre de democracia viene representando desde hace tres años la actual pequeña burguesía.

Únicamente en Turingia, bajo la influencia directa de Münzer y en otros sitios gracias a sus discípulos, la fracción plebeya fue arrastrada por la tempestad general y el proletariado embrionario pudo momentáneamente imponerse a todos los demás elementos en lucha. Este episodio que constituye el punto culminante de la guerra campesina, simbolizado por la figura más gloriosa, Tomas Münzer, es también el más corto. Se comprende el pronto fracaso de este movimiento, las formas algo fantásticas que revistió, lo impreciso de sus reivindicaciones: no pudo encontrar una base firme en aquella época.

Todas estas clases, excepto la última oprimían a la gran masa de la nación: los campesinos. El campesino soportaba el peso integro de todo el edificio social: príncipes, funcionarios, nobleza, frailes, patricios y burgueses. El príncipe como el barón, el monasterio como la ciudad, todos le trataban como mero objeto, peor que a las bestias de carga. Como siervo, estaba entregado a su señor atado de pies y manos. Siendo vasallo, los servicios a que le obligaba la ley y el contrato eran ya suficientes para aplastarlo; pero todavía se las aumentaban continuamente. Durante la mayor parte del tiempo, debía trabajar en las fincas del señor; con lo que ganaba en sus ratos libres tenía que pagar los diezmos, censos, pechos,³⁰ tributos de guerra e impuestos regional e imperial. No podía casarse ni morir sin que cobrase algo su señor. Además de los servicios regulares, tenía que recoger paja, fresas, bayas, conchas de caracol, ayudar en la caza, cortar leña. etc., todo para el señor. La pesca y la caza pertenecían al señor; el campesino tenía que callar y resignarse mientras que la caza del amo destruía su cosecha. Los señores se habían apropiado de casi todos los montes comunales, pertenecientes a los campesinos. Lo mismo que de la propiedad, el señor disponía arbitrariamente de la persona del campesino y de la de su mujer e hijas. Tenía el derecho de pernada. Cuando quería mandaba encerrar a sus siervos en el calabozo donde los esperaba la tortura con la misma seguridad que el juez de instrucción les espera en nuestros días. Los mataba o los mandaba degollar cuando quería. No hay capítulo de aquella

³⁰ Impuesto que se pagaba al señor por los bienes que poseía el pechero, el que pagaba. (Nota del editor.)

edificante “Carolina”³¹ que trate “del desorejamiento”, “de la abscisión de narices”, “del vaciamiento de los ojos”, “de la cortadura de dedos y manos”, “de la decapitación”, “del suplicio de la rueda”, “de la hoguera”, “del atenazamiento”, “del descuartizamiento”, etc., que los señores protectores no hayan aplicado a sus campesinos. ¿Quién los iba a proteger? Los tribunales estaban compuestos por barones, frailes, patricios o juristas que no ignoraban la razón por la cual se les pagaba; pues todas las clases altas del imperio vivían de la explotación de los campesinos.

Bajo tan intolerable opresión estas rechinaban los dientes; sin embargo era difícil decidirles a la insurrección. Su división dificultaba en extremo todo acuerdo entre ellos. La costumbre secular de la sumisión transmitida de generación en generación y en muchas regiones la pérdida del hábito de usar armas, la dureza más o menos grande de la explotación que variaba según la persona del señor, contribuyeron a mantenerlos inmóviles. Durante la Edad Media nos encontramos con una multitud de insurrecciones locales, pero –por lo menos en Alemania– antes de la guerra campesina no hubo ninguna insurrección general de todos los campesinos. Mientras se les oponía el poder organizado de los príncipes, de la nobleza y de las ciudades unidas los campesinos no fueron capaces de lanzarse a una revolución por sí solos. Su única oportunidad de vencer hubiese sido mediante una alianza con otras clases; pero ¿cómo unirse con ellas, si todas las explotaban con igual saña?

Hemos visto que al comienzo del siglo XVI las diferentes clases del imperio, los príncipes, la nobleza, los prelados, los patricios, los burgueses, los plebeyos y los campesinos formaban una masa sumamente confusa con intereses divergentes y en todo contradictorios. Cada clase era un estorbo para la otra y se hallaba en lucha continua contra las demás. Aquella división de una nación entera en dos campos que existió en Francia al estallar la primera revolución y que hoy se manifiesta en una etapa superior en los países avanzados era completamente imposible en estas circunstancias; semejante división no se podía producir sino por la sublevación de la capa inferior de la nación, explotada por todas las demás clases: los campesinos y los plebeyos. La confusión que reinaba en los intereses, opiniones y tendencias de aquella época se comprenderá fácilmente recordando la confusión que en los últimos dos años resultó de la división actual, mucho más sencilla, de la nación alemana en aristocracia, burguesía, pequeña burguesía, campesinado y proletariado.

³¹ El código penal del emperador Carlos V (1519-1556).

II. LOS GRANDES GRUPOS DE OPOSICIÓN Y SUS IDEOLOGÍAS. LUTERO Y MÜNZER

La descentralización, la autonomía local y regional, la diversidad comercial e industrial de las provincias, la insuficiencia de las comunicaciones hacían imposible el agrupamiento en un conjunto de estas clases tan diversas, que no se realiza hasta difundirse las ideas revolucionarias político religiosas de la Reforma. Las clases que adoptan estas ideas y las que se oponen a ellas logran –aunque lenta y penosamente– la concentración de la nación entera en tres campos: el católico o reaccionario, el luterano, burgués-reformista y el revolucionario. El hecho de que esta división fuese poco consecuente hallándose en los dos primeros campos elementos en parte parecidos, se explica por el estado de descomposición en que se encontraban las clases feudales y por la descentralización que en regiones diferentes hizo reaccionar a la misma clase de diferentes maneras. Durante los últimos años hemos podido ver en Alemania tantos hechos parecidos que no nos puede sorprender la aparente confusión de clases y subclases en las condiciones mucho más embrolladas del siglo XVI.

A pesar de las experiencias de fecha reciente, la ideología alemana no quiere ver en las luchas que dieron al traste con la Edad Media sino una vehemente disputa teológica. Según dicen nuestros historiadores patrios y nuestros sabios de cátedra, las gentes de aquella época no hubiesen tenido motivo para reñir por las cosas de este mundo si se hubiesen podido poner de acuerdo sobre los asuntos celestiales. Estos ideólogos son bastante crédulos para tomar como buena moneda todas las ilusiones que una época tiene sobre si misma o que los ideólogos de una época se hacen sobre ella. En la revolución de 1789 esta misma gente no ve más que una discusión un tanto acalorada sobre las ventajas de la monarquía constitucional respecto a la monarquía absoluta; en la revolución de julio una controversia practica sobre lo insostenible del derecho divino; en la de febrero un ensayo de resolver la cuestión: ¿república o monarquía?, etc. Nuestros ideólogos no quieren saber nada de la lucha de clases que se decide en aquellos movimientos y que no hace más que expresarse superficialmente en la frase política que sirve de bandera. Lo siguen ignorando hoy día, cuando la noticia de tal lucha nos llega clara y distinta, no solamente del extranjero, sino también por el conducto de millares de voces proletarias en nuestro país.

También en las llamadas guerras religiosas del siglo XVI se trataba sobre todo de intereses materiales y de clase muy positivos y estas guerras fueron luchas de clase, lo mismo que más tarde los conflictos interiores en Inglaterra y Francia. El hecho de que estas luchas de clase se realizasen bajo el signo religioso, que los intereses, necesidades y reivindicaciones de las diferentes clases se escondiesen bajo la manta religiosa no cambia en nada sus fundamentos y se explica fácilmente teniendo en cuenta las circunstancias de la época.

La Edad Media se había desarrollado sobre la barbarie; había hecho tabla rasa de la civilización antigua, con su filosofía, política y jurisprudencia para empezar de nuevo. Del mundo antiguo no había recibido más que el cristianismo y una serie de ciudades en ruinas, despojadas de toda su civilización. La consecuencia fue que los curas obtuvieron el monopolio de la instrucción, como suele pasar en toda civilización primitiva y que la misma instrucción tenía un marcado carácter teológico. En manos de los curas la política, la jurisprudencia y todas las demás ciencias no pasaron de ser meras ramas de la teología a las que se aplicaban los principios de aquella: El dogma de la Iglesia era al mismo tiempo axioma político y los textos sagrados tenían fuerza de ley en todos los tribunales. Aun después de crearse el oficio independiente de los juristas, la jurisprudencia permaneció bajo la tutela de la teología. Esta supremacía de la teología en todas las ramas de la actividad intelectual era debida también a la posición singular de la Iglesia como símbolo y sanción del orden feudal. Es evidente que todo ataque general contra el feudalismo debía primeramente dirigirse contra la Iglesia, y que todas las doctrinas revolucionarias, sociales y políticas debían ser en primer lugar herejías teológicas. Para poder tocar el orden social existente había que despojarle de su aureola.

La oposición revolucionaria contra el feudalismo se manifiesta a través de toda la Edad Media. Según las circunstancias aparece como misticismo, herejía abierta o insurrección armada. En cuanto al primero se conoce hasta qué punto los reformadores del siglo XVI dependían de él. También Münzer le debe mucho.

Por una parte las herejías expresaban la reacción de los pastores patriarcales de los Alpes contra el feudalismo invasor (los valdenses);³² por otra, la oposición de las ciudades emancipadas del feudalismo (los

³² Herejía que aún subsiste en los valles apartados de los Alpes. Fue fundador de la secta Pedro Valdo (o Valdez) hacia 1170.

albigenses,³³ Arnaldo de Brescia),³⁴ etcétera; finalmente, la insurrección directa de los campesinos (Juan Ball),³⁵ etc. Prescindamos de la herejía patriarcal de los valdenses y de la insurrección de los cantones suizos como de un intento de forma y contenido reaccionarios para cerrar el paso a la evolución histórica y que sólo tuvo una importancia local.

En las dos restantes herejías medievales encontramos desde el siglo XII la huella de las divergencias que separan la oposición burguesa de la campesina y plebeya y que motivaron el fracaso de la guerra campesina. Estas divergencias subsistieron durante toda la segunda parte de la Edad Media.

La herencia de las ciudades –que es de cierto modo la herejía oficial de la Edad Media– se dirigía principalmente contra los curas, atacándolos por su riqueza y su influencia política. De igual modo que la burguesía de nuestros días pide un *“gouvernement a bon marche”*, un gobierno barato, los burgueses de la Edad Media pedían una *“eglise a bon marche”*, una iglesia barata. La herejía burguesa tenía la forma reaccionaria de toda herejía que en la evolución de la Iglesia y de su doctrina no quiere ver sino una degeneración. Exigía la restauración del cristianismo primitivo con su aparato eclesiástico simplificado y la supresión del sacerdocio profesional. Esta institución barata hubiera acabado con los monjes, los prelados, la curia romana, en una palabra con todo lo que la Iglesia tenía de costoso. Aunque protegidas por monarcas, las ciudades eran republicanas; en sus ataques contra el papado expresaron por primera vez que la república es la forma normal de la dominación burguesa. Su enemistad contra una serie de dogmas y preceptos de la Iglesia se explica por los hechos que ya hemos enumerado y por sus condiciones de vida en general. El mismo Boccaccio³⁶ nos da a conocer las razones que movieron a las ciudades a impugnar el celibato en tonos tan vehementes. Arnaldo de Brescia en Italia y Alemania, los albigenses en el sur de Francia, Juan Wycliffe,³⁷ en Inglaterra, Juan Hus y los calixtinos en Bohemia fueron los principales

³³ Herejía de los “buenos cristianos” enemigos de la Iglesia romana. Floreció en el sur de Francia (especialmente en la región de Tolosa), durante los siglos XII y XIII. El papa Inocencio III ordenó su exterminio.

³⁴ Siglo XII. Combatió el poder temporal de la Iglesia. Fue jefe de la revolución que proclamó la república romana, desterrando al papa. Murió en la hoguera.

³⁵ Fue ejecutado en 1381, después de aplastada la insurrección campesina en Inglaterra. A Ball se le atribuye el refrán: *“Cuando Eva hilaba, cuando araba Adán, ¿dónde estaba entonces el noble galán?”*

³⁶ Siglo XIV. En las novelas reunidas en el Decamerón describe la corrupción de costumbres que reinaba entre los curas y monjes.

³⁷ 1320-1384, reformador religioso que profesaba ideas comunistas.

representantes de esta tendencia. El hecho de que en estos casos la oposición contra el feudalismo no se manifestase sino como oposición al feudalismo eclesiástico, tiene su explicación en la independencia que ya habían logrado las ciudades, en tanto que el estado reconocido, que gozaba de privilegios y podía muy bien resistir al feudalismo secular por medio de las armas, por la decisión de sus asambleas.

Aquí, como en el sur de Francia, como en Inglaterra y Bohemia la mayor parte de la pequeña nobleza se solidariza con la herejía de las ciudades en la lucha contra los curas, lo que pone de manifiesto la dependencia en que las ciudades tenían la pequeña nobleza y a su comunidad de intereses frente a los príncipes y prelados. Esta alianza surgirá en la guerra campesina.

La herejía que expresaba los anhelos de plebeyos y campesinos y que casi siempre daba origen a alguna sublevación, tenía un carácter muy diferente. Hacía suyas todas las reivindicaciones de la herejía burguesa que se referían a los curas, al papado y a la restauración de la iglesia primitiva, pero al mismo tiempo iba mucho más allá. Pedía la instauración de la igualdad cristiana entre los miembros de la comunidad y su reconocimiento como norma para la sociedad entera. La igualdad de los hijos de Dios debía traducirse por la igualdad de los ciudadanos y hasta por la de sus haciendas; la nobleza debía ponerse al mismo nivel que los campesinos, los patricios y burgueses privilegiados al de los plebeyos. La supresión de los servicios personales, censos, tributos, privilegios, la nivelación de las diferencias más escandalosas en la propiedad eran reivindicaciones formuladas con más o menos energía y consideradas como consecuencia necesaria de la doctrina cristiana, cuando el feudalismo estaba en su auge. Esta herejía plebeya y campesina (p. e. la de los Albigenses) no se esperaba de la burguesía, pero durante los siglos XIV y XV se transforma en ideario de un partido bien definido, independiente de la herejía burguesa. Así Juan Ball, el predicador de la sublevación de Wat-Tyler en Inglaterra, aparece al margen del movimiento de Wycliffe como los taboritas al lado de los calixtinos en Bohemia. En el movimiento taborita se manifiesta ya bajo el ropaje teocrático esa tendencia republicana que a fines del siglo XV y al principio del XVI adquirió tanta importancia entre los representantes de los plebeyos alemanes.

Junto a esta forma de herejía existe la exaltación de las sectas místicas, los flagelantes, Lollards,³⁸ etc., que en los tiempos de opresión mantienen viva la tradición revolucionaria.

Los plebeyos eran la única clase que entonces se hallaba enteramente al margen de la sociedad existente. Se hallaban fuera de la comunidad feudal y de la comunidad burguesa. No tenían privilegios ni bienes; no tenían ni siquiera la propiedad gravada con cargas abrumadoras, de los campesinos y pequeños burgueses. Estaban desposeídos y sin derechos; en su vida normal ni siquiera entraban en contacto con las instituciones de un Estado que ignoraba hasta su existencia. Eran un símbolo viviente de la disolución de la sociedad feudal y corporativa y al mismo tiempo los primeros precursores de la moderna sociedad burguesa.

Así se explica que ya entonces la fracción plebeya no pudiera contentarse con combatir tan sólo al feudalismo y a la burguesía privilegiada de los gremios, sino que hubo de ir –por lo menos en su imaginación– mas allá de la propia sociedad burguesa apenas naciente y por qué esta fracción desposeída tuvo que renegar de ideas y conceptos que son comunes a todas las sociedades basadas en el antagonismo de clases. Las fantasías quiliásticas³⁹ del cristianismo primitivo ofrecían el punto de referencia oportuno. Pero la superación, no sólo del presente, sino también del porvenir, no podía ser más que forzada e imaginaria; al primer intento de realización tenía que volver a encerrarse en los estrechos límites que permitían las circunstancias de entonces. El ataque contra la propiedad privada, la reivindicación de la comunidad de bienes no podían dar más resultado que una simple organización de la caridad; la confusa igualdad cristiana podía a lo sumo traducirse por la burguesa igualdad ante la ley; la supresión de toda autoridad por fin se transforma en el establecimiento de gobiernos republicanos elegidos por el pueblo. La anticipación del comunismo en la imaginación condujo, en realidad, a una anticipación de la nueva sociedad burguesa.

Esta anticipación forzada de la historia posterior es muy explicable por las condiciones de vida de la fracción proletaria. En Alemania fue Tomas Münzer con su partido quien primero la llevo a cabo. Los taboritas habían tenido cierta comunidad de bienes quiliástica, pero tan sólo como medida

³⁸ Secta ascética inspirada por Wycliffe, muy poderosa en la Inglaterra del siglo XIV. Quería suprimir el celibato de los sacerdotes, la confesión auricular y las guerras que “servían a los reyes para enriquecerse, despojando a los pobres”.

³⁹ Creencia consistente en que un milagro divino –la vuelta de Cristo– inauguraría una era milenaria de felicidad comunista para los hijos de Dios en la tierra.

puramente militar. Pero en el caso de Münzer estos brotes de comunismo expresan los anhelos de toda una fracción de la sociedad; desde que él los formuló por primera vez con cierta claridad, los encontramos en todos los grandes movimientos populares hasta que por fin se unieron en el movimiento proletario moderno; tal como en la Edad Media las luchas de los campesinos libres contra la dominación feudal, cada vez más amenazante, se unió con la lucha de los vasallos y siervos por la destrucción total de esta dominación.

Mientras en el campo católico conservador se juntaron todos los elementos interesados en la conservación de lo existente, es decir, el poder imperial, los príncipes eclesiásticos y parte de los seculares, los nobles ricos, los prelados y el patriciado de las ciudades, la reforma luterana burguesa y moderada agrupa a los elementos pudientes de la oposición, la masa de la pequeña nobleza, la burguesía y hasta una parte de los príncipes seculares que querían enriquecerse incautándose de los bienes del clero y que aprovecharon esta oportunidad para lograr una mayor independencia frente al poder imperial. Los campesinos y plebeyos por fin formaron el partido revolucionario, cuyo portavoz más ardiente fue Tomas Münzer.

Por sus doctrinas, su carácter y su conducta Lutero y Münzer fueron los perfectos representantes de sus partidos.

De 1517 a 1525 Lutero cambió de igual modo que los constitucionalistas alemanes de 1846 a 1849 y como todos los partidos burgueses que colocados en un momento a la cabeza del movimiento se ven desplazados por el partido proletario o plebeyo que forma en su retaguardia.

Cuando en 1517⁴⁰ Lutero atacó por primera vez el dogma y las instituciones de la Iglesia católica, su oposición no tenía un carácter bien definido. Sin ir más allá de la antigua herejía burguesa no excluía tampoco ni podía excluir las tendencias más radicales. En el primer momento había que reunir todos los elementos de la oposición, había que demostrar la energía revolucionaria más decidida, había que representar a la totalidad de las herejías frente a la ortodoxia católica. En esto se parece a nuestros burgueses liberales, que en 1847 eran revolucionarios, se decían socialistas y comunistas y se entusiasmaban por la emancipación de la clase trabajadora. En este primer periodo Lutero dio libre curso a toda la vehemencia de su temperamento de campesino vigoroso.

⁴⁰ En las 95 tesis de Wittenberg que dieron comienzo a la Reforma.

“Si su furia (la de los curas romanos) debiese seguir, me parece sería el mejor consejo y remedio atajarla por la violencia, armándose reyes y príncipes para atacar a esta gente dañosa que al mundo entero envenena, y acabar con ella por las armas, no con palabras. ¿No castigamos a los ladrones con espada, a los asesinos con garrote, a los herejes con el fuego? ¿Por qué no atacamos pues a estos maestros de perdición cual son papas cardenales, obispos y toda la gentuza de la Sodoma romana? ¿Por qué no los atacamos con toda clase de armas y lavamos nuestras manos en su sangre?.”

Pero esta furia revolucionaria del principio terminó pronto. El rayo que Lutero había lanzado cayó en el polvorín. El pueblo alemán se puso en movimiento. De un lado los campesinos y plebeyos vieron en sus proclamas contra los curas en su sermón sobre la libertad cristiana la señal de la sublevación; del otro lado los burgueses moderados y una gran parte de la pequeña nobleza se unieron a él; y hasta algunos príncipes fueron arrastrados por la tormenta. Unos creyeron que había llegado el día de ajustar las cuentas a sus opresores, otros solo querían destruir el poder de los curas, la hegemonía romana y enriquecerse por la incautación de los bienes eclesiásticos.

Los partidos se separan y eligieron sus representantes. Lutero tuvo que escoger. El protegido del elector de Sajonia, el respetable profesor de la Universidad de Wittenberg que del día a la mañana se hizo célebre y poderoso, el gran hombre rodeado de lacayos y aduladores no vacilo ni un momento. Dejo caer a los elementos populares del movimiento para unirse al sequito burgués, aristocrático y monárquico.

Enmudecieron los llamamientos a la guerra de exterminio contra Roma. Ahora Lutero recomendaba la evolución pacífica y la resistencia pasiva.⁴¹ Cuando Hutten le invito a visitarle a él y a Sickingen en el castillo de Ebernburg que era el centro de la conspiración de la nobleza contra los curas y príncipes, Lutero le contestó:

“No quiero que el Evangelio se imponga por la violencia y vertiendo sangre. El mundo fue ganado por la palabra, la Iglesia por la palabra fue instituida y por la palabra renacerá y el Anticristo, habiéndolo conseguido todo sin violencia, caerá sin violencia”.

⁴¹ Véase p. e. “A la nobleza de la nación alemana” 1520 etc.

Desde que se realizó este cambio o mejor dicho desde que se definió la tendencia de Lutero, empezó el regateo de si se debían conservar o reformar tales y cuales dogmas e instituciones, principiaron aquellos repugnantes conciliábulos, concesiones, intrigas y convenios que dieron como resultado la “confesión de Augsburgo”, el estatuto de la iglesia burguesa reformada, logrado después de mucho intrigar. Es exactamente el mismo tráfico que últimamente se ha repetido hasta la nausea en las asambleas nacionales alemanas, las “asambleas de convenio”, “cámaras de revisión” y “parlamentos” de Erfurt. En estas negociaciones se manifestó el carácter cerrilmente burgués de la Reforma oficial. Lutero, como representante declarado de la reforma burguesa, tenía razones muy serias para predicar el progreso legal. La mayoría de las ciudades había aceptado la Reforma; también cundía entre la pequeña nobleza, una parte de los príncipes la acepto, los demás estaban indecisos. El éxito estaba casi asegurado, por lo menos en una gran parte de Alemania. Si seguía el desarrollo pacífico, las demás regiones no podían rebatir a la larga el empuje de la oposición moderada. Pero toda agitación violenta hubiese hecho estallar el conflicto entre el partido moderado y los extremistas plebeyos y campesinos; los príncipes, la nobleza y muchas ciudades se apartarían del movimiento y el partido burgués seria desplazado por los campesinos y plebeyos o la reacción católica aplastaría a todos los partidos del movimiento. Últimamente hemos tenido bastantes ejemplos de cómo los partidos burgueses cuando han conseguido algún pequeño éxito se empeñan en conservar por medio del progreso legal el equilibrio entre el Escila de la revolución y el Caribdis de la restauración.

Dadas las circunstancias políticas y sociales de aquella época todo cambio debía necesariamente redundar en provecho de los príncipes y aumentar su poder; la Reforma burguesa, cuanto más se separaba de los elementos plebeyos y campesinos, mas debía de caer bajo el dominio de los príncipes conformes con ella. El mismo Lutero terminó por ser su lacayo y el pueblo supo perfectamente lo que hacía cuando dijo que Lutero se había convertido en servidor de los príncipes como los demás y cuando lo apedreó en Orlamünde.

Al estallar la guerra de campesinos en regiones donde los príncipes y la nobleza eran en su mayoría católicos, Lutero trató de adoptar una actitud conciliadora. Arremetió contra los gobiernos atribuyéndoles la culpa de la insurrección por la opresión que ejercían. Según él los campesinos no eran los que oponían la resistencia, sino el mismo Dios. De otra parte, la

sublevación era también impía y contraria al Evangelio. Finalmente aconsejó a ambos bandos que se hicieran mutuas concesiones y se reconciliaran.

Pero a pesar de esta mediación benévola la insurrección se extendió rápidamente; en las regiones protestantes gobernadas por príncipes, señores o ciudades luteranas la sublevación arrolló a la Reforma burguesa y "razonable". En la misma Turingia, donde vivía Lutero, establecieron su cuartel general los más decididos insurgentes capitaneados por Münzer. Algunos éxitos más y Alemania entera ardía en llamas, Lutero era apresado –y tal vez “pasado por las baquetas” como traidor– y la Reforma burguesa arrastrada por la marea de la revolución campesina y plebeya. No había tiempo para vacilar. Frente a la revolución se olvidaron los viejos rencores; en comparación con las bandas de campesinos, los servidores de la Sodoma romana eran mansos corderos, inocentes hijos de Dios; burgueses y príncipes, nobles y curas, Lutero y el Papa se aliaron “contra las bandas asesinas de campesinos ladrones”.

“Hay que despedazarlos, degollarlos y apuñalarlos, en secreto y en público; ¡y los que puedan que los maten como se mata a un perro rabioso!”, gritaba Lutero.

“Por esto, queridos señores, oídme y matad, degolladlos sin piedad; y aunque muráis ¡cuán dichosos seréis! pues jamás podríais recibir una más feliz muerte. Nada de falsa piedad con los campesinos. Son como los insurgentes los que de ellos se apiaden, porque Dios no les tiene misericordia sino antes quiere verlos castigados y perdidos. Luego los mismos campesinos darán las gracias al Señor cuando tengan que entregar una vaca para poder disfrutar en paz de la que queda; por esta rebeldía los príncipes conocerán el espíritu de la plebe a la que no pueden gobernar sino por la violencia: Dice el sabio; *cibus onus et virgam asino*,⁴² al campesino corresponde paja de avena; si son insensatos y no quieren obedecer a la palabra que obedezcan a la “virga”, al arcabuz, y será para el bien de ellos. Deberíamos rezar para que obedezcan; y sino nada de conmiseración. Dejad que les hablen los arcabuces, sino será mil veces peor”.

⁴² Al asno, la cebada, la carga y el azote.

Exactamente igual hablaban nuestros filántropos burgueses y ex socialistas, cuando el proletariado les fue a reclamar su parte después de la victoria.

Con su traducción de la Biblia, Lutero había dado un instrumento poderoso al movimiento plebeyo. En la Biblia había opuesto el cristianismo sencillo de los primeros siglos al cristianismo feudal de la época; frente a la sociedad feudal en descomposición había descrito una sociedad que desconocía la jerarquía feudal, compleja y artificiosa. Este instrumento, los campesinos lo habían empleado a fondo contra los príncipes, la nobleza y los curas. Ahora Lutero lo volvió contra ellos y sacó de la misma Biblia la alabanza de las autoridades instituidas por la gracia de Dios, como ningún lacayo de la monarquía absoluta lo hizo jamás. La Biblia sirvió para justificar la monarquía por la gracia de Dios, la obediencia pasiva y hasta la servidumbre. Fue la negación no solo de la sublevación campesina sino de la rebeldía del mismo Lutero contra la autoridad espiritual y secular; la traición en beneficio de los príncipes no solo de la rebeldía popular sino del movimiento burgués.

(No hace falta nombrar la burguesía que últimamente nos ha dado nuevos ejemplos de esta traición de su propio pasado).

A Lutero, reformador burgués, oponemos a Münzer, revolucionario plebeyo.

Tomas Münzer nació en Stolberg, en la montaña del Harz, hacia el año 1498.⁴³ Parece que su padre murió ahorcado, víctima de la arbitrariedad de los condes de Stolberg. A la edad de 15 años, siendo alumno de la escuela de Halle, fundó ya una liga secreta contra el arzobispo de Magdeburgo y la Iglesia romana en general. Su erudición teológica le valió pronto el título de doctor y un puesto de capellán en un convento de monjas. Ya entonces trataba con el mayor desprecio el dogma y los ritos de la Iglesia, diciendo misa omitía las palabras de la transustanciación y como refiere Lutero, se comía los Dioses no consagrados. Estudiaba, sobre todo, los místicos medievales y particularmente los escritos quiliásticos de Joaquín Calabres.⁴⁴ En la Reforma y en la inquietud de la época Münzer veía el principio del nuevo reino milenarista, el juicio de Dios sobre la Iglesia degenerada y el mundo corrompido que había descrito el Calabres. Sus sermones lograron gran aplauso en la región.

⁴³ Probablemente ya en 1490 o 1493.

⁴⁴ De 1130 a 1202, anunció la venida de una nueva era de fraternidad cristiana.

En 1520 vino Zwickan como primer predicador evangélico. Allí se encontró con una de aquellas sectas de quiliastas exaltados que seguían existiendo en muchas regiones y bajo cuya humildad y retraimiento momentáneo se escondía la creciente oposición de las capas inferiores de la sociedad contra el vigente estado de cosas; ahora, al aumentar la agitación, salieron a la luz manifestándose con mayor firmeza. Eran la secta de los anabaptistas a cuya cabeza iba Nicolás Storch. Anunciaban el juicio final y el reino milenario; tenían “visiones, arrobamientos y el don de la profecía”. Pronto entraron en conflicto con el ayuntamiento de Zwickan; Münzer lo defendió a pesar de no identificarse con ellos y logró tenerlos bajo su influencia. El ayuntamiento inició una represión enérgica; los anabaptistas y Münzer con ellos tuvieron que abandonar la ciudad. Esto sucedió a fines de 1521.

Marchó a Praga donde intentó ganar terreno en contacto con los restos del movimiento husita. Pero las proclamas no tuvieron más efecto que obligarle a huir también de Bohemia. En 1522 se hizo predicador en Altstedt. Allí empezó a reformar el culto. Suprimió totalmente el uso del latín, antes de que Lutero se atreviese a hacerlo, dejando que se leyese la Biblia entera y no tan sólo las epístolas y evangelios de rigor en el culto dominical. Al mismo tiempo organizaba la propaganda en la región. El pueblo acudía de todas partes y Altstedt vino a ser el centro para Turingia entera del movimiento anticlerical popular.

Münzer seguía siendo el teólogo; sus ataques se dirigían casi exclusivamente contra los curas. Pero no propugnaba la discusión pacífica y el progreso legal como ya lo hacía Lutero, sino que siguió predicando la violencia, llamando a los príncipes sajones y al pueblo a la intervención armada contra los curas romanos.

“¿No dijo Cristo: he venido, no a traer la paz, sino la espada? ¿Y qué debéis hacer con aquella? Nada, sino alejar y separar a la gente ruin que se opone al evangelio. Cristo ordenó con gran severidad: (Luc. 18, 27). Apresad a mis enemigos y matadlos ante mis ojos... No os valgáis del vano pretexto de que el brazo de Dios lo debe hacer sin la ayuda de vuestra espada, que bien pudiera aquella enmohecerse en su vaina. Los que se opongan a la revelación divina, sean aniquilados sin piedad, como Hisquias, Ciro, Josías, Daniel y Elías destruyeron a los pontífices de Baal, la Iglesia cristiana no puede de otro modo volver a su origen. En tiempo de vendimia hay que arrancar las malas hierbas de la viña del señor. Dios ha dicho: (S.

Mois 7). “No tengáis compasión con los ídólatras, romped sus altares, destrozad sus imágenes y quemadlos para que no me enoje”.

Pero estos llamamientos a los príncipes no tuvieron éxito: mientras tanto la agitación revolucionaria crecía continuamente. Las ideas de Münzer se hicieron más precisas y más audaces. Münzer se separó de la Reforma burguesa y se hizo agitador político.

Su doctrina teológica y filosófica no sólo atacaba los principios del Catolicismo sino que se volvió contra el cristianismo en general. Bajo las formas cristianas Münzer enseñaba un panteísmo que tiene un parecido extraño con las teorías especulativas modernas acercándose algunas veces al ateísmo. Desechaba la Biblia en tanto que revelación única e infalible. La verdadera revelación, la revelación viviente es la razón humana que ha existido y existe en todos los pueblos. Oponer la Biblia a la razón significa matar el espíritu por la letra. El Espíritu Santo de que tanto habla la Biblia, no existe fuera de nosotros; el Espíritu Santo es la misma razón. La fe no es más que el despertar de la razón en el hombre; por eso también los paganos pueden tener la fe. La fe, la razón llamada a la vida, diviniza y santifica al hombre. El cielo no es de ultratumba, hay que buscarlo en esta vida; al creyente incumbe la misión de establecer este cielo, el reino de Dios, aquí sobre la tierra. Asimismo no hay cielo en el más allá, tampoco existe un infierno o condenación eterna. Y no hay más diablo que la codicia y concupiscencia de los hombres.

Cristo fue un hombre como nosotros, un profeta y maestro cuya cena no es más que una comida conmemorativa donde se toma pan y vino sin ningún adorno místico.

Esta fue la doctrina que Münzer disimulaba debajo de la fraseología cristiana detrás de la cual la nueva filosofía tuvo que esconderse durante algún tiempo. Pero a través de sus escritos aparecen sus principios archiheréticos, y se ve que el adorno bíblico le importaba mucho menos que a ciertos discípulos de Hegel en tiempos recientes; y sin embargo, los separaban tres siglos.

Su doctrina política procede directamente de su pensamiento religioso revolucionario y se adelantaba a la situación social y política de su época lo mismo que su teología a las ideas y conceptos corrientes. Si la filosofía religiosa de Münzer se acercaba al ateísmo, su programa político tenía afinidad con el comunismo; muchas sectas comunistas modernas en vísperas de la revolución de febrero no disponían de un arsenal teórico tan

rico como “los de Münzer” en el siglo XVI. En su programa el resumen de las reivindicaciones plebeyas aparece menos notable que la anticipación genial de las condiciones de emancipación del elemento proletario que apenas acababa de hacer su aparición entre los plebeyos. Este programa exigía el establecimiento inmediato del reino de Dios, de la era milenaria de felicidad tantas veces anunciada, por la reducción de la Iglesia a su origen y la supresión de todas las instituciones que se hallasen en contradicción con este cristianismo que se decía primitivo y que en realidad era sumamente moderno. Pero según Münzer este reino de Dios no significaba otra cosa que una sociedad sin diferencias de clase, sin propiedad privada y sin poder estatal independiente y ajeno frente a los miembros de la sociedad. Todos los poderes existentes que no se conformen sumándose a la revolución serán destruidos, los trabajos y los bienes serán comunes y se establecerá la igualdad completa. Para estos fines se fundará una liga que abarcará no sólo toda Alemania, sino la cristiandad entera; a los príncipes y grandes señores se les invitará a sumarse y cuando se negaren a ello la liga con las armas en la mano los destronará o los matará a la primera ocasión. Inmediatamente Münzer se puso a organizar esta liga. Sus predicaciones tomaron un carácter todavía más violento y revolucionario; con la misma pasión que mostraba en condenar a los curas, tronaba contra los príncipes, la nobleza y el patriciado y describía con colores sombríos la opresión presente comparándola con el cuadro fantástico de su reino milenario de igualdad social republicana. Además, publicaba un panfleto revolucionario tras otro y enviaba emisarios a todas partes, mientras el mismo organizaba la liga de Altstedt y sus alrededores.

El primer fruto de esta propaganda fue la destrucción de la capilla de Santa María en Mellerbach, cerca de Altstedt, con lo que se consiguió, el mandamiento:

“Destrozad sus altares romped sus columnas y quemad sus ídolos por el fuego, porque sois un pueblo santo” (Deut. 7, 5).

Los príncipes se trasladaron personalmente a Altstedt y llamaron a Münzer al castillo. Allí pronunció un sermón como nunca lo había oído de Lutero, esta “carne placida de Wittenberg” como le llamaba Münzer. Basándose en el Nuevo Testamento insistió en que se debía matar a los gobernantes despiadados y especialmente a los frailes y curas que trataban el evangelio como una herejía. Los impíos no tienen derecho a vivir, si no fuera por la misericordia de los elegidos. Si los príncipes no destruyen a

los impíos, Dios les quitara la espada, pues el poder sobre la espada pertenece a la comunidad. Los príncipes y grandes señores son la hez de la usura, del robo y del bandidaje; se apropian toda la creación; los peces en el agua, las aves en el aire y las plantas sobre la tierra les pertenecen. Y además de todo esto predicán a los pobres: “no robaras”, mientras ellos roban lo que pueden y explotan al campesino y al artesano; cuando cometen la menor falta los mandan colgar, y a la postre vendrá el doctor Mentiras⁴⁵ para dar su bendición y decir: Amen.

“Los mismos señores hacen que les odie el pobre. No quieren quitar la causa de la rebeldía. ¿Cómo podría esto mejorar a la larga? ¡Ay, señores, que bien estará esto cuando el Señor ande entre los viejos jarros con una barra de hierro! Y –como digo, seré rebelde. Y así estará bien.”⁴⁶

Este sermón lo entregó Münzer a la imprenta. El duque Juan de Sajonia desterró al impresor e impuso la censura del gobierno ducal de Weimar a todos los escritos de Münzer. Pero Münzer ni hizo caso de esta orden. En la ciudad libre de Mühlhausen mandó imprimir un panfleto sumamente violento.

Pidió al pueblo se manifestase “para que vean y entiendan todos cómo son nuestros caciques, aquellos sacrílegos que de Dios han hecho un hombruzuelo pintado”; y terminó con las siguientes palabras:

“El mundo entero tendrá que sufrir un gran trastorno; empezara tal revuelo que los sacrílegos serán precipitados de sus sitios y los humildes enaltecidos”.

Como lema “Tomas Münzer con el martillo” puso sobre la portada:

“Escucha: he puesto mis palabras en tu boca y te he colocado hoy por encima de las gentes y de los imperios, para que arranques, rompas, disperses y destruyas y para que plantes y construyas. Una muralla de hierro esta levantada entre los reyes, príncipes, curas y el pueblo. Que vayan a pelear aquellos, la victoria milagrosa será el ocaso de los tiranos impíos y brutales”.

Desde tiempo atrás la ruptura con Lutero y su partido era un hecho consumado. El mismo Lutero había tenido que aceptar muchas reformas eclesiásticas que Münzer había introducido sin consultarle. Observaba la

⁴⁵ Lutero.

⁴⁶ Compárese Zimmermann, “*Bauernkrieg*” II, pág. 75

actividad de Münzer con el recelo airado que siente un reformador moderado frente al empuje de un partido revolucionario. En la primavera de 1524 Münzer había escrito a este prototipo de filisteo y burócrata tísico, a Melanchton, que él y Lutero no entendían, nada del movimiento, que buscaban ahogarlo en la batería y pedantería bíblica y que toda su doctrina estaba podrida.

“Queridos hermanos, dejad la espera y las dudas, el tiempo urge, el verano está en la puerta. No hagáis amistad con los impíos, pues ellos impiden que la palabra obre con toda su fuerza. No aduléis a vuestros príncipes, si no queréis perecer con ellos. ¡Oh, sutiles doctores!, no os enfadéis, que no puedo obrar de otra manera”.

Varias veces Lutero desafió a Münzer a discutir con él en pública controversia; pero si este se encontraba dispuesto a la lucha abierta ante el pueblo, no tenía en cambio, el menor deseo de iniciar una lucha teológica ante el público parcial de la Universidad de Wittenberg. No quería “reservar el producto espiritual exclusivamente para la alta escuela”. Si Lutero era sincero ¿por qué no empleaba su influencia en hacer cesar las medidas arbitrarias contra el impresor y la censura de sus escritos, para poder decidir la lucha libremente por medio de la prensa?

Ahora, después de publicado aquel folleto revolucionario de Münzer, Lutero lo denunció públicamente. En su carta impresa “a los príncipes de Sajonia contra el espíritu rebelde” declaró a Münzer instrumento de Satán e invitó a los príncipes, interviniesen y expulsasen a los instigadores de la rebelión que no se contentaban con propagar sus malas doctrinas, sino que predicaban la insurrección y la resistencia violenta contra las autoridades.

El primero de agosto Münzer, acusado de fomentar manejos subversivos, tuvo que justificarse ante los príncipes reunidos en el palacio de Weimar. Se habían comprobado hechos sumamente graves; habían descubierto su liga secreta, conocían su intervención en las asociaciones de mineros y campesinos. Le amenazaron con el destierro. De regreso en Altstedt, supo que el duque Jorge de Sajonia pedía su extradición; se habían interceptado cartas escritas por él y en las que llamaba a los súbditos de Jorge a la resistencia armada contra los enemigos del Evangelio. Si no hubiese abandonado la ciudad el ayuntamiento lo hubiera entregado.

Entre tanto, la agitación creciente que reinaba entre los campesinos y plebeyos, había facilitado enormemente la propaganda de Münzer. Había encontrado agentes inestimables en la persona de los anabaptistas. Esta secta no tenía un dogma positivo bien definido, la aglutinaba la oposición contra todas las clases dominantes y el símbolo común del segundo bautismo. Hacían una vida severa y ascética; incansables, fanáticos e impávidos en la agitación, se habían agrupado más y más en derredor de Münzer. Excluidos por las persecuciones de toda residencia fija, corrían por Alemania, propagando en todas partes la nueva doctrina de Münzer, en la que encontraban la explicación de sus propias necesidades y deseos. Muchos fueron torturados, quemados o ejecutados, pero la valentía y la perseverancia de estos emisarios no conocían límites; y dada la creciente excitación del pueblo su actuación tuvo un éxito inmenso. Al huir de Turingia, Münzer encontró el terreno preparado cualquiera que fuese su ruta.

Cerca de Núremberg, a donde se dirigió inmediatamente, se acababa de ahogar en sus gérmenes una revuelta campesina. Münzer hizo una agitación solapada; y pronto aparecieron hombres que defendieron sus teorías más atrevidas sobre la intranscendencia de la Biblia y la vanidad de los sacramentos y declaraban que Cristo no era más que un hombre y que la autoridad secular era contraria a Dios. “*¡Allí anda el Satanás, el espíritu de Altstedt!*”, exclamó Lutero. En Núremberg, Münzer dio a la imprenta su respuesta a Lutero. No vaciló en acusarlo de adular a los príncipes y de apoyar a la reacción con su actitud ambigua. Sin embargo, el pueblo conquistará su libertad y al doctor Lutero le pasara lo que a un zorro capturado. El ayuntamiento mando recoger el panfleto y Münzer tuvo que abandonar la ciudad.

Atravesando Suabia se trasladó a Alsacia y a Suiza, regresando luego a la Selva Negra, donde la insurrección ya había estallado desde hacía algunos meses, acelerada en gran parte por la labor de sus emisarios anabaptistas. Este viaje de propaganda efectuado por Münzer merece haber contribuido en gran medida a la organización del partido popular, a la clara definición de sus reivindicaciones y a la insurrección general en abril de 1525. Entonces se manifiesta claramente la doble eficacia de Münzer frente al pueblo al que animaba empleando las frases del profetismo religioso que eran las únicas comprensibles para todos, y frente a los iniciados con los que podía hablar abiertamente de su tendencia final. Antes, en Turingia, había reunido un grupo de hombres decididos que

pertenecían al pueblo y a las capas inferiores del clero y los había colocado al frente de las asociaciones clandestinas, pero luego, en la Alemania del suroeste, el mismo se transforma en eje de todo el movimiento revolucionario. Establece relaciones entre Sajonia, Turingia y Franconia y Suabia hasta Alsacia y la frontera suiza; entre sus discípulos y jefes de su liga se encuentran agitadores como Hubmaier en Waldshut, Conrado Grebe en Zúrich, Francisco Rabmann en Griessen, Schappelar en Memmingen, Jacobo Wehe en Leipheim, el doctor Mantel en Stuttgart, que en su mayoría eran sacerdotes revolucionarios.

Münzer permanecía en Griessen cerca de la frontera suiza y desde allí corría a través del Hegau y Klettgau etc. Las persecuciones sangrientas de que los príncipes y señores asustados hicieron víctimas a esta nueva herejía plebeya, contribuyeron mucho a encender el espíritu de rebeldía y a fortalecer la unión. Después de cinco meses de agitación en la Alemania del sur, cuando la insurrección era inminente, Münzer regresó a Turingia, donde quería dirigir personalmente las operaciones y donde los encontraremos mas tarde.

Veremos como el carácter y la actuación de ambos jefes reflejará fielmente la actitud de sus respectivos partidos. Si la indecisión, el miedo ante la potencia, cada vez mayor, del movimiento, el servilismo cobarde de Lutero correspondió exactamente a la política vacilante y ambigua de la burguesía, la decisión, la energía revolucionaria de Münzer se refleja en la fracción más avanzada de los plebeyos y campesinos. Pero mientras Lutero se contentaba con expresar el pensamiento y los anhelos de la mayoría de su clase para conquistar una popularidad sumamente barata, Münzer, en cambio, se adelantó en todo a las ideas y reivindicaciones que en su época abrigaban los plebeyos y campesinos y con la elite de los elementos revolucionarios existentes constituyó un partido que en la medida en que estaba a la altura de sus ideas y de su energía no formaba sino una ínfima minoría de la masa sublevada.

III. LOS MOVIMIENTOS PRECURSORES DE LA GRAN GUERRA CAMPESINA ENTRE 1476 Y 1517

A los cincuenta años de haber sido aplastado el movimiento husita empezaron a manifestarse los primeros síntomas del naciente espíritu revolucionario de los campesinos alemanes. La primera conspiración de campesinos se originó en 1476, en el obispado de Witsburgo, país empobrecido a consecuencia de las guerras husitas y “por el mal gobierno, los numerosos tributos y prestaciones, las enemistades, guerras, incendios, matanzas, prisiones, etc.” y que continuaba siendo víctima del pillaje más vergonzoso por parte de los obispos, curas y nobles.

Un joven pastor y músico, Juan Boheim de Niklashausen llamado también “timbalero” y *Pfeiferhanslein*⁴⁷ se hizo profeta en el valle del Tauber. Contaba que la virgen María se le había aparecido y que le había ordenado quemase el timbal y dejase el baile y los placeres sensuales para exhortar al pueblo a la penitencia. Cada cual debía renunciar a sus pecados y al vano placer de este mundo, deshacerse de joyas y adornos y emprender una peregrinación a la virgen de Niklashausen para obtener el perdón de sus pecados.

En este primer precursor del movimiento nos encontramos con el mismo ascetismo que caracteriza todas las insurrecciones medievales de tipo religioso, como también en tiempos recientes el comienzo de todo movimiento proletario. Esta austeridad ascética, este postulado del renunciamiento de todos los placeres y diversiones, establece frente a las clases dominantes el principio de la igualdad espartana y constituye una etapa de transición necesaria, sin la cual la capa inferior de la sociedad nunca se podrá poner en marcha. Para desplazar su energía revolucionaria, para tener la conciencia de su posición hostil frente a los demás elementos de la sociedad, para concentrarse como tal clase, debe empezar por deshacerse de todo lo que pudiera reconciliarla con el orden establecido y renunciar a los pocos placeres que todavía le hacen soportable su vida mísera y que ni la presión más fuerte le podrá arrebatar. Por su forma fanática y violenta así como por su contenido, este ascetismo plebeyo y proletario se distingue fundamentalmente del ascetismo burgués, tal como lo predicaban la moral burguesa, luterana y los puritanos ingleses (que difieren de los Independientes y otras sectas más avanzadas) y que en el fondo no es más que la parsimonia burguesa.

⁴⁷ Juanito de la flauta.

Claro está que este ascetismo plebeyo y proletario pierde su carácter revolucionario en la medida en que el desarrollo de las fuerzas productivas modernas incrementa –hasta el infinito– el material disfrutable haciendo innecesaria la igualdad espartana, y al mismo tiempo la posición del proletariado en la vida social así como su carácter será más y más revolucionario. El ascetismo desaparece de entre las masas para refugiarse entre los sectarios que se transformaron ya sea directamente en avaricia burguesa, ya sea en una batería hipócrita que en la práctica no será más que la mezquina avaricia de los artesanos gremiales y burguesotes pedantes. No hace falta predicar el desprendimiento a la masa proletaria pues ya no le queda casi nada de que desprenderse.

La exhortación a la penitencia que hizo Pfeiferhänslein logró grandes aplausos; todos los profetas de la insurrección empezaban recitándola y en efecto, únicamente el esfuerzo violento, la renunciación repentina y total al género de vida acostumbrado eran capaces de galvanizar; esta masa campesina dividida y dispersa que había crecido en un ambiente de obediencia ciega. Empezaron las peregrinaciones a Niklasuhausen y aumentaron rápidamente.

Mientras más acudía el pueblo, más abiertamente el joven rebelde se pronunciaba sobre sus proyectos. La madre de Dios le había anunciado que desde entonces en adelante no debía haber emperador ni príncipe ni papa, ni otra autoridad espiritual o secular. Todos los hombres debían considerarse como hermanos, ganarse el pan con el trabajo de sus propias manos y nadie debía poseer más que el otro. Había que suprimir radicalmente los censos, pechos, servicios, peajes y otros tributos y garantizar en todas partes el libre disfrute de los bosques, del agua y de los pastos.

El pueblo acogió con simpatía este nuevo evangelio, la fama del profeta del “mensaje de Nuestra Señora” se extendió rápidamente. Los peregrinos afluyeron del Odenwald, del Mein, del Kocher y del Jaxt y hasta de Baviera, de Suabia y del Rin. Relataban los milagros que decían habían hecho, se arrodillaban ante él y lo veneraban como a un canto; peleaban para obtener las franjas arrancadas de su gorro, como si fueran reliquias y amuletos. Los curas se volvieron en balde contra él calificando su historia como un embeleso diabólico y sus milagros como un engaño infernal. La masa de los creyentes aumentaba rápidamente, la secta revolucionaria empezó a formarse, los sermones dominicales del pastor rebelde congregaban 40.000 personas y aun más.

Durante varios meses Pfeiferhänlein adoctrinó a las masas. Pero no pensaba limitarse a predicar. Tenía relaciones secretas con el cura de Niklashausen y con dos caballeros, Kunz de Thunfeld y su hijo, partidarios de la nueva doctrina y futuros jefes militares de la insurrección proyectada. Por fin, el domingo que precedió a la fiesta de San Kiliano y cuando creía tener las fuerzas suficientes dio la señal esperada.

“Y ahora, terminó su sermón, id a vuestras casas y pensad en lo que os anunció la santísima madre de Dios: el próximo domingo dejad que mujeres, niños y ancianos permanezcan en casa, pero vosotros, los hombres, vendréis a Niklashausen el día de Santa Margarita que es el próximo sábado, trayendo a vuestros hermanos y amigos, cualquiera que sea su número. Pero no vengáis con el bastón de los peregrinos, sino con las armas, la vela de los peregrinos en una mano, en la otra la espada o la alabarda: entonces la Santa Virgen os comunicará su voluntad”.

Pero antes de que llegasen las masas de campesinos, los jinetes del obispado fueron de noche a buscar al profeta insurrecto y lo llevaron al castillo de Witsburgo. El día convenido llegaron cerca de 34000 campesinos armados, pero la prisión de su jefe, les desanimó. La mayor parte se dispersó; los iniciados, capitaneados por Kunz de Thunfeld y su hijo Miguel, se reunieron cerca de 16.000 hombres y con ellos marcharon al castillo. El obispo les intimó a retirarse haciéndoles grandes promesas; pero apenas empezaron a separarse cuando les sorprendieron los jinetes del obispo, haciendo varios prisioneros. Dos de ellos fueron decapitados y Pfeiferhänlein fue quemado en hoguera. Kunz de Thunfeld huyó y no fue readmitido en el país hasta después de haber cedido todos sus bienes al obispado. Las peregrinaciones a Niklashausen continuaron durante algún tiempo hasta que finalmente desaparecieron.

Después de este primer intento Alemania permaneció tranquila durante largo tiempo. Únicamente al final del siglo empezaron otra vez las conspiraciones e insurrecciones campesinas.

No hablaremos aquí de la insurrección de los campesinos holandeses en 1491 y 1492 que finalmente fueron aplastados por el duque Alberto de Sajonia en la batalla de Heemskerk, tampoco nos ocuparemos de la sublevación de los campesinos en la abadía de Kempten en la alta Suabia, ni de la insurrección de 1497 en Frisia encabezada por Syaard y que fue reprimida por el mismo Alberto de Sajonia. Estas sublevaciones ya se

producen en regiones muy apartadas del teatro de la verdadera guerra campesina, ya no son sino luchas de campesinos libres que resisten al intento de imponerles la dominación feudal. Pasaremos directamente a las dos grandes conspiraciones que fueron el prelude de la guerra campesina: el Bundschuh⁴⁸ y el pobre Conrado. La misma carestía que había provocado la insurrección de los campesinos en los Países Bajos fue el motivo para que en 1493 se formara en Alsacia una liga secreta de campesinos y plebeyos a la que perteneció también gente de la oposición burguesa y que fue vista con simpatía hasta por una parte de la pequeña nobleza. El centro de la conspiración estaba en la región de Seleestado, Sulz, Dambach Rosheim, Scherweiler, etc. Los conjurados planearon tomar por sorpresa la fortaleza del Seleestado en cuanto tuvieran la fuerza suficiente y pensaban incautarse de los caudales de los municipios y de los conventos organizando desde allí la insurrección en Alsacia entera. La bandera que iban a desplegar en el momento de la insurrección llevaba bordada una bota de campesino con correas largas, el “Bundschuh” que durante los siguientes 20 años iba a ser el símbolo de las conspiraciones campesinas.

Los conspiradores celebraban sus reuniones de noche, sobre el monte Hungerberg desierto. La admisión de nuevos miembros se acompañaba de ceremonias misteriosas, amenazando a los traidores con penas severísimas. Sin embargo, el plan fue descubierto precisamente cuando se iba a dar el golpe contra el Seleestado, en la semana santa de 1493. Las autoridades intervinieron rápidamente deteniendo a muchos conjurados que fueron torturados y descuartizados o decapitados, los restantes fueron desterrados del territorio después de cortarles los dedos o las manos. Muchos huyeron a Suiza.

Pero esta primera dispersión no había liquidado al Bundschuh. Al contrario, siguió existiendo en secreto y los numerosos fugitivos que corrían a través de Suiza y Alemania del sur fueron otros tantos emisarios que hallando en todas partes la misma opresión y el mismo afán de sublevarse popularizaron el Bundschuh en todo el actual país de Baden.

La fortaleza y perseverancia que mostraron los campesinos de la Alemania del sur conspirando desde 1493 durante cerca de 30 años y removiendo todos los obstáculos que la vida de los campos oponía a una mayor centralización, la constancia que los movió a seguir conspirando después

⁴⁸ Bota con correas

de tantas dispersiones, derrotas y ejecuciones de sus jefes, hasta que por fin llegó el momento de la insurrección general, verdaderamente admirables.

En 1502 hubo indicios de agitación secreta entre los campesinos del obispado de Espira que entonces comprendía también la región de Bruchsal. Allí el Bundschuh se había reorganizado con notable éxito. Había 7000 hombres en la liga cuyo centro se hallaba en Untergrombach, entre Bruchsal y Weingarten y cuyas ramificaciones se extendían hasta orillas del Mein y del Rin, por todo el margraviato de Baden. Exigían que no se pagara censo ni diezmo, ni tributo ni peaje a los príncipes, nobles y curas; que se suprimiera la servidumbre; que se confiscaran los conventos y otros bienes eclesiásticos para repartirlos entre el pueblo y que no se reconociera a otro señor que al emperador.

Por primera vez los campesinos exigen la secularización de los bienes eclesiásticos en beneficio del pueblo y el establecimiento de una monarquía alemana única e indivisible; las reivindicaciones que la fracción avanzada de los campesinos y plebeyos reproducirá periódicamente desde aquel momento, hasta que Tomas Münzer transforme el reparto de los bienes eclesiásticos en su incautación en beneficio de la comunidad y la monarquía alemana en república única e indivisible.

Igual que el antiguo Bundschuh el nuevo tenía su sitio para celebrar las reuniones clandestinas, su juramento de guardar el secreto, su ceremonial de admisión y su bandera donde al lado de la bota figuraba la inscripción: ¡No pedimos sino la justicia de Dios! El plan de acción se parecía al de los Alsacianos; en un golpe de sorpresa se iba a tomar la ciudad de Bruchsal donde la mayoría de los habitantes pertenecía a la liga; allí se organizaría un ejército ligero que se enviaría a los principados vecinos formando un centro de reclutamiento ambulante.

El plan fue denunciado por un sacerdote al que uno de los conspiradores le había revelado en secreto de confesión. Inmediatamente los gobiernos tomaron sus medidas. Se concentraron tropas y se procedió a efectuar detenciones en masa. El emperador Maximiliano, el "último caballero" dictó los decretos más sanguinarios contra los "manejos criminales" de los campesinos. En algunos sitios hubo alborotos y conatos de resistencia armada; pero los grupos aislados de campesinos no resistieron mucho tiempo.

Algunos conspiradores fueron ejecutados, otros huyeron; pero el secreto fue guardado con tanto celo que la mayoría hasta de los mismos jefes pudo con toda tranquilidad permanecer en sus propias aldeas o por lo menos en los territorios vecinos.

Después de esta nueva derrota hubo otro espacio de tranquilidad aparente en la lucha de clases. En los primeros años del siglo XVI se forma en Suabia la liga del “pobre Conrado” probablemente en relación con los dispersos miembros del Bundschuh; en la Selva Negra el Bundschuh subsistió en algunos círculos pequeños; pasaron diez años hasta que un jefe campesino enérgico logró reunir los hilos dispersos en una gran conspiración. Ambos movimientos se produjeron sucesivamente durante los años 1513 a 1515, tan agitados, al mismo tiempo que la serie de las grandes insurrecciones de los campesinos suizos, húngaros y eslovenos.

Fue Joss Fritz de Untergrombach, fugitivo de la conspiración de 1502, antiguo soldado y carácter a todas luces eminente, quien restableció el Bundschuh en la región del alto Rin.

Después de su fuga había vivido en varios lugares entre el lago de Constanza y la Selva Negra y finalmente se había establecido en Lehen cerca de Friburgo en Brisgovia, donde se había hecho guarda forestal. Las actas de la instrucción contienen detalles interesantísimos sobre la actividad que desarrollo reorganizando la liga desde allí, obrando con gran acierto para hacer ingresar la gente más diversa. Gracias a los dones diplomáticos y a la extraordinaria perseverancia de este conspirador ejemplar le fue posible ganar a un sinnúmero de gentes de todas clases; caballeros, curas, burgueses, plebeyos y campesinos; y parece seguro que organizó al mismo tiempo varias conspiraciones.

A todos los elementos aprovechables los utilizaba con gran habilidad y acierto. Además de los emisarios iniciados empleaba a los vagabundos y mendigos para las misiones de menor importancia. Joss Fritz estaba en relación directa con los reyes de los mendigos y a través de ellos era dueño de toda la masa de vagabundos. Estos reyes de los mendigos desempeñan un papel importante en su conspiración. Fueron tipos sumamente originales; el uno corría por el país acompañándole una muchacha que decía tener heridas en los pies; pedía limosnas para ella. En su sombrero llevaba más de ocho medallas, los “catorce apotropeanos”, “Santa Odilia”, “Nuestra Señora”, etc.; tenía gran barba roja y un enorme bastón con puñal y puntilla. Otro que pedía en nombre de San

Valentín, vendía especias y sanguijuelas y llevaba un gabán largo, color de hierro, boina roja con el “Niño de Trento”, una espada y en el cinturón gran número de navajas y un puñal. Otros tenían heridas que conservaban abiertas artificialmente y vestían las correspondientes prendas extravagantes. Había por lo menos diez de ellos; por una remuneración de 2.000 florines iban a encender las llamas de la insurrección simultáneamente en Alsacia, en el margraviato de Baden y en Brisgovia. El día de la feria de Saverna se iban a encontrar en Rosen con 2000 hombres de los suyos, para colocarse bajo el mando de Jorge Schneider, ex capitán de lansquenetes que iba a dirigir la toma de la ciudad. Entre los verdaderos miembros de la liga se organizó un servicio de estafetas de un lugar a otro: Joss Fritz y Cristóbal de Friburgo, su principal emisario, iban a caballo de un sitio a otro y de noche pasaban revista a los nuevos reclutas. Las actas de instrucción dan una prueba más que suficiente de la enorme difusión de la liga a orillas del Rin superior y en la Selva Negra; contienen un sinnúmero de los lugares más diversos de aquella región. En su mayoría son oficiales artesanos; los demás son campesinos y también hay taberneros, algunos nobles, curas como el de Lehen y lansquenetes sin trabajo. Esta composición muestra el gran desarrollo que había adquirido el Bundschuh bajo la dirección de Joss Fritz; el elemento plebeyo de las ciudades empezaba a imponerse más y más. Las ramificaciones de la conspiración se extendía por toda Alsacia y Baden hasta Wurtemberg y hasta orillas del Mein. De vez en cuando se convocaban grandes asambleas sobre los montes apartados como el Kniebis, etc., para deliberar sobre los asuntos de la liga. Los jefes se reunían en el campo de Hartmatte cerca de Lehen asistiendo a la reunión los afiliados del lugar así como los delegados de otras aldeas; allí se aprobaron los diez artículos de la liga. No se reconocería a ningún soberano fuera del emperador y (según querían algunos) del Papa; la supresión de la justicia imperial, la limitación de la jurisdicción eclesiástica a los asuntos eclesiásticos: la suspensión del pago de todos los intereses, cuando los pagos efectuados llegaran a cubrir el capital; la limitación del interés al cinco por ciento; la libertad de caza, pesca, pasto y corte de leña; la prohibición a los curas de tener más de una prebenda; la incautación de los bienes eclesiásticos y tesoros de los monasterios en beneficio de la caja militar de la liga; la supresión de todos los tributos y tasas injustas; la paz eterna en toda la cristiandad; la intervención enérgica contra todos los adversarios de la liga; el establecimiento de un impuesto en favor de la liga; la conquista de la plaza fuerte de Friburgo –para servir de centro a la liga–; la iniciación de

negociaciones con el emperador tan pronto como estuvieran reunidas las tropas de la liga y negociaciones con Suiza en caso de negarse a escucharles el emperador. Estos fueron los puntos convenidos. En ellos se manifiesta claramente la forma cada vez más precisa y concreta de las reivindicaciones campesinas y plebeyas y se nota como al mismo tiempo fue necesario hacer concesiones de igual importancia a los moderados y a los tímidos.

La ofensiva estaba anunciada para el otoño de 1513. No faltaba más que la bandera y para encargarla Joss Fritz marchó a Heilbronn. Al lado de toda clase de emblemas e imágenes la bandera mostraba el Bundschuh y una inscripción que decía: "Señor, ayuda a tu justicia divina". Pero durante su ausencia se intentó prematuramente tomar por sorpresa la ciudad de Friburgo; el intento se descubrió a tiempo; algunas indiscreciones en la propaganda ayudaron al ayuntamiento de Friburgo y al margrave de Baden a descubrir la trama y la traición de dos de los conspiradores completó la serie de las revelaciones. El margrave, el ayuntamiento y el gobierno imperial de Ensisheim movilizaron a sus esbirros y soldados; se detuvo a varios miembros del Bundschuh que fueron sometidos al tormento y ejecutados; pero también esta vez escaparon los demás, entre ellos Joss Fritz. Los gobiernos suizos ahora persiguieron con gran violencia a los fugitivos y hasta ejecutaron a algunos; pero les sucedió lo que a sus vecinos; no pudieron impedir que la mayoría de los fugitivos permaneciese cerca de su antigua residencia y volviese a ella pasado algún tiempo. El que más se ensañó fue el gobierno alsaciano de Ensisheim, que mando degollar, torturar en la rueda y descuartizar a un gran número de fugitivos. Joss Fritz se estableció en la orilla suiza del Rin, haciendo frecuentes incursiones a la Selva Negra sin que fuese posible capturarlo.

Los suizos tuvieron razones serias para aliarse esta vez con los gobiernos vecinos en contra de los miembros del Bundschuh; lo demuestra la sublevación campesina que estalló el año siguiente —en 1514— en Berna, Solura y Lucerna y que tuvo como consecuencia la depuración de los gobiernos aristocráticos y del patriciado. Los campesinos lograron conquistar bastantes derechos. El éxito de estas insurrecciones locales fue debido únicamente a la falta de centralización que en Suiza era aún más absoluta que en Alemania. También en 1525 los campesinos pudieron liquidar a sus señores locales, pero sucumbieron ante los grandes ejércitos organizados de los príncipes que no existían en Suiza.

Al mismo tiempo que se organizaba el Bundschuh de Baden –y según parece en relación directa con el– se había tramado otra conspiración en Wurtemberg. Según las actas existió desde 1503. Como al disolverse el Bundschuh de Untergrembach este nombre se había hecho demasiado peligroso, tomaron el de pobre Conrado, Su sede central era el valle del Rems en la falda del monte Hohenstufen. Su existencia ya no era un secreto, por lo menos para el pueblo. Gracias a la opresión vergonzosa que ejercía el gobierno del duque Ulrico y con motivo de los altos de hambre que provocaron el estallido de 1513 y 1514 el número de miembros del Bunschuh había crecido rápidamente; las nuevas contribuciones sobre el vino, la carne y el pan y el impuesto sobre el capital que era de un pfennig anual por cada florín, hicieron estallar la revuelta. En primer lugar se iba a tomar la ciudad de Schorndorf donde los cabecillas del complot solían reunirse en casa del cuchillero Gaspar Pregizer. La insurrección estalló durante la primavera de 1514. 3000 campesinos (5000 según algunos) cercaron la ciudad, pero los servidores del duque les hicieron toda clase de promesas y los movieron a retirarse otra vez. El duque Ulrico acudió con 80 jinetes y como había prometido suprimir los nuevos impuestos encontró tranquilidad absoluta. Prometió asimismo convocar la dieta para que examinase todas las reclamaciones. Pero los jefes de la liga sabían perfectamente que Ulrico no quería sino aprovecharse de la tranquilidad momentánea para levantar y concentrar las tropas suficientes para poder faltar a su palabra y recaudar los impuestos por la fuerza. En vista de esto los jefes cursaron desde la casa de Gaspar Pregizer –la “cancillería del pobre Conrado”– las invitaciones a un congreso de la liga, encontrando en todas partes el apoyo de los emisarios. El éxito de la primera sublevación en el valle del Rems había contribuido a popularizar todavía más el movimiento; las invitaciones y los emisarios encontraron un terreno favorable y al congreso que se celebró el 28 de mayo en Untertürkheim acudieron numerosos delegados de todo Wurtemberg. Decidieron activar la agitación y en la primera ocasión, dar la batalla en el valle del Rems para desde allí propagar la insurrección. Mientras tanto Juan Bantel de Dettingen, antiguo soldado, y Juan Singer, de Würtingen, cultivador, muy estimado entre los suyos, llevaron a la liga la representación de la montaña de Suabia. La sublevación se desencadenó en todas partes. Si bien Juan Singer fue sorprendido y capturado, las ciudades Backnang, Winnenden y Markgronningen cayeron entre las manos de los campesinos aliados con los plebeyos y el país entero de Weinsberg hasta Blaubeuren y de allí hasta la frontera de Baden se

encontró en plena insurrección; Ulrico tuvo que ceder. Pero al mismo tiempo que convocó a la dieta para el día 25 de junio y escribió a las ciudades libres y príncipes vecinos pidiendo auxilio contra la insurrección que ponía en peligro a todos los príncipes, autoridades y patricios del imperio y que tenía “tan extraña semejanza con el Bundschuh”.

Entre tanto la dieta, es decir, los representantes de las ciudades y un gran número de campesinos que a su vez exigían una representación en ella, se fueron reuniendo en Stuttgart desde el día 18 de junio. Los prelados aun no habían llegado, los caballeros ni siquiera habían sido convocados. Los grupos de la oposición en la ciudad de Stuttgart y dos bandas de campesinos que amenazaban desde Loenberg y el valle del Rems apoyaron las reivindicaciones campesinas. Sus delegados fueron admitidos; se acordó destituir y castigar a los odiados consejeros del duque, Lamparter, Thumb y Lorcher y se decidió poner al lado del duque un consejo compuesto por cuatro caballeros, cuatro ciudadanos y cuatro campesinos, concediéndose un presupuesto fijo a la casa ducal e incautándose la dieta de los conventos y monasterios en beneficio del erario público.

A estos acuerdos revolucionarios el duque Ulrico opuso un golpe de estado. El día 21 de junio marchó a Tübingen con sus caballeros y consejeros, le siguieron los prelados; ordenó a los ciudadanos le siguieran igualmente, lo que hicieron. Allí continuaron las sesiones de la dieta pero sin los campesinos. Bajo la presión del terrorismo militar los burgueses traicionaron a sus aliados los campesinos.

El día 8 de julio se firmó el tratado de Tübingen que impuso al país el pago de cerca de un millón de deudas ducales y al duque unas cuantas restricciones de las que nunca hizo caso, mientras los campesinos debieron contentarse con unas cuantas promesas imprecisas y platónicas y una ley contra las asociaciones y rebeldía que –estas si– era bastante positiva. Naturalmente ya no se volvió a hablar de la representación campesina en la dieta. Las masas rurales se agitaron indignadísimas a causa de la traición. Pero el duque había reconquistado su crédito al encargarse los estados del pago de sus deudas; ya pudo levantar tropas y también sus vecinos, sobre todo el elector del Palatinado, le enviaron cuerpos auxiliares; antes de finalizar el mes de julio el tratado de Tübingen fue aceptado por el país entero que no tardó en prestar juramento. Sólo en el valle del Rems resistió el “pobre Conrado” estando a punto de matar al duque que había acudido otra vez personalmente; los campesinos

continuando su oposición establecieron su campo sobre el monte Kappelberg.

Pero al prolongarse esta situación la mayoría de los insurgentes se disperso por falta de víveres y los restantes también terminaron por marcharse a sus aldeas, engañados por un convenio ambiguo que firmaron con algunos delegados de la dieta. A despecho del convenio, Ulrico a cuyo ejército se habían incorporado las compañías voluntarias puestas a su disposición por las ciudades –que ahora después de conseguidas sus reivindicaciones se volvían fanáticamente contra los campesinos– atacó el valle del Rems saqueando ciudades y aldeas. Fueron detenidos 1600 campesinos. 16 fueron decapitados inmediatamente, a los demás se les impusieron grandes multas en beneficio de la hacienda ducal. Muchos tuvieron que permanecer en la cárcel durante largo tiempo. Se dictaron leyes severísimas para impedir la reorganización de la liga y toda reunión de campesinos; la nobleza de Suabia formó una liga con el solo fin de reprimir todo intento de sublevación Sin embargo, los caudillos del “pobre Conrado” habían podido refugiarse en Suiza de donde volvieron uno a uno, pasados algunos años.

Simultáneamente con el movimiento de Wartemberg se mostraron síntomas de nuevas perturbaciones debidas al Bundschuh en Brisgovia y en el margraviato de Baden. En el mes de junio se intentó una sublevación cerca de Bühl que fue sofocada en el acto por el margrave Felipe: el jefe Sebastián Cubel fue detenido en Friburgo y decapitado.

En la misma primavera de 1514 estalló la guerra de los campesinos en toda Hungría. Se habían hecho llamamientos a la cruzada contra los turcos, como siempre, prometiendo la libertad de los siervos y vasallos que se ofrecieran. Se reunieron 60.000 poniéndose bajo las órdenes de Jorge Dózsas que se había distinguido en las guerras anteriores contra los turcos y al que se concedió un título de nobleza. Pero los caballeros y magnates húngaros vieron con muy malos ojos esta cruzada que los iba a despojar de su propiedad, es decir, de sus servidores. Persiguieron a las bandas de campesinos e hicieron volver a sus siervos a la fuerza, maltratándolos. Al enterarse los cruzados de lo sucedido, estalló la rabia de los campesinos oprimidos. Lorenzo y Bernabé, los más ardientes predicadores de la cruzada encendieron con sus discursos revolucionarios el odio del ejército contra la nobleza. El mismo Dózsas se dejó llevar de la ira de sus tropas contra la nobleza traidora: los cruzados se constituyeron en ejército de la revolución y Dózsas se colocó a la cabeza de este nuevo movimiento.

Los campesinos acamparon en el campo de Rakos cerca de Pest. Comenzaron las hostilidades produciéndose escaramuzas con los partidarios de la nobleza en las aldeas cercanas y en los suburbios de Pest; pronto se trabaron combates y finalmente sobrevino la matanza general de todos los nobles que cayeron en manos de los campesinos, quemándose gran número de castillos. La corte amenazó en balde. Después de haberse ejecutado los primeros fallos de la justicia popular contra los nobles al pie de las murallas de la misma capital, Dózsas procedió a nuevas operaciones. Dividió su ejército en cinco columnas. Dos fueron enviadas a las montañas de la alta Hungría para sublevar al pueblo y exterminar a la nobleza. La tercera columna bajo las órdenes del ciudadano de Pest, Ambrosio de Szalepesi se quedó en Rakos para vigilar la capital: la cuarta y quinta columnas marcharon contra Szegedin conducidas por Dózsas y su hermano Gregorio.

Entre tanto, la nobleza se reunió en Pest y pidió auxilio a Juan Zapotya, voivoda de Transilvania.

Unida a los ciudadanos de Budapest, la nobleza derrotó y aniquiló al cuerpo que acampaba sobre el Rakos después de que Szalepesi se había pasado al enemigo con los elementos burgueses del ejército campesino. Un sinnúmero de prisioneros fue ejecutado de la manera más cruel, los restantes fueron enviados a sus pueblos después de cortarles las narices y las orejas.

Dózsas fracasó en Szegedin y marchó hacia Csanád ocupando la ciudad después de haber derrotado a un ejército de la nobleza bajo el mando de Batory Istvan y el obispo Csaky. Por las crueldades de Rakos, tomó represalias sangrientas en los prisioneros entre los cuales se hallaban el obispo y el tesorero real Teleki. En Csanád proclamó la república, la supresión de la nobleza, la igualdad ciudadana y la soberanía del pueblo; luego marchó a Temesvar donde Batory se había hecho fuerte. Pero mientras sitiaba esta fortaleza durante dos meses, recibiendo como refuerzo un nuevo ejército mandado por Antonio Hosszu, las dos columnas que operaban en la alta Hungría sucumbieron ante la nobleza en varias batallas y Juan Zapolya se aproximaba con las tropas de Transilvania. Zapolya atacó y dispersó a los campesinos; Dózsas fue apresado y asado en un trono de hierro candente, sus propios hombres tuvieron que comerlo vivo; sólo bajo esta condición se les perdonó la vida. Los campesinos dispersos se rehicieron bajo el mando de Lorenzo y Hossozu, pero sufrieron otra derrota y todos los que cayeron en manos de los enemigos

fueron empalados o ahorcados. Millares de cadáveres de campesinos colgaban al lado de las carreteras y a la entrada de las aldeas quemadas. Se dice que fueron cerca de 60.000 los que cayeron en la lucha y más tarde en las matanzas. En la siguiente reunión de la dicta la nobleza tuvo especial cuidado en hacer reconocer una vez más la esclavitud de los campesinos como ley básica del país.

En el origen de la insurrección campesina de Carintia y Estiria que estallo al mismo tiempo, estaba una conspiración parecida a la del Bundschuh que nació en el año 1503. Entonces ya se había provocado una insurrección en esta tierra expoliada por la nobleza y los funcionarios imperiales, devastada por las invasiones de los turcos y atormentada por el hambre.

En 1513, los campesinos eslovenos unidos a los alemanes de la región, levantaron otra vez la bandera de la Stara prava (de los derechos antiguos) pero en este año aún fue posible apaciguarlos; en 1514 se congregaron ya grandes masas, pero la promesa del emperador Maximiliano de restablecer los antiguos privilegios los movió a dispersarse otra vez.

Más violento fue el estallido en la primavera de 1515, cuando el pueblo, tantas veces engañado, busco su venganza por las arenas. Como en Hungría, destruyeron todos los castillos y conventos y los jurados de campesinos juzgaron y ejecutaron a los nobles capturados. En Estiria y Carintia el capitán imperial Dietrichstein logró apaciguar a los sublevados pero en Cacniola no fue posible dominarlos, hasta la conquista de la Rain (otoño de 1516), tomada por sorpresa y las numerosas atrocidades que luego cometieron los austriacos y que fueron el digno complemento de las infamias de la nobleza húngara.

Bien se comprende que después de una serie de derrotas decisivas y en vista de tantas atrocidades cometidas por la nobleza, los campesinos alemanes permanecieron tranquilos durante largo tiempo. Sin embargo no cesaron las conspiraciones y las sublevaciones locales. En 1516 volvió a Suabia y a los territorios del alto Rin la mayoría de los fugitivos afiliados al Bundschuh y al "pobre Conrado" y en 1517 el Bundschuh se había extendido otra vez por la Selva Negra.

El propio Joss Fritz que aún llevaba la vieja bandera de 1513 escondida sobre su pecho, corría por la Selva Negra desarrollando una gran actividad. La conspiración se organizó otra vez. Se volvieron a convocar las asambleas en el monte Kniebis. Pero no se guardó el secreto, se enteraron los gobiernos e intervinieron. Algunos, fueron capturados y ejecutados; los miembros más activos e inteligentes tuvieron que huir, entre ellos, Joss Fritz que logró escapar una vez más pero que según parece murió en Suiza poco tiempo después, ya que su nombre no vuelve a aparecer posteriormente.

IV. LA SUBLEVACIÓN DE LA NOBLEZA

Mientras aun duraba en la Selva Negra la represión de la cuarta conspiración del Bundschuh, Lutero dio en Wittenberg la señal para el movimiento que iba a arrastrar a todas las clases, conmoviendo hasta los fundamentos del imperio. Las "tesis" del monje agustino de Turingia cayeron como la chispa en el polvorín. Las múltiples y divergentes tendencias de los caballeros y de los burgueses, de los campesinos y de los plebeyos, de los príncipes que anhelaban la plena soberanía y de las capas inferiores del clero, de las sectas místicas clandestinas y de la oposición que formaban los escritores eruditos y satírico-burlescos, hallaron en estas tesis una expresión común alrededor de la cual se agruparon con una rapidez sorprendente. Por poco que durase esta alianza de todos los elementos de oposición, formada del día a la mañana, reveló de un golpe la enorme pujanza del movimiento y lo ayudó a progresar rápidamente.

Pero fue justamente este rápido desarrollo el que trajo consigo los gérmenes de discordia latentes, dividiendo de nuevo a los elementos opuestos por su forma de vida que componían esta masa bulliciosa, haciéndoles adoptar otra vez su acostumbrada actitud hostil. La concentración de las abigarradas masas de oposición en derredor de dos figuras centrales, no tardó en producirse; la nobleza y los burgueses estaban incondicionalmente de parte de Lutero; los campesinos y los plebeyos sin considerar a Lutero como un enemigo directo, formaban como antes, su propio partido de oposición revolucionaria. Pero ahora el movimiento era general y mucho más potente que antes de Lutero; ya existía la necesidad de una lucha directa entre ambos partidos que se enfrentaban abiertamente. Esta enemistad no tardó en manifestarse; Lutero y Münzer se combatían en la prensa y desde el púlpito, de igual modo que los ejércitos de los príncipes, caballeros y ciudades, compuestos en su mayoría por fuerzas luteranas o que por lo menos simpatizaban con el luteranismo, dispersaban las bandas de campesinos y plebeyos.

Hasta que punto divergían los intereses y necesidades de los diferentes elementos que habían aceptado la Reforma lo demuestra, ya antes de la guerra campesina, la intentona de la nobleza que deseaba conseguir sus objetivos frente a los príncipes y los curas.

Ya nos es conocida la posición que ocupaba la nobleza alemana al comienzo del siglo XVI.

Estaba a punto de perder su independencia frente a los príncipes de sangre y espirituales, cada día más poderosos. En la misma medida en que decaía, decaía también el poder imperial y el imperio se disolvía en varios principados autónomos. Según pensaba la nobleza, su decadencia iba a coincidir con el hundimiento de los alemanes en tanto que nació. La nobleza y especialmente la nobleza independiente, era la clase que más directamente representaba al imperio y al poder imperial tanto por su oficio militar como por su posición frente a los príncipes. Era la clase de mayor espíritu nacional; poderosa cuando lo era el imperio y los príncipes débiles y poco numerosos y Alemania estaba unida. Por esto la indignación de los caballeros ante la lamentable situación política de Alemania y ante la impotencia del imperio frente al extranjero que se acentuaba en la medida en que la casa imperial incorporaba al imperio una tras otra las provincias que había heredado. Las intrigas de las potencias extranjeras en el interior de Alemania, los complots que los príncipes alemanes tramaban contra el poder imperial con ayuda del extranjero, todo esto indignaba grandemente a los caballeros. La primera reivindicación de la nobleza tenía forzosamente que ser la reforma del imperio sacrificando a los príncipes y alto clero. Esta reivindicación fue formulada por Ulrico de Hutten, el representante teórico de la nobleza alemana, en unión de Francisco Siekingen, su representante militar y político.

Esta reforma del imperio que exigía en nombre de la nobleza, Hutten la había formulado de manera muy enérgica y radical. Pedía nada menos que la supresión total de los príncipes, la secularización de todos los principados y bienes eclesiásticos y el establecimiento de una democracia de los nobles con cabeza monárquica; es decir, aproximadamente lo que había sido en sus mejores días la difunta república polaca. Hutten y Siekingen creían que el gobierno de la nobleza, la clase eminentemente militar, el apartamiento de los príncipes, representantes de la división, el aniquilamiento del poder sacerdotal y la liberación de Alemania del yugo espiritual de Roma devolverían a Alemania su unidad, su libertad y su fuerza.

La democracia de los nobles basada en la servidumbre tal como existió en Polonia y en forma algo modificada durante los primeros siglos en los reinos conquistados por los germanos, es una de las formas más primitivas de la sociedad que en el curso normal de la evolución se transformó en

jerarquía feudal perfecta que marca una etapa muy superior. Esta democracia de los nobles era pues imposible en la Alemania del siglo XVI. Imposible, porque ya existían en Alemania grandes y poderosas ciudades. Por otra parte, no era posible aquella alianza de la pequeña nobleza con las ciudades que en Inglaterra logró la transformación de la monarquía feudal jerárquica en monarquía burguesa constitucional. En Alemania subsistía la nobleza antigua mientras en Inglaterra había sido exterminada en las guerras de la Rosa y sustituida por una nueva nobleza de origen y tendencia burgueses; en Alemania subsistía la servidumbre, las fuentes de ingreso de la nobleza tenían carácter feudal mientras en Inglaterra estaba casi abolida; allí la nobleza disfrutaba de la propiedad burguesa del suelo, su fuente de ingreso era la renta burguesa. Finalmente la centralización de la monarquía absoluta que en Francia existía desde los tiempos de Luis XI acentuándose progresivamente gracias, sobre todo, al antagonismo entre la nobleza y la burguesía, era totalmente imposible en Alemania por no existir casi ninguna de las condiciones para la centralización nacional.

Mientras más se empeñaba Hutten en realizar su ideal más concesiones tenía que hacer y menos contenido podía dar a su reforma del imperio. Por si sola no era la nobleza lo suficientemente poderosa para conseguir sus fines, lo demostraba su creciente debilidad frente a los príncipes. Había que conseguir aliados, y los únicos posibles eran las ciudades, los campesinos y los teóricos influyentes de la Reforma. Pero las ciudades conocían a la nobleza lo suficiente para no fiarse de ella y para negarse a todo compromiso. Los campesinos con mucha razón consideraban como su mayor enemigo a la nobleza que los explotaba y maltrataba. Y los grandes teóricos estaban de parte de los burgueses, de los príncipes o de los campesinos.

¿Qué promesa positiva podía hacer la nobleza a los burgueses y campesinos respecto a una reforma del imperio, cuyo principal objeto consistía en mejorar las condiciones de la propia nobleza? En sus escritos de propaganda Hutten no tuvo más remedio que hacer el silencio sobre todo lo que se refería a las relaciones entre la nobleza, las ciudades y los campesinos echando la culpa de todos los males a los príncipes, a los curas y a la influencia de Roma y tratando de convencer a los burgueses que era su interés permanecer, por lo menos, neutrales, en la lucha inminente entre los príncipes y la nobleza. Hutten no habla en absoluto de la abolición de la servidumbre y de los tributos que el campesino debía a la nobleza.

En aquel tiempo la posición de la nobleza alemana frente a los campesinos era idéntica a la de los nobles polacos frente a sus campesinos en las insurrecciones de 1830-1846. Igual que en las recientes insurrecciones polacas en la Alemania de entonces, el movimiento no podía vencer sino por una alianza de todos los partidos de la oposición y sobre todo, de la nobleza, con los campesinos. Precisamente esta alianza era imposible en ambos casos. La nobleza no se veía precisada a renunciar a sus privilegios políticos, a sus fueros feudales y a su jurisdicción sobre los campesinos; y los campesinos no podían sobre la base de unas perspectivas tan poco seguras, aventurarse a concluir una alianza con la nobleza que era precisamente la más oprimida. Lo mismo que en Polonia en 1830, en Alemania de 1522, la nobleza no podía ya atraerse a los campesinos. Tan sólo la abolición completa de la servidumbre y del vasallaje, el renunciamiento a todos los privilegios feudales hubiera hecho posible la unión de la población rural con la nobleza; pero la nobleza, como toda clase privilegiada, no tenía el menor deseo de renunciar voluntariamente a sus ventajas, a su superioridad y a la mayor parte de sus ingresos.

Al comenzar la lucha, los nobles se encontraron solos frente a los príncipes. Era evidente que los príncipes que durante dos siglos habían continuamente ganado terreno iban a aplastarlos también esta vez con gran facilidad.

El desarrollo de la lucha es conocido. Hutten y Sickingen que ya era el jefe militar y político reconocido de los nobles de la Alemania central, lograron constituir en el año 1522, en Landau una alianza sexenal de la nobleza de Renania, Suabia y Franconia, para fines de autodefensa, como decían. Con sus propios medios y con la ayuda de los caballeros vecinos. Sickingen concentró un ejército y organizó el reclutamiento en Franconia a orillas del bajo Rin, en los Países Bajos y en Westfalia; en septiembre de 1522 entabló las hostilidades desafiando al elector-arzobispo de Tréveris. Pero mientras sitiaban esta Ciudad los príncipes intervinieron rápidamente interceptándole sus aprovisionamientos. El landgrave de Hessen y el elector del Palatinado acudieron en auxilio del arzobispo y Sickingen tuvo que refugiarse en su Castillo de Landstuhl. A pesar de los esfuerzos de Hutten y de sus demás amigos, los nobles aliados lo abandonaron atemorizados por la acción rápida y eficaz de los príncipes; Sickingen gravemente herido entregó Landstuhl muriendo poco después.

Hutten tuvo que huir a Suiza y murió a los pocos meses en la isla de Ufenau en el lago de Zúrich.

Esta derrota aniquiló el poder de la nobleza como corporación independiente de los príncipes. Desde entonces la nobleza no aparece sino al servicio y bajo la dirección de aquellos. La guerra de los campesinos que estalló poco después la obligó todavía más a colocarse bajo la protección de los príncipes y al mismo tiempo demostró que la nobleza alemana prefería seguir explotando a los campesinos siendo dependiente, que vencer a los príncipes y curas formando alianza abierta con los campesinos emancipados.

V. LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS EN SUABIA Y FRANCONIA

Desde que Lutero movilizó a todos los elementos de oposición de Alemania con su declaración de guerra contra la jerarquía católica, no hubo año en que los campesinos no reprodujesen sus antiguas reivindicaciones. Desde 1518 hasta 1523 menudearon las insurrecciones locales de los campesinos en la Selva Negra y en la alta Suabia. A partir de la primavera de 1524 estas sublevaciones adquirieron un carácter sistemático. En abril de este año los campesinos de la abadía de Marchthal se negaron a prestar los servicios personales; en el mes de mayo los campesinos de Santa Blasa suspendieron el pago de los tributos feudales; en junio los campesinos de Steinheim cerca de Memmingen, declararon que no pagarían el diezmo ni los otros tributos; en julio y agosto se sublevaron los campesinos de Turgovia y fueron pacificadas, en parte, gracias a la mediación de los ciudadanos de Zúrich, y en parte, por la brutalidad de la confederación suiza que mandó ejecutar a varios jefes. Por fin se produjo una sublevación decisiva en el landgraviato de Stühlingen que marca el principio de la guerra de campesinos.

Del día a la mañana los campesinos de Stühlingen se negaron a prestar sus servicios al landgrave; se concentraron fuertes bandos que conducidos por Juan Müller de Bulgenbath, marcharon a Waldshut el día 24 de octubre de 1524. Allí fundaron una hermandad evangélica en unión de los habitantes de la ciudad. Los ciudadanos no tardaron en ingresar en la alianza pues ya se encontraban en conflicto con el gobierno austriaco por la persecución religiosa de que hacía víctima a su predicador Ba1tazar Hubmaier, amigo y discípulo de Tomas Münzer. Se les impuso una contribución de tres kreuzers semanales, una suma enorme en aquellos tiempos. Se enviaron emisarios a Alsacia, a orillas del Mosela y del alto Rin y a Franconia para hacer ingresar en la alianza a todos los campesinos, proclamándose como principal objetivo la supresión de la dominación feudal, la destrucción de todos los castillos y conventos y la supresión de toda soberanía fuera de la imperial. La bandera de la alianza era la tricolor alemana.

La insurrección se extendió rápidamente por toda la parte alta del actual país de Baden. El pánico se apoderó de la nobleza de Suabia cuyas fuerzas militares se hallaban casi todos ocupadas en Italia, luchando contra Francisco I de Francia. No le quedó otra salida que la de aplazar la decisión entablando largas negociaciones para procurarse entre tanto el dinero necesario para levantar tropas aguardando tener la suficiente fuerza para poder castigar a los insolentes campesinos con “el saqueo, el fuego y la Sangre”. Entonces dio comienzo aquella traición sistemática, la falta continua a la palabra dada, la perfidia consecuente por la cual los príncipes y la nobleza se distinguieron durante toda la guerra campesina y que fue su arma más eficaz frente a los campesinos descentralizados y de difícil organización. La liga de Suabia que abarca los príncipes, a la nobleza y a las ciudades imperiales del suroeste de Alemania se interpuso, pero sin dar garantías positivas a los campesinos. Estos siguieron en movimiento. Del 30 de septiembre a mediados de octubre Juan Miller de Bulgenbach atravesó la Selva Negra hasta Urach y Furtwangen aumentando sus efectivos hasta 3500 hombres con los que tomó posiciones cerca de Eratingen (no lejos de Stühlingen) La nobleza solo disponía de 1700 hombres y aun éstos se hallaban dispersos. Se vio forzada a negociar una tregua que por fin se concluyó en el campamento de Eratingen.

Prometieron a los campesinos la conclusión de un tratado directamente entre ambas partes o por intervención de un árbitro y el examen de sus quejas por el tribunal de Stockach.

Los campesinos se pusieron de acuerdo sobre 16 artículos cuya sanción iban a pedir al tribunal de Stockach. Eran sumamente moderados. La supresión del derecho de caza, de los servicios personales, de los tributos más abrumadores y de los privilegios señoriales en general, la protección contra las detenciones arbitrarias y contra los tribunales facciosos era todo lo que pedían.

Pero apenas los campesinos habían vuelto a sus hogares cuando la nobleza exigió el pago de todos los derechos objeto de litigio hasta que el tribunal se hubiera pronunciado. Como era natural los campesinos se negaron a efectuarlo remitiéndose al tribunal. El conflicto se reprodujo; los campesinos se reunieron de nuevo, los príncipes y señores concentraron sus tropas. Esta vez el movimiento se extendió a Brisgovia y hasta a una gran parte de Wurtemberg. Las tropas encabezadas por Jorge Truchsess de Waldburg, el duque de Alba de la guerra campesina, observaban a los campesinos y derrotaron a algunos grupos aislados que acudían como

refuerzos, pero sin arriesgar un ataque de conjunto. Jorge Truchsess negoció con los jefes campesinos logrando se firmase algún que otro convenio.

A fines de diciembre dieron comienzo las deliberaciones del tribunal de Stockach. Los campesinos protestaron contra la composición del tribunal, exclusivamente formado por nobles. Como contestación les leyeron el acta de nombramiento imperial. Las deliberaciones se prolongaron, mientras tanto, se armaban la nobleza, los príncipes y las autoridades de la liga de Suabia. El archiduque Fernando que además de sus reinos hereditarios de la Austria actual gobernaba a Wurtemberg, la Selva Negra y la Alsacia del sur ordenó se procediese con la mayor severidad contra los campesinos rebeldes. Había que capturarlos y matarlos sin piedad, había que perderlos como fuera, quemando y devastando sus bienes, arrojando del país a sus hijos y mujeres. Ya se ve como los príncipes y señores guardaban la tregua y que era lo que entendían por “mediación amistosa” y “examen de las quejas”. El archiduque Fernando al que la casa Welser de Augsburgo había otorgado un empréstito, se armó a toda prisa; la liga de Suabia decretó nuevos impuestos y alistamientos de tropas dando tres breves plazos para el cumplimiento de esta orden.

Todas estas sublevaciones coinciden con la estancia de Tomas Münzer que permaneció cinco meses en el sur. Aunque no existen pruebas directas de su intervención en el desencadenamiento y la marcha del movimiento, se puede comprobar indirectamente. Los más decididos de los revolucionarios campesinos eran en su mayoría sus discípulos y compartían sus ideas. Se les atribuían los doce artículos así como la carta de los artículos de los campesinos del sur aunque por cierto no fue él quien redactó los primeros. Cuando ya regresaba a Turingia hizo público un folleto revolucionario dirigido a los campesinos rebeldes.

Al mismo tiempo el duque Ulrico, expulsado de Wurtemberg desde 1519, estaba intrigando para entrar otra vez en posesión de su país con ayuda de los campesinos. Desde su expulsión trataba de utilizar el partido revolucionario al que ayudaba continuamente. Se halla su nombre en casi todas las revueltas locales que se produjeron entre 1520 y 1524 en la Selva Negra y en Wurtemberg; ahora se preparaba abiertamente a invadir Wurtemberg desde su castillo de Hohentwiel Pero los campesinos no hicieron sino aprovecharse de él; nunca tuvo influencia alguna sobre ellos y aun menos su confianza.

Así pasó el invierno sin que se registrasen hechos decisivos. Los grandes señores se escondieron y la sublevación de los campesinos ganó mayor extensión. En enero de 1525, el país entero, desde el Rin hasta el Danubio y el Lech estaba en plena efervescencia y en febrero se desencadenó la tormenta. Mientras las bandas de la Selva Negra y del Hegau, capitaneadas por Juan Müller de Bulgenbach conspiraban con Ulrico de Wurtemberg, participando algunas en su fracasada expedición contra Stuttgart (en febrero y marzo de 1525), los campesinos del Ried cerca de Ulm se sublevaron el 9 de febrero y se reunieron cerca de Baltringen en un campamento rodeado de terrenos pantanosos. Izaron la bandera roja y formaron la columna de Baltringen conducida por Ulrico Schmid que tenía 10.000 ó 12.000 hombres.

El día 25 de febrero el destacamento del alto Allgäu se concentró al lado del monte Schusser, con motivo del rumor de que las tropas marchaban contra los descontentos que también allí se habían manifestado. El 26 se reunieron los ciudadanos de Kempten que durante todo el invierno habían peleado con un arzobispo y se unieron a los rebeldes. Las ciudades de Memmingen y Kaufbeuren se agregaron al movimiento bajo ciertas condiciones; por primera vez se manifestó lo ambiguo de la posición que las ciudades ocupaban en esta lucha. El 7 de marzo fueron aprobadas en Memmingen los “doce artículos de Memmingen” vigentes para todos los campesinos del Alto Allgäu.

Con motivo de un mensaje llegado del Allgäu se formó el destacamento del Lago a orillas del lago de Constanza. También este destacamento se fortaleció rápidamente; tenía su cuartel general en Bermatingen.

Asimismo se levantaron en los primeros días de marzo los campesinos del bajo Allgäu, en la región de Ochsenhausen y Schellenberg, en Zeil y Waldburg que formaban los dominios de Truchsess. Este destacamento del bajo Allgäu que contaba con 7.000 hombres, acampaba cerca de Wurzach.

Los cuatro destacamentos aceptaron los artículos de Memmingen que además de ser mucho más moderados que los del Hegau denotaban una sorprendente falta de energía en todo lo que se refería al comportamiento de las bandas armadas frente a la nobleza y a los gobiernos. La decisión y la energía cuando no faltaron por completo no aparecieron sino en pleno transcurso de la guerra cuando los campesinos ya habían adquirido suficiente experiencia en cuanto a la actuación de sus enemigos.

Al mismo tiempo que se constituían estos destacamentos, se formó el sexto a orillas del Danubio. Todos los campesinos de la región, de Ulm y Donauwörth, de los valles del Iller, Roth y Biber se congregaron en Leipheim donde establecieron su campamento. De 15 pueblos habían venido todos los hombres capaces de llevar armas, otros 117 habían enviado fuertes contingentes. Jefe del destacamento de Leipheim era Ulrico Schön; actuaba como predicador el cura de Leipheim, Jacobo Wehe.

A primeros del mes de marzo había en los seis campamentos de 30.000 a 40.000 campesinos armados, procedentes de la alta Suabia. Los destacamentos se componían de elementos muy diversos. En todas partes el partido revolucionario de Münzer era la minoría. Sin embargo, constituía el eje y el principal sostén de las bandas de campesinos. La gran masa estaba siempre dispuesta a aceptar compromisos con los señores, con tal de que les hicieran aquellas concesiones que esperaban obtener por coacción al adoptar su actitud amenazante. Al prolongarse la lucha y cuando se aproximaban los ejércitos de los príncipes, los campesinos estaban hartos de guerra y la mayor parte de los que aun tenían algo que perder se marcharon a casa. Grandes masas de lumpemproletarios vagabundos se habían agregado a los destacamentos; su presencia hacía difícil el mantenimiento de la disciplina y sus frecuentes deserciones desmoralizaban a los campesinos. Así se explica que al principio los campesinos no saliesen de su actitud puramente defensiva; la desmoralización cundía entre ellos que aun prescindiendo de su insuficiente táctica y de la escasez de buenos jefes no hubieran podido estar a la altura de los ejércitos regulares.

Aun antes de haberse concentrado los destacamentos, el duque Ulrico desde el Hohentwiel invadió Wurtemberg con tropas mercenarias y algunos campesinos del Hegau. La liga de Suabia habría sido derrotada si del otro lado los campesinos hubiesen atacado a las tropas de Truchsess. Pero gracias a la actitud puramente defensiva de las bandas Truchsess logró concluir rápidamente un armisticio con los campesinos de Baltringen, del Allgäu y del Lago, entablando negociaciones y prometiendo someter el litigio a los tribunales el domingo de Judica (el 2 de abril). Mientras tanto pudo ocupar Stuttgart, marchar contra el duque Ulrico y obligarlo a abandonar de nuevo el territorio de Wurtemberg, el día 17 de marzo. Luego se volvió contra los campesinos, pero los lansquenets de su propio ejército se insubordinaron negándose a marchar contra ellos.

Por fin consiguió pacificar a los amotinados y trasladarse a Ulm –donde se concentraron nuevos refuerzos– no sin haber establecido un puesto de observación cerca de Kirchheim.

La Liga de Suabia que por fin tenía las manos libres después de concentrar las primeras tropas se quitó la careta declarando estar decidida a “resistir por las armas y con la ayuda de Dios a los intentos arbitrarios de los campesinos”.

Mientras tanto los campesinos observaban escrupulosamente el armisticio. Para la sesión del tribunal anunciada para el domingo de Judica habían redactado los famosos doce artículos que contenían sus reivindicaciones. Pedían la libre elección y destitución de los sacerdotes por la comunidad, la supresión del pequeño diezmo y la utilización del gran diezmo para fines públicos, después de pagados los haberes de los curas; además pedían la restricción de los servicios personales, tributos e hipotecas, la restitución de los montes comunales y particulares ocupados arbitrariamente, el restablecimiento de sus privilegios suprimidos y el cese de las arbitrariedades de la justicia y administración. Se ve que en las bandas campesinas prevalecía el criterio conciliador del partido moderado.

El partido revolucionario ya había establecido su programa en la carta de artículos. En esta carta abierta, dirigida a todos los campesinos los invitaba a ingresar en la “unión y hermandad cristiana” para acabar con todos los tributos sea por las buenas “lo que no parece posible”, sea por la violencia; al mismo tiempo amenazaba a los recalcitrantes con la “excomunión secular”, es decir, con excluirlos de la sociedad y de todo trato con los miembros de la unión. También había que incluir todos los castillos, conventos y fundaciones religiosas en la excomunión secular, en caso que los nobles, curas y frailes no las abandonaran voluntariamente, para vivir en casas ordinarias como los otros hombres, ingresando en la unión cristiana. Este manifiesto tan radical, redactado seguramente antes de la insurrección que estalló en la Primavera de 1325 trata, sobre todo, de la revolución, del aniquilamiento de las clases hasta entonces dominantes; la “excomunión secular” marca a los opresores y traidores a los que hay que matar, los castillos que han de ser quemados, los conventos y fundaciones que se han de confiscar y cuyos tesoros deben ser vendidos.

Pero antes de que los campesinos pudiesen someter sus doce artículos a los árbitros recibieron la noticia de la traición de la liga de Suabia y de la próxima llegada de las tropas. Sin tardar tomaron sus medidas. En

Geisbeuren celebraron una asamblea general los campesinos del Allgäu, de Baltringen y del lago. Los cuatro destacamentos se entremezclaron organizándose cuatro columnas nuevas y se acordó la incautación de los bienes eclesiásticos, la venta de las joyas en beneficio de la caja militar y la quema de los castillos. Así se impuso al lado de los doce artículos, la carta de los artículos, como regla de conducta de los beligerantes y el domingo de Judica, el día en que se iba a firmar la paz fue la fecha de la sublevación general.

La excitación creciente, los incesantes conflictos locales entre los campesinos y la nobleza, las noticias de la insurrección en la Selva Negra que crecía continuamente extendiéndose hasta el Danubio y el Lech bastan ampliamente para explicar la rapidez con que se sucedieron las sublevaciones campesinas en las dos terceras partes de Alemania. Pero la simultaneidad de todas estas sublevaciones parciales es prueba de que a la cabeza de los movimientos se hallaban personas que lo habían organizado por medio de emisarios, anabaptistas y otros. En los últimos días de marzo se produjeron disturbios en Wurtemberg, a orillas del Neckar, en el Odenwald y en la alta y media Franconia; pero ya antes se había fijado en todas partes la fecha del 2 de abril para llevar a cabo el levantamiento general y el golpe decisivo; la insurrección de las masas se produjo en la primera semana de abril. El día 1° de este mes los campesinos del Allgäu, Hegau y los del lago tocaron las campanas a rebato convocando asambleas de masa y llamando al campamento a todos los hombres capaces de llevar armas al mismo tiempo que los de Baltringen comenzaron las hostilidades contra los castillos y conventos.

En Franconia donde el movimiento se agrupaba alrededor de seis centros la insurrección estalló unánimemente en los primeros días de abril. Cerca de Nordlingen los campesinos constituyeron dos campamentos; con su ayuda triunfó en la ciudad el partido revolucionario cuyo jefe era Antonio Forner que fue nombrado alcalde; Nordlingen pasó al lado de los campesinos. En el territorio de Anspach los campesinos se sublevaron entre los días 1° y 7 de abril; desde allí la insurrección se extendió a Baviera. Cerca de Rottenburg los campesinos estaban en armas desde el 22 de marzo; en la ciudad de Rottenburg los pequeños burgueses y plebeyos acaudillados por Esteban de Menzingen derribaron al gobierno de los honorables el 27 de marzo; pero como las prestaciones de los campesinos constituían el principal ingreso de la ciudad, el nuevo gobierno, a su vez, adoptó frente a ellos una actitud vacilante y ambigua.

En el obispado de Witsburgo todos los campesinos y las pequeñas ciudades se sublevaron al principio del mes y en el obispado de Bamberg la insurrección general fue tan potente que a los cinco días el obispo se vio obligado a transigir. Y en el norte, en la frontera de Turingia se formó el gran campamento de Bildhansen.

En el Odenwald donde el aristócrata, ex canciller de los condes de Hohenlohe, Wendel Hipler y el tabernero de Ballenberg Jorge Metzler se habían puesto a la cabeza del partido revolucionario; el movimiento comenzó el 26 de marzo.

De todas partes los campesinos afluyeron a orillas del Tauber. A ellos se unieron 2000 hombres que procedían del campamento de Rottenburg. Jorge Metzler asumió el mando y el 4 de abril, después de llegar los refuerzos, marchó al monasterio de Schöntal donde se le unieron los del Neckartal. Su jefe era Jacklein Rohrbach,⁴⁹ tabernero de Böckingen cerca de Heilbronn. El domingo de Judica habían proclamado la insurrección en Fleim, Southeim, etc., mientras Wendel Hipler con algunos conjurados tomaba por sorpresa la aldea de Ohringen, arrastrando al movimiento a los campesinos de la región. En Schöntal ambas columnas, reunidas en el destacamento blanco aceptaron los doce artículos organizando expediciones contra los castillos y conventos. El destacamento blanco tenía 8.000 hombres y disponía de cañones y de 3.000 carabinas. Florian Geyer un caballero de Franconia se agregó y formó la “cuadrilla negra”, cuerpo de elite que se reclutaba, sobre todo, entre las milicias de Rottenburg y Ohringen. El conde Luis de Helfenstein gobernador de Neckarsulm, enviado por el gobierno de Wurtemberg, comenzó la lucha. Mandó pasar por las armas a todos los campesinos que cayeron entre sus manos. El destacamento blanco marchó contra él. Estas matanzas como también la noticia de haber sido derrotados los de Leipheim y muerto Jacobo Wehe, víctima de las numerosas crueldades de Truchsess, exacerbó a los campesinos. El conde de Helfenstein se había hecho fuerte en Weinsberg y allí fue atacado. Florian Geyer asaltó el castillo, la ciudad fue ocupada tras larga lucha y el conde Luis con varios caballeros fue hecho prisionero. Al día siguiente Jacklein Rohrbach y los más decididos de entre sus hombres juzgaron a los prisioneros. El conde y catorce de los suyos fueron sentenciados a ser “pasados por las baquetas”, la más ignominiosa muerte que se les podía dar. La toma de Weinsberg y la venganza terrorista que Jacklein tomó en el conde ejercieron el debido

⁴⁹ Jacobite

efecto sobre la nobleza. Los condes de Lowenstein ingresaron en la unión campesina y los de Hohenlohe que ya lo habían hecho, pero sin prestar los auxilios prometidos, enviaron inmediatamente la artillería y la pólvora exigida.

Los cabecillas deliberaron sobre la oportunidad de nombrar jefe a Gotz de Berlichingen “que podía ganar a la nobleza”. La proposición agradó; pero Florian Geyer que veía en este estado de ánimo de los jefes y campesinos el comienzo de la reacción se separó del destacamento y con su cuadrilla negra corrió por la región del Neckar y luego por la de Witsburgo quemando todos los castillos y destruyendo los nidos de los frailes.

El resto del destacamento marchó hacia Heilbronn. En esta poderosa ciudad libre, existía –como en todas partes– frente a los honorables, una oposición burguesa y otra revolucionaria. En cumplimiento de un acuerdo secreto con los campesinos esta última abrió en medio del tumulto las puertas de la ciudad a J. Metzler y Jacklein Rohrbach. Los jefes campesinos la ocuparon con sus hombres y la hicieron miembro de la hermandad que les pago 1.200 florines en dinero y puso a su disposición una compañía de voluntarios. Tan sólo saquearon las propiedades del clero y las de la orden teutónica. El día 22 los campesinos se marcharon otra vez dejando una pequeña guarnición. Heilbronn iba a ser el centro de los diferentes destacamentos que enviaron sus delegados para deliberar sobre la acción y las reivindicaciones comunes de los campesinos. Pero la oposición burguesa que desde la entrada de los campesinos se había aliado con los honorables predominaba otra vez en la ciudad impidiendo se tomasen medidas enérgicas y aguardando la llegada de los ejércitos monárquicos para traicionar definitivamente a los campesinos.

Los campesinos se acercaron al Odenwald. El 24 de abril Gotz de Berlichingen que pocos días antes se había ofrecido al elector del palatinado y luego a los campesinos para volver a ofrecerse al elector, tuvo que ingresar en la hermandad evangélica y asumir el mando del destacamento blanco (en contraposición al negro de Florian Geyer). Pero al mismo tiempo era prisionero de los campesinos que desconfiaban de él, lo vigilaban y no le dejaban tomar decisiones sin la previa autorización de los cabecillas. Pasando por Buchen Götz y Metzler marcharon a Amorbach donde permanecieron del 30 de abril hasta el 5 de mayo propagando la insurrección por toda la región de Maguncia. Obligaron a la nobleza a seguir el movimiento por lo cual se salvaron los castillos y únicamente los conventos fueron saqueados y quemados.

El destacamento se había desmoralizado progresivamente: los más enérgicos se habían marchado con Florian Geyer o con Jacklein Rohrbach que también se había separado después de la toma de Heibronn probablemente porque el juzgador del conde de Helfenstein no podía ya formar parte de un destacamento que quería llegar a un acuerdo con la nobleza.

Este afán de reconciliarse con la nobleza era ya en si una prueba de desmoralización. Poco después Wendel Hipler propuso una reorganización muy conveniente; había que alistar a los lansquenetes que se ofrecían diariamente y renunciar a renovar los efectivos, como se venía haciendo hasta entonces, reclutando nuevos contingentes todos los meses y licenciado los antiguos. Al contrario, había que guardar los hombres bastante expertos que ya estaban haciendo su servicio. Pero la asamblea comunal desechó ambas proposiciones. Los campesinos envanecidos por los éxitos, consideraban la guerra como una mera expedición de pillaje y la competencia de los lansquenetes no era como para agradarles. En cambio, querían reservarse el derecho de volver a casa cuando se hubieran llenado los bolsillos. En Amorbach el concejal Juan Berlín llegó incluso a hacer aprobar por los cabecillas y consejeros del destacamento la llamada “declaración de los dote artículos”, un documento en el cual se habían suavizado hasta las últimas asperezas de los doce artículos, atribuyendo a los campesinos un lenguaje de humilde suplica. Pero esta vez la cosa fue demasiado fuerte; en medio de un gran escándalo los campesinos desecharon la declaración, conservando sus primitivos artículos.

Mientras tanto, se había producido un cambio decisivo en el obispado de Witsburgo pidiendo auxilio –aunque en balde– a todos sus vecinos. Por fin se había visto forzado a transigir momentáneamente. El 2 de mayo se reunió la Dieta, en la que tenían representación los campesinos; pero, antes de llegar a ningún acuerdo, se interceptaron algunas cartas que revelaron los manejos y la traición episcopal. La Dieta se disolvió inmediatamente y se entabló la lucha entre las ciudades sublevadas, los campesinos y la gente del obispo. El 5 de mayo, el obispo huyó a Heidelberg; al día siguiente, Florian Geyer con la cuadrilla negra llegó a Witsburgo, y con él el destacamento de Franconia venido del Tauber, formado por los campesinos de Mergentheim, Rottenburg y Anspach. El día 7, llegó Götz, de Berlichingen, con el destacamento blanco; en seguida empezó el sitio de Frauenberg.

Desde fines de marzo y comienzo de abril se había formado otro destacamento en la región de Limpurg. Ellwangen y Hall. El de Gaildorf, o destacamento blanco, común, se manifestó con gran violencia, sublevando la región entera y quemando muchos conventos y castillos, entre ellos el castillo de Hohenstaufen. Obligo a todos los campesinos a unirse y forzó a todos los nobles a ingresar en la hermandad cristiana.

A principio de mayo, hizo una incursión en Wurtemberg, siendo rechazado. Entonces, como en 1848, el particularismo de los pequeños estados de Alemania no permitía una acción concertada de revolucionarios que pertenecían a diferentes estados. Limitados a un territorio reducido, los campesinos Gaildorf tuvieron forzosamente que disgregarse, una vez vencidos todos los obstáculos en este territorio. Se pusieron de acuerdo con la ciudad de Gmünd y se dispersaron, dejando tan sólo 500 hombres armados.

A fines de abril se habían formado bandas de campesinos en el Palatinado, a ambas orillas del Rin. Destruyeron muchos castillos y conventos; el 1º de mayo tomaron Neustadt del Hardt; los de Buchrain, que habían atravesado el Rin, habían ya impuesto un tratado a la ciudad de Espira. Con las escasas tropas del elector, el mariscal de Saverna no pudo nada contra ellos y, el 10 de mayo, el elector tuvo que firmar un tratado con los insurgentes, en el cual les prometía que la dieta acabaría con los motivos de sus quejas.

En algunas regiones de Wurtemberg, la insurrección había estallado muy pronto. En febrero, los campesinos de los montes de Urach habían formado una alianza contra los curas y grandes señores; a fines de marzo se sublevaron los campesinos de Blaubeuren, Urach, Münsingen, Balingen y Rosenfeld. Las bandas de Gaildorf invadieron el territorio de Wurtemberg, cerca de Göppingen; las de Jacklein Rofnbach, cerca de Brakkenheim, y los restos del destacamento derrotado de Leipheim entraron cerca de Pfullingen, sublevando a la población campesina. En otras regiones se produjeron también serios disturbios. El 6 de abril, Pfullingen tuvo que capitular ante los campesinos. El gobierno del archiduque austriaco estaba en situación muy comprometida. Carecía en absoluto de dinero, sus tropas eran escasas. Las ciudades y aldeas se hallaban en condiciones malísimas; no tenían guarnición ni municiones. La misma fortaleza de Asperg estaba casi desamparada.

El intento del gobierno de movilizar los contingentes de las ciudades contra los campesinos fue la causa de su derrota momentánea. El 16 de abril, el contingente de Bottwar se negó a salir y, en vez de ir a Stuttgart, marchó al monte Wunnenstein, cerca de Bottwar, en donde forma el núcleo de un campamento de campesinos y ciudadanos que creció rápidamente. El mismo día estalló la sublevación del Zabergau; el monasterio de Maulbronn fue saqueado y un gran número de conventos y castillos quedaron totalmente destrozados. Los campesinos del Zabergau recibieron refuerzos del pueblo cercano de Bruchrain.

A la cabeza de las bandas del Wunnenstein se puso Matern Feuerbacher, concejal de Bottwar, uno de los jefes de la oposición burguesa que estaba comprometido lo suficiente para verse obligado a ir con los campesinos. Sin embargo, nunca depuso su actitud sumamente moderada, impidiendo la aplicación de la carta de los artículos en lo que se refería a los castillos y buscando siempre la conciliación de los campesinos con la burguesía moderada. Impidió la unión de los campesinos de Wurtemberg con el destacamento blanco: determinó a los de Gaildorf a que abandonasen el territorio.

El día 19 de abril fue destituido por sus tendencias burguesas; pero al día siguiente volvieron a nombrarle capitán. Era insustituible, y el mismo Jäcklein Rohrbach, cuando el día 22, con 200 hombres decididos, se unió a los de Wurtemberg, no tuvo más remedio que dejarlo en su puesto, limitándose a vigilar estrechamente su actuación.

El 18 de abril, el gobierno intentó negociar con los campesinos del Wunnenstein. Los campesinos insistieron en hacerle aceptar los doce artículos, pero esto no lo podían consentir los delegados. El destacamento se puso en marcha.

El día 20 llegó a Lauffen, donde rechazó por última vez las proposiciones del gobierno.

El 22, los 6.000 hombres habían llegado a Bietigheim, amenazando a Stuttgart. Casi todos los concejales que constituían el ayuntamiento de esta ciudad habían huido, siendo sustituidos por una comisión de ciudadanos. Entre estos existían las divergencias de siempre entre los honorables, la oposición burguesa y los plebeyos revolucionarios. El 25 de abril, estos últimos abrieron las puertas de Stuttgart, que fue inmediatamente ocupado por los campesinos. Allí se llevó a cabo la organización del destacamento blanco cristiano —que fue el nombre, que

tomaron los campesinos— y se fijaron las reglas para la paga de los combatientes y el reparto del botín y del rancho. También se incorporó una compañía, compuesta por vecinos de Stuttgart, mandados por Theus Gerber.

El 29 de abril, Feuerbacher marchó con todo el destacamento contra los campesinos de Gaildorf; hizo ingresar en la unión a todos los habitantes de la región y, así, obligó a la gente de Gaildorf a retirarse. De este modo impidió que los elementos revolucionarios de su destacamento, acaudillados por Rohrbach, se reforzasen por la incorporación de los peligrosos extremistas de Gaildorf. Habiendo recibido noticias que anunciaban la llegada de Truchsess, Feuerbacher marchó contra él, y el día 19 de mayo mando acampar en Kirchheim del Teck.

Acabamos de referir el origen y el desarrollo de la sublevación en la parte de Alemania que debemos considerar como el terreno de acción del primer grupo de las bandas campesinas. Antes de pasar a los demás grupos (Turingia, Hessen Alsacia, Austria y los Alpes), tendremos que decir algo sobre la campaña de Truchsess, que logró aplastar a este primer grupo de insurgentes al principio con sus propios medios y luego con el apoyo de varios príncipes y ciudades. No nos hemos vuelto a ocupar de Truchsess, desde que llegó a Ulm, a fines de marzo, dejando en Kirchheim un puesto de observación, al mando de Dietrich Spät. Las tropas de Truchsess, después de hacer recibido en Ulm los refuerzos enviados por la liga Suaba, consistentes en poco menos de 10.000 hombres, entre los que se contaban 7.200 de infantería, formaban el único ejército disponible para atacar a los campesinos. Los refuerzos llegaron muy lentamente a Ulm, por las dificultades con que tropezaba el reclutamiento en los países sublevados, por la penuria de los gobiernos y porque en todas partes las escasas tropas que había eran absolutamente indispensables para guarnecer fortalezas y castillos. Ya sabemos cuán escasas eran las tropas de que disponían aquellos príncipes y ciudades que no pertenecían a la liga Suaba. Todo dependía, pues, de las victorias que Jorge Truchsess alcanzara con su ejército. Truchsess se volvió, primero, contra el destacamento de Baltringen, que, entretanto, había empezado a destruir castillos y conventos en las cercanías del Ried. Al acercarse las tropas de la liga, los campesinos se retiraron al interior del Ried; pero, viéndose envueltos, tuvieron que abandonar los pantanos, pasaron el Danubio y se hicieron fuertes en los barrancos y selvas de la montaña suaba. Allí estaban a salvo de la artillería y caballería, que constituían la fuerza

principal del ejército liguero, y Truchsess cesó de perseguirles. Marchó contra los de Leipheim, que tenían 4.000 hombres en el valle del Mindel y otros 6.000 en Illertissen, sublevando la región entera, destruyendo castillos y conventos y preparando sus tres columnas para emprender la marcha sobre Ulm. Parece que también allí existía cierta desmoralización entre los campesinos que disminuía el valor guerrero del destacamento: porque, desde los primeros momentos, Jacobo Wehe quiso entrar en negociaciones con Truchsess. Pero ahora éste no le hizo caso, ya que contaba con la suficiente fuerza militar. El 4 de abril atacó la columna principal, cerca de Leipheim, dispersándola completamente. Jacobo Wehe, Ulrico Schön y otros dos cabecillas fueron capturados y decapitados. La plaza de Leipheim se rindió y, después de dar algunas batidas por la región quedó sometido todo el distrito.

Una nueva rebelión de sus lansquenetes que exigían mayor botín y el pago de un suplemento detuvo a Truchsess hasta el 10 de abril. Luego volvió hacia el sur, contra los de Baltringen, que, entretanto, habían invadido sus señoríos de Waldburg, Zeil y Wolfegg, sitiando sus castillos. Otra vez encontró a los campesinos divididos, y el 11 y 12 de abril los venció separadamente en varios combates, dispersando también este destacamento. El resto, bajo el mando del cura Florian, se replegó hacia el lago de Constanza.

Entretanto el destacamento del lago había dado numerosas batidas y había hecho ingresar en la hermandad a las ciudades de Buchhorn (hoy Friedrichshafen) y Wollmatingen. El 13 se celebró un gran consejo de guerra en el monasterio de Salem, acordando salir al encuentro de Truchsess. Inmediatamente se tocaron las campanas a rebato y 10000 hombres, a los que luego se incorporaron los vencidos de Baltringen, se reunieron en el campamento de Bermatingen. El 15 de abril sostuvieron un combate favorable contra Truchsess, que aún no quería exponer su ejército a una batalla decisiva, porque, además, se había enterado de que, a su vez, se acercaban los del Heagu y del Allgäu. El 17 de abril firmó con los campesinos del lago y del Baltringen el convenio de Weingarten, que encontraron ventajoso y que aceptaron sin vacilar. Además, consiguió de los delegados del alto y bajo Allgäu que aceptasen también el convenio, marchando luego a Wurtemberg.

Su astucia lo salvo de la catástrofe segura. Si no hubiese sabido engañar a estos campesinos débiles, cortos de entendimiento y en su mayoría ya desmoralizados, y a sus jefes incapaces, miedosos y corruptibles, él y su

pequeño ejército se hubieran visto encerrados e irremediablemente perdidos en medio de cuatro columnas que, por lo menos, sumaban de 25.000 a 30.000 hombres; pero la poca inteligencia de sus enemigos –este es, fatalmente, el defecto de las masas campesinas– le hizo posible deshacerse de ellos en el momento preciso en que hubiesen podido acabar con la guerra de un solo golpe, por lo menos en Suabia y Franconia. Los campesinos del lago mostraron tal empeño en cumplir este convenio, que naturalmente resultó ser un engaño, que llegaron incluso, a tomar las armas contra sus propios aliados del Hegau. Los campesinos del Allgäu, cuando supieron la traición de sus jefes, se declararon en contra del convenio; pero, entretanto, Truchsess se había salvado del peligro.

Los campesinos del Hegau que no estaban incluidos en el convenio de Weingarten dieron, poco después, otra prueba de este particularismo estúpido, de este provincialismo testarudo que acabó por hundir todo el movimiento. Cuando Truchsess se había marchado a Wurtemberg sin que hubiesen dado resultado las negociaciones con los del Hegau, estos se fueron tras él, permaneciendo siempre a su retaguardia

Pero no se les ocurrió unirse con el destacamento blanco cristiano de Wurtemberg, por la sencilla razón de que los de Wurtemberg y los del valle de Neckar también se habían negado a auxiliarlos en cierta ocasión. Por eso, cuando Truchsess se había alejado lo suficiente, volvieron tranquilamente y marcharon a Friburgo.

Al entrar Matern Feuerbacher con los campesinos de Wurtemberg en Kirchheim, el cuerpo de observación que Truchsess había dejado se retiró a Urach. Después de intentar la ocupación de Urach, Feuerbacher se dirigió a Nürtingen pidiendo auxilio a todos los insurgentes de la región para dar la batalla decisiva. Realmente, llegaron grandes refuerzos, tanto del bajo Wurtemberg como del Gau; sobre todo los campesinos del Gau, agrupados en derredor de los restos de los de Leipheim, que se habían retirado a la parte occidental de Wurtemberg propagando la insurrección en los valles del alto Neckar y Nagold hasta Böblingen y Leonberg, acudieron en dos fuertes columnas, y el 5 de mayo se unieron a Feuerbacher en Nürtingen. Encontraron a Truchsess cerca de Bötingen. Su número, su posición y la artillería de que disponían sorprendió a Truchsess. Según su método acostumbrado, no tardó en iniciar las negociaciones, llegando a un armisticio con los campesinos. En cuanto los campesinos se sintieron seguros, Truchsess los atacó por sorpresa el 12 de mayo, en plena tregua, obligándoles a dar la batalla decisiva. Los

campesinos opusieron una resistencia desesperada hasta que, por fin, la ciudad de Böttingen cayó en manos de Truchsess por la traición de los ciudadanos. Así, el ala izquierda de los campesinos se halló privada de su punto de apoyo y se vio deshecho y cercado. La batalla estaba decidida. El desorden cundió entre los campesinos poco acostumbrados a la disciplina y pronto huyeron a la desbandada; los que no fueron muertos o apresados por los jinetes de la liga tiraron las armas apresurándose a regresar a sus pueblos. El destacamento blanco cristiano y con él la insurrección de Wurtemberg estaban totalmente deshechos. Theus Gerber logro huir a Eßlingen. Feuerbacher huyó a Suiza, Jacklein Rohbarch fue hecho prisionero, encadenado y llevado a Neckargartach, donde Truchsess lo manda atar a un palo, amontonando leña a su alrededor, siendo asado vivo a fuego lento, mientras él se banquetaba con sus caballeros gozando de tan noble espectáculo.

Desde Neckargartach, Truchsess hizo una incursión en el Kraichgau para apoyar las operaciones que estaba realizando el elector del Palatinado. Al recibir éste la noticia de los éxitos de Truchsess, rompió la tregua con los campesinos y atacó el Buchrain el 23 de mayo, tomando y quemando Malsch tras una resistencia encarnizada y, después de saquear varias aldeas, ocupó Bruchsal. Al mismo tiempo, Truchsess atacó a Eppingen, capturando a Antonio Eisenhut, jefe local del movimiento, al que el elector mando ejecutar inmediatamente en compañía de otros doce cabecillas. De este modo, sometió el Buchrain y el Kraichgau, que tuvieron que pagar cerca de 40.000 florines de indemnización. El ejército de Truchsess que, como consecuencia de las batallas últimas, se hallaba reducido a 6.000 hombres y el del elector, que tenía 6500, se unieron para marchar contra los campesinos del Odenwald.

La noticia de la derrota de Böttingen llenó de terror a los insurgentes. Las ciudades libres que habían caído en las duras manos de los campesinos respiraron por primera vez. Heilbronn dio el primer paso hacia la reconciliación con la liga Suaba. En Heilbronn se hallaba la cancillería de los campesinos y se reunían los delegados de los diferentes destacamentos para deliberar sobre las proposiciones que en nombre de todos los campesinos insurgentes iban a dirigir al emperador y al Reich. De estas negociaciones, que tenían por fin crear un derecho común vigente en toda Alemania, resaltó una vez más que ni la campesina ni ninguna otra clase estaban lo suficientemente desarrolladas para reorganizar la vida de la nación entera según sus intereses. Desde el

primer instante se vio que para otros fines era imprescindible ganar a la nobleza y, sobre todo, a la burguesía. La dirección de las negociaciones vino a parar a manos de Wendel Hipler. De todos los jefes del movimiento, fue Wendel Hipler quien mejor se dio cuenta de la situación. No era un revolucionario de grandes ideas como Münzer ni un representante de los campesinos como Metzler o Rohrbaeh. Su gran experiencia, su conocimiento práctico de las relaciones entre las diferentes clases le impedía representar exclusivamente a una sola clase en contra de las demás que participaban en el movimiento. Lo mismo que Münzer, que representaba a una clase que se hallaba totalmente al margen de la sociedad oficial, es decir, a los gérmenes del proletariado, presintió el comunismo; así, Wendel Hipler, como representante del conjunto de todos los elementos progresivos de la nación, llegó a presentir la sociedad burguesa moderna. Aunque los principios que defendía y las reivindicaciones que formulaba no eran realizables inmediatamente, eran, sin embargo, el resultado algo idealizado pero necesario, de la disolución en que se hallaba la sociedad feudal; y cuando los campesinos se pusieron a elaborar proyectos de leyes para todo el imperio, tuvieron que tenerlo en cuenta. Así, pues, la centralización que exigían los campesinos adquirió en Heilbronn, una forma más positiva, pero completamente opuesta al concepto que de ella tenían aquellos. Así, por ejemplo, se propuso la unificación de monedas, medidas y pesos, es decir, que se formularon reivindicaciones de acuerdo con los intereses de la burguesía de las ciudades, mucho más que en el interés de los campesinos. A la nobleza se le hicieron concesiones que se parecen mucho a las actuales leyes de amortización y cuya finalidad era la transformación de la propiedad feudal en propiedad burguesa del suelo. En el momento, pues, en que las reivindicaciones de los campesinos se resumieron en una "reforma del imperio", se tuvieron que subordinar no a las reivindicaciones momentáneas de los burgueses, pero si a sus intereses definitivos.

Mientras en Heilbronn aun duraba la discusión sobre estas reformas, Juan Berlin, el autor de la "declaración de los doce artículos", salió a recibir a Truchsess y a negociar en nombre de los honorables ciudadanos la rendición de la ciudad. Los movimientos reaccionarios que se produjeron en la ciudad facilitaron la traición y Wendel y Hipler tuvo que huir con los campesinos. Marchó a Weinsberg donde trató de reunir los restos de los campesinos de Wurtemberg y los escasos efectivos móviles de Gaildorf. Pero de allí también tuvo que salir al acercarse Truchsess y el elector del

Palatinado, dirigiéndose a Wirtzburgo para intentar movilizar el destacamento blanco. Entre tanto las tropas del elector y las de la liga sometieron toda la región del Neckar; obligaron a los campesinos a prestar de nuevo el juramento de fidelidad y quemaron muchas aldeas, degollando y ahorcando a todos los campesinos fugitivos que cayeron entre sus manos. La ciudad de Weinsberg fue quemada para vengar la muerte del conde Helfenstein.

Mientras tanto, los destacamentos reunidos cerca de Witsburgo sitiaban el Frauenberg; el 15 de mayo, aun antes de abrir brecha, intentaron con gran valentía asaltar la fortaleza, pero fue en balde. 400 hombres, de los más valientes que en su mayoría pertenecían al destacamento de Florian Geyer, cayeron muertos o heridos en los fosos. Dos días después llegó Wendel Hipler y reunió un consejo de guerra. Propuso no dejar más que 4.000 hombres para sitiar el Frauenberg y llevar el grueso del ejército, que comprendía cerca de 20.000 hombres, a un campamento cerca de Krautheim sobre el Jat, donde, ante los ojos de Truchsess se pudieran concentrar todos los refuerzos. El plan era excelente; tan sólo por la cohesión absoluta de las masas y por su superioridad numérica se podía derrotar al ejército de los príncipes que ahora tenía cerca de 13000 hombres. Pero la desmoralización y el desanimo de los campesinos eran ya demasiado grandes para permitir cualquier acción enérgica. También Gotz de Berlichingen –que poco después iba a traicionar abiertamente– parece haber contribuido a poner trabas al movimiento y así el plan de Hipler nunca llego a realizarse. Al contrario, las columnas se dividieron como de costumbre. Por fin, el destacamento blanco se puso en movimiento el 23 de mayo, prometiendo los de Franconia seguirles inmediatamente. El 26, las compañías del margraviato de Anspach que se hallaban en Wistburgo, emprendieron el regreso a su tierra al recibir la noticia de que el margrave había atacado a los campesinos. El resto del ejército que había actuado en el asedio con la cuadrilla negra de Florian Geyer tomó posiciones cerca de Heidingsfeld, no lejos de Witsburgo. El 24 de mayo el destacamento blanco llegó a Krautheim, en un estado que no le permitía entrar en campaña. Allí supieron muchos que sus aldeas habían prestado juramento a Truchsess y con este pretexto se volvieron a su casa. El destacamento siguió la marcha hasta Neckarsulm, y el día 28 entabló negociaciones con Truchsess. Al mismo tiempo, enviaron mensajeros a Franconia, Alsacia y a la Selva Negra para pedir el envío urgente de refuerzos. De Neckarsulm, Gotz regresó a ohringen. El

destacamento disminuía a diario; el mismo Gotz de Berlichingen desapareció durante la marcha; se había ido a su casa después de haberse puesto de acuerdo con Truchsess sobre esta desertión, actuando como intermediario su antiguo compañero de armas Dietrich Spät. En Ohringen, una noticia falsa sobre la supuesta llegada del enemigo provocó el pánico de la masa desanimada y desorientada; el destacamento se disperso con gran desorden; Metzler y Wendel Hipler lograron, con grandes esfuerzos, conservar a unos 2.000 hombres, a los que condujeron otra vez a Krautheim. Mientras tanto, se acercaban los 5.000 campesinos de Franconia; pero Gotz, que, por lo visto, quería cometer otra traición, había ordenado se desviarán en su marcha hacia Ohringen, pasando por Lowenstein; de este modo no pudieron encontrar al destacamento blanco y marcharon a Neckarsulm. Truchsess estaba sitiando esta pequeña ciudad, ocupada por algunas compañías del destacamento blanco. Los de Franconia llegaron por la noche y vieron las hogueras del campamento de la liga pero sus jefes no tuvieron el valor de atacarlo y se retiraron a Krautheim, donde, por fin, encontraron los restos del destacamento blanco. El día 29, como no llegaron los refuerzos Neckarsulm, se rindió a los ligueros; inmediatamente Truchsess mandó ejecutar a trece campesinos y luego salió al encuentro de los destacamentos, matando, saqueando y quemándolo todo en su camino. En los valles del Necker, Kocher y Jaxt marcaban su camino las minas y los cadáveres de campesinos colgados de los árboles.

Cerca de Krautheim, los campesinos sufrieron su primer encuentro con Truchsess y tuvieron que replegarse hacia Königshofen, sobre el Tauber, obligados por un movimiento envolvente de Truchsess. Allí tomaron posición con 8000 hombres y 32 cañones. Truchsess se acercó, ocultándose detrás de los montes y en los bosques; hizo avanzar columnas para hostilizar la retaguardia, y el 2 de junio los atacó con tanta energía y en número tan superior, que, a pesar de la resistencia que varias columnas opusieron hasta muy entrada la noche, los dispersó y derrotó completamente. Como siempre, la caballería de la liga, la “muerte de los campesinos”, contribuyó muy eficazmente a aniquilar al ejército de los insurgentes, arrojándose sobre los campesinos puestos en desorden por el fuego de artillería y fusilaría y los ataques con lanza, dispersándolos completamente para matarlos uno a uno. El ejemplo de los 300 ciudadanos de Königshofen que servían en el ejército campesino da una idea de los métodos de guerra que empleaban Truchsess y su caballería.

Todos, menos quince, fueron pasados a cuchillo durante la batalla, y de estos quince, otros cuatro fueron decapitados posteriormente.

Después de liquidar de este modo a los campesinos del Odenwald, del valle del Neckar y de la baja Franconia, Truchsess sometió toda la región dando batidas para quemar aldeas enteras, llevando a cabo numerosas ejecuciones; luego se trasladó a Witsburgo. En el camino supo que el segundo destacamento de Franconia, capitaneado por Florián Geyer y Gregorio de Burg-Bernsheim, se hallaba cerca de Sulzdorf, a donde se dirigió inmediatamente. Desde que fracasó el asalto a la fortaleza del Frauenberg, Florián Geyer comenzó a negociar con los príncipes y ciudades, especialmente con la ciudad de Rottenburg y el margrave Casimiro de Anspach, acerca de su ingreso en la hermandad campesina al recibir la noticia de la derrota de Königshofen, interrumpió las gestiones. El destacamento Anspach, conducido por Gregorio de Burg-Bernsheim, se incorporó al suyo. Este destacamento se había formado recientemente. Con un espíritu digno de un Hohenzollern, el margrave Casimiro había sabido contener la sublevación de sus territorios, ya por medio de promesas, ya por amenaza de las tropas. Observaba una neutralidad perfecta frente a todos los destacamento, extraños, mientras éstos no atraían a sus súbditos. Trató de encauzar el odio de los campesinos contra las fundaciones eclesiásticas, contando con enriquecerse mediante su incautación posterior.

Entretanto, se armaba, aguardando los acontecimientos. Apenas recibió la noticia de la batalla de Bottlingen, atacó a los campesinos rebeldes, saqueando y quemando sus aldeas y mandando ahorcar y acuchillar a muchos; pero los campesinos se concentraron rápidamente y, bajo el mando de Gregorio de Burg-Bernsheim, le derrotaron el 29 de mayo en Windsheim. Cuando le estaban persiguiendo, recibieron un llamamiento de los del Odenwald pidiendo auxilio. Sin vacilar se dirigieron a Heidigenfeld, de donde volvieron a Witsburgo en compañía de Florián Geyer (el 2 de junio). Sin haber recibido más noticias de los del Odenwald, siguieron su marcha con 4000 hombres, dejando a otros 5000 en la ciudad. El resto se había dispersado. Envalentonados por noticias falsas sobre el resultado de la batalla de Königshofen, Los sorprendió Truchsess cerca de Sulzdorf, derrotándolos completamente. Como siempre, los jinetes y mercenarios de Truchsess hicieron una matanza tremenda. Florián Geyer logró conservar 6000 hombres –lo que quedaba de su cuadrilla negra–, y con ellos se abrió camino hasta Ingolstadt. 200 hombres ocuparon la iglesia y el cementerio;

otros 400, el castillo. Las tropas del Palatinado los persiguieron y tomaron la aldea, incendiando la iglesia; los que no perecieron en las llamas, fueron muertos cuando huían. El fuego de las tropas abrió brecha en la vieja muralla del castillo, iniciándose el asalto. Dos veces los campesinos, protegidos por una segunda muralla rechazaron a las tropas, que, destruyendo también esta muralla, lograron en su tercer asalto tomar el castillo. La mitad de los campesinos pereció; Geyer logró escapar con los últimos 200. Pero el lugar en que se había refugiado fue descubierto al día siguiente (el lunes de Pentecostés); las tropas del Palatinado rodearon el bosque donde se hallaba escondido y mataron a todos. Durante estos dos días no hicieron más que 17 prisioneros. Florián Geyer se salvó otra vez con unos cuantos hombres decididos y fue a reunirse con los de Gaildorf, que todavía disponían de unos 7.000 hombres. Pero cuando llegó ya se habían disuelto en su mayoría, aterrados por las malas noticias que de todas partes recibían. Geyer intentó reunir en los bosques a los que huían; pero el 9 de julio las tropas lo sorprendieron cerca de Hall, donde murió luchando.

Truchsess, que después de la victoria de Könishofen había hecho llegar sus noticias a las tropas sitiadas en el Frauenberg, avanzó hacia Witsburgo. Con el mayor secreto, el ayuntamiento de la ciudad se puso de acuerdo con él, y el 7 de julio el ejército de la liga pudo cercar la ciudad, ocupada por 5.000 campesinos, y a la mañana siguiente logró entrar sin sacar la espada, por las puertas que el ayuntamiento había mandado abrir. Gracias a esta traición cometida por los "honorables" de Witsburgo fue desarmado el último destacamento de Franconia, cayendo prisioneros todos sus jefes. Truchsess se apresuró a ordenar la ejecución de 81. Uno tras otro llegaron a Witsburgo los diferentes príncipes de Franconia; el obispo de Witsburgo, el de Bamberg, y el margrave de Brandemburgo, Anspach. Estos excelentes señores procedieron a distribuirse los papeles que iban a desempeñar. Truchsess continuó la marcha acompañado por el obispo de Bamberg, que se apresuró a romper el tratado que había firmado con sus campesinos, entregando su país a las hordas incendiarias del ejército liguero. El margrave Casimiro devastó su propio país. Quemó la ciudad de Teiningen, saqueo numerosas aldeas y las entregó a las llamas; en cada ciudad juzgaba y castigaba cruelmente a los rebeldes. En Neustadt, sobre el Aisch, mandó decapitar a 18 hombres; en la marcha de Bügel, a 43. De allí marchó a Rottenburg, donde los honorables ya habían iniciado la contrarrevolución, deteniendo a Esteban de Menzingen. Ahora

los pequeños burgueses y plebeyos tuvieron que pagar cara su actitud ambigua frente a los campesinos, a los que hasta el último momento se habían negado a prestar ayuda, persistiendo en su egoísmo estúpido y oprimiendo las industrias rurales para favorecer a los gremios de la ciudad y resistiéndose a renunciar a los ingresos municipales que procedían de los servicios feudales de los campesinos. El margrave mando decapitar a 16 de ellos; como era natural, en primer lugar a Menzingen. El obispo de Witsburgo procedió de la misma manera, saqueando, destrozando y quemando lo que encontraba en el camino. En su paseo triunfal mandó ejecutar a 256 rebeldes; su obra culminó con la ejecución de otros 13 ciudadanos, ordenada cuando volvió a Witsburgo.

En la región de Maguncia, el gobernador Guillermo, obispo de Estrasburgo, restableció el orden sin encontrar resistencia. No mandó ejecutar más que a cuatro individuos. También se habían producido disturbios en el Ringau, pero todos habían vuelto a sus casas hacía tiempo; sin embargo, Frowen de Hutten, primo de Ulrico, invadió la región y la “pacificó” completamente por la ejecución de doce cabecillas. En Fráncfort, que también había visto importantes movimientos revolucionarios, la paz fue mantenida en el primer momento gracias a la transigencia del ayuntamiento y luego por tropas mercenarias. Después de la traición del elector, otros 8.000 campesinos se habían reunido en el Palatinado empezando otra vez a quemar conventos y castillos; pero el arzobispo de Tréveris llamó al mariscal de Saverna y con su ayuda los venció el 23 de mayo en Pfedersheim. Una serie de crueldades (tan sólo en Pfedersheim fueron ejecutados 82) y la toma de Wissemburgo (el 7 de julio) terminaron con aquella insurrección.

De todos los destacamentos, no quedaban ya más que dos que no hubieran sido vencidos: el de Hegau y de la Selva Negra y el del Allgäu. El archiduque Fernando había intrigado con ambos, igual que el margrave Casimiro y otros príncipes, que querían aprovecharse de la sublevación para apoderarse de tierras y principados eclesiásticos, él quería utilizarla para ensanchar los dominios de la casa de Austria. Había tratado con Walter Bach, el caudillo del Allgäu, y con Juan Müller de Bulgenbach, del Hegau, para conseguir que los campesinos se declarasen favorables a la unión con Austria; pero, a pesar de ser corruptibles ambos jefes, consiguieron únicamente que los del Allgäu concluyesen una tregua con el archiduque, observando neutralidad frente a Austria.

En su retirada de Wurtemberg, los del Hegau habían destruido un gran número de castillos y habían recibido refuerzos del margraviato de Baden. El 13 de mayo marcharon a Friburgo; el 18 comenzaron a cañonear la ciudad, y el 23 entraron con las banderas desplegadas, una vez que hubo capitulado. Desde allí marcharon a Stockach y Radolfzell, hostilizando sin éxito a las guarniciones de estas ciudades. Éstas, lo mismo que la nobleza y las ciudades cercanas, invocaron el tratado de Weingarten para pedir auxilio a los campesinos del lago, y los rebeldes del destacamento del lago movilizaron 5.000 nombres contra sus propios aliados. Hasta tal punto llegó el particularismo estúpido de estos campesinos. Tan solo 600 campesinos que querían unirse a los del Hegau se negaron a ello, siendo reducidos por la fuerza; pero los del Hegau ya habían abandonado el asedio, cumpliendo una orden de Juan Müller de Bulgenbach, vendido al enemigo. Poco después huyó Juan Müller y los campesinos se dispersaron. Los que quedaban se hicieron fuertes en el puerto de Hitzingen, donde, el 16 de julio, fueron vencidos y aniquilados por las tropas que habían llegado entretanto. Gracias a la mediación de las ciudades suizas, los del Hegau obtuvieron un tratado, lo cual no impidió que Juan Müller fuera detenido en Laufenburgo y decapitado, a pesar de su traición. También Friburgo, en Brisgovia, se separó de la liga campesina (el 17 de julio), mandando tropas contra ella; pero allí también terminaron el 18 de septiembre por firmar un tratado en Offenburgo, por ser demasiado débiles las fuerzas regulares. Las ocho unidades de la Selva Negra y del Klettgau que aun no habían sido desarmadas se levantaron de nuevo, irritadas por la tiranía del conde de Sulz y fueron vencidos en octubre. El 13 de noviembre se impuso un tratado a los de la Selva Negra y el 6 de diciembre cayó Waldshut, el último baluarte de la insurrección a orillas del alto Rin.

Al marcharse Truchsess, los del Allgäu habían reanudado su campaña contra los conventos y castillos, tomando enérgicas represalias por los desmanes de las tropas. Frente a ellos había escasas fuerzas, que no los atacaban más que cuando se encontraban aislados y sin poderlos perseguir en el interior de los bosques. En junio estalló un movimiento contra los honorables en la ciudad de Memmingen, que hasta entonces habían guardado neutralidad. La represión del movimiento se debe tan sólo a la presencia de algunas tropas de la liga que por casualidad se hallaban en las afueras y que pudieron en el momento oportuno prestar auxilio a los honorables.

Schapeler, que había sido el predicador y jefe del movimiento plebeyo, logró huir a San Galo. Los campesinos avanzaron sobre la ciudad; pero apenas habían empezado a abrir brecha, cuando supieron que Truchsess había salido de Witsburgo marchando contra ellos. El 27 de junio salieron a su encuentro, formados en dos columnas que pasaron por Babenhausen y Obergünzburg. El archiduque Fernando intentó de nuevo ganarlos para la casa de Austria. Invocando la tregua que había concluido con ellos, ordenó a Truchsess no siguiera avanzando; pero la liga de Suabia le ordenó atacarlos, prescindiendo únicamente de los saqueos e incendios. No obstante, Truchsess era demasiado inteligente para renunciar a su arma decisiva, aun en el caso en que le hubiera sido posible mantener el orden entre los lansquenetes que del lago de Constanza hasta el Mein habían ido de desmán en desmán. Los campesinos tomaron posición con cerca de 23.000 hombres a orillas del Iller y del Leubas. Con 11.000 hombres, Truchsess se colocó frente a ellos. Ambas posiciones eran fuertes; la caballería no podía operar en este terreno accidentado, y si los lansquenetes de Truchsess eran superiores a los campesinos por su organización, disciplina y recursos militares, también los del Allgäu tenían en sus filas un gran número de viejos soldados y capitanes expertos, disponiendo, además, de numerosa artillería bien servida. El 19 de julio, los de la liga abrieron el fuego con sus cañones, y al día siguiente continuó el cañoneo en ambos bandos, pero sin resultado. El 21, Jorge de Frundsberg, con 3.000 lansquenetes se incorporó a los de Truchsess. Conocía a muchos campesinos que habían servido bajo su mando en Italia; y entabló negociaciones con ellos. La traición triunfó donde no bastaron los recursos militares.

Walter Bach y varios jefes y artilleros se dejaron comprar. Mandaron pegar fuego a todas las provisiones de pólvora y ordenaron un movimiento envolvente. Apenas los campesinos habían abandonado su fuerte posición, cuando cayeron en la emboscada que les había preparado Truchsess, de acuerdo con Bach y los otros traidores. Les fue imposible defenderse, pues, para colmo, sus jefes traidores los habían abandonado bajo el pretexto de hacer un reconocimiento, hallándose pronto camino de Suiza. Dos columnas fueron totalmente aniquiladas: la tercera, bajo el mando de Knopf de Lenbas, pudo retirarse ordenadamente. Tomó posiciones sobre el monte Kollenberg, cerca de Kempten, donde la cerco Truchsess. Allí tampoco se atrevió a atacarles, sino que les cortó los convoyes y trató de desmoralizarlos quemando doscientas aldeas en los

alrededores. El hambre y la vista de sus hogares en llamas les movió, por fin, a rendirse (el 25 de julio). Más de 20 campesinos fueron ejecutados en el acto. Knopf de Lenbas, el único jefe de este destacamento que no había traicionado su bandera, logró refugiarse en Bregenz; pero allí fue detenido y ahorcado tras larga prisión.

Así termina la guerra de los campesinos en Suabia y Franconia.

VI. LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS EN TURINGIA, ALSACIA Y AUSTRIA

Al estallar las primeras insurrecciones en Suabia, Tomas Münzer se había apresurado a volver a Turingia, fijando su residencia en la ciudad libre de Mühlhausen, donde más fuerza tenía su partido. En su mano reunía los hilos de todo el movimiento; conocía el alcance de la tormenta que se iba a desencadenar en Alemania del sur y se había encargado de hacer de Turingia el centro del movimiento en el norte. Encontró un ambiente sumamente propicio. En la propia Turingia, que había sido el centro de la Reforma, la excitación había llegado a su punto culminante; la miseria material que reinaba entre los campesinos oprimidos, así como las doctrinas revolucionarias, religiosas y políticas que circulaban, habían preparado también en los países vecinos, en Hessen, Sajonia y en la región del Harz el terreno para la insurrección general. Sobre todo en Mühlhausen, la tendencia extremista de Münzer había ganado a la masa de la pequeña burguesía, que esperaba con impaciencia el día en que iba a hacer sentir a los orgullosos patricios los efectos de su superioridad numérica. Para que no se adelantaran al momento convenido, el propio Münzer tenía que calmarlos: pero su discípulo Pfeiffer, que dirigía este movimiento, ya estaba comprometido hasta tal punto, que no pudo contenerlos más. El 17 de marzo de 1525, mucho antes de iniciarse la sublevación general en la Alemania del sur, hizo su revolución la ciudad de Mühlhausen. El viejo ayuntamiento patricio fue destituido, el “consejo eterno” que acaba de ser elegido se encargó del gobierno, bajo la presidencia de Tomas Münzer.

Lo peor que puede suceder al jefe de un partido extremo es ser forzado a encargarse del gobierno en un momento en el que el movimiento no ha madurado lo suficiente para que la clase que representa pueda asumir el mando y para que se puedan aplicar las medidas necesarias a la dominación de esta clase. Lo que realmente puede hacer no depende de su propia voluntad, sino del grado de tensión a que llega el antagonismo de las diferentes clases, y del desarrollo de las condiciones de vida materiales, del régimen de la producción y circulación, que son la base fundamental del desarrollo de los antagonismos de clase. Lo que debe hacer, lo que exige de él su propio partido, tampoco depende de él ni del grado de desarrollo que ha alcanzado la lucha de clases y sus condiciones; el jefe se halla ligado por sus doctrinas y reivindicaciones

anteriores, que tampoco son el resultado de las relaciones momentáneas entre las diferentes clases sociales ni del estado momentáneo y más o menos casual de la producción y circulación, sino de su capacidad – grande o pequeña– para comprender los fines generales del movimiento social y político. Se encuentra, pues, necesariamente ante un dilema insoluble: lo que realmente puede hacer se halla en contradicción con toda su actuación anterior, con sus principios y con los intereses inmediatos de su partido; y lo que debe hacer no es realizable. En una palabra: se ve forzado a representar, no a su partido y su clase, sino la clase llamada a dominar en aquel momento. El interés del propio movimiento le obliga servir a una clase que no es la suya y a entretener a la propia con palabras, promesas y con la afirmación de que los intereses de aquella clase ajena son los de la suya. Los que ocupan esta posición ambigua están irremediabilmente perdidos. Hemos visto ejemplos en los últimos tiempos; recordemos la posición que en el último gobierno provisional de Francia ocupaban los representantes obreros, a pesar de que no representaban sino una etapa muy inferior en el desarrollo del proletariado. Quienes después de las experiencias del gobierno de febrero –no hablemos de los nobles gobiernos provisionales y regencias del imperio en Alemania– todavía pueden anhelar puestos oficiales, o son extraordinariamente torpes o no pertenecen al partido revolucionario más que de palabra. Pero la posición de Münzer al frente del “consejo eterno” de Mühlhausen era todavía mucho más arriesgada que la de cualquier gobernante revolucionario en la actualidad. No sólo aquel movimiento, sino todo aquel siglo, no estaban maduros para la realización de las ideas que el propio Münzer había empezado a imaginar tarde y confusamente. La clase a la que representaba acababa de nacer y no estaba, ni mucho menos, completamente formada y capaz de subyugar y transformar a la sociedad entera.

El cambio de la estructura social que había imaginado no tenía el menor fundamento en las circunstancias materiales existentes, en las que se gestaba un orden social que iba a ser exactamente contrario al orden que había soñado. Sin embargo, seguía ligado por sus predicaciones anteriores sobre la igualdad cristiana y la comunidad de bienes evangélica; tenía que hacer, por lo menos, un intento de su aplicación. Se proclamó la comunidad de los bienes, el trabajo obligatorio para todos y la supresión de toda autoridad; pero, en realidad, Mühlhausen seguía siendo una ciudad libre republicana con una constitución algo más democrática, con

un senado elegido por sufragio universal y controlado por la asamblea y con una organización de beneficencia improvisada apresuradamente en las clases particulares. Esta revolución social que tanto horrorizaba a los burgueses protestantes de la época, no pasó, en realidad, de un ensayo tímido e inconsciente para establecer prematuramente la actual sociedad Burguesa.

El propio Münzer parece haberse dado cuenta del abismo que separaban a sus teorías de la realidad concreta, un abismo que tanto menos podía ignorar el, cuanto más desfiguraban su genial teoría las cabezas incultas de sus partidarios. Con un celo aun para el desusado se puso a propagar y organizar el movimiento; escribió cartas y mando emisarios a todas partes. Sus escritos y predicaciones reflejan un fanatismo revolucionario que aun teniendo en cuenta sus escritos anteriores, produce estupefacción. El tono humorístico y juvenil de los panfletos revolucionarios de Münzer ha desaparecido por completo, como también el lenguaje ponderado y sistemático del pensador que había empleado en algunas ocasiones. Ahora Münzer es profeta de la revolución con todo su ser; enciende incesantemente el odio contra las clases dominantes, despierta las pasiones más violentas, y cuando había lo hace empleando las frases encendidas que el delirio religioso y nacional atribuía a los profetas del antiguo testamento. El nuevo estilo al que tuvo que acostumbrarse indica el nivel cultural del público sobre el que tenía que influir.

El ejemplo de Mühlhausen y la agitación de Münzer no tardaron en producir su efecto en las demás regiones. En Turingia, en el campo de Eichsfeld, en el Harz en los ducados de Sajonia, en Hessen y Fulda, en la alta Franconia y en el Vogtland se levantaron los campesinos y formaron bandas, que quemaron castillos y conventos. Münzer era el jefe reconocido de casi todo el movimiento cuyo centro seguía siendo Mühlhausen, mientras que en Erfurt triunfaba un movimiento puramente burgués, adoptando el partido que allí gobernaba una actitud ambigua frente a los campesinos.

Al principio los príncipes de Turingia estaban frente a los campesinos tan impotentes y desorientados como los de Franconia y Suabia. En los últimos días de abril el landgrave de Hessen logró por fin concentrar un cuerpo de ejército; este landgrave era el mismo Felipe cuya piedad le valió tantos elogios por parte de los historiadores burgueses y protestantes de la Reforma y sobre cuyas infamias cometidas contra los campesinos también escucharemos algo en este pequeño relato. En varias expediciones

rápidas el landgrave Felipe, gracias a su actitud enérgica sometió a la mayor parte de su país, luego movilizó a nuevos contingentes y entró en el territorio del abad de Fulda del que había sido vasallo hasta entonces. El 3 de mayo venció a los campesinos de Fulda cerca de Frauenberg y sometió al país entero, aprovechando la ocasión no sólo para librarse de la soberanía del abad, sino para transformar toda la abadía de Fulda en un feudo de Hessen, reservándose –claro está– el derecho de secularizarla más tarde.

Luego ocupó Eisenach y Langehsalza y unido a las tropas del duque de Sajonia marchó contra Mühlhausen, el foco principal hombres provistos de alguna artillería –cerca de Frankenhausen.

Los campesinos de Turingia no tenían ni mucho menos, el valor guerrero que una parte de los destacamentos de Suabia y Franconia mostraron frente a Truchsess; no disponían de armamento suficiente, estaban indisciplinados, en sus filas habían pocos soldados veteranos, los jefes faltaban por completo. El propio Münzer no tenía sin duda el menor conocimiento militar. Sin embargo, los príncipes creyeron oportuno aplicar la misma táctica que tantas veces había procurado la victoria de Truchsess: la felonía. El 16 de mayo iniciaron negociaciones concluyendo un armisticio para atacar de repente a los campesinos, antes de terminar la tregua.

Münzer y los suyos se habían hecho fuertes detrás de una barrera de carros en el monte que aun lleva el nombre de Schlachtherg.⁵⁰ Ya cundía de desmoralización entre las bandas. Los príncipes prometieron una amnistía, si las bandas entregaban vivo a Münzer. Éste mandó formar un círculo para discutir las preposiciones de los príncipes. Un caballero y un cura se pronunciaron en favor de la capitulación; Münzer los hizo conducir en medio del círculo y los mandó decapitar en el acto. Este acto de energía terrorista fue saludado con entusiasmo por los revolucionarios decididos y tuvo como consecuencia levantar un poco el ánimo de los campesinos; sin embargo, la mayor parte de estos se hubieran dispersado sin oponer resistencia, si no se hubiesen dado cuenta de que a pesar de la tregua los lansquenets de los príncipes, que habían cercado el monte avanzaban hacia ellos en columnas cerradas. Se apresuraron a tomar posición detrás de los carros, pero las balas de cañón y de arcabuz ya habían empezado a hacer estragos entre los campesinos casi indefensos y poco acostumbrados

⁵⁰ Monte de la batalla.

a la guerra y los lansquenets habían ya llegado hacia la barrera de carros. Después de una breve resistencia irrumpieron en la línea de carros, apoderándose de los cañones de los campesinos y dispersándolos. Estos huyeron a la desbandada y cayeron en manos de las columnas envolventes y de la caballería, que hicieron una horrible matanza. De los 8.000 campesinos murieron 5.000; el resto logró refugiarse en Frankenhäusen, pero con él entró también la caballería. Münzer que estaba herido en la cabeza fue descubierto en una casa y capturado. El 25 de mayo se rindió también Mühlhausen; Pfeiffer que había permanecido en la ciudad logró huir pero acabó por ser detenido cerca de Eisenach.

En presencia de los príncipes Münzer fue sometido a tormento y luego decapitado. Subió al cadalso con el mismo valor que había mostrado durante toda su vida. Tenía a lo sumo cuarenta y ocho años cuando murió. También Pfeiffer fue decapitado, y con estos dos murieron muchísimos más. En Fulda el “piadoso” Felipe de Hessen había iniciado la carnicería; entre otros, él y los príncipes sajones mandaron ejecutar con la espada a 24 rebeldes en Eisenach, a 41 en Langensalza, a 300 después de la batalla de Frankenhäusen, a más de 100 en Mühlhausen, a 26 en Germar, a 30 en Tugenda, a 12 en Sangerhausen y a 8 en Leipzig, sin hablar de las numerosas mutilaciones y de otros medios más pacíficos tales como los saqueos e incendios de aldeas y ciudades.

Mühlhausen tuvo que renunciar a su independencia de ciudad imperial para ser incorporada a los principados sajones, igual que la abadía de Fulda lo había sido al landgraviato de Hessen.

Los príncipes atravesaron la montaña de Turingia, donde los campesinos de Franconia procedentes del campamento de Bildhausen se habían unido a los de Turingia quemando numerosos castillos. Cerca de Meiningen se produjo un combate; los campesinos salieron derrotados retirándose hacia la ciudad. Pero esta repentinamente cerró sus puertas y amenazó con atacarles por la espalda. Los campesinos a los que la traición de sus aliados había colocado en una situación difícil, capitularon ante los príncipes y se dispersaron aun antes de terminar las negociaciones. El campamento de Bildhausen se había disuelto hacia tiempo; con la disolución de estas bandas se aniquilaron los últimos restos de la insurrección en Sajonia, Hessen, Turingia y en la alta Franconia.

En Alsacia la sublevación se había producido más tarde que en la orilla derecha del Rin. En el obispado de Estrasburgo los campesinos no se sublevaron hasta mediados de abril; los siguieron los de la alta Alsacia y del Sundgau. El 18 de abril una banda de campesinos de la Baja Alsacia saqueó el monasterio de Altorf; en la región de Ebersheim y Barr así como en los valles de Willer y del Urbis se formaron otras bandas. Pronto se unieron, formando el gran destacamento de la baja Alsacia que organizó la toma de las ciudades y aldeas y la destrucción de los conventos. En todas partes un hombre de cada tres tuvo que incorporarse al ejército. Los doce artículos de este destacamento son mucho más radicales que los de Suabia y Franconia.

Mientras la primera columna de la baja Alsacia se concentraba cerca de San Hipólito y –fracasado el intento de ganar esta ciudad– se apoderaba de Barken el 10, de Rappoltswiler el 13 y de Reichenweiler el 14 de mayo gracias a un acuerdo con los ciudadanos, la segunda columna al mando de Erasmo Gerber salió a tomar Estrasburgo por sorpresa. El intento fracasó y la columna se dirigió hacia los Vosgos destruyendo el monasterio de Mauersmünster y sitiando Saverna que se rindió el 13 de mayo. Desde allí marchó a la frontera de Lorena sublevando la parte limítrofe de este ducado mientras fortificaba los puertos de la montaña. En Herborlzheim a orillas del Sarre y en Neuburgo se establecieron grandes campamentos; 4.000 campesinos alemanes de Lorena se hicieron fuertes cerca de Sarreguemines: en la vanguardia por fin había dos destacamentos el de Kolben en los Vosvos, cerca de Stürzelbrun, y el de Kleeburgo cerca de Wissemburgo, que defendían el frente y el ala derecha, mientras el ala izquierda se apoyaba en las tropas de la alta Alsacia.

Éstas se hallaban en movimiento desde el 20 de abril: el 10 de mayo había hecho ingresar la ciudad de Sulz en la hermandad campesina. Lo mismo habían hecho el 12 con Gebweiler y el 15 con Sennheim. El gobierno austriaco y las ciudades libres de la región se unieron inmediatamente contra los campesinos pero no tenían fuerza suficiente para resistirles y mucho menos para atacarles. Excepto algunas pocas ciudades, a mediados de mayo toda Alsacia estaba en manos de los insurgentes.

Pero ya se estaba acercando el ejército que iba a castigar a los campesinos alsacianos por su osadía. Fueron los franceses los que allí restablecieron la dominación de la nobleza. El duque Antonio de Lorena se puso en marcha el 6 de mayo, a la cabeza de un ejército de 30.000 hombres, entre ellos la flor de la nobleza francesa y tropas auxiliares

españolas, piamontesas, lombardas, griegas, y albanesas. El 16 de mayo tuvo el primer encuentro cerca de Lutzelstein con 4.000 campesinos a los que venció sin dificultad y el 17 hubo de capitular la ciudad de Saverna ocupada por los campesinos. Mientras entraban aun las tropas lorenesas desarmando a los campesinos, se violó el acuerdo de capitulación; los lansquenetes se arrojaron sobre los campesinos indefensos matando a muchos de ellos. Las demás columnas de la baja Alsacia se dispersaron y el duque Antonio marchó contra los de la alta Alsacia. Estos se habían negado a acudir en auxilio de los de la baja Alsacia cuando se hallaban en Saverna; ahora se vieron atacados por el grueso de las fuerzas lorenesas y se defendieron muy valientemente, pero la enorme superioridad numérica –30.000 contra 7.000– y la traición de un gran número de caballeros, sobre todo la del Corregidor de Reichenweiler, hacia inútil toda su valentía. Fueron totalmente derrotados y diseminados. El duque sometió a toda Alsacia con la crueldad acostumbrada. El Sundgau fue la única región a la que no castigó con su presencia. Allí el gobierno austriaco intimó a sus campesinos la conclusión del tratado de Ensisheim amenazándoles con llamar al duque. Pero el mismo gobierno no tardó en romper este tratado, mandando ahorcar a un sinnúmero de predicadores y dirigentes del movimiento. Pero los campesinos del Sundgau se volvieron a sublevar hasta que por fin fueron incluidos en el tratado de Offenburg (el 18 de septiembre).

Queda por relatar la guerra de campesinos en los Alpes austriacos. Desde que se inició el movimiento de las “*stara prawa*” estos territorios así como el vecino arzobispado de Salzburgo se hallaban en una oposición permanente frente al gobierno y a la nobleza; también allí las doctrinas de la Reforma habían encontrado un terreno favorable. Las persecuciones religiosas y la arbitrariedad de los tributos que pesaban sobre el pueblo hicieron estallar la sublevación.

Desde 1522 la ciudad de Salzburgo apoyada por los campesinos y mineros estaba en conflicto con el arzobispo, discutiéndose los privilegios de la ciudad y la libre practica de la religión. A fines de 1524 el arzobispo atacó la ciudad con lansquenetes mercenarios amedrentándola con los cañones del castillo, al mismo tiempo que perseguía a los predicadores herejes. Decretó nuevos impuestos abrumadores provocando de este modo la indignación de toda la población. En la primavera de 1525, simultáneamente con las insurrecciones de Suabia, Franconia y Turingia se sublevaron todos los campesinos y mineros del país, formando bandas

dirigidas por los capitanes Prossler y Weitmoser, que libertaron la ciudad y sitiaron el castillo de Salzburgo. Igual que los campesinos de la Alemania occidental constituyeron una liga cristiana formulando sus reivindicaciones en catorce artículos.

En la primavera de 1525 se sublevaron también los campesinos de Estiria, alta Austria, Carintia y Carniola, donde nuevos tributos arbitrarios perjudicaban los intereses más vitales del pueblo. Tomaron un gran número de castillos, derrotando cerca de Gryss al viejo capitán general Dietrichstein, el vencedor de la "*stara prawa*". Si bien el gobierno logró apaciguar a una parte de los insurgentes engañándoles, la masa no perdió por eso su cohesión, al contrario, se unió a los de Salzburgo y de este modo todo el arzobispado de Salzburgo, la mayor parte de la alta Austria, Estiria, Carintia y Carniola estuvieron en poder de los campesinos y mineros.

Las doctrinas de los reformadores tuvieron también muchos partidarios en el Tirol; allí más que en las otras regiones de los Alpes austriacos, los emisarios de Münzer habían actuado con éxito. Allí como en otras partes, el archiduque Fernando perseguía a los predicadores de la nueva doctrina y violaba los derechos de la población con leyes fiscales arbitrarias. La consecuencia fue la insurrección en la primavera del mismo año 1525. Capitaneados por Geirmaier, discípulo de Münzer y el único gran talento militar de todos los jefes campesinos –estos se apoderaron de un sinnúmero de castillos y procedieron muy enérgicamente contra los curas, sobre todo en el sur, a orillas del Adige. También se sublevaron los campesinos del Vorarlberg y se unieron a los del Allgäu.

En este trance el archiduque hizo concesión tras concesión a los rebeldes, a los que poco antes había querido exterminar a fuerza de incendios, saqueos y matanzas. Convocó a las dietas de los estados de la casa de Austria concluyendo un armisticio con los campesinos hasta que se reunieran aquellas. Mientras tanto, se armaba a toda prisa para poder cambiar lo más pronto posible su lenguaje, frente a los "insolentes".

Naturalmente el armisticio no duró mucho tiempo. En los ducados, Dietrichstein al que escaseaba el dinero, se dedicó al saqueo. Sus tropas eslavas y húngaras se permitieron las crueldades más vergonzosas contra la población. Los Estirios volvieron a levantarse y en la noche del 2 al 3 de julio sorprendieron al capitán general Dietrichstein en Schladming y mataron a todos los que no hablaban alemán. Dietrichstein fue capturado: el

día 3 por la mañana los campesinos constituyeron un tribunal de jurados que condenó a muerte a cuarenta nobles checos y croatas. Fueron ejecutados en el acto. Este gesto hizo un gran efecto; el archiduque se apresuró a acceder a todas las peticiones de los estados en los cinco ducados (la Alta y Baja Austria, Estiria, Corintia y Carniola).

También en el Tirol se asentaron las condiciones de la dieta, restableciéndose la tranquilidad en el norte. Pero el sur, que insistió sobre sus primitivas reivindicaciones atenuadas por las decisiones de la dieta, continuó sobre las armas. En diciembre el archiduque logró por fin restablecer el orden por la fuerza haciendo ejecutar a un sinnúmero de cabecillas que habían caído en sus manos.

En agosto diez mil bávaros conducidos por Jorge de Frundsberg, marcharon contra los de Salzburgo. Este alarde de fuerzas así como las disensiones que reinaban entre los campesinos, los movieron a concluir un tratado con el arzobispo que también fue aceptado por el archiduque. Pero ambos príncipes que entre tanto habían podido reforzar sus tropas no tardaron en violar el tratado y de este modo los campesinos de Salzburgo se vieron obligados a sublevarse de nuevo. Los insurgentes se sostuvieron durante todo el invierno; en la primavera llegó Geismaier quien llevó a cabo una formidable campaña contra las tropas que avanzaban por todas partes. En una serie de combates brillantísimos que tuvieron lugar en mayo y junio de 1526, derrotó sucesivamente a los bávaros, austriacos, ligeros de Suabia y lansquenets del arzobispo de Salzburgo impidiendo durante largo tiempo la unión de los diferentes ejércitos y aun tuvo tiempo para sitiar Radstat. Por fin tuvo que retirarse ante la enorme superioridad numérica de las fuerzas que le cercaban; se abrió camino, conduciendo los rectos de sus tropas a través de los Alpes austriacos al territorio veneciano. La república de Venecia y Suiza ofrecieron al incansable jefe campesino un punto de apoyo para nuevas intrigas. Durante un año trató de inducirlos a una guerra contra Austria que le daría una nueva oportunidad para sublevar a los campesinos. Pero mientras llevaba a cabo estas negociaciones murió, víctima de un atentado; el archiduque Fernando y el arzobispo de Salzburgo no podían estar tranquilos, mientras aun viviese Geismaier y pagaron a un bandido que en 1527, por fin, logró hacer desaparecer a tan peligroso revolucionario.

VII. LAS CONSECUENCIAS DE LAS GUERRAS DE LOS CAMPESINOS

Con la retirada de Geismaier sobre el territorio veneciano había llegado a su fin el último acto de la guerra campesina. En todas partes los trabajadores del campo estaban sometidos otra vez a la dominación de los señores eclesiásticos, nobles o patricios; no se respetaron los tratados que en algunos sitios se habían firmado; las antiguas cargas fueron aumentadas por las enormes indemnizaciones cuyo pago impusieron los vencedores a los vencidos. El más grandioso intento revolucionario del pueblo alemán terminó por una derrota vergonzosa y una opresión redoblada.⁵¹ Pero no fue la represión del movimiento la que a la larga hizo empeorar la situación de la clase campesina, pues antes de la guerra, la nobleza, los príncipes y los curas ya sacaban de sus vasallos lo que les era materialmente posible sacar; en aquella época la participación del campesino alemán en los productos de su trabajo, como la del proletariado de nuestros días, se limitaba al mínimo de medios de subsistencia, indispensable para su propio mantenimiento y para la reproducción de la clase campesina. De manera general no cabía ya una mayor explotación. Muchos campesinos acomodados estaban arruinados, un sinnúmero de vasallos había tenido que pasar a la servidumbre, grandes extensiones de tierra comunal habían sido confiscadas y por la destrucción de sus viviendas, la devastación de sus campos y el desorden general habían sido arrojados gran número de campesinos a la carretera entre los vagabundos o entre los plebeyos de las ciudades. Pero las guerras y las devastaciones eran fenómenos muy corrientes en aquella época y el nivel de vida de la mayoría de los campesinos estaba tan bajo que su situación no podía ya empeorar a la larga a causa de los nuevos aumentos tributarlos.

Las guerras religiosas que siguieron y por fin la guerra de los treinta años con sus incesantes devastaciones y matanzas en masa fueron para los campesinos un golpe mucho más duro que la guerra campesina. Sobre todo la guerra de los treinta años que aniquiló la mayor parte de las

⁵¹ El historiador burgués Engelhoff dice en su Historia de Alemania durante la Reforma, Berlín, 1903, pág. 245... "Las atrocidades que cometieron unos reaccionarios faltos por completo del menor sentimiento humano, superaron diez veces todo lo que habían podido hacer los insurgentes... Se estima en 130.000 el número de campesinos muertos".

fuerzas productivas de la agricultura y que destruyó numerosas ciudades, fue la causa de la miseria verdaderamente espantosa en que durante mucho tiempo tuvieron que vivir los campesinos, plebeyos y burgueses arruinados.

Fue el clero quien más sufrió las consecuencias de la guerra campesina. Sus conventos y fundaciones habían sido quemados, sus tesoros robados y vendidos al extranjero o fundidos y sus provisiones se habían agotado. Los clérigos casi no habían podido oponer resistencia alguna, y el odio popular les había alcanzado con todo su vigor. Las demás clases, los príncipes, la nobleza y la burguesía hasta se alegraban en secreto por la mala suerte de los odiados prelados. La guerra de campesinos había popularizado la secularización de los bienes eclesiásticos en beneficio de los campesinos; los príncipes de sangre y una parte de las ciudades se pusieron a realizar esta secularización en su propio provecho; en los estados protestantes las propiedades de los prelados no tardaron en caer en manos de príncipes y patricios. Pero tampoco se había respetado la autoridad de los príncipes del clero, y los príncipes de sangre supieron aprovechar el odio popular en este sentido. Así vemos que el abad de Fulda terminó siendo un simple vasallo de Felipe de Hessen. Así la ciudad de Kempten obligó al príncipe-abad a vender por un precio irrisorio una serie de valiosos privilegios que poseía en la ciudad.

También la nobleza había sufrido grandes daños. La mayor parte de sus castillos estaba en cenizas, muchas de las mejores familias estaban arruinadas y tuvieron que ganarse la vida al servicio de los príncipes. Su impotencia frente a los campesinos había quedado patente; la nobleza había sido derrotada en todas partes y forzada a capitular: lo único que la salvo fue la intervención de los ejércitos de los príncipes. La nobleza tuvo que perder su significación como clase imperial libre para caer más y más bajo la dependencia de los príncipes.

Tampoco las ciudades sacaron gran provecho de la guerra campesina. La dominación de los "honorables" quedó asegurada de nuevo; la oposición de los ciudadanos estaba quebrantada por mucho tiempo. Así la vieja rutina de los patricios fue sobreviviéndose hasta la revolución francesa, paralizando totalmente el comercio y la industria. Los príncipes hacían responsables a las ciudades de los éxitos momentáneos que en su seno había obtenido el partido burgués o plebeyo durante la lucha. Muchas ciudades que desde tiempo atrás formaban parte del territorio de los príncipes, sufrieron grandes perjuicios, se les privó de sus privilegios,

entregándolas de manos atadas a la arbitrariedad de los príncipes explotadores,⁵² muchas ciudades libres, aunque no fueron incorporadas a los principados (como Mühlhausen) pasaron a depender moralmente de los príncipes vecinos: así sucedió con un gran número de ciudades imperiales en Franconia.

Los príncipes fueron los únicos que en estas circunstancias pudieron sacar algún provecho de los resultados de la guerra campesina. Hemos visto en el comienzo de nuestra exposición que el incompleto desarrollo industrial, comercial y agrícola de Alemania hacía imposible toda centralización y unión de los alemanes en una nación, no permitiendo más que una centralización local o provincial; los príncipes eran los representantes de esta centralización dentro de la división y formaban la clase a la que únicamente debía beneficiar todo cambio de las condiciones sociales y políticas de la época. El nivel que había alcanzado Alemania era tan bajo y el desarrollo de las diferentes provincias tan desigual que al lado de los principados seculares aun podían subsistir soberanías eclesiásticas, ciudades republicanas y condes y barones independientes. Sin embargo, la evolución tendía, aunque lenta y penosamente hacia la centralización provincial, es decir hacia la subordinación de las demás clases bajo la de los príncipes. Ellos por consiguiente fueron los únicos que podían ganar algo en la guerra de los campesinos y así fue. Ganaron, no sólo relativamente por debilitarse sus rivales, el clero, la nobleza y las ciudades, sino también llevándose lo mejor del botín. Los bienes eclesiásticos fueron secularizados en su beneficio; una parte de la nobleza más o menos arruinada tuvo que irse acogiendo bajo su soberanía; las indemnizaciones de las ciudades y de los campesinos vinieron a aumentar sus caudales; además las oportunidades de practicar sus operaciones financieras predilectas aumentaron de manera insólita al suprimirse la gran cantidad de privilegios de las ciudades.

El principal efecto de la guerra de campesinos fue agudizar y consolidar la división política de Alemania, esta misma división que había sido la causa del fracaso.

Hemos visto que Alemania estaba no solamente dividida en un sinnúmero de provincias independientes y totalmente ajenas una a otra sino que también en cada provincia la nación se dividía en numerosas clases y fracciones de clases. Además de los príncipes y curas nos encontramos

⁵² Por ejemplo Franken Nansen, Arnstadt, Schmaikhalden, Witsburgo, etc.

con la nobleza y los campesinos en el campo y con los burgueses y plebeyos en las ciudades formando clases con intereses totalmente distintos, cuando no contrarios. Por encima de todos estos intereses tan complicados estaban todavía los del emperador y del papa. Hemos visto como todas estas tendencias llegaron por fin –aunque de manera lenta, incompleta y desigual según las reuniones– a formar tres grandes grupos; hemos visto que a pesar de existir estos grupos cuya formación tanto trabajo había costado, cada clase se oponía por su parte a la evolución nacional por el cauce que le fijaban las circunstancias de la época. Y como cada clase quería ir al movimiento por su propia cuenta, entró en conflicto no sólo con todas las clases conservadoras, sino también con las demás clases de la oposición, teniendo que sucumbir finalmente. Así la nobleza en la sublevación de Sickingen, los campesinos en la guerra campesina, los burgueses con su Reforma moderada. Así los mismos campesinos no llegaron en las demás regiones alemanas a un acuerdo para la acción común con los plebeyos, entorpeciendo ambos el camino. Asimismo hemos visto cuales fueron las causas de esta fragmentación de la lucha de clases, de la consiguiente derrota total del movimiento revolucionario y de la derrota parcial del movimiento burgués.

La precedente exposición había demostrado a todos que la división local y provincial y el consiguiente particularismo hizo que se hundiera todo el movimiento; se había visto, como ni los burgueses, ni los campesinos, ni los plebeyos llegaron a la unidad de acción en la nación entera, como en cada provincia los campesinos actuaban por su propia cuenta negándose a ayudar a sus vecinos y como de esta manera fueron aniquilados aisladamente en sucesivas batallas y por ejércitos que ni siquiera sumaban la décima parte de la totalidad de los insurgentes. Los diferentes armisticios y tratados que algunos destacamentos aislados firmaron con sus adversarios constituyen otros tantos actos de traición a la causa común; el hecho de que los destacamentos se agrupasen, no con el fin de llevar a cabo, ellos mismos una acción común, sino forzados, bajo la amenaza de sucumbir ante un enemigo común; constituye la prueba más contundente de la indiferencia que los campesinos de una provincia mantenían frente a las de otra a consecuencia de su mutuo reconocimiento

También allí es evidente la analogía con el movimiento de 1848-1850. También en 1848 estaban en pugna los intereses de las diferentes clases de la oposición, y cada una actuaba por su propia cuenta. La burguesía se había desarrollado lo suficiente para no tolerar ya el absolutismo

burocrático-feudal, pero aun no tenía bastante fuerza para subordinar los deseos de otras clases a los suyos. El proletariado era aun demasiado débil para poder confiar en una rápida superación del periodo burgués y en una pronta conquista del poder; en cambio ya había podido apreciar bajo el absolutismo las delicias del régimen burgués y ya había adquirido el suficiente desarrollo para no dudar ni un momento de que la emancipación de la burguesía no era su propia emancipación. La masa de la nación, los pequeñoburgueses, artesanos y campesinos, se vio abandonada por la burguesía que aun era su aliado natural, pero que ya la consideraba como demasiado revolucionario, y también en algunos casos por el proletariado por no ser bastante avanzada; como estaba dividida entre sí, ella tampoco pudo conseguir nada hallándose en oposición continua contra sus aliados de derecha e izquierda. Por fin el particularismo de los campesinos en 1525 no pudo ser mayor que el de todas las clases que tomaron parte en el movimiento de 1848. Lo demuestran con claridad diáfana las cien diferentes revoluciones locales seguidas de otras cien contrarrevoluciones llevadas a cabo con la misma facilidad y el mantenimiento final de la división en estados fragmentarios. Quienes conociendo los resultados de las dos revoluciones alemanas de 1525 y de 1848 todavía son capaces de divagar sobre la “República federal” no merecen sino ser encerrados en un manicomio.

Pero a pesar de tantas analogías, ambas revoluciones, la del siglo XVI como la de 1848-1850 se diferencian profundamente. La revolución de 1848, si bien no demuestra nada en favor de los progresos realizados en Alemania, por lo menos pone de manifiesto el progreso de Europa.

¿Quién se benefició con la revolución de 1525? Los príncipes. ¿Quién se benefició con la revolución de 1848? Los grandes príncipes, es decir Austria y Prusia. Detrás de los pequeños príncipes de 1525 se ocultaban los burgueses mezquinos de la época, que los tenían mediatizados por ser ellos quienes concedían y pagaban el impuesto, mientras los grandes príncipes de 1850, es decir, Austria y Prusia, representaban a los grandes burgueses modernos que los tienen bajo su férula, que es la deuda del estado. Pero detrás de los grandes burgueses están los proletarios.

La revolución de 1525 fue un asunto particular de Alemania. Los ingleses, franceses, checos y húngaros ya habían hecho su guerra de campesinos, cuando los alemanes empezaron a hacerla. Si Alemania estaba dividida, Europa lo estaba mucho más. La revolución de 1848 no fue un asunto particular de Alemania, sino parte de un gran acontecimiento europeo.

Las causas que la motivaron y que no dejaron de influir en ella durante todo su transcurso no se producen en un sólo país, ni siquiera en un solo continente. Al contrario, los países que fueron el teatro de esta revolución son los que menos participaron en su génesis. No son sino materia más o menos amorfa e inconsciente, transformada en el curso de un proceso en el que ahora participa el mundo entero y por un movimiento que en las condiciones actuales de la sociedad no nos puede aparecer sino como una potencia extraña, aunque por fin resulta ser nuestro propio movimiento. La revolución de 1848-1850 no puede, por lo tanto, terminar como la de 1525.

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

La serie de artículos "*Revolución y contrarrevolución en Alemania*" se imprimió en el "*New York Daily Tribune*" de 1851 a 1852 y fue escrita por Engels a petición de Marx, ocupado por entonces en hacer investigaciones económicas. Se publicó en el "*Tribune*" con la firma de Marx, que era el colaborador oficial del periódico. Hasta 1913, y eso con motivo de la publicación de la correspondencia entre Marx y Engels, no se supo que este trabajo lo había escrito Engels.

I. ALEMANIA EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN

El primer acto del drama revolucionario desplegado en el continente europeo ha terminado. Los “poderes que fueron” antes del huracán de 1848 han recuperado su estado de “poderes que son”, y los gobernantes más o menos populares por un día, los gobernadores provisionales, los triunviros y los dictadores con toda la caterva de diputados, apoderados civiles, delegados militares, prefectos, jueces, generales, jefes, oficiales y soldados han sido arrojados a la otra orilla, “exilados allende el mar”, a Inglaterra o América para formar allí nuevos gobiernos “*in partibus infidelium*”,⁵³ comités europeos, comités centrales, comités nacionales y anunciar su advenimiento con edictos tan solemnes como las de cualesquiera potentados menos imaginarios.

No es posible figurarse una derrota tan grande como la sufrida por el partido revolucionario, mejor dicho, por los partidos revolucionarios del continente en todos los puntos de la línea de batalla. ¿Y qué? ¿No duraron cuarenta y ocho años la lucha de las clases medias inglesas y cuarenta años las batallas sin par de las clases medias francesas por la supremacía social y política? ¿Y no tuvieron el triunfo más cerca que en ninguna otra ocasión en el preciso momento en que la monarquía restaurada se creía más sólida que nunca? Han pasado hace ya mucho los tiempos de la superstición que atribuía las revoluciones a la malevolencia de un puñado de agitadores. En nuestros días todo el mundo sabe que dondequiera que hay una conmoción revolucionaria, tiene que estar motivada por alguna demanda social que las instituciones caducas impiden satisfacer. Esta demanda puede no dejarse aún sentir con tanta fuerza ni ser tan general como para asegurar el éxito inmediato; pero cada conato de represión violenta no hace sino acrecentarla y robustecerla hasta que rompe sus cadenas. Por tanto, si hemos sido derrotados, no podemos hacer nada más que volver a empezar desde el comienzo. Y, por fortuna, la tregua, probablemente muy breve, que tenemos concedida entre el fin del primer acto y el principio del segundo acto del movimiento, nos brinda el tiempo preciso para realizar una labor de imperiosa necesidad: estudiar las causas que hicieron ineludibles tanto el reciente estallido revolucionario

⁵³ *In partibus infidelium* (literalmente: “en el país de los infieles”): adición al título de los obispos católicos destinados a cargos puramente nominales en países no cristianos. Esta expresión la empleaban a menudo Marx y Engels, aplicada a diversos gobiernos emigrados que se habían formado en el extranjero sin tener en cuenta alguna la situación real del país.

como la derrota de la revolución, causas que no deben buscarse ni en los móviles accidentales, ni en los méritos, ni en las faltas, ni en los errores o traiciones de algunos dirigentes, sino en todo el régimen social y en las condiciones de existencia de cada país afectado por la conmoción. Que los movimientos imprevistos de febrero y marzo de 1848 no fueron promovidos por individuos sueltos, sino manifestaciones espontáneas e incontenibles de las demandas y necesidades nacionales, entendidas con mayor o menor claridad, pero vivamente sentidas por numerosas clases en cada país, es un hecho reconocido en todas partes. Pero cuando se indagan las causas de los éxitos de la contrarrevolución, se ve por doquier la respuesta preparada de que fue por la “traición” del señor Fulano de Tal o del ciudadano Mengano de Cual al pueblo. Respuesta que, según las circunstancias, puede estar o no muy en lo cierto, pero en modo alguno explica nada, ni tan siquiera muestra cómo pudo ocurrir que el “pueblo” se dejara traicionar de esa manera. Por lo demás, es muy pobre el porvenir de un partido político pertrechado con el conocimiento del solo hecho de que el ciudadano Fulano de Tal no es merecedor de confianza.

El análisis y la exposición de las causas tanto de la conmoción revolucionaria como de la derrota de la revolución revisten, además, una importancia excepcional desde el punto de vista de la historia. Todas esas pequeñas discordias y recriminaciones personales, todos esos asertos contradictorios de que fue Marrast, o Ledru-Rollin, o Luis Blanc, o cualquier otro miembro del Gobierno Provisional, o el gabinete entero quien llevó la revolución hacia los escollos que la hicieron naufragar ¿qué interés pueden tener ni qué luz pueden proyectar para los americanos o los ingleses que han observado todos esos movimientos desde una distancia demasiado grande para poder distinguir algún detalle de las operaciones? Nadie que esté en sus cabales creará jamás que once personas,⁵⁴ en su mayoría de capacidad más que mediocre tanto para hacer el bien como el mal, hayan podido hundir en tres meses a una nación de treinta y seis millones de habitantes, a menos que estos treinta y seis millones conocieran tan mal como estas once personas el rumbo que debían seguir. Pero de lo que precisamente se trata es de cómo pudo ocurrir que estos treinta y seis millones fueran llamados de pronto a decidir qué rumbo tomar, pese a que, en parte, avanzaban a tientas en las tinieblas, y de cómo ellos se perdieron luego y permitieron a sus viejos líderes volver por algún tiempo a los puestos de dirección.

⁵⁴ Los miembros del Gobierno Provisional francés. (N. de la Edit.)

Así pues, si bien intentamos explicar a los lectores de *"The Tribune"*⁵⁵ las causas que no sólo hicieron necesaria la revolución alemana de 1848, sino también inevitable su derrota temporal en 1849 y 1850, no se espere de nosotros una descripción completa de los sucesos tal y como sobrevinieron en el país. Los acontecimientos posteriores y el fallo de las generaciones venideras decidirán qué hechos de ese confuso cúmulo, aparentemente casuales, incoherentes e incongruentes, entrarán en la historia universal. Aún no ha llegado el momento de resolver este problema. Debemos constreñirnos a los límites de lo posible y sentirnos satisfechos si podemos encontrar las causas racionales basadas en hechos innegables que expliquen las vicisitudes principales de ese movimiento y nos den la clave de la dirección que el próximo y quizás no muy lejano estallido imprimirá al pueblo alemán.

Pues bien, ante todo, ¿qué situación había en Alemania cuando estalló la revolución?

La composición de las diferentes clases del pueblo que constituyen la base de toda organización política era en Alemania más complicada que en cualquier otro país. Mientras que en Inglaterra y en Francia el feudalismo había sido totalmente destruido o, al menos, reducido, como en Inglaterra, a unos pocos vestigios insignificantes, por la poderosa y rica clase media, concentrada en grandes ciudades, sobre todo en la capital, la nobleza feudal de Alemania conservaba gran parte de sus viejos privilegios. El sistema feudal de posesión de la tierra era el que prevalecía casi por doquier. Los terratenientes seguían conservando incluso la jurisdicción sobre sus arrendatarios. Privados de sus privilegios políticos, del derecho de exigir cuentas a los soberanos, conservaban casi íntegra su potestad medieval sobre los campesinos de sus tierras solariegas, así como su exención del pago de las contribuciones. El feudalismo prosperaba más en unos lugares que en otros, pero en ninguno fue destruido por entero excepto en la orilla izquierda del Rin. Esta nobleza feudal, numerosísima y, en parte, riquísima, estaba considerada oficialmente el primer "estamento" del país. Nutría de altos funcionarios el Gobierno y casi totalmente de jefes y oficiales el ejército.

⁵⁵ *"The Tribune"*: título abreviado del periódico progresista burgués *"The New York Daily Tribune"* (*"Tribuna diaria de Nueva York"*), que apareció de 1841 a 1924. Marx y Engels colaboraron en él desde agosto de 1851 hasta marzo de 1862.

La burguesía de Alemania estaba muy lejos de ser tan rica y estar tan concentrada como la de Francia o Inglaterra. Las viejas manufacturas de Alemania fueron destruidas por el empleo del vapor y por la supremacía, en rápida expansión, de las manufacturas inglesas; las otras manufacturas, más modernas, fundadas bajo el sistema continental de Napoleón⁵⁶ en otras regiones del país, no compensaban la pérdida de las viejas ni eran suficientes para proporcionar a la industria una influencia tan poderosa que forzase a los gobiernos a satisfacer sus demandas, con tanto mayor motivo que estos gobiernos miraban con recelo todo aumento de la riqueza y el poder de los que no procedían de la nobleza. Si bien es cierto que Francia había mantenido venturosamente sus manufacturas sederas a través de cincuenta años de revoluciones y guerras, no lo es menos que Alemania, en el mismo período, perdió todas sus viejas tejedurías de lino. Además, los distritos manufactureros eran pocos y estaban alejados unos de otros. Situados en el interior del país, utilizaban en la mayoría de los casos para su exportación e importación puertos extranjeros, holandeses o belgas, de manera que tenían pocos o ningunos intereses comunes con las grandes ciudades portuarias del mar del Norte o Báltico; eran sobre todo, incapaces de constituir grandes centros industriales y comerciales como París, Lyon, Londres y Manchester. Las causas de ese atraso de las manufacturas alemanas eran muchas, pero basta con mencionar dos para explicarlo: la desventajosa situación geográfica del país, alejado del Atlántico, que se había convertido en la gran ruta del comercio mundial, y las continuas guerras en que Alemania se veía envuelta y han tenido por teatro su territorio desde el siglo XVI hasta nuestros días. La escasez numérica y, particularmente, la falta de concentración alguna es lo que ha impedido a las clases medias alemanas alcanzar la supremacía política que la burguesía inglesa viene gozando desde 1688 y que la francesa conquistó en 1789. No obstante, la riqueza, y con ella la importancia política de la clase media de Alemania, ha venido aumentando constantemente a partir de 1815. Los gobiernos, si bien muy a pesar suyo, se han visto obligados a tener en cuenta los intereses materiales, al menos los más inmediatos, de la burguesía. Se puede incluso afirmar a ciencia cierta que cada partícula de influencia política otorgada a la burguesía por las constituciones de los pequeños Estados luego arrebatada durante los dos períodos de reacción política que mediaron entre 1815 y 1830 y entre

⁵⁶ *El sistema continental*, o bloqueo continental: prohibición, declarada en 1806 por Napoleón I para los países del continente europeo de comerciar con Inglaterra. El bloqueo continental cayó después de la derrota de Napoleón en Rusia.

1832 y 1840 era compensada con la concesión de alguna ventaja más práctica. Cada derrota política de la clase media reportaba luego una victoria en el campo de la legislación comercial. Y, por cierto, la tarifa proteccionista prusiana de 1818⁵⁷ y la formación de la *Zollverein*⁵⁸ dieron mucho más a los comerciantes y manufactureros de Alemania que el dudoso derecho de expresar en las cámaras de algún diminuto ducado su desconfianza de los ministros que se reían de sus votos. Así, pues, con el aumento de la riqueza y la extensión del comercio, la burguesía alcanzó pronto el nivel en que el desarrollo de sus intereses más importantes se veía frenado por el régimen político del país, por su división casual entre treinta y seis príncipes con apetencias y caprichos opuestos; por las trabas feudales que atenazaban la agricultura y el comercio relacionado con ella; y por la fastidiosa supervisión a que la burocracia, ignorante y presuntuosa, sometía todas las transacciones. Al propio tiempo, la extensión y consolidación de la *Zollverein*, la introducción general del transporte a vapor y el aumento de la competencia en el comercio interior unieron más a las clases comerciantes de los distintos Estados y provincias, igualaron sus intereses y centralizaron su fuerza. La consecuencia natural fue el paso en masa de todos ellos al campo de la oposición liberal y la victoria en la primera batalla seria de la clase media alemana por el poder político. Este cambio puede datarse desde 1840, cuando la burguesía de Prusia asumió la dirección del movimiento de la clase media alemana. En adelante volveremos a tratar de este movimiento de la oposición liberal de 1840-1847.

Las grandes masas de la nación, que no pertenecían ni a la nobleza ni a la burguesía, constaban, en las ciudades, de la clase de los pequeños artesanos y comerciantes, y de los obreros, y en el campo, de los campesinos.

La clase de los pequeños artesanos y comerciantes es numerosísima en Alemania debido al escaso desarrollo que los grandes capitalistas e industriales han tenido como clase en este país. En las mayores ciudades constituye casi la mayoría de la población, y en las pequeñas predomina totalmente debido a la ausencia de competidores ricos que se disputen la influencia. Esta clase, una de las más importantes en todo organismo

⁵⁷ *La tarifa proteccionista de 1818*: abolición de los aranceles internos en el territorio de Prusia.

⁵⁸ *Zollverein* (La Liga aduanera), fundada en 1834 bajo los auspicios de Prusia, agrupaba a casi todos los Estados alemanes; una vez establecida una frontera aduanera común, contribuyó en lo sucesivo a la unión política de Alemania.

político moderno y en toda moderna revolución, es más importante aún en Alemania, donde ha desempeñado generalmente la parte decisiva en las recientes luchas. Su posición intermedia entre la clase de los capitalistas, comerciantes e industriales, más grandes, y el proletariado, u obreros fabriles, es la que determina su carácter. Aspira a alcanzar la posición de la primera, pero el mínimo cambio desfavorable de la fortuna hace descender a los de esta clase a las filas de la última. En los países monárquicos y feudales, la clase de los pequeños artesanos y comerciantes necesita para su existencia los pedidos de la corte y la aristocracia; la pérdida de estos pedidos puede arruinarlos en gran parte. En las ciudades pequeñas son la guarnición militar, la diputación provincial y la Audiencia con la caterva que arrastran los que forman muy a menudo la base de su prosperidad; si se retira todo esto, los tenderos, los sastres, los zapateros y los carpinteros vendrán a menos. Así pues, están siempre oscilando entre la esperanza de entrar en las filas de la clase más rica y el miedo de verse reducidos al estado de proletarios o incluso de mendigos; entre la esperanza de asegurar sus intereses, conquistando una participación en los asuntos públicos, y el temor de provocar con su inoportuna oposición la ira del gobierno, del que depende su propia existencia, ya que está en la mano de él quitarle sus mejores clientes; posee muy pocos medios, y la inseguridad de su posesión es inversamente proporcional a la magnitud de los mismos; por todo lo dicho, esta clase vacila mucho en sus opiniones. Humilde y lacayuna ante los poderosos señores feudales o el gobierno monárquico, se pasa al lado del liberalismo cuando la clase media está en ascenso; tiene accesos de virulenta democracia tan pronto como la clase media se ha asegurado su propia supremacía, pero cae en la más abyecta cobardía tan pronto como la clase que está por debajo de ésta, la de los proletarios, intenta un movimiento independiente. A lo largo de nuestra exposición veremos cómo en Alemania esta clase ha pasado alternativamente de uno de estos estados a otro.

La clase obrera de Alemania ha quedado atrasada en su desarrollo social y político con respecto la clase obrera de Inglaterra y Francia en la misma medida en que la burguesía alemana se ha quedado rezagada de la burguesía de estos países. El criado es como el amo. La evolución en las condiciones de existencia de una clase proletaria numerosa, fuerte, concentrada e inteligente va de la mano del desarrollo de las condiciones de existencia de una clase media numerosa, rica, concentrada y poderosa. El movimiento obrero por sí mismo jamás es independiente, jamás lo es de

un carácter exclusivamente proletario a menos que todas las fracciones diferentes de la clase media y, particularmente, su fracción más progresiva, la de los grandes fabricantes, haya conquistado el poder político y rehecho el Estado según sus demandas. Entonces se hace inevitable el conflicto entre el patrono y el obrero y ya no es posible aplazarlo más; entonces no se puede seguir entreteniendo a los obreros con esperanzas ilusorias y promesas que jamás se han de cumplir; el gran problema del siglo XIX, la abolición del proletariado, es al fin planteado con toda claridad.

Ahora, en Alemania, la mayoría de la clase obrera tiene trabajo, pero no en las fábricas de los magnates de tipo contemporáneo, representados en Gran Bretaña por especies tan espléndidas, sino por pequeños artesanos que tienen por todo sistema de producción meros vestigios de la Edad Media.

Y lo mismo que existe una gran diferencia entre el gran señor del algodón, por una parte, y el pequeño zapatero o sastre, por otra, hay la misma distancia entre el obrero fabril despierto e inteligente de las modernas Babilonias industriales y el corto oficial de sastre o ebanista de una pequeña ciudad provincial en la que las condiciones de vida y el carácter del trabajo han sufrido sólo un ligero cambio en comparación con lo que eran cinco siglos antes para la gente de esta categoría.

Esta ausencia general de condiciones modernas de vida y de modernos tipos de producción industrial iba acompañada naturalmente por una ausencia casi tan general de ideas contemporáneas; por eso no tiene nada de extraño que, al comienzo de la revolución, gran parte de los obreros reclamara inmediatamente el restablecimiento de los gremios y de las privilegiadas industrias de oficios medievales.

Y aun así, merced a la influencia de los distritos manufactureros, en los que predominaba el moderno sistema de producción y, en consecuencia, de las facilidades de intercomunicación y desarrollo mental brindadas por la vida errante de gran número de obreros, entre ellos se formó un gran núcleo cuyas ideas sobre la liberación de su clase se distinguían por una claridad incomparablemente mayor y más acorde con los hechos existentes y necesidades históricas; pero eran sólo una minoría.

Si el movimiento activo de la clase media puede datarse desde 1840, el de la clase obrera comienza por las insurrecciones de los obreros fabriles de

Silesia y Bohemia en 1844⁵⁹ y no tardaremos en tener ocasión de pasar revista a las diferentes fases por las que ha pasado este movimiento.

Por último, estaba la gran clase de los pequeños arrendatarios, de los campesinos, que constituyen con su apéndice, los jornaleros agrícolas, una mayoría considerable de toda la nación. Pero esta clase se subdivide a su vez en diversos grupos. Vemos, primero a los campesinos más acomodados, llamados en Alemania *Gross-* y *Mittelbauern*⁶⁰, propietarios de tierras más o menos extensas, y cada uno de ellos utiliza los servicios de varios obreros agrícolas. Esta clase, colocada entre los grandes propietarios feudales de la tierra, eximida del pago de contribuciones, y los pequeños campesinos y obreros agrícolas, por razones obvias, se encontraron en alianza con la burguesía urbana antifeudal. Segundo, vemos a los pequeños campesinos propietarios que predominan en la provincia del Rin, donde el feudalismo sucumbió bajo los poderosos golpes de la Gran Revolución Francesa. Pequeños campesinos propietarios e independientes similares existían asimismo en algunas partes de otras provincias, donde habían logrado redimir las cargas feudales que vinculaban sus tierras. No obstante, esta clase era de propietarios libres sólo nominalmente, pues su propiedad había sido, por lo común, hipotecada y, además, en condiciones tan onerosas que no era el campesino, sino el usurero que había prestado el dinero el propietario real de la tierra. Tercero, los campesinos adscritos a la gleba, que no podían ser desahuciados con facilidad de sus parcelas, pero que estaban obligados a pagar al terrateniente una renta constante o ejecutar a perpetuidad un trabajo para el señor. Por último, existían obreros agrícolas cuyas condiciones, en muchas grandes haciendas, eran exactamente iguales que las de la misma clase en Inglaterra y que, en todo caso, vivían y morían pobres, mal alimentados y esclavos de sus amos. Antes de la revolución, estas tres últimas clases de la población rural: los pequeños propietarios libres, los campesinos adscritos a la gleba y los obreros agrícolas jamás se calentaban la cabeza con la política, pero, sin duda, este acontecimiento tenía que abrirles un nuevo sendero, lleno de brillantes perspectivas. La revolución ofrecía ventajas a cada uno de ellos, y era de esperar que el movimiento, una vez comenzado y desplegado, los incorporase a su vez a todos ellos.

⁵⁹ La insurrección de los tejedores de *Silesia*, del 4 al 6 de junio de 1844, primera gran lucha de clase del proletariado y la burguesía de Alemania, y la insurrección de los obreros *checos* en la segunda mitad de junio de 1844 fueron aplastadas sin piedad por las tropas gubernamentales.

⁶⁰ Campesinos ricos y medios. (N. de la Edit.)

Pero, al mismo tiempo, es completamente evidente, e igualmente confirmado por la historia de todos los países modernos, que la población agrícola, debido a su dispersión en gran extensión y a la dificultad de que llegue a ponerse de acuerdo una porción considerable de ella, jamás puede emprender ningún movimiento independiente con éxito; requiere el impulso inicial de la población más concentrada, más ilustrada y de más movimiento de las ciudades.

El breve esbozo precedente de las clases más importantes que, en conjunto, formaban la nación alemana en el momento del estallido de los recientes movimientos, será suficiente para explicar una gran parte de la incoherencia, la incongruencia y la contradicción aparente que predominaban en este movimiento. Cuando intereses tan dispares, tan contradictorios y tan extrañamente encontrados entran en violenta colisión; cuando estos intereses en pugna de cada distrito o provincia se mezclan en distintas proporciones; cuando, sobre todo, en el país no hay ningún centro importante, un Londres o un París, cuyas decisiones pudieran, por su peso, eximir al pueblo de la necesidad de ventilar cada vez de nuevo el mismo conflicto mediante la lucha en cada localidad, ¿qué otra cosa se puede esperar sino la dispersión de la lucha en un sinfín de combates desligados en los que se derrama una enormidad de sangre y se gastan infinitas energías y capital sin ningún resultado decisivo?

El desmembramiento político de Alemania en tres docenas de principados más o menos importantes se explica igualmente por la confusión y multiplicidad de los elementos que constituyen la nación y, encima, son distintos en cada localidad. Donde no hay intereses comunes, no puede haber unidad de objetivos y menos aún de acción. La Confederación alemana,⁶¹ es cierto, fue declarada indisoluble por los siglos de los siglos; no obstante, la Confederación y su órgano, la Dieta,⁶² jamás han representado la unidad alemana. El grado supremo a que llegó la centralización en Alemania fue la *Zollverein*; esta Liga obligó a los Estados del Mar del Norte a formar su propia Liga arancelaria,⁶³ en tanto que Austria seguía protegiéndose con sus aranceles prohibitivos.

⁶¹ La *Confederación Alemana*, fundada el 8 de junio de 1815 en el Congreso de Viena, era una unión de los Estados absolutistas feudales de Alemania y consolidaba el fraccionamiento político y económico de Alemania.

⁶² La *Dieta de la Unión*: órgano central de la Unión Alemana con sede en Francfort del Meno; fue un instrumento de la política reaccionaria de los gobiernos alemanes.

⁶³ La denominada *Liga arancelaria* (*Steuerverein*) se formó en mayo de 1834, integrada por los Estados alemanes de Hannover, Braunschweig, Oldemburgo y Schaumburgo-Lippe, interesados en el comercio con Inglaterra. Para 1854, esta alianza separada se deshizo, y sus participantes se adhirieron a la Liga aduanera (véase la nota 56)

Así pues, Alemania estaba satisfecha de su división, para todo objetivo práctico, sólo en tres poderes independientes en lugar de treinta y seis. Naturalmente, la supremacía decisiva del zar ruso,⁶⁴ establecida en 1814, no sufrió por ello cambio alguno.

Tras de exponer estas conclusiones previas, sacadas de nuestras premisas, veremos en el siguiente artículo cómo las diversas clases antemencionadas del pueblo alemán se pusieron en movimiento, una tras otra, y el carácter que este movimiento adquirió al estallar la revolución francesa de 1848.

Londres, septiembre de 1851

⁶⁴ Alejandro I. (N. de la Edit.)

II. LOS OTROS ESTADOS ALEMANES

En nuestro artículo anterior nos limitamos casi exclusivamente al Estado que, entre 1840 y 1848, fue casi el más importante del movimiento en Alemania: el de Prusia. Lancemos, no obstante, una rápida ojeada a otros Estados de Alemania en este mismo período.

Por lo que se refiere a los Estados pequeños, han pasado, desde el movimiento revolucionario de 1830, por la dictadura completa de la Dieta Unida, es decir, de Austria y Prusia. Por ilusorias que fuesen las diversas constituciones adoptadas como medio de defensa contra la arbitrariedad de Estados más grandes, para asegurar popularidad a sus autores coronados y la unidad a las asambleas heterogéneas de las provincias, formadas sin ningún principio rector por el Congreso de Viena, resultaron sin embargo, peligrosas en el tumultuoso período de 1830-1831 para el poder de los pequeños monarcas. Fueron derogadas casi totalmente. Lo que quedó de ellas era menos que una sombra y se requería la locuaz complacencia de un Welcker, un Rotteck o un Dahlmann para imaginar que se podía obtener algún resultado de esa sumisa oposición, mezclada con el vil reptilismo que se les permitía mostrar en las impotentes cámaras de esos pequeños Estados.

La parte más enérgica de la clase media de esos pequeños Estados abandonó, poco después de 1840, todas las esperanzas que ellas cifraran en el desarrollo del gobierno parlamentario de esas dependencias de Austria y Prusia. Y tan pronto como la burguesía prusiana y las clases aliadas a ella mostraron su seria resolución de luchar por el gobierno parlamentario de Prusia, se les permitió asumir la dirección del movimiento constitucional sobre toda la Alemania no austríaca. Es un hecho incontestable ahora que el núcleo de los constitucionalistas de Alemania Central que luego se salió de la Asamblea Nacional de Francfort y que, por el lugar de sus reuniones separadas, recibió el nombre de Partido de Gotha⁶⁵, discutió mucho antes de 1848 un plan que, con pequeñas modificaciones, propuso en 1849 a los representantes de toda Alemania. Aspiraba a la exclusión completa de Austria de la Confederación Alemana y al establecimiento de una nueva Confederación con una nueva ley

⁶⁵ *Partido de Gotha*: se fundó en junio de 1849 por representantes de la gran burguesía contrarrevolucionaria y de los liberales de derecha; se proponía agrupar a toda Alemania, excepción hecha de Austria, bajo los auspicios de la Prusia de los Hohenzollern.

fundamental y un Parlamento federal bajo la protección de Prusia y la incorporación de los Estados más pequeños a otros mayores. Todo eso debía llevarse a cabo en el momento en que Prusia ingresara en las filas de la monarquía constitucional, diese la libertad de prensa y aplicase una política independiente de Rusia y Austria, concediendo así a los constitucionalistas de los Estados pequeños la posibilidad de obtener un control real sobre sus gobiernos respectivos. El inventor de este esquema fue el catedrático Gervinus, de Heidelberg (Baden). Así, la emancipación de la burguesía prusiana debía ser la señal para la emancipación de las clases medias de Alemania en general y para la conclusión de una alianza, ofensiva y defensiva, tanto contra Rusia como contra Austria; pues Austria, como veremos ahora mismo, era tenida por un país enteramente bárbaro del que se sabía muy poco, y lo poco que se sabía no hacía honor a su población; Austria, pues, no era considerada parte esencial de Alemania.

Por cuanto a las otras clases de la sociedad de los Estados pequeños, seguían, con más o menos rapidez, los pasos de sus cofrades de Prusia. Los pequeños comerciantes estaban más descontentos cada día de sus respectivos gobiernos por el aumento de los impuestos, las restricciones de sus exiguos derechos políticos, de los que estaban tan ufanos de compararse con los “esclavos del despotismo” de Austria y Prusia. Pero, en su oposición, aún no se descubría nada lo suficiente determinado que pudiera destacarlos como partido independiente distinto del partido constitucionalista de la gran burguesía. El descontento entre los campesinos también aumentaba, pero era bien sabido que en tiempos tranquilos y pacíficos jamás propugnarían sus intereses ni adoptarían su posición como clase independiente, excepto los países donde estaba establecido el sufragio universal. La clase obrera, en los oficios y las industrias de las ciudades, comenzaba a contaminarse con la “ponzoña” del socialismo y el comunismo, pero eran pocas, fuera de Prusia, las ciudades de alguna importancia y aún menos los distritos industriales, por lo que el movimiento de los obreros, debido a la falta de centros de actividad y propaganda, se desarrollaba con mucha lentitud en los Estados pequeños.

Tanto en Prusia como en los Estados pequeños, la dificultad que existía para que se manifestase la oposición política promovió una original oposición religiosa que se expresaba en movimientos paralelos del

catolicismo alemán y del Congregacionalismo Libre.⁶⁶ La historia nos brinda numerosos ejemplos de cómo en los países que gozan los bienes de una Iglesia Estatal y en que la discusión política está muy obstaculizada, la oposición profana y peligrosa contra el poder seglar se oculta tras una lucha más santificada y aparentemente más desinteresada contra el despotismo espiritual. Muchos gobiernos que no toleran la discusión de ninguno de sus actos lo pensarán bien antes de crear mártires y excitar el fanatismo religioso de las masas. Así pues, en 1845, se conceptuaba la religión parte inseparable del régimen de cada Estado de Alemania, ya se profesase la católica romana como la protestante o ambas a la vez. Y en cada uno de estos Estados, el clero de una de estas religiones o de las dos constituía una parte esencial del sistema burocrático del gobierno. Atacar la ortodoxia protestante o católica o al clero era tanto como atacar al propio gobierno. En cuanto a los católicos alemanes, su misma existencia era un ataque a los gobiernos católicos de Alemania, sobre todo de Austria y Baviera; y así lo entendían estos gobiernos. Los Congregacionalistas Libres, los disidentes protestantes, que tenían cierto parecido con los unitarios ingleses y norteamericanos,⁶⁷ declaraban explícitamente su oposición a la tendencia ortodoxa clerical y rígida del rey de Prusia y de su ministro favorito del Departamento de Educación y Culto, señor Eichhorn. Las dos nuevas sectas, que se extendieron rápidamente durante cierto tiempo, la primera en las tierras católicas y la segunda en las protestantes, se distinguían únicamente por su diferencia de origen; en cuanto a sus doctrinas, coincidían exactamente en el importante punto de que todos los dogmas definidos carecían de consistencia. Esa falta de toda definición era su esencia genuina; decían que estaban erigiendo el gran templo bajo cuyas bóvedas se unirían todos los alemanes.

⁶⁶ *"Catolicismo alemán"*: movimiento religioso que surgió en 1844 y abarcó a grandes sectores de la burguesía media y pequeña; estaba encauzado contra las manifestaciones extremas de misticismo y gazmoñería en la Iglesia católica. Al rechazar la primacía del papa de Roma y de numerosos dogmas y ritos de la Iglesia católica, los "católicos alemanes" pretendían adaptar el catolicismo a los menesteres de la burguesía alemana.

"Congregacionalismo Libre": se separó de la Iglesia protestante oficial en 1846. Esta oposición religiosa fue una de las formas de manifestación del descontento de la burguesía alemana en los años 40 del siglo XIX por el régimen reaccionario de Alemania. En 1859, el "Congregacionalismo Libre" se fundió con el de "católicos alemanes".

⁶⁷ *Unitarios* o antitrinitarios: representantes de la corriente religiosa que surgió en el siglo XVI en Alemania y reflejaba la lucha de las masas populares y de la parte radical de la burguesía contra el régimen y la Iglesia feudales. En Inglaterra y América, el unitarismo penetró a raíz del siglo XVII. La doctrina del unitarismo colocaba en el siglo XIX en primer plano los momentos ético-morales de la religión, pronunciándose contra su aspecto exterior, ritual.

Por tanto, en el aspecto religioso expresaban la segunda idea política del día, la idea de la unidad de Alemania; sin embargo, no podían ponerse de acuerdo entre ellos mismos.

La idea de la unidad de Alemania que las antemencionadas sectas procuraban llevar a cabo al menas en el terreno de la religión, inventando una religión común para todos los alemanes, amoldada especialmente a sus demandas, costumbres y gustos, esta idea se extendió efectivamente mucho, sobre todo en los Estados pequeños. Después de la disolución del Imperio alemán por Napoleón⁶⁸ el llamamiento a la unión de todos los *disjecta membra*⁶⁹ del cuerpo alemán fue la expresión general del descontento por el orden establecido de las cosas, máxime en los Estados pequeños, donde los gastos de la corte, de la administración y del ejército, en suma, el peso muerto de los impuestos, crecían en razón directa a la pequeñez y debilidad del Estado. Mas en el punto de lo que debía ser esa unidad de Alemania, cuando se llevase a efecto, eran dispares las opiniones de los partidos.

La burguesía, que no quería grandes convulsiones revolucionarias, se satisfacía con lo que ya hemos visto que consideraba “viable”, a saber, la unión de toda Alemania, excluida Austria, bajo la supremacía del gobierno constitucional de Prusia: y es seguro que por entonces no se podía hacer nada más sin provocar peligrosas tempestades.

Los pequeños comerciantes, los artesanos y los campesinos, en la medida que el problema preocupaba a estos últimos, jamás llegaron a definirse con respecto a la unidad de Alemania, que reclamaron luego con tal griterío; unos cuantos soñadores, en su mayoría reaccionarios feudales, cifraban sus esperanzas en el restablecimiento del Imperio alemán; algunos ignorantes, los *soi-disant*⁷⁰ radicales, admiradores de las instituciones suizas, que aún no habían conocido en la práctica y que, les decepcionó de manera tan ridícula, se pronunciaban por una república federal; había un solo partido extremo que, por entonces, se atrevía a propugnar la República Alemana⁷¹, una e indivisible.

⁶⁸ Hasta agosto de 1806 Alemania entraba en el denominado Sacro Imperio Romano de la nación alemana, fundado en el siglo X; era una unión de principados feudales y ciudades libres que reconocían el poder supremo del emperador.

⁶⁹ *Disjecta membra*: miembros dispersos. (N. de la Edit.)

⁷⁰ *Soi-disant*: así llamados. (N. de la Edit.)

⁷¹ La consigna de una República Alemana única e indivisible fue lanzada ya en vísperas de la revolución por Marx y Engels.

Así pues, la unidad de Alemania era en sí un gran problema de desunión, de discordia y, en caso de ciertas eventualidades, incluso de guerra civil.

Resumiendo, la situación en Prusia y en los Estados pequeños de Alemania a fines de 1847 era la siguiente. La burguesía sentía su fuerza y se resolvió a no tolerar más tiempo las trabas con que el despotismo feudal y burocrático encadenaba sus transacciones comerciales, su productividad industrial y sus acciones comunes como clase; una parte de la nobleza rural se había convertido hasta tal punto en productora de artículos destinados exclusivamente al mercado que tenía los mismos intereses de la burguesía e hizo causa común con ella; la clase de los pequeños artesanos y comerciantes estaba descontenta por los impuestos y las barreras interpuestas en su negocio, pero aún no tenía ningún plan definido para esas reformas que pudieran asegurar su posición en la sociedad y en el Estado; los campesinos, oprimidos en algunos sitios por las exacciones feudales, y en otros por los prestamistas, los usureros y los leguleyos; los obreros de las ciudades habían sufrido el impacto del descontento general y odiaban tanto al gobierno como a los grandes capitalistas industriales y se dejaban contagiar por las ideas socialistas y comunistas. En suma, existía una masa heterogénea de elementos opositoristas movidos por diversos intereses, pero más o menos dirigidos por la burguesía, a cuyas primeras filas marchaba de nuevo la burguesía de Prusia y, particularmente, de la provincia del Rin. Por otro lado, los gobiernos, que discrepaban en muchas cuestiones y desconfiaban los unos de los otros, particularmente del de Prusia, con cuya protección debían contar; en Prusia, rechazado el gobierno por la opinión pública y aun por parte de la nobleza, apoyado por el ejército y la burocracia, que cada día se contagiaba más de las ideas de la burguesía opositorista y caía bajo el influjo de ésta, el gobierno que, encima de lo dicho, no tenía un céntimo en el más estricto sentido de la palabra y que no podía conseguir ni un céntimo para cubrir su creciente déficit sin entregarse a la discreción de la burguesía, a la cual tenía en contra. ¿Habrà tenido alguna vez la burguesía de cualquier otro país mejor situación en su lucha contra el gobierno establecido?

Londres, septiembre de 1851

III. AUSTRIA

Veamos ahora a Austria, país que en marzo de 1848 estaba casi tan oculto de la vista de las naciones extranjeras como China antes de la última guerra con Inglaterra.⁷²

Por supuesto, aquí podemos examinar sólo la parte alemana de Austria. Los asuntos de la población polaca, húngara e italiana de Austria quedan fuera de nuestro tema, pero habremos de tratarlos luego en la medida en que influyeron desde 1848 en los destinos de los alemanes austríacos.

El Gobierno del príncipe Metternich se ha regido por dos principios: primero, tener sujeta a cada una de las diferentes naciones sometidas a la dominación austríaca mediante las otras naciones que se encuentran en la misma situación; segundo, y éste ha sido siempre el principio fundamental de las monarquías absolutas, apoyarse en dos clases, en los terratenientes feudales y en los grandes capitalistas de la bolsa, contrarrestando al mismo tiempo la influencia y el poder de cada una de estas clases con la influencia y el poder de la otra para dejar completa libertad de acción al gobierno. La nobleza terrateniente, cuyos ingresos integros provenían de gabelas feudales de toda clase, no podía menos de apoyar el gobierno que había demostrado ser el único que la protegía contra la clase oprimida de los campesinos siervos, a costa de cuya expoliación vivía; y si la parte menos acaudalada de esta nobleza se decidió a pasar a la oposición al gobierno, como ocurrió en 1846 en la Galicia rutena, Metternich lanzaba inmediatamente contra ellos a esos mismos siervos que no perdían ocasión de vengarse atrozmente de sus opresores inmediatos.⁷³

Por otra parte, los grandes capitalistas de la bolsa estaban ligados con el Gobierno de Metternich por las grandes sumas que habían invertido en valores del Estado. Austria, que recuperó todo su poder en 1815, que hizo resurgir y apoyó desde 1820 la monarquía absoluta de Italia y que fue eximida de parte de sus deudas por la quiebra de 1810, no tardó, una vez

⁷² Se trata de la denominada *primera guerra del opio* (1839-1842): guerra de rapiña de Inglaterra contra China que puso comienzo a la conversión de China en un país semicolonial.

⁷³ En febrero-marzo de 1846 estalló simultáneamente con la insurrección de liberación nacional en Cracovia una gran sublevación campesina en la Galicia rutena que las autoridades austríacas utilizaron para aplastar el movimiento insurreccional de la nobleza inferior. Luego de sofocar la insurrección de Cracovia, el Gobierno austríaco aplastó asimismo la insurrección campesina en la Galicia rutena.

concertada la paz, en recuperar su crédito en los grandes mercados monetarios de Europa, y en la misma proporción que aumentaba su crédito, lo aprovechaba a más y mejor. Así, todos los magnates financieros de Europa habían invertido gran parte de su capital en títulos de la deuda austríaca. Todos ellos estaban interesados en apoyar el crédito público de Austria, y como ésta necesitaba constantemente nuevos empréstitos, ellos se veían obligados a desembolsar de tiempo en tiempo nuevos capitales para mantener en alto el crédito, ofrecer seguridades por los préstamos que ya habían hecho. La larga paz que siguió después de 1815 y la aparente imposibilidad de hundimiento de un viejo imperio milenar, como el de Austria, acrecentaron el crédito del Gobierno de Metternich en asombroso grado, haciéndolo incluso independiente de los buenos deseos de los banqueros y corredores de bolsa vieneses; en tanto que Metternich podía obtener suficiente dinero de Francfort y Amsterdam, tenía, naturalmente, la satisfacción de ver a los capitalistas austríacos a sus pies. Por lo demás, éstos se encontraban en todos los otros aspectos a su merced; los grandes beneficios que dichos banqueros, capitalistas de la bolsa y contratistas gubernamentales saben sacar siempre de la monarquía absoluta, eran compensados por el poder casi ilimitado que el gobierno poseía sobre sus personas y fortunas; por lo tanto, no podía esperarse el menor asomo de oposición por parte de ellos. Así, pues, Metternich estaba seguro del apoyo de las dos clases más poderosas e influyentes del imperio y poseía, además, un ejército y una burocracia de lo mejor constituidas para todos los propósitos del absolutismo. Los funcionarios y los militares al servicio de Austria formaban una casta singular; sus padres habían prestado servicio al *Kaiser*, y lo mismo harían los hijos; éstos no pertenecían a ninguna de las múltiples nacionalidades congregadas bajo el ala del águila bicéfala; eran trasladados, y siempre lo habían sido, de uno al otro confín del imperio, de Italia a Polonia, de Alemania a Transilvania; los húngaros, los polacos, los alemanes, los rumanos, los italianos, los croatas, todo aquel que no llevara la impronta de la autoridad "imperial y real", etc., y mostrara los rasgos de su idiosincrasia nacional era igualmente desdeñado por ellos, que no tenían nacionalidad o, mejor dicho, sólo ellos constituían la verdadera nación austríaca. Es evidente qué arma tan dócil y, al mismo tiempo, tan poderosa debía ser esa jerarquía civil y militar en manos de un gobernante inteligente y enérgico.

Por cuanto a las otras clases de la población, Metternich, totalmente en el espíritu del hombre de Estado del *ancien régime*⁷⁴, se preocupaba poco por tener su apoyo. Con relación a ellos, conocía una sola política: sacarles la mayor cantidad posible de dinero en forma de impuestos y, a la vez, mantener la tranquilidad entre ellos. La burguesía industrial y comercial se desarrollaba en Austria con mucha lentitud. El comercio por el Danubio era relativamente insignificante; el país no poseía más que un puerto, el de Trieste, y el comercio por él era muy limitado. En cuanto a los industriales, gozaban de gran protección, llegando incluso en la mayoría de los casos a la completa exclusión de toda competencia extranjera; pero esta ventaja se les había concedido principalmente con vistas a aumentar su posibilidad de pagar impuestos y era en gran medida reducida a la nada por las restricciones internas de la industria, los privilegios de los gremios y otras corporaciones feudales que se respetaban escrupulosamente en tanto no entorpecían los propósitos e intenciones del gobierno. Los pequeños artesanos estaban constreñidos a los estrechos límites de estos gremios feudales que mantenían entre los diversos oficios una perpetua guerra por los privilegios de unos sobre los otros y, al propio tiempo, daban al conjunto de todas estas agrupaciones involuntarias una especie de carácter hereditario permanente, privando a la clase obrera de casi toda posibilidad de subir por la escala social. Por último, los campesinos y los obreros eran tenidos por simples objetos de exacción de impuestos: la única atención que se les concedía era mantenerlos el mayor tiempo posible en las mismas condiciones de vida en que existían ellos y en que habían existido sus padres. Con ese fin, toda vieja autoridad hereditaria, sólidamente establecida, se conservaba en la misma medida que la del Estado. El gobierno mantenía rigurosamente por doquier la potestad de los terratenientes sobre los pequeños campesinos en dependencia feudal, la del fabricante sobre los obreros fabriles, la del pequeño maestro artesano sobre los oficiales y aprendices, la del padre sobre el hijo, y cualquier manifestación de desobediencia era castigada como una infracción de la ley mediante el instrumento universal de la justicia austríaca: el palo.

Finalmente, para agrupar en un vasto sistema todas estas tentativas de crear una estabilidad artificial, se seleccionaba con la mayor precaución el sustento espiritual permitido para el pueblo y se administraba con la mayor escasez posible. La educación estaba en todas partes en manos del clero católico, cuyas jerarquías se hallaban, igual que los grandes propietarios

⁷⁴ Viejo régimen. (N. de la Edit.)

feudales de tierra, profundamente interesadas en el mantenimiento del sistema existente. Las universidades estaban organizadas de manera que no pudieran salir de ellas sino personas especializadas y capaces de alcanzar, en el mejor de los casos, más o menos provecho en ramas particulares del saber, pero no daban, en absoluto, esa libre enseñanza universal que se espera de otras universidades. La prensa periódica brillaba por su ausencia, a excepción de Hungría, y los periódicos húngaros estaban prohibidos en las otras partes de la monarquía. En cuanto a la literatura, en general, en un siglo no se había extendido nada; después de la muerte de José II, había vuelto incluso a reducirse. Y a lo largo de todas las fronteras de territorio austríaco con algún país civilizado se implantó un cordón de censura literaria ligado con el cordón de los oficiales de aduanas que impedían el paso de cualquier libro o periódico extranjero a Austria antes de haber sido revisado minuciosamente dos y tres veces su contenido y haberse aclarado que estaba libre del menor germen contaminoso del perverso espíritu de la época.

Aproximadamente treinta años después de 1815, este sistema funcionaba con asombrosa precisión. De Austria casi no se sabía nada en Europa, y lo que de Europa se sabía en Austria era igualmente tan poco. Ni la posición social de cada clase ni la misma población como un todo parecían haber sufrido el menor cambio. Por fuerte que fuese la hostilidad existente entre las clases, y la existencia de esta hostilidad era, para Metternich, la principal condición de gobierno, y aun la estimulaba para hacer a las clases superiores instrumento de todas las exacciones gubernamentales y dirigir así el odio del pueblo contra ellas, y por mucho que el pueblo odiase a los funcionarios subalternos de la Administración, casi no se registraba en general o no se registraba en absoluto descontento del gobierno central. El emperador era adorado, y los hechos parecían dar la razón al viejo Francisco I, quien, al dudar una vez de que este sistema pudiera durar mucho, agregó plácidamente:

“Así y todo, durará mientras vivamos yo y Metternich”.

No obstante, por el país se iba propagando un lento movimiento de fondo, que no afloraba a la superficie y reducía a la nada todos los esfuerzos de Metternich. La riqueza y la influencia de la burguesía industrial y comercial iban aumentando. El empleo de máquinas y de la fuerza del vapor en la industria produjo en Austria, lo mismo que en todas partes, una revolución en todas las relaciones y condiciones anteriores de vida de clases enteras de la sociedad; hizo libres a los siervos, y obreros fabriles a los pequeños

agricultores; minó las viejas corporaciones feudales de los artesanos y destruyó los medios de existencia de muchas de ellas. La nueva población comercial e industrial entró por doquier en colisión con las viejas instituciones feudales. Las clases medias, más o menos inducidas por sus ocupaciones a viajar al extranjero, introdujeron algunos conocimientos míticos de los países civilizados que estaban al otro lado de la línea aduanera imperial; la introducción de los ferrocarriles terminó por acelerar el movimiento industrial e intelectual. Había asimismo en el edificio estatal austríaco una parte peligrosa, a saber: la Constitución feudal húngara, con sus debates parlamentarios y las luchas de las masas opositoras de los nobles venidos a menos contra el gobierno y los magnates, aliados de éste. Presburgo,⁷⁵ sede de la Dieta, se encontraba ante las puertas de Viena. Todos estos elementos contribuían a crear entre las clases medias de las ciudades un espíritu que no era exactamente de oposición, pues la oposición aún era por entonces imposible, pero sí de descontento, y un deseo general de reformas, más de naturaleza administrativa que constitucional. Y, lo mismo que en Prusia, una parte de la burocracia se adhirió aquí también a la burguesía. Las tradiciones de José II no habían sido olvidadas en esta casta hereditaria de funcionarios de la Administración, los más instruidos de los cuales soñaban a veces con posibles reformas, pero preferían mucho más el despotismo progresivo e intelectual de este emperador al despotismo “paternal” de Metternich. Una parte de la nobleza más pobre estaba igualmente al lado de las clases medias, y en cuanto a las clases inferiores de la población, que siempre habían encontrado motivos de sobra para quejarse de las superiores, si no directamente del gobierno, en la mayoría de los casos no podían dejar de adherirse a los anhelos reformadores de la burguesía.

Fue poco más o menos por entonces, entre 1843 y 1844, cuando se puso comienzo en Alemania a un tipo singular de literatura acorde con estos cambios. Algunos escritores, novelistas, críticos literarios y malos poetas austríacos, todos, sin excepción, de talento muy mediocre, pero dotados de la peculiar habilidad propia de la raza semita, se establecieron en Leipzig y otras ciudades alemanas, fuera de Austria, y allí, lejos del alcance de Metternich, publicaron una serie de libros y folletos sobre asuntos austríacos. Tanto ellos como sus editores llevaron “un animado comercio” con esta mercancía. Toda Alemania ansiaba enterarse de los secretos de la política de la China europea; y la curiosidad de los propios

⁷⁵ La denominación eslovaca es Bratislava. (N. de la Edit.)

austríacos, que recibían estas publicaciones de contrabando al por mayor a través de la frontera de Bohemia, era mayor aún. Naturalmente, los secretos revelados en estas publicaciones no tenían gran importancia, y los planes de reformas ideados por sus bienintencionados autores llevaban la impronta de un candor rayano casi en la virginidad política. La Constitución y la libertad de prensa eran tenidas aquí por inalcanzables; las reformas administrativas, la ampliación de los derechos de las dietas provinciales, el permiso de entrada para los libros y periódicos extranjeros y una censura menos severa eran lo más que pedían estos buenos austríacos.

En todo caso, la creciente imposibilidad de impedir la comunicación literaria de Austria con el resto de Alemania, y a través de Alemania, con todo el mundo, contribuyó en gran medida a formar una opinión pública antigubernamental y puso, al menos, alguna información política al alcance de parte de la población austríaca. Así, para fines de 1847, Austria sufrió los efectos, si bien en menor grado, de la agitación política y político-religiosa que entonces sacudía a toda Alemania; y si su progreso en Austria se notó menos, no por eso dejó de encontrar suficientes elementos revolucionarios para influir en ellos: eran los campesinos, siervos o dependientes de los señores feudales, aplastados por el peso de las exacciones de los terratenientes y el gobierno; luego, los obreros fabriles, obligados por la porra del policía a trabajar en las condiciones que al fabricante se le antojase ponerles; luego, los menestrales, desprovistos por las reglas gremiales de toda oportunidad de alcanzar la independencia en su trabajo; luego, los comerciantes, que topaban a cada paso en sus asuntos con absurdas reglamentaciones; después, los fabricantes, en conflicto ininterrumpido con los gremios de las industrias de oficios, celosos de sus privilegios, o con los funcionarios molestos y codiciosos; por último, los maestros de escuela, los *savants*,⁷⁶ los funcionarios más instruidos, que pugnaban en vano contra el clero ignorante y presuntuoso o contra los superiores estúpidos y déspotas. En suma, no había ni una sola clase contenta, ya que las pequeñas concesiones que el gobierno se veía obligado a hacer de cuando en cuando, no las hacía a su propia costa, pues el Tesoro no podía afrontarlo, sino a expensas de la alta aristocracia y el clero; y por lo que se refiere a los banqueros y poseedores de títulos de la deuda pública, los últimos sucesos de Italia, la oposición creciente de la Dieta húngara, el extraordinario espíritu de descontento y la

⁷⁶ Eruditos. (N. de la Edit.)

demanda de reformas que se manifestaban por sí solos en todo el imperio no eran de una naturaleza que pudieran fortalecer su fe en la solidez y solvencia del Imperio austríaco.

Así pues, Austria iba marchando también lenta, pero segura, hacia un gran cambio, cuando ocurrieron de pronto en Francia los sucesos que hicieron estallar de golpe la tempestad que se avecinaba y desmintieron el aserto del viejo Francisco de que el edificio se mantendría en pie mientras vivieran él y Metternich.

Londres, septiembre de 1851

IV. LA INSURRECCIÓN DE VIENA

El 24 de febrero de 1848 Luis Felipe fue expulsado de París y se proclamó la República Francesa. El 13 de marzo siguiente, el pueblo de Viena dio el traste con el poder del príncipe Metternich, a quien puso en vergonzosa fuga del país. El 18 de marzo, el pueblo de Berlín se alzó en armas y, tras obstinada lucha de dieciocho horas, tuvo la satisfacción de ver al Rey entregarse a sus manos. Hubo estallidos simultáneos de naturaleza más o menos violenta, pero todos con el mismo éxito, en las capitales de los Estados más pequeños de Alemania. El pueblo alemán, si bien es verdad que no llevó hasta el fin su primera revolución, emprendió al menos abiertamente el camino revolucionario.

Aquí no podemos entrar en detalles de los incidentes de todas estas insurrecciones: pero lo que sí debemos explicar es su carácter y la posición que las diferentes clases de la población adoptaron ante ellas.

Puede afirmarse que la revolución de Viena la hizo la población casi por unanimidad. La burguesía, excepto los banqueros y los capitalistas de la bolsa, se alzó como un solo hombre con los pequeños artesanos y comerciantes y el pueblo trabajador contra el gobierno que todos detestaban, contra el gobierno tan odiado por todos, que la pequeña minoría de nobles y acaudalados que lo apoyaban se agazapó al primer ataque. Las clases medias habían estado mantenidas en tal grado de ignorancia política por Metternich que no pudieron comprender en absoluto las noticias que les llegaron de París sobre el reino de la Anarquía, el Socialismo y el Terror y sobre la lucha que se avecinaba entre la clase de los capitalistas y la clase de los obreros. En su candor político, o no concedía importancia a estas noticias o las tenía por una diabólica invención de Metternich para intimidarlas y someterlas a su obediencia. Además, no habían visto nunca a los obreros actuar como clase o defender sus intereses propios, particulares, de clase. Por su vieja experiencia, no podían imaginarse la posibilidad de que surgieran repentinamente contradicciones algunas entre esas mismas clases que habían derrocado con unidad tan enternecedora un gobierno odiado por todos. Habían visto que los obreros estaban de acuerdo con ellas en todos los puntos: en el de la Constitución, en el del tribunal de jurados, en el de

la libertad de prensa, etcétera. Así, al menos en marzo de 1848, estaban en cuerpo y alma con el movimiento, y el movimiento, por otra parte, las había hecho a ellas desde el mismo comienzo (por lo menos en teoría) las clases dominantes del Estado.

Pero todas las revoluciones tienen por destino que la unión de las diferentes clases, que siempre es en cierto grado una condición necesaria de toda revolución, no puede subsistir mucho tiempo. Tan pronto como se conquista la victoria contra el enemigo común, los vencedoras se dividen, forman distintas bandas, y vuelven las armas los unos contra los otros. Precisamente este rápido y pasional desarrollo del antagonismo entre las clases en los viejos y complicados organismos sociales hace que la revolución sea un agente tan poderoso del progreso social y político; y precisamente ese continuo y rápido crecer de los nuevos partidos, que se suceden en el poder durante esas conmociones violentas, hace a la nación que recorra en cinco años más camino que recorrería en un siglo en circunstancias ordinarias.

La revolución de Viena hizo a la clase media la clase predominante en el aspecto teórico; es decir, las concesiones que se arrancaron al gobierno eran tales que habrían asegurado inevitablemente la supremacía de la clase media si se hubieran puesto en práctica y se hubieran mantenido algún tiempo. Pero, en realidad, el dominio de esta clase estuvo lejos de establecerse. Es verdad que con la fundación de la Guardia Nacional, que dio armas a las clases medias, éstas cobraron fuerza e importancia; también es verdad que con la instauración del "Comité de Seguridad", especie de gobierno revolucionario que no respondía ante nadie y en el que predominaba la burguesía, ésta se encumbró en el poder. Pero, al mismo tiempo, parte de los obreros también estaban armados; ellos y los estudiantes cargaban con todo el peso de la lucha siempre que había que apelar a las armas; los estudiantes, unos cuatro mil en total, bien pertrechados y mucho más disciplinados que la Guardia Nacional, formaban el núcleo, la fuerza real del ejército revolucionario, y no estaban dispuestos a actuar como simple instrumento en manos del Comité de Seguridad. Y aunque los estudiantes lo reconocían y eran sus defensores más entusiastas, no por eso dejaban de constituir una especie de cuerpo independiente y bastante turbulento que celebraba por su cuenta reuniones en el "Aula" y mantenía una posición intermedia entre la burguesía y los obreros, impidiendo, con su agitación constante, que todo volviese a la tranquilidad cotidiana e imponiendo a menudo sus

resoluciones al Comité de Seguridad. Por otra parte, los obreros, que habían sido despedidos del trabajo casi todos, hubieron de ser empleados en obras públicas a expensas del Estado y el dinero para pagarles había que sacarlo, naturalmente, de los bolsillos de los contribuyentes o de la caja de la ciudad de Viena. Todo esto no pudo menos de ser muy desagradable para los comerciantes y artesanos de Viena. Las manufacturas de la ciudad, destinadas a satisfacer el consumo de las casas ricas y aristocráticas de un vasto país, quedaron totalmente paralizadas, como se puede suponer, por la revolución, debido a la huida de los aristócratas y de la corte; el comercio decayó, y la agitación y ebullición continuas que partían de los estudiantes y los obreros no eran, por cierto, la mejor manera de “restablecer la confianza”, como entonces se decía. Por eso no tardó en producirse cierto enfriamiento entre las clases medias, por un lado, y los turbulentos estudiantes y obreros, por el otro; y si, durante mucho tiempo, este enfriamiento no se transformó en hostilidad abierta, fue debido a que el Ministerio y, particularmente, la Corte, con su impaciencia por restablecer el viejo orden de las cosas daban constante pie a las sospechas y la actividad turbulenta de los partidos más revolucionarios y hacían aparecer sin cesar, incluso ante los ojos de las clases medias, el espectro del viejo despotismo de Metternich. Así, el 15 de mayo, y de nuevo el 26 del mismo, hubo en Viena más levantamientos de todas las clases debidos a que el gobierno había intentado restringir o anular totalmente algunas de las libertades recién conquistadas, y en cada ocasión, la alianza entre la Guardia Nacional o la burguesía armada, los estudiantes y los obreros se volvía a cimentar por cierto tiempo.

En cuanto a las otras clases de la población, la aristocracia y los magnates acaudalados habían desaparecido, y los campesinos estaban demasiado ocupados por todas partes en destruir el feudalismo hasta los últimos vestigios. Gracias a la guerra de Italia⁷⁷ y a las preocupaciones que Viena y Hungría daban a la Corte, los campesinos gozaban de completa libertad de acción, y en Austria consiguieron en la obra de su emancipación más que en cualquier otra parte de Alemania.

⁷⁷ Se trata de la guerra de liberación nacional del pueblo italiano contra la dominación austríaca en 1848 y 1849. La traicionera conducta de las clases dominantes italianas, que tenían la unión de Italia por vía revolucionaria, condujo a la derrota en la lucha contra Austria.

La Dieta austríaca sólo tuvo que refrendar muy poco después los pasos dados en la práctica por los campesinos, y por mucho que el Gobierno de Schwarzenberg pueda restaurar, jamás podrá restablecer la servidumbre feudal de los campesinos. Y si en el momento presente Austria está de nuevo relativamente tranquila y hasta es fuerte, eso se debe principalmente a que la gran mayoría del pueblo, los campesinos, ha sacado verdaderas ventajas de la revolución y a que, atente el gobierno restaurado contra lo que quiera, estas ventajas materiales sensibles, conquistadas por los campesinos, siguen intactas hasta hoy.

Londres, octubre de 1851

V. LA INSURRECCIÓN DE BERLÍN

El segundo centro de la acción revolucionaria fue Berlín. Después de lo dicho en los artículos anteriores, puede adivinarse que esta acción estuvo allí lejos de contar con el apoyo unánime de casi todas las clases que la apoyaron en Viena. En Prusia, la burguesía se había enzarzado ya en verdaderas batallas con el gobierno; el resultado de la “Dieta Unida” fue una ruptura; se avecinaba la revolución burguesa, y esta revolución pudo haber sido, en su primer estallido, tan unánime como la de Viena, de no haber estallado la revolución de febrero en París. Este acontecimiento lo precipitó todo, mientras que, al propio tiempo, se hizo bajo una bandera completamente distinta que la enarbolada por la burguesía prusiana para preparar la campaña contra su gobierno. La revolución de febrero derribó en Francia el mismo tipo de gobierno que la burguesía prusiana se proponía establecer en su propio país. La revolución de febrero se dio a conocer como una revolución de la clase obrera contra las clases medias; proclamó la caída del gobierno de la clase media y la emancipación de los obreros. Ahora, la burguesía prusiana había tenido poco antes suficientes agitaciones de la clase obrera en su propio país. Pasado el primer susto que le dio la insurrección de Silesia, intentó incluso encauzar estas agitaciones en su provecho; pero siempre había tenido un horror espantoso al socialismo y al comunismo revolucionarios: por eso, cuando vio al frente del Gobierno de París a hombres que ella tenía por los más peligrosos enemigos de la propiedad privada, del orden, la religión, la familia y los otros sagrarios de la moderna burguesía, sintió al punto enfriarse considerablemente su propio ardor revolucionario. Sabía que debía aprovechar la ocasión y que, sin la ayuda de las masas obreras, sería derrotada; y aun con todo, le faltó coraje. Por eso, a los primeros estallidos aislados en las provincias, se adhirió al gobierno e intentó mantener en calma al pueblo de Berlín que se reunía en multitudes durante los primeros cinco días ante el palacio real para discutir las noticias y exigir cambios en el gobierno; y cuando, al fin, después de la noticia de la caída de Metternich, el Rey⁷⁸ hizo algunas concesiones de poca monta, la burguesía consideró que la revolución había terminado y fue a dar las gracias a Su Majestad por haber satisfecho todos los anhelos

⁷⁸ Federico Guillermo IV. (N. de la Edit.)

de su pueblo. Pero siguieron el ataque de las tropas a la muchedumbre, las barricadas, la lucha y la derrota de la monarquía. Entonces cambiaron todas las cosas. Aquella misma clase obrera que la burguesía procuraba mantener en último plano, salió a primer plano, luchó y triunfó, y todos se percataron de pronto de su fuerza. Las restricciones del sufragio, de la libertad de prensa, del derecho a ser jurado y del derecho de reunión, restricciones que habrían sido muy del agrado de la burguesía debido a que atañían sólo a las clases que estaban por debajo de ella, ya no eran posibles. El peligro de que se repitiesen las escenas parisienses de “anarquía” era inminente. Ante este peligro, desaparecieron todas las discordias anteriores. Los amigos y enemigos de muchos años se unieron contra el obrero victorioso, pese a que este aún no había manifestado ninguna reivindicación particular para sí mismo, y la alianza entre la burguesía y los defensores del régimen derrocado se concertó en las mismísimas barricadas de Berlín. Hubo de hacerse las concesiones necesarias, pero no más de las ineludibles; hubo de formar gobierno una minoría de los líderes de la oposición de la Dieta Unida, y, en recompensa por sus servicios para salvar la Corona, le prestaron su apoyo todos los puntales del viejo régimen: la aristocracia feudal, la burocracia y el ejército. Estas fueron las condiciones en las que los señores Camphausen y Hansemann aceptaron formar gabinete.

El pánico de los nuevos ministros a las masas excitadas era tan grande que cualquier medio era bueno para ellos con tal de reforzar los estremecidos cimientos de la autoridad. Estos hombres, despreciables e ilusos, creyeron que ya había pasado el peligro de restauración del viejo sistema; por eso echaron mano de todo el viejo mecanismo del Estado para restablecer el “orden”.

No fue destituido ni un solo funcionario de la burocracia ni oficial del ejército ni se introdujo el menor cambio en el viejo sistema burocrático de administración. Estos ministros constitucionales y responsables de valía hasta restituyeron en sus cargos a los funcionarios que el pueblo, en su primer arrebató de fogosidad revolucionaria, había expulsado por sus anteriores abusos de poder.

Nada cambió en Prusia sino las personas que desempeñaban las carteras ministeriales; no se tocó ni siquiera al personal de los diversos departamentos de los ministerios, y todos los arribistas constitucionales, que habían formado corro en torno a los gobernantes de nuevo cuño y esperaban su parte de poder y jerarquía, recibieron por respuesta que

esperasen hasta que la estabilidad restablecida permitiera hacer cambios en el personal burocrático, pues, por el momento, eso era peligroso.

El Rey, que se había amilanado en el mayor grado después de la insurrección del 18 de marzo, no tardó en ver que hacía tanta falta a estos ministros “liberales” como ellos le hacían a él. El trono había sido respetado por la insurrección; el trono era el último obstáculo existente para la “anarquía”; y las clases medias liberales y sus líderes, hoy en el gobierno, estaban por eso muy interesados en tener las mejores relaciones con la Corona. El Rey y la camarilla reaccionaria que lo rodeaba no tardaron en comprenderlo y se aprovecharon de ello para impedir que el gobierno llevase a cabo hasta las pequeñas reformas que intentaba realizar de cuando en cuando.

La primera preocupación del gobierno fue dar cierta apariencia de legalidad a los recientes cambios violentos. La Dieta Unida fue convocada, a despecho de la oposición del pueblo, para votar, como órgano legal y constitucional del pueblo, una nueva ley electoral para elegir una asamblea que llegase a un acuerdo con la Corona sobre la nueva Constitución. Las elecciones tenían que ser indirectas, las masas de votantes elegirían a un número determinado de mandatarios que luego elegirían a los diputados. Pese a toda la oposición, este sistema de elecciones dobles fue aprobado. Luego se pidió a la Dieta Unida la sanción para solicitar un préstamo de veinticinco millones de dólares; el partido del pueblo se opuso, pero la Dieta lo aprobó.

Estos actos del gobierno contribuyeron a que el partido del pueblo, o democrático, como se llamaba ya a sí mismo, se desarrollara con la mayor rapidez. Este partido, encabezado por los pequeños artesanos y comerciantes, que agrupaba bajo sus banderas, al comienzo de la revolución, a la gran mayoría de los obreros, pedía el sufragio directo y universal, lo mismo que el implantado en Francia, una sola Asamblea legislativa y el reconocimiento completo y explícito de la revolución del 18 de marzo como la base del nuevo sistema gubernamental. La fracción más moderada quedaría satisfecha con una monarquía “democratizada” de esa manera, y los más avanzados exigían que se proclamase en última instancia la República. Ambas fracciones se pusieron de acuerdo en reconocer la Asamblea Nacional Alemana de Fráncfort como la autoridad suprema del país, en tanto que la soberanía de esta institución infundía verdadero pánico a los constitucionalistas y reaccionarios, pues la tenían por extraordinariamente revolucionaria.

El movimiento independiente de la clase obrera fue interrumpido temporalmente por la revolución. Las necesidades y circunstancias inmediatas del movimiento no permitían colocar en primer plano ninguna reivindicación particular del partido proletario. Efectivamente, mientras no se había desbrozado el terreno para la acción independiente de los obreros, mientras no se había establecido el sufragio directo y universal y mientras los treinta y seis Estados grandes y pequeños seguían desgarrando a Alemania en numerosos jirones, ¿qué otra cosa podía hacer el partido proletario sino estar al tanto del movimiento de París, importantísimo para él, y luchar al lado de los pequeños artesanos y comerciantes para alcanzar los derechos que luego le permitieran batirse por su propia causa?

Por entonces, el partido proletario sólo se distinguía en su acción política del de los pequeños artesanos y comerciantes, o partido propiamente llamado democrático, en tres puntos: primero, en que juzgaban de distinto modo el movimiento francés, impugnando los demócratas el partido extremo de París y defendiéndolo los proletarios revolucionarios; segundo, en que los proletarios expresaban la necesidad de proclamar la República Alemana, una e indivisible, mientras que los más extremistas de los demócratas sólo se atrevían a hacer objeto de sus anhelos una república federal; tercero, en que el partido proletario mostraba en cada ocasión esa valentía y disposición a actuar que siempre falta a cualquier partido encabezado y compuesto principalmente por pequeños burgueses.

El partido proletario, o verdaderamente revolucionario, pudo ir sacando sólo muy poco a poco a las masas obreras de la influencia de los demócratas, a cuya zaga iban al comienzo de la revolución. Pero en el momento debido, la indecisión, la debilidad y la cobardía de los líderes democráticos hicieron el resto, y ahora puede decirse que uno de los resultados principales de las convulsiones de los últimos años es que dondequiera que la clase obrera está concentrada en algo así como masas considerables, se encuentra completamente libre de la influencia de los demócratas, que la condujeron en 1848 y 1849 a una serie interminable de errores y reveses. Mas no nos adelantemos; los acontecimientos de estos dos años nos brindarán multitud de oportunidades para mostrar a los señores demócratas en acción.

Los campesinos de Prusia, lo mismo que los de Austria, si bien con menos energía, pues el feudalismo, en general, no los oprimía tanto como en ésta, aprovecharon la revolución para emanciparse de golpe de todas las trabas feudales. Pero la burguesía prusiana, por las razones antes expuestas, se puso en el acto en contra de ellos, sus aliados más viejos e indispensables; los demócratas, tan asustados como la burguesía por lo que se dio en llamar ataques a la propiedad privada, tampoco les ayudaron; y así, transcurridos tres meses de emancipación, luego de sangrientas luchas y ejecuciones militares, sobre todo en Silesia, el feudalismo fue restaurado por mano de la burguesía que había sido antifeudal hasta el día de ayer. No hay otro hecho más bochornoso que éste contra ella. Jamás cometió semejante traición contra sus mejores aliados, contra sí mismo, ningún otro partido en la historia, y cualesquiera que sean la humillación y el castigo que tenga deparados este partido de la clase media, los tiene bien merecidos en virtud de este solo hecho.

Londres, octubre de 1851

VI. LA ASAMBLEA NACIONAL DE FRÁNCFORT

El lector quizás recuerde que en los seis artículos precedentes hemos analizado el movimiento revolucionario de Alemania hasta las dos grandes victorias del pueblo del 13 de marzo en Viena y del 18 del mismo en Berlín. Hemos visto que tanto en Austria como en Prusia se formaron gobiernos constitucionales y se proclamaron los principios liberales, o de la clase media, como reglas rectoras de la futura política; y la única diferencia notable entre los dos grandes centros de acción fue que, en Prusia, la burguesía liberal, personificada en dos ricos comerciantes, los señores Camphausen y Hansemann, empuñó directamente las riendas del poder; en tanto que en Austria, donde la burguesía estaba mucho menos preparada en el aspecto político, subió al poder la burocracia liberal, declarando abiertamente que gobernaba por mandato de la burguesía. Hemos visto, además, que los partidos y clases sociales que, hasta entonces, estaban unidos en su oposición al viejo gobierno, se dividieron después de la victoria o incluso durante la lucha; y que esa misma burguesía liberal, la única que sacó provecho de la victoria, se volvió en el acto contra sus aliados de ayer, adoptó una actitud hostil contra toda clase o partido de carácter más avanzado y concertó una alianza con los elementos feudales y burocráticos vencidos. Era en realidad evidente, incluso desde el comienzo del drama revolucionario, que la burguesía liberal no podía sostenerse contra los partidos feudal y burocrático vencidos, mas no destruidos, sino recabando la ayuda de los partidos populares y más avanzados; y que ello requería asimismo, contra el torrente de estas masas más avanzadas, el apoyo de la nobleza feudal y de la burocracia. Así, estaba claro de sobra que la burguesía de Austria y Prusia no poseía fuerza suficiente para mantener su poder y adaptar las instituciones del país a sus propias demandas e ideales. El gobierno liberal burgués no era más que un lugar de tránsito del que el país, según el giro que tomaran las cosas, debía o bien pasar a un grado más alto, llegando a constituir una república unitaria, o bien volver de nuevo al viejo régimen clerical-feudal y burocrático. En todo caso, la lucha real y decisiva aún estaba por delante; los sucesos de marzo no eran sino el comienzo de la lucha.

Como Austria y Prusia eran los dos Estados dirigentes de Alemania, cada victoria decisiva de la revolución en Viena o Berlín habría sido también decisiva para toda Alemania. En efecto, tal y como se desarrollaron los acontecimientos de marzo de 1848 en estas dos ciudades, determinaron el sesgo de los asuntos alemanes. Por eso huelga recurrir a los movimientos que hubo en los Estados más pequeños; y podríamos realmente constreñirnos a examinar exclusivamente los asuntos de Austria y Prusia si la existencia de estos Estados pequeños no hubiese traído a la vida una institución que, por el mero hecho de existir, era la prueba más contundente de la situación anormal de Alemania y de que la última revolución no se había llevado hasta el fin; esta institución era tan anormal y absurda por su misma posición y estaba, además, tan pagada de su propia importancia que, probablemente, la historia jamás volverá a dar nada parecido. Esta institución era la denominada *Asamblea Nacional Alemana* de Francfort del Meno.

Después de la victoria del pueblo en Viena y Berlín era natural que se plantease la convocación de una Asamblea Representativa de toda Alemania. Esta institución fue elegido y se reunió en Francfort al lado de la vieja Dieta Federativa. El pueblo esperaba de la Asamblea Nacional Alemana que resolviese todas las cuestiones en litigio y actuase como autoridad legislativa suprema para toda la confederación alemana. Pero, al mismo tiempo, la Dieta que la hubo convocado no fijó en modo alguno sus atribuciones. Nadie sabía si sus decretos habrían de tener fuerza de ley o ser sometidos a la sanción de la Dieta Federativa o de cada gobierno por separado. Ante situación tan compleja, la Asamblea, si hubiese tenido el mínimo de energía, habría disuelto inmediatamente la Dieta, que era el organismo corporativo más impopular de Alemania, y la habría sustituido con un Gobierno federal elegido entre sus propios miembros. Debiera haberse declarado a sí misma única expresión legal de la voluntad soberana del pueblo alemán y, por lo mismo, dar fuerza de ley a todos sus decretos. Ante todo, debiera haberse asegurado a sí misma, organizando y armando en el país una fuerza suficiente para vencer toda oposición de los gobiernos. Eso era fácil, muy fácil de hacer en aquel período temprano de la revolución. Mas eso habría sido esperar demasiado de una Asamblea compuesta en su mayoría por abogados liberales y catedráticos doctrinarios, y la Asamblea, que mientras pretendía personificar la propia esencia de la mentalidad y la ciencia alemanas, no era en realidad sino la tribuna donde las viejas personalidades políticas, pasadas de moda,

exhibían ante los ojos de toda Alemania su ridiculez involuntaria y su incapacidad para pensar y actuar. Esta asamblea de viejas momias tuvo desde el primer día de su existencia más miedo al menor movimiento popular que a todas las confabulaciones reaccionarias de todos los gobiernos alemanes juntos. Se reunía bajo la vigilancia de la Dieta Federativa, y, por si esto fuera poco, casi imploraba a ésta que aprobase sus decretos, ya que las primeras resoluciones de la Asamblea habían de ser promulgadas por este odioso cuerpo. En vez de afianzar su propia soberanía, eludió con empeño la discusión de problema tan peligroso. En vez de rodearse de la fuerza armada del pueblo, pasó a tratar las cuestiones ordinarias, haciendo la vista gorda ante los actos de violencia de los gobiernos; en Maguncia se declaró delante de sus narices el estado de sitio, el pueblo fue desarmado, y la Asamblea Nacional no movió un dedo. Más tarde eligió al archiduque Juan de Austria Regente de Alemania y declaró que todas sus resoluciones tenían fuerza de ley; pero el archiduque Juan no fue elevado a su nuevo cargo hasta que se hubo obtenido el asenso de todos los gobiernos y el nombramiento no lo recibió de la Asamblea, sino de la Dieta; por cuanto a la fuerza legal de los decretos de la Asamblea, jamás la reconocieron los gobiernos de los Estados grandes, y la propia Asamblea no insistió en ello; por eso quedó pendiente esta cuestión. Así, presenciamos el extraño espectáculo de una Asamblea que pretendía ser la única representante legal de una nación grande y soberana sin poseer nunca ni la voluntad ni la fuerza para hacer que se reconocieran sus exigencias. Los debates de esta institución no dieron ningún resultado práctico ni tuvieron siquiera valor teórico alguno, ya que no hacían sino repetir los tópicos más manidos de escuelas filosóficas y jurídicas anticuadas; cada sentencia expresada, mejor dicho, balbuceada en esta Asamblea había sido impresa ya mil veces, y mil veces mejor, mucho antes.

Así, la pretendida nueva autoridad central de Alemania dejó todas las cosas tal y como las había encontrado. Lejos de llevar a cabo la unidad tan esperada de Alemania, no depuso ni al más insignificante de los príncipes que gobernaban en ella; no estrechó más los lazos de unión entre las provincias separadas; jamás dio un solo paso para romper las barreras aduaneras que separaban a Hannover de Prusia y a Prusia de Austria; no hizo siquiera la menor tentativa de abolir los aborrecibles impuestos que obstruían en Prusia por doquier la navegación fluvial. Y cuanto menos hacía la Asamblea, tanto más baladromeaba.

Creó, pero en el papel, la Flota alemana; se anexó Polonia y Schleswig; permitió a la Austria alemana que hiciese la guerra a Italia, pero prohibió a los italianos que persiguieran a las tropas austríacas en territorio alemán, refugio seguro para éstas; dio tres hurras y un hurra más por la República Francesa y daba recepción a las embajadas húngaras, que regresaban a su país con ideas mucho más confusas, por cierto, de Alemania que antes de venir.

Esta Asamblea había sido al comienzo de la revolución el espantajo de todos los gobiernos alemanes, que esperaban de ella acciones muy dictatoriales y revolucionarias en virtud de lo indeterminado en que se creyó necesario dejar su competencia. Para debilitar la influencia de esta temible institución, estos gobiernos tendieron una extensísima red de intrigas. Pero tuvieron más suerte que sagacidad, ya que la Asamblea ejecutaba la labor de los gobiernos mejor que pudieran haberlo hecho ellos mismos. El rasgo principal de las intrigas de los gobiernos era la convocación de asambleas legislativas locales y, en consecuencia, convocaban estas asambleas no sólo los Estados pequeños, sino que también Prusia y Austria convocaron sus Asambleas Constituyentes. En estas asambleas, lo mismo que en la Cámara de Representantes de Francfort, la mayoría pertenecía a la burguesía liberal o sus aliados, los abogados y funcionarios liberales; y en todas ellas el sesgo que tomaron los acontecimientos fue aproximadamente el mismo. La única diferencia consistía en que la Asamblea Nacional Alemana era el parlamento de un país imaginario, ya que declinó la misión de formar lo que había sido la primera condición de su existencia: una Alemania unida; que discutía medidas imaginarias, que jamás se llevarían a cabo, de un gobierno imaginario que ella misma había formado y que adoptaba resoluciones imaginarias que a todos tenían sin cuidado; mientras que en Austria y Prusia las Asambleas Constituyentes eran, al menos, parlamentos reales que quitaban y ponían gobiernos reales e imponían, aunque fuese temporalmente, sus resoluciones a los príncipes con los que tenían que enfrentarse. Eran también cobardes y les faltaba amplia comprensión de las medidas revolucionarias; traicionaron también al pueblo y devolvieron el poder al despotismo feudal, burocrático y militar. Pero se veían al menos obligadas a discutir las cuestiones prácticas de interés inmediato y vivir en esta tierra entre la demás gente, mientras que los charlatanes de Francfort jamás habían sido más dichosos que cuando pudieron remontarse “al reino

etéreo de los sueños”, *im Luftreich des Traums*.⁷⁹ Así, los debates de las Asambleas Constituyentes de Berlín y Viena formaron una parte importante de la historia revolucionaria de Alemania, en tanto que las lucubraciones de la bufonada colectiva de Francfort podían interesar únicamente a algún anticuario o coleccionista de curiosidades literarias.

El pueblo de Alemania, al sentir profundamente la necesidad de poner fin al odioso fraccionamiento territorial, que diseminaba y reducía a la nada la fuerza colectiva de la nación, esperó algún tiempo que la Asamblea Nacional de Francfort pusiera al menos comienzo a una nueva era. Pero la infantil conducta de esta congregación de omnisapientes varones enfrió rápidamente el entusiasmo nacional. Su vergonzoso modo de obrar en ocasión del armisticio de Malmoe (septiembre de 1848)⁸⁰ promovió un estallido de indignación del pueblo contra esta Asamblea, de la que se esperaba diese a la nación campo libre para actuar y, en lugar de eso, dominada por una cobardía sin igual, sólo restableció la anterior solidez de los cimientos sobre los que se ha elevado el presente sistema contrarrevolucionario.

Londres, enero de 1852

⁷⁹ H. Heine. “*Alemania. Un cuento de invierno*”, cap. VII. (N. de la Edit.)

⁸⁰ El 26 de agosto de 1848 se concertó en Malmoe el armisticio entre Dinamarca y Prusia que, bajo la presión de las masas populares, se vio obligada a tomar parte en la guerra al lado de los insurrectos de Schleswig y Holstein, que luchaban por la unión con Alemania contra la dominación danesa. Al llevar una guerra aparente contra Dinamarca, Prusia concluyó con ella un vergonzoso armisticio por siete meses que, en septiembre, fue ratificado por la Asamblea Nacional de Francfort. La guerra se reanudó en marzo de 1849. Sin embargo, en julio de 1850 Prusia concluyó un tratado pacífico con Dinamarca, lo que permitió a la última derrotar a los sublevados.

VII. LOS POLACOS, LOS CHECOS Y LOS ALEMANES

Por lo que se ha expuesto ya en los artículos anteriores, resulta evidente que, si no seguía otra revolución a la de marzo de 1848, en Alemania las cosas volverían inevitablemente al estado de antes de este acontecimiento. Pero es tal la complicada naturaleza del tema histórico que tratamos de aclarar, que los subsiguientes sucesos no podrán ser entendidos claramente sin tener en cuenta lo que podrían llamarse relaciones exteriores de la revolución alemana. Y estas relaciones exteriores eran de la misma intrincada naturaleza que los asuntos interiores.

Toda la mitad oriental de Alemania hasta el Elba, el Saale y el Bosque de Bohemia fue reconquistada, como es bien sabido, durante el último milenio a los invasores de origen eslavo. La mayor parte de estos territorios ha sido germanizada durante los últimos siglos hasta la extinción total de la nacionalidad y la lengua eslavas. Y si exceptuamos unos pequeños restos, que suman en total menos de cien mil almas (kassubianos en Pomerania, wends o sorbianos en Lusacia), sus habitantes son alemanes en todos los aspectos. Pero el caso es diferente a lo largo de la frontera de la vieja Polonia y en los territorios de lengua checa: Bohemia y Moravia. Aquí las dos nacionalidades están mezcladas en todos los distritos: las ciudades son, por lo general, más o menos alemanas, en tanto que el elemento eslavo prevalece en las aldeas, donde, sin embargo, va siendo desintegrado y desplazado gradualmente por el aumento continuo de la influencia alemana.

La razón de tal estado de cosas estriba en lo siguiente. Desde los tiempos de Carlomagno, los germanos han venido haciendo los esfuerzos más pertinaces y constantes para conquistar, colonizar o, al menos, civilizar el Este de Europa. Las conquistas de la nobleza feudal entre el Elba y el Oder, así como las colonias feudales de las órdenes militares de caballeros en Prusia y Livonia sólo prepararon el terreno para un sistema de germanización más extensa y eficaz mediante la burguesía comercial y manufacturera cuya importancia social y política venía aumentando en Alemania, como en el resto de Europa Oriental, desde el siglo XV. Los eslavos, particularmente los occidentales (polacos y checos), son esencialmente agricultores; el comercio y la manufactura jamás gozaron

de gran favor entre ellos. La consecuencia fue que, con el crecimiento de la población y el surgimiento de las ciudades, en estas regiones la producción de artículos manufactureros cayó en las manos de los inmigrados alemanes, y el intercambio de estas mercancías por productos de la agricultura se hizo monopolio exclusivo de los hebreos quienes, si pertenecen a alguna nacionalidad, son indudablemente en estos países más alemanes que eslavos. Lo mismo ha ocurrido, aunque en menor grado, en todo el Este de Europa. El artesano, el pequeño comerciante y el pequeño fabricante de San Petersburgo, Pest, Jassy e incluso Constantinopla es alemán hasta hoy día; pero el prestamista, el tabernero y el quincallero, figuras muy importantes en estos países de pequeña densidad de población, es generalmente hebreo, cuya lengua natal es el alemán horriblemente estropeado. La importancia del elemento alemán en las zonas limítrofes eslavas, que fue aumentando siempre con el crecimiento de las ciudades, del comercio y de la industria, aumentó más aún cuando se creyó necesario importar de Alemania casi todos los elementos de la cultura espiritual; tras el mercader y el artesano alemán, se establecieron en tierras eslavas el clérigo alemán, el maestro de escuela alemán y el savant alemán. Y, por último, el paso de hierro de los ejércitos conquistadores o las apropiaciones cautelosas y bien meditadas de la diplomacia no sólo siguió, sino que en mucho casos precedió al avance lento, pero seguro, de la desnacionalización que operaba el desarrollo social. Así, grandes partes de Prusia Occidental y de Posnania fueron germanizadas desde la primera división de Polonia por las ventas y donaciones de tierras del dominio público a colonos alemanes, por los estímulos concedidos a los capitalistas alemanes para montar fábricas, etc., en estas zonas limítrofes y, muy a menudo también, por las medidas excesivamente despóticas contra los habitantes polacos del país.

De esa manera, en los últimos setenta años ha cambiado totalmente la línea de demarcación entre las nacionalidades alemana y polaca. La revolución de 1848 promovió de golpe la reivindicación de todas las naciones oprimidas, de una existencia independiente y del derecho a decidir por sí mismas sus propios asuntos; por eso era completamente natural que los polacos exigieran inmediatamente la reconstitución de su país en las fronteras de la vieja República Polaca que existió hasta 1772.⁸¹ Ahora bien, estas fronteras habían quedado ya anticuadas incluso para entonces, si se toman como delimitación de las nacionalidades alemana y

⁸¹ Se refiere a las fronteras entre Polonia hasta la primera división de 1772, cuando una gran parte de su territorio quedó dividido entre Rusia, Prusia y Austria-Hungría.

polaca; y cada año que pasaba se quedaban más anticuadas aún a medida que progresaba la germanización; pero como los alemanes propugnaban con tanto entusiasmo la reconstitución de Polonia, debían esperar que les pidiesen, como primera prueba de la sinceridad de sus simpatías, que renunciasen a *su* parte del botín despojado. Por otro lado, ¿es que habían de ser cedidas regiones enteras, pobladas principalmente por alemanes, y grandes ciudades, enteramente alemanas, a un pueblo que aún no había dado ninguna prueba de su capacidad de progreso que le permitiese salir del estado de feudalismo basado en la servidumbre de la población agrícola? La cuestión era bastante complicada. La única solución posible estaba en la guerra contra Rusia; entonces, el problema de la delimitación entre las diferentes naciones revolucionarias pasaría a un plano secundario en comparación con el principal de levantar una frontera segura contra el enemigo común; los polacos, tras de recibir extensos territorios en el Este, se harían más tratables y razonables en el Oeste; después de todo, Riga y Mitau⁸² serían para ellos no menos importantes que Danzig y Elbing.⁸³ Así, el partido avanzado de Alemania, que estimaba necesaria la guerra contra Rusia para ayudar al movimiento en el continente y consideraba que el restablecimiento nacional incluso de una parte de Polonia llevaría inevitablemente a esa guerra, apoyaba a los polacos; en tanto que el Partido Liberal de la clase media gobernante preveía su caída en una guerra nacional contra Rusia, que pondría en el poder a hombres más activos y enérgicos; por eso, fingiendo entusiasmo por la extensión de la nacionalidad alemana, declaró a Polonia prusa, foco principal de la agitación revolucionaria polaca, parte inseparable del futuro gran Imperio alemán. Las promesas dadas a los polacos durante los primeros días de agitación quedaron vergonzosamente sin cumplir; los destacamentos armados polacos, organizados con el consentimiento del gobierno, fueron dispersados y cañoneados por la artillería prusiana, y ya en abril de 1848, seis semanas después de la revolución de Berlín, el movimiento polaco fue aplastado, resucitando la vieja hostilidad nacional entre polacos y alemanes. Este servicio inmenso e incalculable lo prestaron al autócrata ruso los ministros Camphausen y Hansemann, comerciantes liberales. Debe agregarse que esta campaña polaca fue el primer medio de reorganizar e infundir moral a ese mismo ejército prusiano que luego derrocó al Partido Liberal y aplastó el movimiento que los señores Camphausen y Hansemann habían levantado con tantos

⁸² El nombre letón es Jelgava. (N. de la Edit.)

⁸³ Los nombres polacos son Gdansk y Elblong. (N. de la Edit.)

esfuerzos. “En el pecado va la penitencia”. Ese ha sido siempre el sino de todos los advenedizos de 1848 y 1849, desde Ledru-Rollin hasta Changarnier y desde Camphausen hasta Haynau.

El problema de la nacionalidad motivó también otra lucha en Bohemia. Este país, poblado por dos millones de alemanes y tres millones de eslavos de lengua checa, tenía grandes recuerdos históricos, casi todos relacionados con la anterior supremacía de los checos. Pero la fuerza de esta rama de la familia eslava quedó quebrantada desde la guerra de los husitas en el siglo quince;⁸⁴ las provincias de habla checa fueron divididas, y una parte formó el reino de Bohemia, otra el principado de Moravia, y la tercera, el montañoso territorio carpático de los eslovacos, fue incluido en Hungría. Los moravos y los eslovacos habían perdido desde hacía tiempo todo vestigio de sentimiento y vitalidad nacional, si bien conservaban en gran parte su lenguaje. Bohemia estaba rodeada de países enteramente alemanes por tres lados. El elemento alemán había hecho grandes progresos en su propio territorio; incluso en la capital, Praga, las dos nacionalidades eran casi iguales en número; y el capital, el comercio, la industria y la cultura espiritual estaban por doquier en manos de los alemanes. El profesor Palacky, paladín de la nacionalidad checa, no es otra cosa que un erudito alemán trastornado que ni aun hoy puede hablar correctamente el checo sin acento extranjero. Mas, como suele suceder a menudo, la feneciente nacionalidad checa, feneciente según todos los hechos conocidos en la historia de los cuatro siglos últimos, hizo en 1848 un último esfuerzo para recuperar su anterior vitalidad, y el fracaso de este esfuerzo, independientemente de todas las consideraciones revolucionarias, había de probar que Bohemia podía existir en adelante sólo como parte de Alemania, aunque una porción de sus habitantes pudiera seguir hablando en una lengua no germánica durante varios siglos más.

Londres, febrero de 1852

⁸⁴ Guerras de los husitas: guerras de liberación nacional del pueblo checo entre 1419 y 1437 contra los señores feudales alemanes y la Iglesia católica; deben su denominación al dirigente de la Reforma checa Jan Hus (1369-1415).

VIII. EL PANESLAVISMO

En el presente artículo Engels trata del movimiento nacional de los pueblos que integraban por entonces el Imperio austríaco (checos, eslovacos, croatas y otros). Marx y Engels, que trataron siempre la cuestión nacional desde el punto de vista de los intereses de la revolución, simpatizaron ardientemente con su lucha, cuando en ella eran fuertes las tendencias democrático-revolucionarias. Cuando en este movimiento prevalecieron los elementos burgueses-terratenientes de derecha y el movimiento nacional de estos pueblos lograron utilizarlo las fuerzas monárquicas reaccionarias contra la revolución alemana y húngara, Marx y Engels cambiaron de actitud con él. “Por eso y sólo por eso Marx y Engels estaban en contra del movimiento nacional de los checos y los eslavos del sur” – escribió Lenin.

A la par con la apreciación adecuada del papel objetivo de los movimientos nacionales de los pueblos eslavos de Austria, en las condiciones concretas de 1848-1849, en el trabajo de Engels hay también varias afirmaciones erróneas respecto a los destinos históricos de estos pueblos. Engels despliega la idea de que estos pueblos ya no son capaces de existencia nacional independiente y que serán ineludiblemente absorbidos por el vecino más fuerte. Esta deducción de Engels se explica principalmente por la opinión general que tenía por entonces de los destinos históricos de los pueblos pequeños. Engels creía que el curso de la historia, cuya tendencia fundamental en el capitalismo es la centralización y la constitución de grandes Estados, llevaría a la absorción de los pueblos pequeños por naciones mayores. Al señalar acertadamente la tendencia, propia del capitalismo, a la centralización y a la formación de grandes Estados, Engels no tuvo en cuenta otra tendencia: la lucha de los pueblos pequeños contra la opresión nacional, por su independencia, y la aspiración de los mismos a organizar su propio Estado. A medida que se iban incorporando las grandes masas populares a la lucha de liberación nacional, conforme iba aumentando su grado de conciencia y organización, los movimientos de liberación nacional de los pueblos pequeños, incluidos los eslavos de Austria, adquirirían un carácter más y más democrático y progresivo y llevaban a ampliar el frente de la lucha revolucionaria. Como ha mostrado la historia, los pueblos eslavos pequeños que antes integraban el Imperio austríaco no sólo mostraron su capacidad de desarrollo nacional independiente, así como de crear su propio Estado, sino que salieron a las filas de los constructores del régimen social más avanzado.

IX. LA GUERRA DE SCHLESWIG-HOLSTEIN

Bohemia y Croacia (otro miembro desgajado de la familia eslava que ha estado sometida a la misma influencia de los húngaros que Bohemia de los alemanes) han sido la patria de lo que se ha dado en llamar “paneslavismo” en el continente europeo. Ni la una ni la otra han tenido la fuerza suficiente para existir como naciones independientes. Sus respectivas nacionalidades, minadas paulatinamente por la acción de causas históricas que dieron lugar a su inevitable absorción por otros pueblos más enérgicos, no podían esperar sino la recuperación de algo parecido a independencia mediante una alianza con otras naciones eslavas. Habiendo veintidós millones de polacos, cuarenta y cinco millones de rusos, ocho millones de serbios y búlgaros ¿por qué no formar una poderosa confederación de los ochenta millones de eslavos y expulsar de la santa tierra eslava o exterminar a los intrusos: a los turcos, a los húngaros y, sobre todo, a los odiados pero ineludibles *niemetz*, los alemanes? Así, en los estudios de unos cuantos *dilettanti* eslavos de la historia surgió este movimiento ridículo y antihistórico que no se proponía ni más ni menos que someter el Oeste civilizado al Este bárbaro, la ciudad al campo, el comercio, la industria y la cultura espiritual a la agricultura primitiva de los siervos eslavos. Pero tras esta absurda teoría se alzaba la terrible realidad del *Imperio ruso*, este imperio que descubre en cada paso que da la pretensión de tener a toda Europa por dominio del género eslavo y especialmente de su única parte enérgica, los rusos; este imperio que, con dos capitales como San Petersburgo y Moscú, aún no ha encontrado su centro de gravedad en tanto que la “*Ciudad del Zar*” (Constantinopla, denominada en ruso Tsargrad, ciudad del zar), conceptuada por todos los campesinos rusos de verdadera metrópoli de su religión y su nación, no sea en realidad la residencia de su emperador; este imperio que, durante los últimos ciento cincuenta años, jamás ha perdido, y sí ha ganado siempre, territorio en todas las guerras que ha comenzado. Y son harto conocidas en Europa Central las intrigas con que la política rusa ha sustentado la teoría paneslavista de nueva hornada, teoría cuyo invento viene como anillo al dedo a los fines de esta política. Así, los paneslavistas bohemios y croatas, unos intencionadamente y otros sin darse cuenta, han obrado directamente a favor de Rusia; han traicionado la causa revolucionaria en aras de la sombra de una nacionalidad que, en el mejor de los casos, correría la misma suerte que la nacionalidad polaca bajo la dominación rusa. Debe decirse, no obstante, en honor de los polacos, que

ellos jamás han caído seriamente en esta ratonera paneslava; y si bien es verdad que algunos aristócratas se hicieron paneslavistas recalcitrantes, no lo es menos que a sabiendas de que con el sojuzgamiento ruso perdían menos que con una revuelta de sus propios campesinos siervos.

Los bohemios y croatas convocaron un congreso general eslavo en Praga para preparar la alianza universal de los eslavos.⁸⁵ Este congreso hubiera fracasado de todas las maneras incluso sin la intervención de las tropas austríacas. Las distintas lenguas eslavas se diferencian tanto como el inglés, el alemán y el sueco, y cuando se inauguraron los debates, se vio que no había ninguna lengua eslava común mediante la cual pudieran hacerse entender los oradores. Se probó hablar en francés, pero tampoco lo entendía la mayoría, y los pobres entusiastas eslavos, cuyo único sentimiento común era el odio común a los alemanes, se vieron por último obligados a expresarse ellos mismos en la odiada lengua alemana, ¡ya que era la única que conocían todos! Pero justamente entonces se reunía otro congreso eslavo en Praga, representado por los lanceros de la Galicia rutena, los granaderos croatas y eslovacos y los artilleros y coraceros checos; y este congreso eslavo auténtico y armado, bajo el mando de Windischgrätz, en menos de veinticuatro horas desalojó de la ciudad y dispersó por los cuatro costados a los fundadores de esa imaginaria supremacía eslava.

Los diputados bohemios, moldavos y dálmatas y parte de los diputados polacos (de la aristocracia) a la Dieta Constituyente Austríaca hicieron de esta Asamblea una guerra constante al elemento alemán. Los alemanes y parte de los polacos (la nobleza arruinada) fueron en esta asamblea el apoyo principal del progreso revolucionario. El grueso de los diputados eslavos que se oponía a ellos no se contentaba con esa manifestación abierta de las tendencias reaccionarias de todo su movimiento, pero cayeron tan bajo que empezaron a urdir intrigas y conspirar con el mismísimo Gobierno austríaco que disolvió su congreso en Praga. Y recibieron el pago merecido por su infame conducta. Después de haber apoyado al gobierno durante la insurrección de octubre de 1848, con lo

⁸⁵ El Congreso eslavo, que se reunió en Praga el 2 de junio de 1848, mostró la presencia de dos tendencias en el movimiento nacional de los pueblos eslavos, oprimidos por el Imperio de los Habsburgo. No pudo llegar a un punto de vista único sobre la solución del problema nacional. Parte de los delegados del Congreso, que pertenecían al ala radical y habían participado activamente en la insurrección de Praga de 1848, fue sometida a crueles represiones. Los representantes del ala liberal moderada que habían quedado en Praga declararon el 16 de junio que las sesiones del Congreso se aplazaban por tiempo indefinido.

que éste les aseguró la mayoría en la Dieta, esta Dieta, ahora casi exclusivamente eslava, fue disuelta por las tropas austríacas, lo mismo que el congreso de Praga, y los paneslavistas fueron amenazados con la cárcel si volvían a moverse. Y lo único que han conseguido es que la nacionalidad eslava esté siendo minada en todas partes por la centralización austríaca, resultado al que deben su propio fanatismo y su ceguera.

Si las fronteras de Hungría y Alemania dejaran lugar a alguna duda, se desencadenaría ciertamente otra lucha aquí. Mas, por fortuna, no hubo pretexto para ello, y como ambas naciones tenían intereses íntimamente relacionados, peleaban contra los mismos enemigos, o sea, contra el Gobierno austríaco y el fanatismo paneslavista. El buen entendimiento no fue alterado aquí ni un momento. Pero la revolución italiana enzarzó a una parte, al menos, de Alemania, en una guerra intestina; y aquí debemos consignar, como prueba de lo mucho que el sistema de Metternich había logrado frenar el desarrollo de la opinión pública, que durante los primeros seis meses de 1848 los mismos hombres que en Viena levantaron las barricadas fueron, llenos de entusiasmo, a adherirse al ejército que combatió a los patriotas italianos. Esta deplorable confusión de ideas no duró, sin embargo, mucho.

Por último, estaba la guerra con Dinamarca por Schleswig y Holstein. Estas dos comarcas, indiscutiblemente germanas por la nacionalidad, la lengua y las predilecciones de la población, son asimismo necesarias a Alemania por razones militares, navales y comerciales. Sus habitantes han luchado con tenacidad durante los tres últimos siglos contra la intrusión danesa. Tenían de su parte, además, el derecho de los tratados. La revolución de marzo los colocó en colisión manifiesta con los daneses, y Alemania los apoyó. Pero, mientras en Polonia, Italia, Bohemia y, posteriormente, en Hungría, las operaciones militares se llevaban con la mayor energía, en esta guerra, la única popular, la única, al menos parcialmente, revolucionaria, se adoptó un sistema de marchas y contramarchas inútiles y se admitió incluso la mediación de la diplomacia extranjera, lo que condujo, tras multitud de heroicas batallas, al fin más miserable. Los gobiernos alemanes traicionaban durante esta guerra, siempre que se presentaba la ocasión, al ejército revolucionario de Schleswig Holstein y permitían intencionadamente a los daneses que lo aniquilaran cuando quedaba disperso o dividido. El cuerpo alemán de voluntarios fue tratado de igual manera.

Pero mientras el nombre alemán no se granjeaba así nada más que el odio en todas partes, los gobiernos constitucionales y liberales se frotaban las manos de alegría. Lograron aplastar los movimientos polaco y bohemio. Despertaron por doquier la vieja animosidad nacional que impidiera hasta el día todo entendimiento o acción mancomunada de los alemanes, los polacos y los italianos. Habían acostumbrado al pueblo a escenas de guerra civil y represiones por parte de las tropas. El ejército prusiano había recuperado la seguridad en sus fuerzas en Polonia, y el austríaco en Praga. Y mientras el rebotante patriotismo (*die patriotische Überkraft*, según la expresión de Heine⁸⁶) de la juventud revolucionaria, pero miope, fue encauzado a Schleswig y Lombardia para que allí sirviera ésta de blanco de la metralla del enemigo, el ejército regular, instrumento real para la acción tanto en Prusia como en Austria, obtuvo la oportunidad de recuperar la simpatía de la gente con sus victorias sobre los extranjeros. Pero repetimos: tan pronto como estos ejércitos reforzados por los liberales para emplearlos contra el partido más radical, recuperaron la seguridad en sus fuerzas y la disciplina en cierto grado, volvieron las armas contra los liberales y restauraron el poder de los hombres del viejo régimen. Cuando Radetzky recibió en su campamento a orillas del río Adige las primeras órdenes de los “ministros responsables” de Viena, exclamó:

“¿Quiénes son estos ministros? ¡Ellos no son el Gobierno de Austria! Austria no existe ahora más que en mi campamento; mi ejército y yo somos Austria; ¡y cuando hayamos derrotado a los italianos, reconquistaremos el Imperio para el Emperador!”

El viejo Radetzky tenía razón. Pero los imbéciles ministros “responsables” de Viena no detuvieron la atención en él.

Londres, febrero de 1852

⁸⁶ H. Heine. *"Bei des Nachtwächters Ankunft zu Paris"* ("Sobre la llegada del sereno a París) (del ciclo "Zeitgedichte": Poemas modernos). (N. de la Edit.)

X. EL ALZAMIENTO DE PARÍS LA ASAMBLEA DE FRÁNCFORT

Ya a comienzos de abril de 1848, el torrente revolucionario quedó detenido en todo el continente europeo mediante la alianza que las clases de la sociedad que habían sacado provecho de la primera victoria concertaron inmediatamente con los vencidos. En Francia, los pequeños comerciantes y artesanos y la fracción republicana de la burguesía se unieron a la burguesía monárquica contra los proletarios; en Alemania e Italia, la burguesía vencedora buscó con ansiedad el apoyo de la nobleza feudal, de la burocracia oficial y del ejército contra las masas populares y los pequeños comerciantes y artesanos. Los partidos conservadores y contrarrevolucionarios unidos no tardaron en recuperar su predominio. En Inglaterra, la manifestación del pueblo (10 de abril), inoportuna y mal preparada, se convirtió en una derrota completa y decisiva del partido del movimiento.⁸⁷ En Francia, dos manifestaciones similares (del 16 de abril⁸⁸ y del 15 de mayo)⁸⁹ fueron igualmente derrotadas. En Italia, el Rey Bomba⁹⁰ recuperó su autoridad de un solo golpe el 15 de mayo.⁹¹ En Alemania, los nuevos gobiernos burgueses de los distintos Estados y sus respectivas Asambleas Constituyentes se consolidaron, y aunque la jornada del 15 de mayo, rica en acontecimientos, de Viena hubiese acabado en una victoria del pueblo, este acontecimiento habría sido de importancia secundaria nada más y podría ser tenido por el último estallido con éxito de la energía del pueblo. En Hungría, el movimiento pareció entrar en un manso cauce

⁸⁷ La manifestación masiva que los cartistas convocaron para el 10 de abril de 1848 en Londres a fin de entregar al Parlamento una petición de que se aprobase la Carta del Pueblo fracasó debido a la indecisión y las vacilaciones de sus organizadores. El fracaso de la manifestación fue utilizado por las fuerzas de la reacción para emprender la ofensiva contra los obreros y reprimir a los cartistas.-

⁸⁸ *El 16 de abril de 1848* la Guardia Nacional burguesa, movilizada especialmente con este fin, detuvo en París una manifestación pacífica de obreros que iban a presentar al Gobierno Provisional una petición sobre la "organización del trabajo" y la "abolición de la explotación del hombre por el hombre".

⁸⁹ *El 15 de mayo de 1848*, durante una manifestación popular, los obreros y artesanos parisienses penetraron en la sala de sesiones de la Asamblea Constituyente, la declararon disuelta y formaron un Gobierno revolucionario. Los manifestantes, sin embargo, no tardaron en ser desalojados por la Guardia Nacional y las tropas. Los dirigentes de los obreros (Blanqui, Barbès, Albert, Raspail, Sobrier y otros) fueron detenidos.

⁹⁰ Fernando II. (N. de la Edit.)

⁹¹ *El 15 de mayo de 1848*, el rey napolitano Fernando II aplastó la insurrección popular, disolvió la guardia nacional, dispersó el Parlamento y anuló las reformas introducidas bajo la presión de las masas populares en febrero de 1848.

de perfecta legalidad, y el movimiento polaco, como ya hemos dicho en uno de nuestros artículos anteriores, fue aplastado en germen por las bayonetas prusianas. Sin embargo, todo esto aún no decidía nada en cuanto al sesgo que tomarían las cosas, y cada pulgada de terreno perdido por los partidos revolucionarios en los distintos Estados tendía sólo a unir más y más sus filas para acciones decisivas.

Estas acciones decisivas se aproximaban. Podían desplegarse sólo en Francia; pues en tanto Inglaterra no tomase parte en la lucha revolucionaria, o Alemania siguiera dividida, Francia era, merced a su independencia nacional, su civilización y su centralización, el único país que podría dar a los países circundantes el impulso para una poderosa conmoción. Por eso, cuando el 23 de junio de 1848⁹² comenzó la lucha sangrienta en París, cuando cada noticia recibida por telégrafo o por correo exponía con mayor claridad el hecho ante los ojos de Europa que esta lucha estaba empeñada entre las masas del pueblo trabajador, por un lado, y todas las demás clases de la población parisiense con el apoyo del ejército, por el otro lado, cuando los combates se prolongaron varios días con saña inaudita en la historia de las modernas guerras civiles, pero sin ninguna ventaja visible para ninguno de los dos bandos, se hizo evidente para todos que ésta era la gran batalla decisiva que envolvería, si la insurrección triunfaba, a todo el continente en una nueva oleada de revoluciones o, si fracasaba, traería, al menos por el momento, la restauración del régimen contrarrevolucionario.

Los proletarios de París fueron derrotados, diezmados y aplastados hasta el punto de que ni aun hoy se han repuesto del golpe. E inmediatamente, los nuevos y los viejos conservadores y contrarrevolucionarios levantaron la cabeza en toda Europa con tanta insolencia que mostraron lo bien que entendían la importancia del acontecimiento. La prensa fue atacada por todas partes, los derechos de reunión y asociación fueron restringidos, cada pequeño suceso en cada pequeña ciudad de provincia fue aprovechado para desarmar al pueblo, declarar el estado de sitio y adiestrar a las tropas en las nuevas maniobras y tretas que Cavaiguac les había enseñado. Además, por primera vez desde febrero, se había demostrado que la invencibilidad de la insurrección popular en una gran ciudad era una ilusión; el honor de los ejércitos quedó restablecido; las tropas, que hasta ahora habían sido derrotadas siempre en las batallas de

⁹² *La insurrección de junio*: heroica insurrección de los obreros de París entre el 23 y el 26 de junio de 1848, aplastada con excepcional crueldad por la burguesía francesa. Fue la primera gran guerra civil de la historia entre el proletariado y la burguesía.

alguna importancia reñidas en las calles, recobraron la confianza en sus fuerzas incluso en este tipo de pelea.

Los primeros pasos positivos y planes definidos del viejo partido feudal-burocrático de Alemania, encaminados a deshacerse incluso de las clases medias, sus aliadas temporales, y restablecer en Alemania la situación que existía antes de los sucesos de marzo, pueden datarse desde los tiempos de esta derrota de los *ouvriers* de París. El ejército volvió a ser el poder decisivo en el Estado, y no pertenecía a las clases medias, sino a dicho partido. Incluso en Prusia, donde se habían observado desde antes de 1848 grandes simpatías al Gobierno constitucional por parte de los oficiales de graduación inferior, el desorden introducido en el ejército por la revolución volvió a estos jóvenes, propensos a pensar, a la fidelidad a su deber militar; tan pronto como los soldados rasos se tomaron algunas libertades con los oficiales, la necesidad de la disciplina y la obediencia a raja tabla quedó de pronto más que clara para ellos. Los nobles y los burócratas vencidos comenzaron a ver lo que debían hacer; no restaba sino mantener en pequeños conflictos con el pueblo al ejército, más unido que nunca, animado por las victorias sobre las pequeñas insurrecciones y en la guerra en el extranjero y celoso de los laureles recién conquistados por la soldadesca francesa; y, cuando llegase el momento decisivo, podría de un solo golpe demoledor aplastar a los revolucionarios y poner fin a la presunción de los parlamentarios burgueses. El momento propicio para ese golpe decisivo llegó muy pronto.

Pasamos por alto los debates parlamentarios y los conflictos locales, a veces curiosos, pero aburridos en la mayoría de los casos, que absorbieron durante el verano a los distintos partidos de Alemania. Baste decir que la mayoría de los defensores de los intereses burgueses, pese a los numerosos triunfos parlamentarios, ninguno de los cuales tuvo resultado práctico, sintió, en general, que su situación entre los partidos extremos era más insostenible cada día; por eso se vieron obligados a buscar la alianza de los reaccionarios y, al día siguiente, ganarse el favor de los partidos más populares. Esta vacilación constante les dio el golpe final en la opinión pública y, de acuerdo con el sesgo que iban tomando los acontecimientos, ese desdén que despertaron fue aprovechado principalmente en ese momento por los burócratas y la nobleza feudal.

Para el comienzo del otoño, las relaciones entre los diversos partidos empeoraron lo suficiente para hacer inevitable la batalla decisiva. El primer choque en esta guerra desencadenada entre las masas democráticas y

revolucionarias, por un lado, y el ejército, por el otro, tuvo lugar en Francfort. Aunque este choque era secundario, fue el primero en el que las tropas sacaron ventaja a los insurrectos y tuvo un gran efecto moral. Prusia, por causas muy comprensibles, permitió al ilusorio gobierno formado por la Asamblea Nacional de Francfort concluir, por razones obvias, un armisticio con Dinamarca que no sólo entregó a los alemanes de Schleswig a la venganza danesa, sino que fue también la negación completa de los principios más o menos revolucionarios, en que se basaba, según la convicción general, la guerra danesa. La Asamblea de Francfort rechazó, por una mayoría de dos o tres votos, este armisticio. La votación fue seguida de una comedia de crisis ministerial; sin embargo, a los tres días la Asamblea revisó la votación y fue inducida a anularla de hecho y reconocer el armisticio. Este acto vergonzoso provocó la indignación del pueblo. Se levantaron barricadas, pero en Francfort se habían concentrado suficientes tropas y, tras un combate de seis horas, la insurrección fue aplastada. Movimientos similares, si bien menos importantes, relacionados con este acontecimiento, hubo en otras partes de Alemania (Baden, Colonia), pero fueron igualmente derrotados.

Este choque previo dio al partido contrarrevolucionario la gran ventaja de que ahora el único gobierno surgido enteramente, al menos en apariencia, de unas elecciones populares, el Gobierno imperial de Francfort, así como la Asamblea Nacional se habían desprestigiado a los ojos del pueblo. Este gobierno y esta Asamblea se habían visto obligados a apelar a las bayonetas del ejército contra la manifestación de la voluntad del pueblo. Estaban comprometidos, y por pocos que fueran los derechos a ser respetados que hubiesen merecido hasta la fecha, el repudio a su origen y su dependencia de los antipopulares gobiernos y sus tropas convirtieron desde este momento al Regente del Imperio, a sus ministros y diputados en completas nulidades.

No tardaremos en ver con qué desprecio recibieron primero Austria, luego Prusia y últimamente los pequeños Estados también, toda disposición, toda petición y toda diputación procedentes de esta institución de impotentes soñadores.

Llegamos ahora a la inmensa repercusión que tuvo en Alemania la batalla de junio en Francia, acontecimiento que fue tan decisivo para Alemania como la lucha proletaria de París había sido para Francia; nos referimos a la revolución y al subsiguiente asalto de Viena en octubre de 1848.

Pero la importancia de esta batalla es tal que la explicación de las diferentes circunstancias que contribuyeron más directamente a su desenlace requeriría tanto lugar en las columnas de *"The Tribune"* que nos es forzoso dedicar un artículo especial a este tema.

Londres, febrero de 1852

Federico Engels

XI. EL ASALTO DE VIENA LA TRAICIÓN A VIENA

Cuando, concentrado al fin, el ejército de Windischgrätz comenzó el ataque a Viena, las fuerzas que se pudieron movilizar para defender la capital fueron completamente insuficientes. Sólo a cierta parte de la Guardia Nacional se pudo enviar a las trincheras. Bien es verdad que, en última instancia, se organizó presurosamente una Guardia Proletaria, pero como quiera que la tentativa de utilizar de esa manera esta valiente, enérgica y más numerosa parte de la población fue demasiado tardía, hubo poco tiempo para instruirla en el manejo de las armas y los rudimentos más elementales de la disciplina para que ofreciera venturosa resistencia. Así, la Legión Académica, cuyos efectivos eran de tres a cuatro mil hombres bien adiestrados y hasta cierto punto disciplinados, valientes y llenos de entusiasmo, fue, hablando en términos militares, la única fuerza en condiciones de cumplir airosamente su cometido. Mas ¿qué eran ellos, con los pocos Guardias Nacionales seguros y con la masa desordenada de proletarios armados frente a las fuerzas regulares mucho más numerosas de Windischgrätz, sin hablar ya de las hordas rufianescas de Jelacic, hordas que eran, por la propia naturaleza de sus costumbres, muy útiles para una guerra en la que había que tomar casa por casa y callejón por callejón? ¿Y qué otra cosa, sino varios cañones viejos y desgastados, con malas cureñas y malos servidores, podían oponer los sublevados a la numerosa y perfectamente equipada artillería que Windischgrätz empleó con tan pocos escrúpulos?

Cuanto más cerca estaba el peligro, tanto más aumentaba la confusión en Viena. La Dieta no se atrevió hasta el último momento a pedir la ayuda del ejército húngaro de Perczel, acampado a pocas leguas de la capital. El *Comité de Seguridad* adoptó resoluciones contradictorias que reflejaban, lo mismo que las masas populares armadas, los flujos y reflujos de la marea de rumores de lo más dispares. Todos estaban de acuerdo sólo en un punto: en el respeto a la propiedad, respeto tan imponente que, en las circunstancias dadas, parecía casi cómico. Se hizo muy poco para elaborar hasta el fin el plan de la defensa. Bem, el único que podía salvar a Viena, si es que había por entonces en la capital alguien capaz de hacerlo, como era un extranjero casi desconocido, de origen eslavo, renunció a la tarea bajo el peso de la desconfianza general. Si hubiera insistido, pudo

haber sido linchado como traidor. Messenhauser, el jefe de las fuerzas sublevadas, que valía más como novelista que como oficial incluso de graduación inferior, no servía en absoluto para su papel; no obstante, ocho meses después de luchas revolucionarias, el partido popular no produjo ni adquirió a ningún militar más diestro que él. Así comenzó la batalla. Los vieneses, de tomar en consideración sus medios de defensa, totalmente insuficientes, y la ausencia absoluta de preparación y organización militar, opusieron una resistencia de lo más heroica. En muchos lugares, la orden que dio Bem, cuando asumía el mando, de “defender esta posición hasta el último hombre” fue cumplida a rajatabla. Pero pudo más la fuerza. La artillería imperial fue barriendo barricada tras barricada en las largas y anchas avenidas que forman las calles principales de los suburbios; y a la tarde del segundo día de lucha, los croatas ocuparon la fila de casas situadas frente a la explanada de la Vieja Ciudad. Un ataque débil y desordenado del ejército húngaro acabó en un fracaso completo; y mientras algunas unidades dislocadas en la Ciudad Vieja capitulaban, otras vacilaban y sembraban la confusión, y los restos de la Legión Académica hacían nuevas fortificaciones, las tropas imperiales irrumpieron en la Ciudad Vieja y, aprovechando la confusión general, la tomaron por asalto.

Las consecuencias inmediatas de esta victoria, las brutalidades y ejecuciones llevadas a efecto por la ley marcial y las inauditas crueldades e infamias que las desenfrenadas hordas eslavas cometieron contra Viena son harto conocidas para entrar aquí en detalles. Las consecuencias ulteriores y el nuevo giro que la derrota de la revolución en Viena dio enteramente a los asuntos alemanes serán expuestos más adelante. Quedan por examinar dos puntos en relación con el asalto a Viena. El pueblo de esta capital tenía dos aliados: los húngaros y el pueblo alemán. ¿Dónde estaban a la hora de la prueba?

Hemos visto que los vieneses, con toda la generosidad de un pueblo recién liberado, se alzaron por una causa que, si bien era en última instancia privativa de ellos, lo era también, en primer orden y sobre todo, de los húngaros. Y prefirieron recibir ellos el golpe primero y más terrible antes que permitir la marcha de las tropas austríacas contra Hungría. Y mientras ellos acudieron así, notablemente, en apoyo de sus aliados, los húngaros, actuando con éxito contra Jelacic, lo repelieron hacia Viena y, con su victoria, acrecentaron la fuerza que iba a atacar a esta ciudad. En estas circunstancias, Hungría tenía el indudable deber de apoyar sin

demora y con todas las fuerzas disponibles, no a la Dieta de Viena y no al Comité de Seguridad u otra institución cualquiera de esta capital, sino a la *revolución vienesa*. Y si los húngaros olvidaron incluso que Viena había dado la primera batalla por Hungría, no debieron haber olvidado, en beneficio de su propia seguridad, que Viena era el único puesto avanzado de la independencia húngara y que si ella caía, nada podría detener el avance de las tropas imperiales contra Hungría. Ahora sabemos muy bien todo lo que los húngaros pudieron argüir en defensa de su inactividad durante el sitio y el asalto de Viena: el estado insatisfactorio de sus propias fuerzas, la renuncia de la Dieta y de las otras instituciones oficiales de Viena a llamarlos en su ayuda, la necesidad de mantenerse dentro del terreno constitucional y de eludir las complicaciones con el poder central de Alemania. Pero el hecho es, en cuanto al estado insatisfactorio del ejército húngaro, que durante los primeros días siguientes de la revolución de Viena y a la llegada de Jellachich, no había ninguna necesidad de emplear las tropas regulares, ya que las austríacas aún estaban muy lejos de concentrarse, y el desarrollo enérgico e incesante del éxito después de la primera victoria sobre Jelacic, incluso con las solas fuerzas del *Landsturm*⁹³ que combatía cerca de Stuhlweissenburg, habría sobrado para entrar en contacto con los vieneses y demorar medio año toda concentración del ejército austríaco. En la guerra, sobre todo en la guerra revolucionaria, la rapidez de acción, en tanto no se alcance algún éxito decisivo, es una regla fundamental; y afirmamos, sin dejar lugar a ninguna duda, que Perczel, *por razones puramente militares*, no debió haber parado hasta unirse con los vieneses.

Es verdad que se corría cierto riesgo, pero ¿quién ha ganado alguna vez una batalla sin arriesgar algo? ¿Y no arriesgaba nada el pueblo de Viena, con una población de cuatrocientos mil habitantes, al atraer contra sí las fuerzas que se habían puesto en marcha para someter a doce millones de húngaros? La falta cometida al aguardar que los austríacos reunieran fuerzas y al hacer luego una débil manifestación en Schwechat que acabó, como era de esperar, en una derrota sin gloria, fue un error militar que entrañaba sin duda más riesgo que una marcha decidida hacia Viena contra las desbandadas hordas de Jelacic.

⁹³ Milicia popular (N. de la Edit.)

Pero se dice que ese avance de los húngaros, en tanto no fuese autorizado por alguna institución oficial, habría sido una violación del territorio alemán, habría dado lugar a complicaciones con el poder central de Fráncfort y habría sido, sobre todo, un abandono de la política constitucional legal que daba fuerza a la causa húngara. ¡Pues las instituciones oficiales de Viena eran unas nulidades! ¿Se habían alzado en defensa de Hungría la Dieta y los comités populares o había sido el pueblo de Viena, y nadie más que él, quien empuñara las armas para dar la primera batalla por la independencia de Hungría? No era ni este ni el otro cuerpo oficial de Viena el que importaba apoyar: todas estas instituciones podían ser derrocadas, y lo habrían sido sin tardanza durante el desarrollo de la revolución, mas fue el auge del movimiento revolucionario y el avance ininterrumpido de las propias acciones del pueblo lo único que se planteaba y lo único que podía salvar a Hungría de la invasión. Las formas que este movimiento revolucionario pudiera adoptar posteriormente atañían a los vieneses, y no a los húngaros, puesto que Viena y la Austria alemana en general seguían siendo aliadas de los húngaros contra el enemigo común. Pero cabe preguntar si en este vehemente deseo del Gobierno húngaro de lograr alguna autorización casi legal no se debe ver el primer síntoma claro de la pretensión a una legalidad bastante dudosa que, si no salvó a Hungría, sí produjo al menos muy buena impresión, algo más tarde, en el público burgués de Inglaterra.

En cuanto al pretexto de posibles conflictos con el poder central de Alemania en Francfort, no tenía ningún fundamento. Las autoridades de Francfort habían sido derrocadas de facto por la victoria de la contrarrevolución en Viena; y hubieran sido derrocadas igualmente incluso en el caso de que la revolución hubiese contado allí con apoyo suficiente para derrotar a sus enemigos. Por último, el gran argumento de que Hungría no debía abandonar el terreno legal y constitucional, podía ser muy del agrado de los librecambistas británicos, pero la historia jamás lo reconocerá satisfactorio. Supongamos que el 13 de marzo y el 6 de octubre los vieneses se hubieran atenido a los medios "legales y constitucionales". ¿Cuál habría sido el destino de ese movimiento "legal y constitucional" y de todas las gloriosas batallas que dieron a conocer por primera vez a Hungría al mundo civilizado? Ese mismo terreno legal y constitucional sobre el que, se asegura, pisaban los húngaros en 1848 y 1849, fue conquistado para ellos el 13 de marzo por la sublevación en alto grado ilegal y anticonstitucional del pueblo de Viena. No nos proponemos

aquí examinar la historia de la revolución de Hungría, pero nos parece oportuno señalar que es totalmente inadecuado aplicar sólo medios legales de resistencia contra un enemigo que se mofa de esos escrúpulos; y si agregamos que, de no haber sido por esa eterna pretensión de legalidad que Görgey aprovechó y volvió contra el gobierno, la devoción del ejército de Görgey a su general y la vergonzosa catástrofe de Vilagos habrían sido imposibles.⁹⁴ Y cuando, en las últimas fechas de octubre de 1848 los húngaros cruzaron al fin el Leitha para salvar el honor del Imperio, ¿acaso no era eso ilegal en la misma medida que lo hubiera sido cualquier ataque inmediato y resuelto?

Se sabe que no abrigamos sentimientos de enemistad a Hungría. Estuvimos a su lado durante la lucha; podemos decir con pleno derecho que nuestro periódico, la "*Neue Rheinische Zeitung*", contribuyó más que ningún otro a hacer que la causa de los húngaros fuese popular en Alemania, explicando la naturaleza de la lucha entre los magiares y los eslavos y escribiendo de la guerra húngara en una serie de artículos que han tenido el mérito de ser plagiados en casi todos los libros escritos posteriormente sobre este tema, sin exceptuar ni los trabajos de los propios húngaros ni de los "testigos oculares". Incluso hoy vemos en Hungría a una aliada indispensable y natural de Alemania en cualquier futura convulsión que se produzca en el continente. Pero hemos sido lo suficiente severos con relación a nuestros propios compatriotas para tener el derecho a expresar libremente la opinión que nos merecen nuestros vecinos; además, hemos registrado aquí los hechos con la imparcialidad del historiador y debemos decir que, en este caso particular, la generosa valentía del pueblo de Viena ha sido no sólo mucho más noble, sino también mucho más perspicaz que la cautelosa circunspección del Gobierno húngaro. Y, como alemanes que somos, podemos permitirnos declarar que no habríamos trocado el alzamiento espontáneo y aislado y la heroica resistencia del pueblo de Viena, compatriotas nuestros que dieron a los húngaros tiempo para organizar el ejército que pudo realizar tan grandes proezas, por ninguna de las ostentosas victorias y gloriosas batallas de la campaña húngara.

El segundo aliado de Viena era el pueblo alemán. Pero estaba enzarzado en todas partes en la misma lucha que los vieneses. Francfort, Baden y Colonia acababan de ser derrotadas y desarmadas. En Berlín y Breslau⁹⁵

⁹⁴ Junto a Vilagos, el ejército húngaro, mandado por Görgey, se rindió el 13 de agosto de 1849 a las tropas zaristas enviadas para aplastar la insurrección húngara.

⁹⁵ El nombre polaco es Wrocław. (N. de la Edit.)

el pueblo y las tropas estaban de punta y se esperaba el choque de un día para otro. Lo mismo sucedía en todos los centros locales del movimiento. Por doquier había cuestiones pendientes que podían ventilarse únicamente mediante la fuerza de las armas; y ahí fue donde se dejaron sentir con fuerza por primera vez las consecuencias desastrosas de la continuación del viejo desmembramiento y descentralización de Alemania. Las diversas cuestiones de cada Estado, de cada provincia y de cada ciudad eran las mismas en lo fundamental; pero se presentaron en todo lugar de manera diferente y en distintas circunstancias, y su grado de madurez era distinto en cada lugar. Por eso, ocurrió que mientras en cada localidad se sentía la gravedad decisiva de los sucesos de Viena, aún no se podía dar ningún golpe importante con alguna esperanza de que fuese una ayuda para los vieneses o emprender una operación de diversión a favor suyo; nada quedaba en su ayuda más que el Parlamento y el poder central de Francfort; y esa ayuda se recabó desde todas partes; ¿pero qué hicieron ellos?

El Parlamento de Francfort y el hijo bastardo que dio a luz del incestuoso ayuntamiento con la vieja Dieta alemana, el así denominado poder central, aprovecharon el movimiento de Viena para mostrar su completa nulidad. Esta despreciable Asamblea, como ya hemos visto, había perdido mucho antes su virginidad y, pese a su juventud, ya se iba cubriendo de canas y adquiriendo experiencia en todos los artificios y prácticas de la prostituciónseudodiplomática. De todos los sueños e ilusiones de poderío, de regeneración y unidad de Alemania, que se adueñaron de ella en un principio, no quedaba nada más que un cúmulo de estrepitosas frases teutónicas que se repetían en cada ocasión y una fe firme de cada miembro individual en su propia importancia y en la credulidad del público. La ingenuidad original quedó descartada; los representantes del pueblo alemán se habían convertido en hombres prácticos, es decir, habían sacado en limpio que cuanto menos hiciesen y más charlasen tanto más segura sería su posición de regidores de los destinos de Alemania. Eso no implica que estimasen superfluas sus sesiones; todo lo contrario; pero descubrieron que todas las cuestiones realmente grandes eran terreno vedado para ellos, y mejor harían si se mantuviesen lejos de ellos. Pues bien, lo mismo que en el concilio de los sabios bizantinos de los tiempos de la decadencia del Imperio, discutían con un empaque y una asiduidad, dignos del sino que a la larga les tocó en suerte, dogmas teóricos hacía tiempo dilucidados en todas las partes del mundo civilizado o ínfimas

cuestiones prácticas que jamás condujeron a ningún resultado práctico. Así, siendo la Asamblea una especie de Escuela de Lancaster,⁹⁶ en la que los diputados se dedicaban a instruirse mutuamente y siendo, por tanto, muy importante para ellos mismos, estaban persuadidos de que hacían más aún de lo que el pueblo alemán podía esperar y consideraban traidor a la patria a todo aquel que tuviese la impudicia de pedirles que llegasen a algún resultado.

Cuando estalló la insurrección en Viena, hubo motivo para hacer un montón de interpelaciones, debates, propuestas y enmiendas que, por supuesto, no condujeron a nada. El poder central hubo de interceder. Envió a dos comisarios, los señores Welcker, ex liberal, y Mosle, a Viena. Las andanzas de Don Quijote y Sancho Panza son una verdadera Odisea en comparación con los heroicos descalabros y maravillosas aventuras de los dos caballeros andantes de la unidad de Alemania. No se atrevieron a ponerse en marcha hacia Viena. Windischgrätz les cantó las cuarenta, el imbécil del Emperador⁹⁷ los recibió extrañado, y el ministro Stadion los engañó con la mayor de las desvergüenzas. Sus despachos y cuentas rendidas son quizás la única parte de los trámites que tendrán cierto lugar en la literatura alemana; constituyen una novela satírica excelente, escrita según todas las reglas del género, y son un eterno monumento erigido a la ignominia de la Asamblea y del Gobierno de Francfort.

El ala izquierda de la Asamblea Nacional también envió a Viena a dos comisarios, los señores Fröbel y Roberto Blum, para apoyar allí su autoridad. Cuando se acercaba el peligro, Blum juzgó lleno de razón, que allí se empeñaría la batalla general de la revolución alemana y decidió, sin titubear, jugarse el todo por el todo. Fröbel, por el contrario, era de la opinión de que estaba obligado a conservar su persona para ejercer las importantes funciones de su puesto en Francfort. Blum era tenido por uno de los hombres más elocuentes de la Asamblea de Francfort; y, por cierto, era el más popular. Su elocuencia no satisfaría los requisitos de cualquier parlamento algo experimentado, pues le agradaban demasiado las declamaciones del tipo de los predicadores alemanes disidentes, y sus argumentos estaban faltos de agudeza filosófica y de conocimiento del lado práctico del asunto. En política, pertenecía a la “democracia moderada”, tendencia muy indeterminada que tenía éxito precisamente

⁹⁶ Escuelas de Lancaster: escuelas primarias para hijos de padres pobres, en las que se aplicaba el sistema de enseñanza mutua; llevaban el nombre del pedagogo inglés José Lancaster (1778-1831).

⁹⁷ Fernando I. (N. de la Edit.)

merced a la falta de determinación de los principios. Mas, así y todo, Roberto Blum era, por naturaleza, un verdadero plebeyo, si bien algo pulido, y, en los momentos decisivos, su instinto plebeyo y su energía plebeya prevalecían sobre sus convicciones y opiniones políticas indecisas. En esos momentos se elevaba muy por encima de su capacidad ordinaria.

Así, del primer vistazo en Viena se percató de que el destino de su país se decidía allí, y no en los debates pseudoelegantes de Fráncfort. Hizo en el acto la elección, abandonó toda idea de retroceso, asumió un puesto de mando en el ejército revolucionario y mostró extraordinaria serenidad y firmeza. El fue quien demoró durante bastante tiempo la caída de la ciudad y mantuvo uno de sus flancos a cubierto de los ataques, incendiando el puente de Tabor sobre el Danubio. Todos saben que después de la toma de Viena por asalto, fue detenido, entregado a los tribunales militares y fusilado. Murió como un héroe. Y la Asamblea de Francfort, aunque llena de miedo, recibió con aparente tranquilidad el sangriento agravio. Adoptó una resolución que, por la suavidad y el comedimiento diplomático de su lenguaje, era más un ultraje a la tumba del mártir asesinado que una condena de deshonor contra Austria. Mas no se podía esperar que esta despreciable Asamblea se resintiera por el asesinato de uno de sus miembros, máxime tratándose de un líder de la izquierda.

Londres, marzo de 1852

XII. LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE PRUSIANA LA ASAMBLEA NACIONAL

Viena cayó el 1 de noviembre, y el 9 del mismo mes, la disolución de la Asamblea Constituyente en Berlín mostró cuanto había levantado de golpe este acontecimiento la moral del partido contrarrevolucionario y le había dado fuerza en toda Alemania.

Los sucesos del verano de 1848 en Prusia se cuentan en muy poco tiempo. La Asamblea Constituyente, o mejor dicho, “la Asamblea elegido con el fin de llegar a un acuerdo con la Corona sobre la Constitución”, y su mayoría compuesta de representantes de los intereses de las clases medias, hacía mucho tiempo que habían perdido la estima del público, ya que, por miedo a los elementos más enérgicos de la población, se complicaba en todas las intrigas de la Corte. Confirmó o, mejor dicho, restableció los odiosos privilegios del feudalismo, traicionando así la libertad y los intereses de los campesinos. No fue capaz de redactar una Constitución ni de enmendar en modo alguno la legislación general. Se ocupó casi exclusivamente de dar bonitas definiciones teóricas, de meras formalidades y problemas de etiqueta constitucional. La Asamblea era, en efecto, más bien una escuela de *savoir vivre*⁹⁸ parlamentario para sus miembros que una institución de algún interés para el pueblo. Además, en la Asamblea no había ninguna mayoría estable y casi siempre decidían los problemas las vacilaciones del “*centro*” que, inclinándose con sus titubeos tan pronto a la derecha como a la izquierda dio al traste primero con el Gabinete de Camphausen y luego con el de Auerswald y Hansemann. Pero mientras los liberales, aquí lo mismo que en todos los demás sitios, dejaron perder la ocasión, la Corte reorganizó a sus elementos de fuerza entre la nobleza y la parte más atrasada de la población rural, así como entre el ejército y la burocracia. Después de la caída de Hansemann se formó un gobierno de burócratas y militares, todos reaccionarios recalcitrantes, que, sin embargo, daba a entender que estaba dispuesto a tomar en consideración las reivindicaciones del Parlamento. Y la Asamblea, que se atenía al cómodo principio de que importaban las “medidas, y no los hombres”, toleró que la engañasen tan llanamente que llegó a aplaudir a este Gabinete, en tanto que ella, naturalmente, no dedicaba la menor atención a que este mismo Gabinete iba concentrando

⁹⁸ *Savoir vivre*: cortesía, tacto, conocimiento del trato social. (N. de la Edit.)

y organizando abiertamente las fuerzas contrarrevolucionarias. Por último, cuando la caída de Viena dio la señal, el Rey⁹⁹ entregó la dimisión a sus ministros y los sustituyó con “hombres de acción” dirigidos por el actual primer ministro, señor Manteuffel. Entonces la dormida Asamblea sintió de pronto el peligro; emitió un voto de desconfianza al gobierno, el cual respondió al punto con un decreto que mandaba desplazar la Asamblea de Berlín, donde podía, en caso de conflicto, contar con el apoyo de las masas, a Brandenburgo, pequeña ciudad provincial dependiente enteramente del gobierno. La Asamblea, no obstante, declaró que sin su consentimiento no se podía ni aplazar sus sesiones, ni ser trasladada a otro lugar, ni disuelta. Mientras tanto, el general Wrangel entró en Berlín al frente de unos cuarenta mil soldados. Una reunión de los síndicos municipales y de los oficiales de la Guardia Nacional acordó no ofrecer ninguna resistencia. Y luego que la Asamblea y la burguesía liberal, que la apoyaba, dejaron al partido reaccionario unido que ocupara todas las posiciones importantes y les quitara de las manos casi todos los medios de defensa, comenzó la gran comedia de “resistencia pasiva y legal” que, a juicio de ellos, debía ser una gloriosa imitación del ejemplo de Hampden y de los primeros esfuerzos de los norteamericanos en la guerra de la Independencia.¹⁰⁰ En Berlín se declaró el estado de sitio y se mantuvo la calma; la Guardia Nacional fue disuelta por el gobierno, y entregó las armas con la mayor puntualidad. La Asamblea fue acosada y trasladó sus sesiones de un lugar a otro durante dos semanas, y en todas partes la disolvían los militares; y los diputados de la Asamblea rogaban a los ciudadanos que mantuviesen la tranquilidad. Por último, cuando el gobierno declaró disuelta la Asamblea, ésta adoptó una resolución declarando ilegales las exacciones de los impuestos, y sus miembros fueron por el país para organizar la negativa al pago de los impuestos. Pero vieron que se habían equivocado desastrosamente en la elección de medios.

⁹⁹ Federico Guillermo IV. (N. de la Edit.)

¹⁰⁰ En 1636, John Hampden, luego uno de los dirigentes destacados de la revolución burguesa del siglo XVII en Inglaterra, se negó a pagar el “impuesto naval”, no aprobado por la Cámara de los Comunes. El juicio incoado contra él contribuyó a que aumentase la oposición contra el absolutismo en la sociedad inglesa. La negativa de los norteamericanos, en 1766, a pagar el impuesto del timbre, introducido por el Gobierno inglés, y la táctica de boicotear las mercancías inglesas a comienzos de los años 70 del siglo XVIII fue el prólogo de la guerra de la independencia de las colonias norteamericanas contra Inglaterra (1775-1783).

Tras unas semanas de agitación, seguidas de severas medidas del gobierno contra la oposición, todos abandonaron la idea de negarse al pago de los impuestos para complacer a esta difunta Asamblea que no había tenido siquiera la valentía de defenderse.

El que las primeras fechas de noviembre de 1848 fuese ya demasiado tarde para intentar oponer resistencia armada o el que una parte del ejército, al encontrar seria oposición, se hubiese pasado al lado de la Asamblea, decidiendo así el litigio a su favor, es una cuestión que jamás se podrá resolver. Pero en la revolución, lo mismo que en la guerra, es siempre necesario presentar un frente robusto, y el que ataca lleva ventaja. Y en la revolución, lo mismo que en la guerra, es de la mayor necesidad ponerlo todo a una carta en el momento decisivo, cualquiera que sea la oportunidad. No hay una sola revolución triunfante en la historia que no pruebe la verdad de este axioma. Y aquí, el momento decisivo para la revolución prusiana había llegado en noviembre de 1848; la Asamblea, oficialmente a la cabeza de todos los intereses revolucionarios, no mostró ni un frente robusto, ya que retrocedía ante cada avance del enemigo; y aún menos atacó, ya que optó por no defenderse siquiera; y cuando llegó el momento decisivo, cuando Wrangel, al frente de cuarenta mil hombres, llamó a las puertas de Berlín, en vez de encontrar, como lo esperaban él y sus oficiales, todas las calles obstruidas con barricadas y cada ventana convertida en una aspillera, halló las puertas abiertas de par en par y las calles obstruidas únicamente por los pacíficos berlineses disfrutando de la broma que les habían gastado por entregarse atados de pies y manos a los soldados, perplejos. Bien es verdad que la Asamblea y el pueblo, de haber resistido, pudieron haber sido derrotados; Berlín pudo haber sido bombardeado, y muchos millares pudieron haber perecido sin evitar la victoria definitiva del partido realista. Pero ésa no era la razón por la cual hubieran de entregar las armas en el acto. Una derrota después de un tenaz combate es un hecho de mucha mayor importancia revolucionaria que una victoria ganada fácilmente. Las derrotas de París en junio de 1848 y de Viena en octubre del mismo año revolucionaron efectivamente más las mentes del pueblo de estas dos ciudades que las victorias de febrero y marzo. La Asamblea y el pueblo de Berlín habrían compartido probablemente el destino de las dos antemencionadas ciudades: pero habrían caído con gloria y dejado en pos de sí, en las mentes de los supervivientes, un deseo de venganza que, en tiempos de revolución, es uno de los más altos incentivos para la acción enérgica y apasionada. No

cabe la menor duda de que, en toda batalla, el que levanta el guante corre el riesgo de ser derrotado; mas ¿es acaso ésta una razón para que se confiese derrotado y se someta al yugo sin haber desenvainado la espada?

En una revolución, el que manda una posición decisiva y la rinde, en vez de obligar al enemigo a que pruebe sus fuerzas en el asalto, merece siempre el trato de traidor.

El propio decreto del Rey de Prusia para disolver la Asamblea Constituyente proclamaba también una nueva Constitución fundada en el proyecto que había redactado un comité de esta Asamblea, ampliando en algunos puntos los poderes de la Corona y poniendo en tela de juicio, en otros, los del Parlamento. La Constitución estatúa dos cámaras que debían reunirse en breve con el fin de examinarla y aprobarla.

No vale la pena preguntar dónde estaba la Asamblea Nacional Alemana durante la lucha “legal y pacífica” de los constitucionalistas prusianos. Estaba, como de costumbre, en Fráncfort, dedicada a aprobar resoluciones muy tímidas contra los procedimientos del Gobierno prusiano y admirar el “imponente espectáculo de la resistencia pasiva, legal y unánime de todo un pueblo contra la fuerza bruta”. El Gobierno central envió a comisarios a Berlín para interceder entre el Gobierno y la Asamblea; pero corrieron la misma suerte que sus predecesores en Olmütz y fueron puestos cortésmente de patitas en la calle. La izquierda de la Asamblea Nacional, es decir, el denominado Partido Radical, envió también a comisarios; pero luego de convencerse sobradamente de la completa invalidez de la Asamblea de Berlín y confesar su propio desamparo igual, volvieron a Fráncfort a dar cuenta del éxito obtenido y testimonio de la admirable conducta pacífica de la población de Berlín. Y por si eso fuera poco, cuando el señor Bassermann, uno de los comisarios del Gobierno central, informó que las últimas medidas restrictivas de los ministros prusianos no carecían de fundamento, ya que durante el último tiempo se veían deambular por las calles de Berlín tipos de feroz planta como los que siempre aparecen en la víspera de los movimientos anarquistas (y que desde entonces son denominados siempre “tipos de Bassermann”), estos dignos diputados de la izquierda y enérgicos representantes del interés revolucionario se alzaron de sus escaños en el acto para atestiguar, bajo juramento, ¡que no había ocurrido nada de eso! Así, al cabo de dos meses, la total impotencia de la Asamblea de Fráncfort fue demostrada con toda evidencia. No se podrían imaginar pruebas más fehacientes de que esta

institución no servía en absoluto para cumplir sus funciones; más aún, de que no había tenido ni la idea más remota de cuál era su misión. El hecho de que tanto en Viena como en Berlín se decidiera el destino de la revolución, de que en ambas capitales las cuestiones más importantes y vitales se resolvían como si la Asamblea de Fráncfort no existiera en absoluto, este solo hecho es suficiente para dilucidar que la institución tratada no era más que un club de discusión compuesto por una sarta de simplones que permitían al gobierno manejarlos como títeres parlamentarios que eran exhibidos para entretener a los tenderos y artesanos de los pequeños Estados y de las minúsculas ciudades en tanto se tenía por conveniente distraer la atención de estos partidos. No tardaremos en ver el tiempo que se creyó conveniente. Pero es un hecho merecedor de atención el que entre todas las “eminencias” de dicha Asamblea no hubiese ninguna que tuviera el menor escrúpulo por el papel que debían representar y que incluso hasta el día de hoy los ex miembros del Club de Fráncfort conservan los órganos de percepción histórica peculiares de ellos nada más.

Londres, marzo de 1852

XIII. EL RESTABLECIMIENTO DEL ORDEN LA DIETA Y LA CÁMARA

Los primeros meses de 1849 fueron empleados por los gobiernos austríaco y prusiano para aprovechar las ventajas obtenidas en octubre y noviembre de 1848. La Dieta austríaca venía arrastrando desde la toma de Viena, una mera existencia nominal en una pequeña ciudad provinciana de Moravia, denominada Kremsier,¹⁰¹ donde los diputados eslavos, que contribuyeron poderosamente con sus electores a sacar al Gobierno austríaco de su postración, recibieron singular castigo por su traición a la revolución europea; tan pronto como el gobierno hubo recuperado su fuerza, trató a la Dieta y a su mayoría eslava con el mayor de los desprecios, y cuando los primeros éxitos de las armas imperiales anunciaron la rápida terminación de la guerra húngara, la Dieta fue disuelta el 14 de marzo, y los diputados desalojados por la fuerza militar. Entonces los eslavos vieron al fin que los habían engañado y clamaron: ¡Vamos a Francfort a seguir allí la oposición que no podemos hacer aquí! Pero era ya demasiado tarde, y el propio hecho de que no tenían otra alternativa que seguir manteniéndose en calma o adherirse a la impotente Asamblea de Francfort fue suficiente para mostrar su extremo desamparo.

Así acabaron, por el momento, y, más probablemente, para siempre, las tentativas de los eslavos de Alemania de recuperar su existencia nacional independiente. Los restos dispersos de los numerosos pueblos cuya nacionalidad y vitalidad política se habían extinguido hacía tiempo y que, en consecuencia, se habían visto obligados a seguir durante casi mil años en pos de una nación más poderosa, que los había conquistado, lo mismo que los galeses en Inglaterra, los vascos en España, los bajos bretones en Francia y, en un período más reciente, los criollos españoles y franceses en las regiones de Norteamérica, ocupadas luego por angloamericanos, estas nacionalidades fenecientes de bohemios, carintios, dálmatas y otros habían procurado aprovechar la confusión general de 1848 para recuperar el *statu quo* político que existió en el año 800 de nuestra era. La historia milenaria debió haberles enseñado que semejante regresión era imposible; que si todo el territorio al Este del Elba y el Saale hubo estado ocupado en tiempos por eslavos de familias afines, este hecho no probaba sino la mera

¹⁰¹ El nombre checo es Kromeriz (N. de la Edit.)

tendencia histórica y, al mismo tiempo, el poder físico e intelectual de la nación alemana de someter, absorber y asimilar a sus viejos vecinos orientales; que esta tendencia de absorción de parte de los alemanes ha sido siempre y sigue siendo uno de los medios más poderosos de propagar la civilización de Europa Occidental al Este del continente; que podía detenerse únicamente en el caso de que el proceso de germanización alcanzase la frontera de naciones grandes, compactas y unidas, capaces de una vida nacional independiente, como son los húngaros y, en cierto grado, los polacos; por eso, el destino natural e inevitable de estas naciones fenecientes era permitir el progreso de su disolución y absorción por sus vecinos más fuertes para llevarlo hasta el fin. Por cierto, ésta no es una perspectiva muy halagüeña para la ambición nacional de los soñadores paneslavistas que han alcanzado algunos éxitos agitando a una porción de bohemios y eslavos meridionales; pero ¿pueden esperar ellos que la historia retroceda mil años para complacer a unos cuantos cuerpos enfermizos de personas que en todas partes del territorio que ocupan están mezclados con alemanes y rodeados de alemanes que, desde tiempos casi inmemoriales, no han tenido por todo medio de civilización otra lengua que la alemana y que han carecido de las primerísimas condiciones de existencia nacional, como son una población considerable y comunidad de territorio? Así, el auge del paneslavismo que, por doquier, en los territorios eslavos de Alemania y Hungría, ha sido el velo para el restablecimiento de la independencia de todas estas pequeñas naciones sin número, ha chocado en todas partes con el movimiento revolucionario europeo, y los eslavos, aun pretendiendo luchar por la libertad, han caído invariablemente (excluidos los demócratas polacos) en el bando del despotismo y la reacción. Así ha ocurrido en Alemania, en Hungría e incluso en muchas partes de Turquía. Los traidores a la causa del pueblo, los defensores y puntales principales de las intrigas del Gobierno austríaco se han colocado ellos mismos fuera de la ley ante los ojos de todas las naciones revolucionarias. Y aunque la masa de la población eslava no ha tomado parte en ningún sitio en las pequeñas querellas sobre la nacionalidad promovidas por los líderes del paneslavismo, por el mero hecho de que son demasiado ignorantes, jamás se olvidará que en Praga, una ciudad medio alemana, multitudes de fanáticos eslavos aclamaron y corearon el grito: “¡Más vale el látigo ruso que la libertad alemana!” Después de su fracasada tentativa de 1848 y de la lección que el Gobierno austríaco les dio, no es probable que intenten aprovechar luego ninguna otra oportunidad. Pero si intentasen de nuevo,

bajo pretextos similares, aliarse con las fuerzas contrarrevolucionarias, el deber de Alemania es claro. Ningún país que se encuentre en estado de revolución y guerra exterior puede tolerar una *Vendée*¹⁰² en su propio corazón.

Por cuanto a la Constitución que proclamó el Emperador¹⁰³ al mismo tiempo que disolvía la Dieta, no hay necesidad de volver a hablar de ella, pues jamás tuvo ninguna existencia práctica y hoy está abolida por completo. El absolutismo fue restaurado en Austria por entero y en todos los aspectos desde el 4 de marzo de 1849.

En Prusia, las cámaras se reunieron en febrero para ratificar y revisar la nueva Constitución proclamada por el Rey. Se reunieron durante casi seis semanas y mostraron ante el gobierno bastante cortedad y sumisión, si bien no estuvieron lo suficiente preparadas para ir tan lejos como lo deseaban el Rey y sus ministros. Por eso fueron disueltas tan pronto como se presentó la ocasión propicia.

Así, Austria y Prusia se deshicieron por cierto tiempo de las trabas del control parlamentario. Ahora los Gobiernos concentraron todo el poder en sus manos y podían aplicarlo allí donde lo creyeran conveniente: Austria, contra Hungría e Italia; Prusia, contra Alemania, ya que Prusia se estaba preparando también para una campaña de restablecimiento del “orden” en los Estados pequeños.

Ahora, cuando en Viena y Berlín, los dos grandes centros del movimiento en Alemania, había triunfado la contrarrevolución, la lucha quedaba sin decidir sólo en los pequeños Estados, si bien la balanza iba inclinándose allí también más y más en contra de los intereses de la revolución. Estos pequeños Estados, hemos dicho, hallaron un centro común en la Asamblea Nacional de Fráncfort. Ahora, la denominada Asamblea Nacional, aunque su espíritu reaccionario había sido evidente desde mucho antes, tanto que el propio pueblo de Francfort se había alzado en armas contra ella, su origen era de una naturaleza más o menos revolucionaria; ocupó una posición revolucionaria anormal en enero; jamás había tenido determinada su competencia y había llegado por último a la decisión de que, sin embargo, no había sido reconocida nunca por los Estados grandes, que sus resoluciones tuviesen fuerza de ley. Bajo estas

¹⁰² Alusión al motín contrarrevolucionario de la *Vendée* (provincia occidental de Francia), levantado en 1793 por los realistas franceses que utilizaron a los campesinos atrasados de esta provincia para luchar contra la revolución francesa.

¹⁰³ Francisco-José I. (N. de la Edit.)

circunstancias, y cuando el partido monárquico constitucionalista veía sus posiciones conquistadas por los absolutistas, que se habían sobrepuesto, no es de extrañar que la burguesía liberal y monárquica de casi toda Alemania cifrara sus últimas esperanzas en la mayoría de esta Asamblea, lo mismo que los pequeños comerciantes y artesanos, núcleo del partido democrático, bajo la presión de los crecientes reveses, se unieron en torno a su minoría que constituía realmente la última agrupación parlamentaria compacta de la democracia. Por otra parte, los gobiernos de los Estados grandes, particularmente el de Prusia, veía más y más la incompatibilidad de ese cuerpo electivo irregular con el sistema monárquico restaurado de Alemania y si no forzaron de golpe la disolución fue sólo porque aún no había llegado el momento y porque Prusia esperaba primero echar mano de él para conseguir sus propios fines ambiciosos.

Entretanto, la pobre Asamblea fue cayendo por sí sola en mayor confusión cada día. Sus diputados y comisarios eran tratados con el mayor de los desprecios tanto en Viena como en Berlín; uno de sus miembros,¹⁰⁴ pese a su inviolabilidad parlamentaria, había sido ejecutado en Viena como un rebelde común. Sus decretos no eran obedecidos por nadie. Y si los Estados grandes los mencionaban en general, era sólo en notas de protesta en las que se disputaba el derecho de la Asamblea a aprobar leyes y disposiciones obligatorias para todos sus gobiernos. El poder ejecutivo central, representante de la Asamblea, estaba enzarzado en querellas diplomáticas con casi todos los gabinetes de Alemania y, a despecho de sus esfuerzos, ni la Asamblea ni el Gobierno central pudieron hacer que Austria o Prusia declarasen cuáles eran, en última instancia, sus propósitos, planes y demandas. La Asamblea comenzó a ver claramente, al menos, que había dejado escapar el poder de sus manos, que se hallaba a la merced de Austria y Prusia y que, si intentaba dar a Alemania una Constitución federal para toda ella, tenía que emprender inmediatamente y con toda seriedad la obra. Muchos de los diputados vacilantes vieron claramente asimismo que los gobiernos los engañaban como querían. Mas ¿qué podían hacer ahora, en su impotente posición? El único paso que aún podía salvarlos habría sido pasarse inmediata y resueltamente al campo del pueblo; pero el éxito, incluso de este paso, era más que dudoso; pero ¿podía haber entre este desamparado, indeciso y miope gentío de seres engreídos que veían bajo el ruido constante de rumores contradictorios y notas diplomáticas su único consuelo y apoyo en

¹⁰⁴ Roberto Blum. (N. de la Edit.)

las aseveraciones eternamente repetidas de que eran los mejores, los más grandes y sabios del país y que sólo ellos podían salvar a Alemania? ¿Dónde estaban, volvemos a preguntar, entre estas pobres criaturas atontadas por completo en un solo año de vida parlamentaria, los hombres capaces de tomar una resolución rápida y decisiva, sin hablar ya de acciones enérgicas y consecuentes?

El Gobierno austríaco se quitó al fin la careta. En su Constitución del 4 de marzo proclamó a Austria monarquía indivisible con una hacienda común, un sistema aduanero y una organización militar únicos, borrando con ello todas las barreras y diferencias entre las provincias alemanas y no alemanas. Esta declaración fue hecha en contra de las resoluciones y artículos de la proyectada Constitución federal que ya había sido aprobada por la Asamblea de Francfort. Era un desafío de Austria, y la pobre Asamblea no tenía otra opción que recogerlo. Lo hizo con mucha fanfarronería, a lo que Austria, consciente de su fuerza y de la nulidad de la Asamblea, podía tranquilamente no prestar la menor atención. Y para vengarse de Austria por ese insulto, la honorable representación del pueblo alemán, como se denominaba a sí mismo, no vio nada mejor que postrarse ella misma, atada de pies y manos, a las plantas del Gobierno de Prusia. Por increíble que pueda parecer, se hincó de rodillos ante los mismos ministros que había condenado como anticonstitucionales y antipopulares y cuya dimisión reclamara en vano. Los pormenores de esta desgraciada transacción y los tragicómicos sucesos que le sucedieron serán tema de nuestro próximo artículo.

Londres, abril de 1852

XIV. EL TRIUNFO DE PRUSIA

Llegamos al último capítulo de la historia de la revolución alemana: el conflicto de la Asamblea Nacional con los gobiernos de los diferentes Estados, especialmente el de Prusia, la insurrección de Alemania del Sur y del Oeste y su aplastamiento final por Prusia.

Ya hemos visto la Asamblea Nacional de Fráncfort en acción. La hemos visto pateada por Austria, insultada por Prusia, desobedecida por los Estados pequeños, engañada por su propio “Gobierno” central, impotente y a su vez engañado por todos los príncipes del país. Mas, por último, las cosas comenzaron a tomar un giro amenazador para esta débil, vacilante e insignificante institución legislativa. Se vio forzada a llegar a la conclusión de que “llevar a efecto la idea sublime de la Alemania Unida es un peligro”, el cual significaba, ni más ni menos, que cuanto la Asamblea había hecho y estaba en vías de hacer narecía que acabaría en humo. Así se puso a funcionar con ahínco para llevar hasta el fin lo antes posible su gran obra: la “Constitución imperial”.

Hubo, sin embargo, una dificultad. ¿Qué debía ser el poder ejecutivo? ¿Un Consejo Ejecutivo? Pues no: según el sabio parecer de la Asamblea, eso significaría hacer de Alemania una república. ¿Elegir un “presidente”? Eso vendría a ser lo mismo. Así, lo que se debía hacer era restaurar el viejo título imperial. Pero como, naturalmente, el Emperador debía ser un príncipe, ¿por quién se optaría? Ciertamente, por ninguno de los *dii minorum gentium*¹⁰⁵, empezando por Reuss-Schleiz-Greiz-Lobenstein-Ebersdorf¹⁰⁶ y acabando por el rey de Baviera;¹⁰⁷ no lo habrían consentido ni Austria ni Prusia. Podía ser sólo el de uno de estos dos Estados. Mas ¿cuál de ellos? No cabe ninguna duda de que, en otras circunstancias favorables, esta augusta Asamblea seguiría reunida hasta el presente, discutiendo el importantísimo dilema, sin poder llegar a ninguna conclusión de no haber cortado el Gobierno austríaco el nudo gordiano y quitado a la Asamblea los quebraderos de cabeza.

Austria comprendía perfectamente que desde el momento en que pudiera aparecer de nuevo, con todas sus provincias sometidas, ante Europa como

¹⁰⁵ Literalmente, dioses menores; en sentido figurado, personajes secundarios. (N. de la Edit.)

¹⁰⁶ Enrique LXXII. (N. de la Edit.)

¹⁰⁷ Se alude a Maximiliano II, rey de Baviera. (N. de la Edit.)

una gran potencia europea, la propia ley de la gravitación política atraería a su órbita el resto de Alemania sin la ayuda de ninguna autoridad que pudiera darle una corona imperial concedida por la Asamblea de Francfort. Austria se había hecho mucho más fuerte y había cobrado mucha mayor libertad de movimiento desde que arrojó la impotente corona del Imperio alemán, que trababa su propia política independiente sin agregarle ni un ápice de fuerza ni dentro ni fuera de Alemania. Y en el caso de que Austria no pudiera mantener sus posiciones en Italia e Hungría, también perdería su fuerza en Alemania y jamás podría pretender ya a la corona que se le había escapado de las manos cuando estaba en plena posesión de sus fuerzas. Por eso Austria se pronunció inmediatamente contra todo género de resurrección del poder imperial y reclamó explícitamente la restauración de la Dieta alemana, el único Gobierno central de Alemania conocido y reconocido por los tratados de 1815; y el 4 de marzo de 1849 promulgó una Constitución que no tenía otro sentido que declarar a Austria monarquía indivisible, centralizada e independiente, distinta incluso de la Alemania que la Asamblea de Francfort debía reorganizar.

Esta explícita declaración de guerra no dejó, verdaderamente, a los sabihondos de Francfort otra opción que excluir a Austria de Alemania y crear con los restos de ese país una especie de Imperio Romano Oriental,¹⁰⁸ una “Pequeña Alemania”¹⁰⁹ cuyo manto imperial, bastante raído, debía colgar de los hombros de Su Majestad de Prusia. Debe recordarse que esto era el resurgir de un viejo proyecto concebido hacía ya seis u ocho años antes por el partido de los doctrinarios liberales de Alemania Meridional y Central que estimaban una providencia divina las humillantes circunstancias que habían vuelto a poner en primer plano su viejo proyecto como última “baza” para salvar el país.

De acuerdo con eso, en febrero y marzo de 1849, la Asamblea dio fin a los debates de la *Constitución imperial* junto con la *Declaración de los Derechos* y de la *Ley electoral* del Imperio; mas no sin haberse visto obligada a hacer, en muchos puntos importantes, las concesiones más contradictorias, unas veces al partido conservador o, mejor dicho,

¹⁰⁸ *Imperio Romano de Oriente*, Estado que se separó en el año 395 del Imperio romano esclavista con centro en Constantinopla; posteriormente se denominó Bizancio; existió hasta 1453, en que fue conquistado por Turquía.

¹⁰⁹ Como consecuencia de la victoria sobre Francia durante la guerra franco-prusiana (1870-1871) surgió el Imperio alemán del que, no obstante, quedó excluida Austria, de donde procede la denominación de “*Pequeño Imperio alemán*”. La derrota de Napoleón III fue un impulso para la revolución en Francia, que derrocó a Luis Bonaparte y dio lugar el 4 de setiembre de 1870 a la proclamación de la república.

reaccionario, y otras a las minorías avanzadas de la Asamblea. En efecto, era evidente que el liderazgo de la Asamblea, que había pertenecido antes a la derecha y al centro derecha (conservadores y reaccionarios), fue pasando poco a poco, si bien con lentitud, a la izquierda o a la parte democrática de esta Asamblea. La postura bastante ambigua de los diputados austríacos en la Asamblea, que había excluido a su país de Alemania, y a la que aún eran convocados a asistir y votar, propició la ruptura del equilibrio en la Asamblea; y así, a fines de febrero, el centro izquierda y la izquierda se vieron ya, con la ayuda de los votos austríacos, muy a menudo en mayoría, si bien durante algunas ocasiones la minoría conservadora de los austríacos, totalmente de improviso y para hacer gracia, votaba con la derecha, inclinando de nuevo la balanza hacia el otro lado. Con esos *soubresauts*¹¹⁰ repentinos, intentaban despertar el desprecio a la Asamblea, de lo que, por otra parte, no había ninguna necesidad, ya que las masas populares se habían convencido desde hacía tiempo de la total vacuidad e inutilidad de todo lo que partía de Francfort. No es difícil imaginarse qué clase de Constitución se redactó entretanto con todos esos bandazos de uno a otro lado.

La izquierda de la Asamblea, que se creía ser la flor y nata, el orgullo de la Alemania revolucionaria, estaba totalmente embriagada con los escasos y deplorables éxitos obtenidos por la buena o, mejor dicho, mala voluntad de un puñado de políticos austríacos que obraban instigados por el despotismo austríaco y en beneficio de éste. Tan pronto como la mínima aproximación a sus propios principios, no muy bien definidos, recibía, diluida en dosis homeopáticas, una especie de sanción de la Asamblea de Francfort, estos demócratas clamaban que habían salvado el país y el pueblo. Esta pobre gente, corta de entendimiento, ha estado tan poco acostumbrada a lo largo de su vida, nada interesante por lo general, a algo parecido a éxitos que ha creído realmente que sus míseras enmiendas, aprobadas por una mayoría de dos o tres votos, cambiarían la faz de Europa. Desde el mismo comienzo de su carrera legislativa ha estado más contagiada que cualquier otra minoría de la Asamblea de la incurable enfermedad denominada *cretinismo parlamentario*, afección que imbuye a sus desgraciadas víctimas la solemne convicción de que todo el mundo, toda su historia, todo su porvenir se rige y determina por una mayoría de votos emitidos en esa singular institución representativa que tiene el honor de contarlos entre sus miembros y que cuanto sucede extramuros de su

¹¹⁰ Saltos súbitos. (N. de la Edit.)

sede: las guerras, las revoluciones, la construcción de ferrocarriles, la colonización de continentes enteros, los descubrimientos de oro en California, los canales de América Central, los ejércitos rusos y cualquier otra cosa más que pueda pretender a influir algo en los destinos de la humanidad no es nada en comparación con los inconmensurables sucesos que dependen de la solución de cada problema importante, cualquiera que sea, de los que ocupa justamente en esos momentos la atención de su honorable Cámara.

De esa manera ha sido cómo el partido democrático de la Asamblea, sólo por haber logrado introducir de contrabando en la "*Constitución imperial*" algunas de sus recetas, se creyó en primer orden obligada a apoyarla, si bien esta Constitución contradecía flagrantemente en cada punto esencial sus propios principios proclamados tan a menudo; y cuando, al fin, los autores principales de este aborto lo abandonaron a su suerte, dejándoselo en herencia al partido democrático, éste aceptó y defendió dicha Constitución *monárquica* incluso en oposición a cuantos propugnaban *por entonces* los propios principios *republicanos* de este partido.

Pero se debe confesar que la contradicción que se manifestaba en ella era sólo aparente. El carácter indeterminado, autocontradictorio e inmaduro de la Constitución imperial era la mismísima imagen de las políticas inmaduras, confusas y contradictorias de estos señores democráticos. Y si sus propios dichos y escritos, en la medida que ellos podían escribir, no eran una prueba suficiente de ello, sus obras lo serían de sobra: pues entre la gente sensata es algo natural juzgar a una persona no por sus palabras, sino por sus obras; no por quien se quiere hacer pasar, sino por lo que hace y lo que es en realidad; y los hechos de estos héroes de la democracia alemana, como veremos más adelante, hablan con bastante elocuencia por sí mismos.

Como quiera que sea, la *Constitución imperial*, con todos sus apéndices y galas, fue aprobada definitivamente y el 28 de marzo el Rey de Prusia fue elegido Emperador de Alemania, excluida Austria, por 290 votos con 248 abstenciones y unas 200 ausencias.

La ironía de la historia fue completa; la farsa imperial representada en las calles del estupefacto Berlín tres días después de la revolución del 18 de marzo de 1848 por Federico Guillermo IV¹¹¹ en un estado en que en cualquier otro sitio le habría sido aplicada la ley del Estado de Meine contra las bebidas alcohólicas, esta repugnante farsa fue sancionada un año exactamente después por la ficticia Asamblea Representativa de toda Alemania. ¡Tal fue, entonces, el resultado de la revolución alemana!

Londres, julio de 1852

¹¹¹ El 21 de marzo de 1848, a iniciativa de los ministros burgueses de Prusia, se organizó en Berlín un solemne cortejo real acompañado de manifestaciones en pro de la unificación de Alemania. Federico Guillermo IV pasó por las calles de Berlín con un brazalete negro, rojo y dorado, símbolo de la Alemania unida, y pronunció discursos pseudopatrióticos.

XV. LA ASAMBLEA NACIONAL Y LOS GOBIERNOS

La Asamblea Nacional de Fráncfort, tras de haber elegido Emperador de Alemania (sin Austria) al rey de Prusia, envió una diputación a Berlín a ofrecerle la corona, y luego aplazó sus sesiones. El 3 de abril de 1848, Federico Guillermo recibió a los diputados. Les dijo que si bien aceptaba el derecho de supremacía sobre todos los otros príncipes de Alemania que la votación de los representantes del pueblo le concedía, no podía aceptar la corona imperial mientras no tuviera la seguridad de que los restantes príncipes reconocerían su supremacía y la Constitución del Imperio que le otorgaba esos derechos. Agregó que era cosa de los gobiernos alemanes estudiar si la Constitución era tal que ellos pudieran ratificarla. En todo caso, dijo para terminar, ciñese la corona imperial o no, estaría siempre dispuesto a desenvainar la espada contra cualquier enemigo exterior o interior. No tardaremos en ver cómo cumplió su promesa de manera bastante inesperada para la Asamblea Nacional.

Luego de una profunda indagación diplomática, los sabihondos de Francfort llegaron finalmente a la conclusión de que esa respuesta era tanto como renunciar a la corona. Entonces (el 12 de abril) resolvieron que la Constitución imperial era la ley del país y debía ser sostenida, y como no sabían cómo obrar en adelante, eligieron el Comité de los treinta para que propusiera modos de cumplimiento de esta Constitución.

Esta resolución fue la señal para el conflicto que se declaró entonces entre la Asamblea de Fráncfort y los gobiernos alemanes.

Las clases medias, especialmente los pequeños comerciantes y los artesanos, se pronunciaron inmediatamente en pro de la nueva Constitución de Fráncfort. No podían aguardar más el momento que debía ser “la cumbre de la revolución”. En Austria y Prusia la revolución había acabado, por el momento, mediante la intervención de las fuerzas armadas; las clases mencionadas habrían preferido un modo menos violento de llevar a cabo esta operación, pero les faltó la oportunidad; la cosa estaba hecha, y había que resignarse a ello: esa era la resolución que adoptaron en seguida y cumplían de la manera más heroica. En los Estados pequeños, donde las cosas habían ido transcurriendo con suavidad relativa, las clases medias hacía mucho que se limitaban a la agitación parlamentaria, tan adecuada a su espíritu, vistosa pero ineficaz

por no estar respaldada con fuerza alguna. Los diversos Estados de Alemania, cada uno por separado, parecían haber adquirido así esa forma nueva y definitiva que se suponía les permitiría emprender desde ese momento la vía del desarrollo pacífico y constitucional. Sólo quedaba una cuestión pendiente, y era la de la nueva organización política de la Confederación alemana. Y esta cuestión, la única que aún parecía entrañar peligros, se creía necesario resolverla de golpe. De ahí, la presión ejercida sobre la Asamblea de Fráncfort por las clases medias para inducir a que tuviese preparada la Constitución lo antes posible; de ahí la resolución entre la gran burguesía y la pequeña burguesía a aceptar y apoyar esta Constitución, comoquiera que fuese, con tal de crear sin demora un orden estable de las cosas. Así, desde el mismo comienzo, la agitación en pro de la Constitución imperial dimanaba de un sentimiento reaccionario y partió de las clases que hacía ya mucho estaban cansadas de la revolución.

Pero había otro aspecto más de la cuestión. Los principios primeros y fundamentales de la futura Constitución alemana habían sido votados durante la primavera y el verano de 1848, meses en que la agitación popular aún estaba en ascenso. Las resoluciones aprobadas entonces, si bien eran completamente reaccionarias *para aquel tiempo*, luego de los actos arbitrarios de los gobiernos austríaco y prusiano, parecieron extraordinariamente liberales y hasta democráticos. Había cambiado la medida de comparación. La Asamblea de Fráncfort no podía, sin suicidarse moralmente, borrar de la cuenta estas resoluciones ya votadas y rehacer la Constitución imperial a imagen de las que los antemencionados gobiernos habían dictado espada en mano. Además, como ya hemos visto, la mayoría de esta Asamblea había cambiado a favor de los partidos liberal y democrático, cuya influencia iba en aumento. Así, la Constitución imperial no sólo se distinguió por su origen, exclusivamente popular en apariencia, sino que, al mismo tiempo, aun estando llena de contradicciones, era la Constitución más liberal de Alemania. Su mayor falta estribaba en que no era más que una hoja de papel sin poder efectivo alguno para su aplicación en la vida.

En esas circunstancias era natural que el denominado partido democrático, es decir, la masa de los pequeños comerciantes y artesanos, se aferrara a la Constitución imperial. Esta clase había ido siempre en sus reivindicaciones más allá que la burguesía liberal monárquico-constitucional; había actuado con la mayor intrepidez, había amenazado

muy a menudo con oponer resistencia armada y no había escatimado promesas de dar su sangre y su vida en la lucha por la libertad; pero ya había dado multitud de pruebas de que, en el momento de peligro, no se la veía por ninguna parte y de que jamás se había sentido tan bien como al siguiente día de la derrota decisiva, cuando todo estaba ya perdido y le quedaba al menos el consuelo de saber que, de una manera u otra, el asunto *ya estaba* arreglado. Por eso, mientras la adhesión de los grandes banqueros, fabricantes y comerciantes era de carácter más reservado, más como una simple demostración a favor de la Constitución de Francfort, la clase social que se encontraba justamente por debajo de ellos, nuestros valientes tenderos democráticos dieron un paso adelante con gran ostentación y, como tenían por costumbre, proclamaron que antes derramarían hasta la última gota de sangre que dejarían tirar por los suelos la Constitución imperial.

Apoyado por estos dos partidos, el de la burguesía partidaria de la monarquía constitucional y el de los pequeños comerciantes más o menos democráticos, el movimiento en pro de la inmediata puesta en vigor de la constitución imperial ganó terreno con rapidez y encontró su expresión más poderosa en los parlamentos de varios Estados. Las cámaras de Prusia, Hannover, Sajonia, Baden y Württemberg se pronunciaron a favor de ella. La lucha entre los gobiernos y la Asamblea de Francfort adquirió carácter alarmante.

No obstante, los gobiernos obraron con rapidez. Las cámaras de Prusia fueron disueltas de manera anticonstitucional, pues aún tenían que estudiar y aprobar la Constitución; en Berlín hubo desórdenes provocados intencionadamente por el gobierno; y al día siguiente, el 28 de abril, el Gobierno prusiano hizo pública una circular en la que se conceptuaba la Constitución imperial de documento de lo más anárquico y revolucionario que los gobiernos de Alemania debían revisar y depurar. Así, Prusia rechazó de plano el soberano poder constitutivo que los sabihondos de Francfort habían pregonado a bombo y platillos pero nunca implantado. Se convocó un congreso de príncipes,¹¹² y la vieja Dieta Federal fue renovada para discutir la Constitución que ya había sido promulgada con fuerza de

¹¹² Se refiere a la conferencia convocada para revisar la denominada Constitución imperial. Como resultado de la conferencia, el 26 de mayo de 1849 se concluyó un convenio ("unión de los tres reyes") entre los monarcas de Prusia, Sajonia y Hannover. La "unión" era una tentativa de la monarquía prusiana de lograr la hegemonía de Alemania, ya que el regente del Imperio debía ser el rey de Prusia. No obstante, bajo la presión de Austria y Rusia, Prusia se vio obligada a retroceder y, ya en noviembre de 1850, a renunciar a la "unión".

ley. Simultáneamente, Prusia concentró tropas en Kreuznach, a tres días de camino desde Francfort, y exhortó a los pequeños Estados a que siguieran su ejemplo, disolviendo también sus cámaras tan pronto como se adhirieran a la Asamblea de Fráncfort. Este ejemplo fue seguido en el acto por Hannover y Sajonia.

Era evidente que no se podía eludir el desenlace de la lucha por la fuerza de las armas. La hostilidad de los gobiernos y la agitación entre el pueblo se iban mostrando cada día con colores más subidos. Los ciudadanos democráticos procuraban convencer en todas partes a los militares, y en el Sur de Alemania lo hicieron con gran éxito. Por doquier se celebraban grandes reuniones de masas que aprobaban resoluciones en apoyo de la Constitución imperial y de la Asamblea Nacional, incluso con la fuerza de las armas si era necesario.

En Colonia se celebró una reunión de concejales de todos los municipios de la Prusia renana con el mismo fin. En el Palatinado, Bergen, Fulda, Nuremberg y Odenwald se reunieron grandes multitudes de campesinos llenos de entusiasmo. Al mismo tiempo, se disolvió la Asamblea Constituyente de Francia y se prepararon nuevas elecciones en un ambiente de inmensa agitación mientras que al cabo de un mes, tras una serie de brillantes victorias en la frontera oriental de Alemania, los húngaros alejaron del Tissa hacia el Leitha la invasión austríaca y se esperaba de un día para otro la toma de Viena por asalto. Así, mientras la imaginación popular era excitada al máximo grado en todas partes, y quedaba más clara cada día la agresiva política de los gobiernos, no se podía eludir el choque violento, y sólo una cobarde imbecilidad pudo persuadir de que la lucha acabaría pacíficamente. Pero esta cobarde imbecilidad estaba muy generalizada en la Asamblea de Francfort.

Londres, julio de 1852

XVI. LA INSURRECCIÓN

El conflicto inevitable entre la Asamblea Nacional de Francfort y los gobiernos de los Estados de Alemania estalló al fin. Las hostilidades comenzaron en los primeros días de mayo de 1849. Los diputados austríacos, reclamados por su gobierno, habían abandonado ya la Asamblea y regresado a sus casas a excepción de los pocos miembros del partido de izquierda, o democrático. La gran mayoría de los diputados conservadores, conscientes del giro que iban a tomar los acontecimientos, abandonaron la Asamblea antes incluso de que se lo mandaran hacer sus respectivos gobiernos. Así, incluso independientemente de las causas indicadas en los artículos precedentes, causas que reforzaron la influencia de la izquierda, la simple deserción de los diputados de la derecha fue suficiente para convertir la vieja minoría en mayoría de la Asamblea. La nueva mayoría, que jamás había soñado antes con obtener esa dicha, aprovechó sus escaños de la oposición para echar peroratas contra la debilidad, la indecisión y la indolencia de la antigua mayoría y de su Regencia imperial. Ahora todos *ellos* tuvieron que ocupar de pronto el puesto de la vieja mayoría. *Ellos* tenían que mostrar ahora de qué eran capaces. Naturalmente, *su* actuación debía ser enérgica, resuelta y activa. *Ellos*, la *flor y nata* de Alemania, pronto podrían empujar al senil Regente del imperio y a sus vacilantes ministros, y en el caso de que eso fuera imposible, destituirían, y no podía haber ninguna duda de ello, por la fuerza del derecho soberano del pueblo a ese impotente gobierno y lo reemplazarían con un Comité Ejecutivo enérgico e infatigable que aseguraría la salvación de Alemania. ¡Pobrecitos! *Su* gobernación, si puede llamarse gobernación donde nadie obedece, era más ridícula aún que la de sus predecesores.

La nueva mayoría declaró que, a despecho de todos los obstáculos, la Constitución imperial debía ponerse en práctica y *sin demora*; que el 15 de julio siguiente el pueblo tenía que elegir a los diputados de la nueva cámara de representantes y que esta cámara se reuniría en Francfort el 22 de agosto siguiente. Eso era ya una explícita declaración de guerra a los gobiernos que no habían reconocido la Constitución imperial, ante todo a los de Prusia, Austria y Baviera, que abarcaban a más de las tres cuartas partes de la población alemana; era una declaración de guerra que fue aceptada en el acto por ellos. Prusia y Baviera llamaron también a los

diputados enviados desde sus territorios a Francfort y apresuraron los preparativos militares contra la Asamblea Nacional; por otra parte, las manifestaciones del partido democrático (fuera del Parlamento) a favor de la Constitución imperial y de la Asamblea Nacional adquirieron un carácter más turbulento y violento, y las masas obreras, dirigidas por hombres del partido más extremista, estaban listas para empuñar las armas por una causa que, si no era la de ellas, les concedía al menos la oportunidad de acercarse algo a la conquista de sus fines, librando a Alemania de sus viejas cadenas monárquicas. Así, el pueblo y los gobiernos se vieron por doquier en grave conflicto entre sí; el estallido era inevitable; la mina estaba cargada, sólo faltaba la chispa que la hiciera explotar. La disolución de las cámaras en Sajonia, el llamamiento a filas de la Landwehr (los reservistas) en Prusia y la resistencia declarada del gobierno a la Constitución imperial eran esa chispa; la chispa saltó, y todo el país quedó envuelto en el acto por las llamas. En Dresde, el pueblo victorioso tomó la ciudad el 4 de mayo y expulsó al Rey,¹¹³ en tanto que todos los distritos circundantes enviaban refuerzos a los sublevados. En la Prusia renana y Westfalia, los reservistas se negaron a ponerse en marcha, se apoderaron de los arsenales y se armaron en defensa de la Constitución imperial. En el Palatinado, el pueblo detuvo a los funcionarios gubernamentales de Baviera, se apoderó del tesoro público e instituyó un Comité de Defensa que puso la provincia bajo la protección de la Asamblea Nacional. En Württemberg, el pueblo obligó al Rey¹¹⁴ a reconocer la Constitución imperial, y en Baden el ejército, unido al pueblo, puso en fuga al Gran Duque¹¹⁵ y erigió un Gobierno Provisional. En otras partes de Alemania el pueblo sólo esperaba la señal decisiva de la Asamblea Nacional para alzarse en armas y ponerse a su disposición.

La postura de la Asamblea Nacional fue mucho más favorable de lo que se hubiera podido esperar después de su indigno pasado. La parte occidental de Alemania había empuñado las armas en defensa de la Asamblea; las tropas vacilaban por todas partes; en los estados pequeños se inclinaban evidentemente por el movimiento. Austria había sido puesta al borde del precipicio por la victoriosa ofensiva de los húngaros, y Rusia, baluarte de reserva de los gobiernos alemanes, ponía en tensión todas sus fuerzas para ayudar a Austria contra los ejércitos húngaros. Sólo quedaba por vencer a Prusia, y con las simpatías revolucionarias que había en este

¹¹³ Federico Augusto II (N. de la Edit.)

¹¹⁴ Guillermo I. (N. de la Edit.)

¹¹⁵ Leopoldo. (N. de la Edit.)

país, la probabilidad de éxito era más que posible. Todo, pues, dependía de la conducta de la Asamblea.

Ahora bien, la insurrección es un arte, lo mismo que la guerra o que cualquier otro arte. Está sometida a ciertas reglas que, si no se observan, dan al traste con el partido que las desdeña. Estas reglas, lógica deducción de la naturaleza de los partidos y de las circunstancias con que uno ha de tratar en cada caso, son tan claras y simples que la breve experiencia de 1848 las ha dado a conocer de sobra a los alemanes. La primera es que jamás se debe jugar a la insurrección a menos se esté completamente preparada para afrontar las consecuencias del juego.

La insurrección es una ecuación con magnitudes muy indeterminadas cuyo valor puede cambiar cada día; las fuerzas opuestas tienen todas las ventajas de organización, disciplina y autoridad habitual; si no se les puede oponer fuerzas superiores, uno será derrotado y aniquilado. La segunda es que, una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor decisión y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de todo alzamiento armado, que está perdido antes aún de medir las fuerzas con el enemigo. Hay que atacar por sorpresa al enemigo mientras sus fuerzas aún están dispersas y preparar nuevos éxitos, aunque pequeños, pero diarios; mantener en alto la moral que el primer éxito proporcione; atraer a los elementos vacilantes que siempre se ponen del lado que ofrece más seguridad; obligar al enemigo a retroceder antes de que pueda reunir fuerzas; en suma, hay que obrar según las palabras de Danton, el maestro más grande de la política revolucionaria que se ha conocido: *de l'audace, de l'audace, encore de l'audace!*¹¹⁶

¿Qué debía hacer, pues, la Asamblea Nacional de Francfort para evitar el seguro fracaso que la amenazaba? Ante todo, aclarar la situación y convencerse de que no había otra salida que someterse a los gobiernos incondicionalmente o adoptar la causa de la insurrección armada sin reservas ni titubeos. Segundo, reconocer públicamente todas las insurrecciones que ya habían estallado y llamar en todas partes al pueblo a empuñar las armas en defensa de la representación nacional, poniendo fuera de la ley a todos los príncipes, ministros y demás personajes que se atrevieran a oponerse a la soberanía del pueblo representado por sus mandatarios. Tercero, destituir en el acto al Regente imperial de Alemania y fundar un Comité Ejecutivo fuerte, activo, que *no retrocediera ante nada*,

¹¹⁶ ¡Audacia, audacia y más audacia! (N. de la Edit.)

llamar a las tropas rebeldes a Francfort para contar inmediatamente con su protección, ofreciendo así al propio tiempo un pretexto legal para extender la sedición, organizar en un cuerpo compacto todas las fuerzas a su disposición y aprovechar rápidamente, sin tardanza ni titubeos, todo medio propicio para reforzar su posición y debilitar la de sus adversarios.

Los virtuosos demócratas de la Asamblea de Francfort hicieron precisamente todo lo contrario. No contentos con dejar que las cosas transcurriesen según su curso natural, estos venerables varones fueron tan lejos que, con su oposición, dejaron que se aplastasen los movimientos insurreccionales que se estaban preparando. Así obró, por ejemplo, el señor Carlos Vogt en Nuremberg. Toleraron que se aplastaran las insurrecciones de Sajonia, la Prusia renana y Westfalia sin más ayuda que la de la protesta póstuma y sentimental contra la insensible violencia del Gobierno prusiano. Mantuvieron en secreto relaciones diplomáticas con la insurrección del Sur de Alemania, pero no le concedieron la ayuda de reconocerla públicamente. Sabían que el Regente del Imperio estaba al lado de los gobiernos, y a pesar de ello, lo exhortaban, sin hacer él ningún caso, a oponerse a las intrigas de estos gobiernos. Los ministros del Imperio, todos viejos conservadores, ridiculizaban por doquier esta impotente Asamblea, y ellos lo toleraban. Y cuando Guillermo Wolff, diputado de Silesia y uno de los redactores de "Neue Rheinische Zeitung", los conminó a que la Asamblea pusiera fuera de la ley al Regente del Imperio,¹¹⁷ que era, como decía en verdad Wolff, el primer y mayor traidor del Imperio, ¡esos demócratas revolucionarios le taparon la boca con unánimes gritos de virtuosa indignación! En suma, que siguieron hablando, protestando, clamando y perorando, pero nunca con valentía ni intenciones de actuar; entretanto, las tropas hostiles de los gobiernos se iban aproximando más y más, y su propio poder ejecutivo, el Regente del Imperio, se dedicaba tesoneraamente a confabularse con los príncipes alemanes para acelerar la destrucción de la Asamblea. Así, hasta el último vestigio de consideración perdió esta despreciable Asamblea; los sublevados, que se habían alzado para defenderla, dejaron de preocuparse por su suerte, y cuando, como veremos más adelante, se llegó por último a su vergonzoso fin, la Asamblea feneció sin que nadie se cuidara de su muerte sin pena ni gloria.

Londres, agosto de 1852

¹¹⁷ Juan. (N. de la Edit.)

XVII. LOS PEQUEÑOS COMERCIANTES Y ARTESANOS

En nuestro último artículo hemos mostrado que la lucha entre los gobiernos alemanes, por un lado, y el Parlamento de Fráncfort, por el otro, había adquirido últimamente tal grado de violencia que, en los primeros días de mayo, en gran parte de Alemania estallaron insurrecciones: primero en Dresde, luego en el Palatinado bávaro, en parte de la Prusia renana y, por último, en Baden.

En todos los casos, las *verdaderas fuerzas combativas* de los insurrectos, las que empañaron primero las armas y dieron la batalla a las tropas, eran *los obreros de las ciudades*. Parte de la población más pobre del campo, los jornaleros y los pequeños campesinos, se adherían a ellos por lo general después de que estallaba el conflicto. El mayor número de jóvenes de todas las clases inferiores a la de los capitalistas se encontraba, al menos por algún tiempo, en las filas de los ejércitos insurrectos, pero esta multitud, bastante abigarrada, de jóvenes, disminuyó rápidamente tan pronto como las cosas tomaron un giro algo serio. Particularmente los estudiantes, estos “representantes del intelecto”, como les agradaba denominarse, fueron los primeros en abandonar sus banderas, a menos que se lograra sujetarlos, ascendéndolos a oficiales, para lo cual, por supuesto, sólo muy rara vez tenían los dones necesarios.

La clase obrera participó en esta insurrección como lo hubiera hecho en otra cualquiera que les permitiera o retirara algunos de los obstáculos interpuestos en su progreso hacia la dominación política y la revolución social o, al menos, obligara a las clases sociales más influyentes, pero menos valientes, a seguir un rumbo más decidido y revolucionario del que habían seguido hasta entonces. La clase obrera empuñó las armas con pleno conocimiento de que esa lucha, por sus fines directos, no era la suya; pero se atuvo a la única política acertada para ella: no permitir a ninguna clase, encumbrada a costa suya (como había hecho la burguesía en 1848), que consolidase su dominación de clase si no le dejaba, al menos, el campo libre para la lucha por sus propios intereses; en todo caso, aspiraba a provocar una crisis por la que o la nación fuese resuelta e incontinentemente encauzada por la senda revolucionaria o se condujese al restablecimiento más completo posible del *status quo* prerrevolucionario y, por lo mismo, hiciese inevitable una nueva revolución.

En ambos casos, la clase obrera representaba los intereses reales y bien entendidos de toda la nación, acelerando cuanto pudiera el rumbo revolucionario que, para las viejas sociedades de la civilizada Europa, era ya una necesidad histórica y sin el cual ninguna de ellas podía aspirar de nuevo a un desarrollo más tranquilo y regular de sus fuerzas.

En cuanto a la población rural, que se había adherido a la insurrección, ésta se lanzó en lo fundamental a los brazos del partido revolucionario, en parte, por el enorme peso de los impuestos y, en parte, por las cargas feudales que la agobiaban. Faltos de iniciativa propia, iban a la cola de las otras clases incorporadas a la insurrección, vacilando entre los obreros y la clase de los pequeños artesanos y comerciantes. Su propia posición social privada decidía en casi todos los casos el camino que elegían; los obreros agrícolas apoyaban por lo general a los artesanos de la ciudad, y los pequeños campesinos optaban por ir de la mano con la pequeña burguesía.

Esta clase de los pequeños comerciantes y artesanos, cuyas gran importancia e influencia hemos advertido ya varias veces, puede ser considerada la clase dirigente de la insurrección de mayo de 1849. Como en esta ocasión entre los centros del movimiento no figuraba ninguna ciudad grande de Alemania, dicha clase, que predomina siempre en las ciudades medianas y pequeñas, encontró los medios de tomar en sus manos la dirección del movimiento. Hemos visto, además, que en esta lucha por la Constitución imperial y por los derechos del Parlamento alemán se ponían en juego precisamente los intereses de la clase que estamos tratando. Los Gobiernos Provisionales que se formaron en todas las regiones sublevadas representaban en su mayoría a esta parte del pueblo; por eso puede juzgarse de lo que es capaz de hacer, en general, la pequeña burguesía alemana, por la magnitud del movimiento y, como veremos, es sólo capaz de frustrar cualquier movimiento que se confíe a su dirección.

La pequeña burguesía, grande en jactancia, es completamente incapaz de actuar y muy cobarde para arriesgar algo. El carácter *mezquino* de sus transacciones comerciales y de sus operaciones de crédito es de lo más apto para imprimir un sello de falta de energía y espíritu emprendedor; por eso era de esperar que estas mismas cualidades marcasen su rumbo político. Efectivamente, la pequeña burguesía incitaba a la insurrección con palabras rimbombantes y gran jactancia de lo que iba a hacer; ansiaba adueñarse del poder tan pronto como la insurrección, en mucho contra su

voluntad, estallara; e hizo uso de su poder con el único propósito de reducir a la nada los efectos de la insurrección. Dondequiera que el conflicto armado llevaba a una seria crisis, la pequeña burguesía era presa del mayor pánico por la peligrosa situación que la crisis creaba; era presa de pánico ante el pueblo que había tomado en serio sus jactanciosos llamamientos a las armas; presa de pánico del poder que de ese modo le había caído en las manos; presa de pánico, sobre todo, de las consecuencias que tendría para ella, para sus posiciones sociales y para sus fortunas la política en que se habían metido ellos mismos. ¿No se esperaba de ella que arriesgara “la vida y la propiedad”, como acostumbraba a decir, por la causa de la insurrección? ¿No se había visto obligada a tomar posiciones oficiales en la insurrección, por lo que, en caso de derrota, ella corría el peligro de perder su capital? Y en caso de victoria, ¿no estaba ella segura de verse inmediatamente desplazada de sus puestos y ver radicalmente trastocada su política por los proletarios triunfantes que constituían la fuerza principal de su ejército combativo? Colocada así entre los peligros opuestos que la rodeaban por todos lados, la pequeña burguesía no supo aprovechar su poder más que para dejar que las cosas fuesen al azar, en virtud de lo cual se malogró, como es natural, la pequeña oportunidad de éxito que pudo haber y, así, condenar definitivamente la insurrección a la derrota. La política o, mejor dicho, la falta de política de la pequeña burguesía fue la misma por doquier, y, por eso, las insurrecciones de mayo de 1849 en todas las tierras de Alemania estuvieron cortadas por el mismo patrón.

En Dresde, la lucha duró cuatro días en las calles. La pequeña burguesía de la ciudad, la “guardia municipal”, no ya se mantuvo al margen de la lucha, sino que, en muchas ocasiones, favoreció las operaciones de las tropas contra los insurrectos, que eran casi exclusivamente obreros de los distritos fabriles circundantes y encontraron *un jefe capaz y sereno en el refugiado ruso Mijail Bakunin*, que fue hecho prisionero y se encuentra actualmente recluido en la fortaleza de Munkacs,¹¹⁸ en Hungría. La intervención de numerosas tropas prusianas aplastó esta insurrección.

En la Prusia renana, la lucha era de poca monta. Como todas las grandes ciudades eran fortalezas dominadas por ciudadelas, las acciones de los sublevados hubieron de limitarse a escaramuzas aisladas. En cuanto hubo bastantes tropas concentradas, se puso fin a la resistencia armada.

¹¹⁸ El nombre ucraniano es Mukáchevo. (N. de la Edit.)

En el Palatinado y en Baden, por el contrario, los sublevados se adueñaron de una región rica y fértil y de un Estado entero. El dinero, las armas, los soldados, las municiones, todo estaba a su disposición. Los soldados del ejército regular se adhirió voluntariamente a los insurrectos; es más, en Baden formaban en las primeras filas. Las insurrecciones de Sajonia y de la Prusia renana se sacrificaron por ganar tiempo para organizar este movimiento del Sur de Alemania. Jamás hubo, como en este caso, condiciones tan propicias para una insurrección provincial y parcial. En París se esperaba una revolución; los húngaros estaban a las puertas de Viena; en todos los Estados centrales de Alemania estaban a favor de la insurrección no sólo el pueblo, sino incluso las tropas, que sólo esperaban una oportunidad para adherirse a ella abiertamente. Sin embargo, como el movimiento cayó en manos de la pequeña burguesía, fue frustrado desde el mismo comienzo. Los gobernantes pequeñoburgueses, particularmente los de Baden, encabezados por el señor Brentano, jamás olvidaron que, usurpando el puesto y las prerrogativas del soberano "legal", el Gran Duque, incurrieron en alta traición. Se mantuvieron quietos en sus sillones ministeriales, sintiéndose delincuentes en el alma. ¿Qué se podía esperar de esos cobardes? No sólo abandonaron la insurrección a la espontaneidad, dejándola descentralizada y, por lo mismo, ineficaz, sino que hicieron cuanto pudieron para restar al movimiento toda la energía, debilitarlo y malograrlo. Y lo consiguieron merced al celoso apoyo de la clase de los profundos políticos, de los héroes "democráticos" de la pequeña burguesía que estaban seriamente convencidos de que "salvaban el país" mientras toleraban que los engañasen unos cuantos trapacistas como Brentano.

Por cuanto al aspecto bélico del asunto se refiere, jamás se llevaron las operaciones militares con tanto desaliño y mentecatez como bajo la dirección del ex teniente general del ejército regular Sigel, general en jefe de Baden. Todo estaba en completo desorden, se dejaron pasar todas las oportunidades propicias y perder todos los momentos preciosos, planeando proyectos colosales, pero impracticables, y cuando, al fin, se hizo cargo del mando el polaco de talento Mieroslawski, el ejército estaba desorganizado, derrotado, desmoralizado, mal abastecido y teniendo que hacer frente a un enemigo el cuádruple más numeroso. Mieroslawski no pudo hacer otra cosa que dar en Waghäusel una batalla gloriosa, pero sin éxito, replegarse inteligentemente, ofrecer un último combate sin esperanzas ante los muros de Rastatt y deponer el mando.

Lo mismo que en todas las guerras insurreccionales, en las que los ejércitos son mezclas de soldados adiestrados y reclutas sin preparación, en el ejército revolucionario hubo mucho heroísmo y, a la vez, mucho pánico, impropio del soldado; pero, con toda la imperfección que no podía menos de tener, le cupo al menos la satisfacción de ver que la cuádruple superioridad numérica del enemigo no pareció a éste suficiente para derrotarlo y de que cien mil hombres de un ejército regular en una campaña contra veinte mil insurrectos les tenían en el aspecto militar tanto respeto como si hubiesen tenido que pelear contra la Vieja Guardia de Napoleón.

La insurrección estalló en mayo de 1849, y a mediados de julio del mismo año fue aplastada por completo, acabando así la primera revolución alemana.

Londres, septiembre de 1852

XVIII. EL FIN DE LA INSURRECCIÓN

Mientras el Sur y el Oeste de Alemania se encontraban abiertamente sublevados, y los gobiernos tardaron más de diez semanas, desde el comienzo de las hostilidades en Dresden hasta la capitulación de Rastatt, en sofocar esta llamarada de la primera revolución alemana, la Asamblea Nacional desapareció de la escena política sin que nadie lo notara.

Dejamos a esta augusta institución en Fráncfort desconcertada por los insolentes ataques de los gobiernos contra su dignidad, por la impotencia y la traicionera inactividad del poder central que ella misma había creado, por los alzamientos de los pequeños comerciantes y artesanos en defensa de este poder y por las insurrecciones de la clase obrera que perseguían un objetivo final más revolucionario. Entre los miembros de la Asamblea reinaban el abatimiento y la desesperación; los acontecimientos tomaron en seguida un sesgo tan determinado y decisivo que en pocos días se dispararon las ilusiones de estos doctos legisladores respecto a su fuerza e influencia reales. Los conservadores, a una señal dada por los gobiernos, se retiraron de una institución que, desde ese momento, ya no podía existir más que desafiando a las autoridades constituidas. Los liberales, desconcertados en grado sumo, tuvieron por irremediablemente perdida la causa; y también renunciaron a sus funciones representativas. Los honorables señores desertaban por centenares. De ochocientos o novecientos que eran al principio, su número fue disminuyendo con tanta rapidez que pronto se hubo de declarar un quórum de ciento cincuenta, y pocos días después, de cien diputados. Y aun así, era difícil reunir este número mínimo, pese a que el partido democrático quedó íntegro en la Asamblea.

Estaba suficientemente claro lo que debía hacer el resto del Parlamento. Sólo adherirse abierta y resueltamente a la insurrección, dándole con ello toda la fuerza que podía conferirle la legalidad en tanto que adquiría, al mismo tiempo, un ejército para su defensa. Debía exigir del poder central el cese inmediato de todas las hostilidades; y si, como pudo haberse previsto, esta autoridad no pudiera ni quisiera hacerlo, destituirla en el acto y formar un gobierno más enérgico en su lugar. Si las tropas insurrectas no podían ser desplazadas a Fráncfort (cosa que, al principio, cuando los gobiernos de los Estados se hallaban poco preparados y aún dudaban,

pudo haberse hecho con facilidad), entonces la Asamblea pudo haber trasladado sin demora su sede al mismo centro de la región insurrecta. Todo eso, si se hubiera hecho en seguida y con energía, no más tarde de mediados o fines de mayo, podían haberse dado probabilidades de éxito tanto para la insurrección como para la Asamblea Nacional.

Pero no se podían esperar pasos tan decididos de los representantes de los tenderos alemanes. Estos ambiciosos estadistas no se habían librado en absoluto de sus ilusiones. Los diputados que habían perdido su fatal fe en la fuerza e inviolabilidad del Parlamento, habían tomado ya las de Villadiego; los demócratas, que seguían en sus sitios, no se dejaban inducir tan fácilmente a abandonar los sueños de poder y grandeza que habían acariciado durante doce meses. Fieles al rumbo que habían tomado antes, eludían toda acción enérgica hasta que, al fin, desaparecieron todas las oportunidades de éxito e incluso la menor posibilidad de sucumbir, al menos, con honores de guerra. Desplegando una apariencia de actividad, cuya total infructuosidad, unida a sus grandes pretensiones, no podía sino despertar compasión y mover a risa, siguieron tomando resoluciones, enviando mensajes y solicitudes a un Regente imperial que no les hacía el menor caso y a ministros que estaban abiertamente aliados con el enemigo. Y cuando, al fin, *Guillermo Wolff*, diputado por Striegau,¹¹⁹ uno de los redactores de la “*Neue Rheinische Zeitung*”, el único hombre verdaderamente revolucionario en toda la Asamblea, les dijo que si tomaban en serio sus propias palabras debían poner fin a su propia charlatanería y declarar fuera de la ley al Regente imperial, primer traidor del país, la virtuosa indignación tanto tiempo contenida de estos señores parlamentarios estalló de pronto con tanta violencia como jamás mostraran cuando el gobierno les lanzaba un insulto tras otro. Y así tenía que ser, ya que la propuesta de *Wolff* fue la primera palabra sensata pronunciada entre las paredes de la catedral de San Pablo;¹²⁰ pues él exigía justamente lo que hacía falta hacer, y esa claridad de expresión, en la que todo se llamaba con su nombre, no podía sino ofender a unas almas sentimentales resueltas sólo en su irresolución y demasiado cobardes para actuar que se habían metido en la cabeza de una vez para siempre que, no haciendo nada, hacían exactamente lo que debían hacer. Cada palabra que les aclaraba, como el fognazo de un

¹¹⁹ El nombre polaco es Strzegom. (N. de la Edit.)

¹²⁰ En la catedral de San Pablo, de Francfort del Meno, se celebraron reuniones de la Asamblea Nacional Alemana desde el 18 de mayo de 1848 hasta el 30 de mayo de 1849.

relámpago, la fatua nebulosidad intencionada de sus mentes, cada sugerencia capaz de sacarlos del laberinto en que se habían obstinado en meterse ellos mismos y en el que se habían obstinado en seguir el mayor tiempo posible, cada concepción clara de las cosas tales y como eran, sonaba para ellos como un agravio a la majestad de esta Asamblea soberana.

Poco después de que la situación de los honorables señores de Francfort se hizo insostenible, a despecho de las resoluciones, llamamientos, interpelaciones y proclamas, se retiraron, pero no a las regiones sublevadas; eso habría sido un paso demasiado decidido. Se fueron a Stuttgart, donde el gobierno de Württemberg mantenía una especie de neutralidad expectante. Allí, al menos, declararon que el Regente del Imperio había perdido su derecho al poder y eligieron entre ellos a una regencia de cinco personas. Esta regencia procedió en el acto a adoptar una ley sobre la milicia que fue enviada a todos los gobiernos de Alemania, observando las formalidades debidas. ¡A esos enemigos declarados de la Asamblea se ordenaba que reuniesen fuerzas en su defensa! Así se formó, claro que en el papel, un ejército para la defensa de la Asamblea Nacional. Divisiones, brigadas, regimientos, baterías: todo quedaba regulado y ordenado. No faltaba nada más que la realidad, ya que este ejército, naturalmente, jamás existió.

Un último esquema se ofrecía por sí solo a la Asamblea Nacional. La población democrática de todas las partes del país envió diputaciones para ponerse a disposición del Parlamento y hacerle que obrase con resolución.

El pueblo, que conocía cuáles eran las intenciones del Gobierno de Württemberg, pidió a la Asamblea Nacional que lo obligase a colaborar abierta y activamente con sus vecinos sublevados. Pero no. La Asamblea Nacional, en vez de hacer eso, se fue a Stuttgart y se entregó a la buena merced del Gobierno de Württemberg. Los diputados se daban cuenta de lo que hacían y por eso se opusieron a la agitación entre el pueblo. Así perdieron la poca influencia que les podía haber quedado. Se ganaron el desprecio merecido, y el Gobierno de Württemberg, presionado por Prusia y el Regente imperial, puso fin a la farsa democrática, cerrando el 18 de junio de 1849 la sala donde se reunía el Parlamento y ordenando a los miembros de la regencia que abandonaran el país.

Entonces se fueron a Baden, al campo de la insurrección, pero allí ya no hacían ninguna falta. Nadie les hacía caso. La regencia, sin embargo, en nombre del soberano pueblo alemán, continuó salvando el país con sus esfuerzos. Hizo una tentativa de que lo reconociesen las potencias extranjeras, entregando *passports* a cuantos desearan recibirlos. Editó proclamas y envió comisarios a sublevar las regiones de Württemberg a las que había negado la ayuda cuando aún era tiempo; y como es natural, sin resultado alguno. Ahora tenemos a la vista un informe original de los enviados a la regencia por uno de esos comisarios, el señor Roesler (diputado por Oels),¹²¹ cuyo contenido es bastante característico. Está fechado el 30 de junio de 1849 en Stuttgart. Después de describir las aventuras de media docena de esos comisarios en una búsqueda infructuosa de dinero, da una serie de excusas por no haber llegado aún a su lugar de destino y luego se explaya en argumentaciones de más peso respecto a las posibles disensiones entre Prusia, Austria, Baviera y Württemberg con sus posibles consecuencias. Después de haberlo pensado bien todo, llega, sin embargo, a la conclusión de que ya no queda ninguna oportunidad. A continuación propone formar con hombres de confianza un servicio de información y un sistema de espionaje para conocer las intenciones del Gobierno de Württemberg y los movimientos de las tropas. Esta carta no llegó a sus destinatarios, ya que, cuando fue escrita, la “regencia” había pasado ya enteramente al “departamento de asuntos extranjeros”, es decir, a Suiza. Y en tanto que el pobre señor Roesler aún se rompía los cascos en cuanto a las intenciones del terrible gobierno de un reino de sexta categoría, cien mil soldados prusianos, bávaros y hesianos habían ventilado ya todas las cuestiones en la última batalla reñida al pie de los muros de Rasttat.

Así se desvaneció el Parlamento alemán y, con él, la primera y última creación de la revolución. Su convocación había sido la primera evidencia de que allí *había habido* realmente una revolución en enero; y existió hasta que se puso fin a esta primera revolución moderna de Alemania. Elegido bajo la influencia de las clases capitalistas, por una población rural desmembrada y dispersa, cuya mayor parte acababa de salir de la mudez del feudalismo este Parlamento sirvió para unir en un cuerpo en el terreno político todos los grandes nombres populares de 1820 a 1848 y luego anularlos por completo. Todas las celebridades de la clase media liberal estaban reunidas en él; la burguesía esperaba maravillas y se ganó la

¹²¹ El nombre polaco es Olesnica. (N. de la Edit.)

vergüenza para ella y sus representantes. La clase capitalista industrial y comercial sufrió en Alemania una derrota más completa que en cualquier otro país: primero fue vencida, quebrantada y destituida de los cargos oficiales en todos los Estados de Alemania; luego fue tirada por los suelos, vejada y puesta en ridículo en el Parlamento Central de Alemania. El liberalismo político, la gobernación de la burguesía, tanto en forma monárquica como republicana, es imposible para siempre en Alemania.

En el último período de su existencia, el Parlamento alemán sirvió para envilecer eternamente a la fracción que encabezó desde marzo de 1848 la oposición oficial, a los representantes demócratas de los intereses de los pequeños artesanos y comerciantes y parte de los campesinos. En mayo y junio de 1849 se dio a esta clase una oportunidad de mostrar su capacidad para formar un gobierno firme en Alemania. Ya hemos visto el fracaso que tuvo; y no tanto por las adversas circunstancias como por su evidente y constante cobardía, que siempre se manifestó en todos los movimientos decisivos que hubo desde el estallido de la revolución; y eso porque, en política, ha mostrado la misma miopía, pusilanimidad y vacilación típicas de sus operaciones mercantiles. En mayo de 1849, en virtud de esa conducta, perdió ya la confianza de la clase obrera, verdadera fuerza combativa de todas las insurrecciones europeas. Y aun con todo, tuvo probabilidades de triunfar. Desde el momento en que los reaccionarios y los liberales abandonaron el Parlamento, éste les pertenecía exclusivamente a ellos. La población rural se puso a su lado. Dos terceras partes de los ejércitos de los Estados pequeños, una tercera parte del prusiano y la mayoría de la Landwehr (reserva o milicia) prusiana estaban dispuestas a adherirse a él si hubiese actuado con resolución y coraje en consecuencia de una clara visión de la marcha de las cosas.

Pero los políticos que continuaban dirigiendo a esta clase no eran más sagaces que la masa de pequeños comerciantes y artesanos que los seguían. Demostraron ser más ciegos aún, estar más aferrados a las ilusiones que alimentaban ellos mismos por propia voluntad, ser más crédulos y más incapaces de tener resueltamente en cuenta los hechos que los liberales. Su importancia política también cayó por debajo del punto de congelación. Pero como, de hecho, no pusieron en práctica sus triviales principios, habrían podido, ante la concurrencia de circunstancias *muy* favorables, resurgir por un momento, pero esta última esperanza se les frustró lo mismo que a sus colegas de la “democracia pura” en Francia con *el golpe de Estado de Luis Bonaparte*.

La derrota de la insurrección del Sudoeste de Alemania y la dispersión del Parlamento alemán ponen fin a la historia de la primera revolución alemana. No nos queda más que echar un vistazo de despedida a los victoriosos miembros de la alianza contrarrevolucionaria. Lo haremos en nuestro siguiente artículo.¹²²

Londres, 21 de septiembre de 1852

¹²² El último artículo de esta serie no se publicó en el *"New York Daily Tribune"*. En la edición inglesa de 1896, preparada para la prensa por Eleonora Marx-Aveling, hija de Carlos Marx, así como en varias ediciones subsiguientes, se insertó como último artículo el de Engels, que no se incluía en esta serie y llevaba por título *"El reciente proceso de Colonia"* (véase el presente tomo [Marx, C. & Engels, F. (1974). *Obras Escogidas (en 3 tomos)*. Editorial Progreso, Moscú, 1974. Tomo I. -MIA], págs. 397-403).